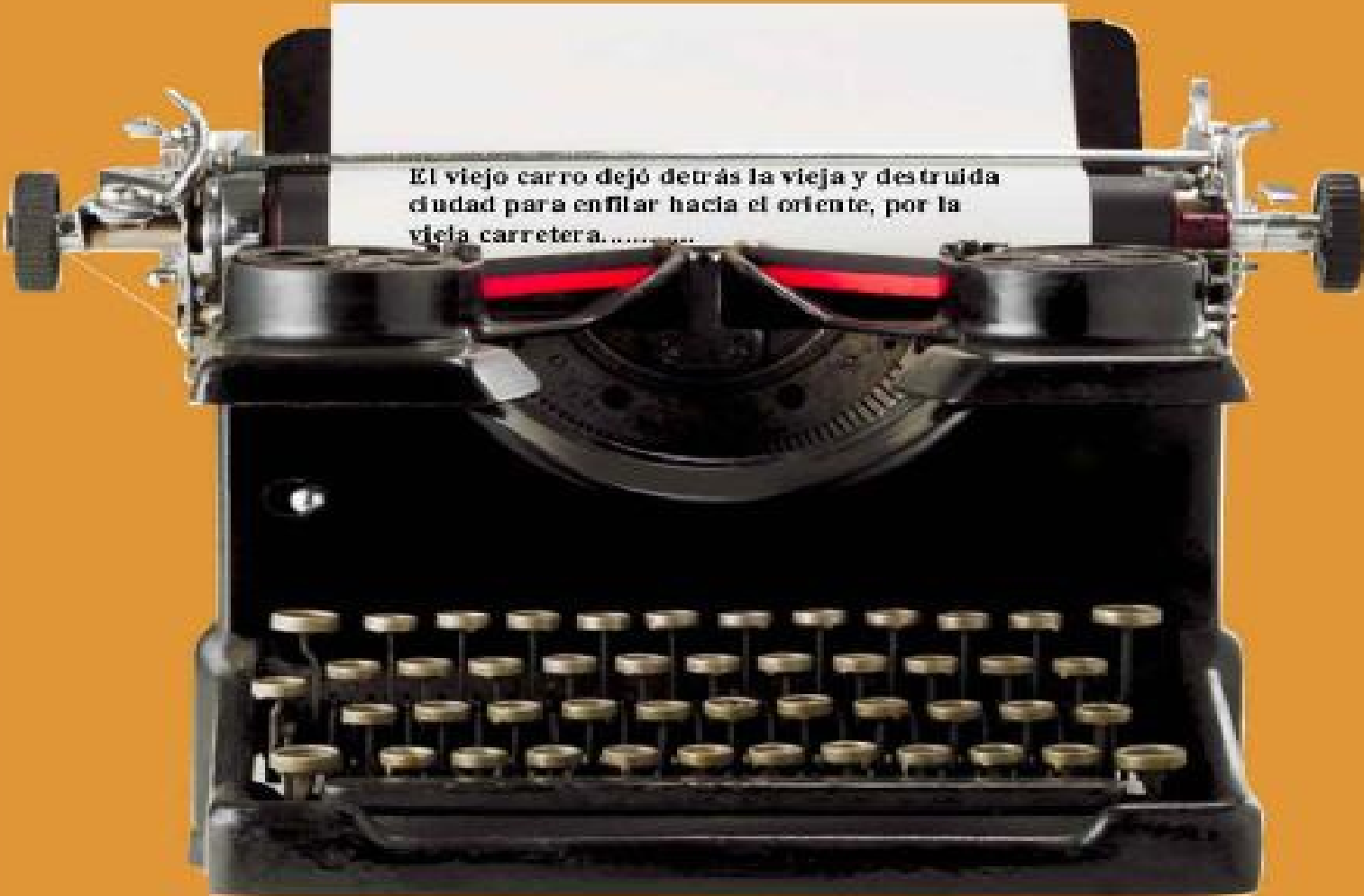


# EN POS DE LA VERDAD

Pedro Prendes



El viejo carro dejó detrás la vieja y destruida  
ciudad para enfilarse hacia el oriente, por la  
vieja carretera.....

# EN POS DE LA VERDAD

Pedro Prendes

Correcciones: Raquel Ramos.

Site: [www.correccionesramos.es](http://www.correccionesramos.es)

Email: [correcciones.ramos.co@gmail.com](mailto:correcciones.ramos.co@gmail.com)

Diseño de portada y maquetación: Pablo Jesús

## CAPÍTULO I

Esteban llegó extenuado, con la cabeza llena de ideas y un cúmulo infinito de nuevas experiencias. Nunca antes había vivido, en un tiempo tan corto, mayor número de acontecimientos desagradables y recuerdos dolorosos. Si bien era cierto que había logrado su objetivo y el viejo cuerpo resistió los rigores a que fue sometido, en cuanto puso los pies de nuevo en su casa, los dolores y el cansancio comenzaron a salirle por todos los poros, agregando la tristeza originada por haber palpado el deterioro de su pueblo. «Ocho días inmensos», dijo al pasar el umbral de la puerta con voz que oyó rebotar en las paredes de la sala. Rectificó con rapidez: fueron siete, siete nada más, y se contradijo. Se contradijo las mismas veces que sacaba cuenta, admitiendo al final que el viaje de ida y vuelta contaba si se lo achacaba al cansancio y a los dolores. Los dolores tenían una justificación concreta. ¿Y los años dónde los deja, Esteban? Los años pesan tantos como para no pasarlos por alto en ningún momento. Tan desconocido le parecía todo que no recordaba bien dónde estaban las cosas, titubeaba y se sentía extraño en su propia casa. El baño sería lo primero en usar, determinó de manera mecánica, sin demora. Era indispensable un buen baño antes de dar un paso más y, sobre todo, acostarse. Un buen tiempo bajo la ducha de agua caliente, bien caliente. Quitarse todo el malestar y la peste que ahora se notaba: un fuerte hedor a tantas cosas juntas que no sabía a qué era. El tufo de Armando lo traía impregnado en la ropa, la piel, los sesos. En aquellos largos y agotadores ocho días se había cambiado de ropas tres veces nada más, las mismas que usó el baño. En tan largas jornadas, con el fuerte calor que hacía, tres baños en ocho días eran pocos. Le pareció estaba pasando un *training* para ingresar al mundo de los *homeless*. Allá nadie lo notaba y él lo percibió el primer día, después se acostumbró. El olfato se adapta a los olores y en poco tiempo ni cuenta se da uno que hiede a chivo macho.

Había tirado sobre el sofá el pequeño maletín y el rollo bien envuelto de las pinturas, que por poco se le quedan al salir. Si no es por Chispa que fue a despedirlo y se lo recordó ya fuera del hotel, las hubiera dejado a pesar de ser tan valiosas. Todas las pondría en la sala. Quería verlas cada vez que estuviera apoltronado en su cómoda butaca. A su hijo le daría las que quisiera, aunque a él no le interesaba mucho las pinturas; y estas, que tenía un hálito de misterio y dolor, quizá menos. El maletincito fue el que usó para llevar las medicinas que tomaba diariamente y algunos objetos personales como calzoncillos, medias, cepillo y pasta dental. Lo trajo de vuelta por gusto si no traía nada dentro, hasta la medicina que le sobraba la dejó. Le faltaba algo: el bastón. Se dio cuenta en aquel instante que había salido con el bastón y regresaba sin él. Qué cosa. Lo usó nada más para ir del aeropuerto al hotel, después no volvió a verlo. Bueno, sí, en una ocasión se percató de que lo había olvidado donde pasó la primera noche y también se dio cuenta en ese momento de que no lo necesitaba ya. Ahora lo confirmaba dejando escapar una sonrisa de agrado que lo inclinaba a creer que, si allá no le hizo falta, acá mucho menos, por lo que decidió en ese momento no tomar otro. De ahora en adelante andaría sin él. Quizá al traer en sus manos el rollo de pinturas, este sustituyó en el sentido del tacto la costumbre de llevar siempre el bastón. El gusano, cargado hasta que la cremallera parecía no resistir, allá lo dejó con todo lo que llevaba dentro incluso toda su ropa. Unas cosas por aquí y otras allá, fue repartiendo todo, hasta los objetos personales como algunos medicamentos. Lo demás eran cosas disímiles, necesarias todas, eso sí. La mayoría de los artículos eran propios de mujeres y niños, ellos requieren más atención que el resto de la población. Las ropas que usó no quería regalarlas porque no le agradaba darle a alguien algo que él se había puesto ni mucho menos sucia, pero Chispa se empeñó en quedarse con ella. Lo convenció de que eso no era incorrecto de su parte, que no lo tuviera como un menosprecio hacia los demás, que no debía constituir una preocupación para él, pues la ropa se lava y ya es nueva otra vez, y a él le hacía mucha falta. Además, tenían la misma talla. Mentira de Chispa. Él le llevaba más de cuarenta libras; ¡qué van a ser iguales! La altura era lo único similar, y le parecía que Chispa era más alto. «Esas gafas no puedes dárselas a nadie, ni a los primos. El dueño futuro lo tiene frente a usted», le dijo Chispa cuando ya tenía suficiente confianza con él. «Y las medias esas tienen una pinta tremenda, nada más se las quite, ahí mismo me las deja. Los primos que se jodan, que les recen a sus santos para que les ayuden». La población tiene necesidad de lo más

insignificante: un cepillo dental, un calzoncillo, medias, *bloomers* y todo lo concerniente al aseo personal, allá no hay nada. «Más de un mes llevaba lavándome la boca con el dedo embarrado de jabón o sal», le dijo Chispa el día que le dio un tubo de pasta y dos cepillos dentales. Y de la medicina ni hablar. Una potencia médica y que las personas carezcan de una aspirina para aliviar un dolor de cabeza, de una inyeccioncita de anestesia para hacerse una extracción.

Le había gustado cómo lo trató Chispa, qué amable y simpático. No obstante, tuvo que darle su correctivo. Sí, porque son muy buenos y todo lo que se quiera, lo malo es que están deformados. No se lo hubiera imaginado de aquella manera, ni pensaba que el hombre nuevo fuera a ser con las características de Chispa. No lograron lo que ellos pensaban, eran lo contrario, les salió el tiro por la culata. ¡Qué Chispa! Lo tuvo engañado todo el tiempo diciéndole que dormía en casa de una prima, que lo trataba muy bien y le daba su desayunito por la mañana y cafecito caliente. El muy cabrón no tenía ninguna prima en aquel lugar, en el carro dormía con tal de que las cosas funcionaran bien y no darle dolores de cabeza. Delante de él salía como si se fuera y lo que hacía era dar la vuelta, entrar por otro lugar y parquearse al final, debajo de unas matas, y allí pasaba la noche, espantando mosquitos a trapo limpio. Ni después de que se despidió de él en el hotel se lo dijo. Se enteró por Ernesto en el aeropuerto cuando ya venía para acá. Ahí le mandó entonces un dinerito extra por el sacrificio y por lo bien que lo hizo pasar. Son tremendos esos cubanitos que rectificaron o que nunca se tragaron el anzuelo. Lo que no le gustó fue los de las chicas; por lo demás no tenía quejas. También eran las únicas puertas de escape que le dejaron abiertas: sexo y alcohol. Eso él lo entendía. Muy bien se lo dijo Chispa. Será un alocado, pero está claro que el sistema los había conducido por esa brecha. Todo era una falsedad, una doble moral. Desde los primeros momentos, sin haber intimado tanto, se lo dijo bien claro: «No crea en lo que ve porque todo es un espejismo». Y él le tenía miedo porque no lo conocía, son personas nacidas después de cincuenta y nueve, educados a ser fieles nada más a la Revolución y su líder, importándole poco delatar hasta su madre. Y en la capital era un as, se conocía cada rincón y el nombre de cientos de personas. No hubo un lugar que no conociera, los atajos por donde se llegaba directo o evadiendo el tráfico y las interrupciones. Por donde quiera que pasaba lo saludaban, y él se paraba en medio de la calle a vocearle a la gente. A las mujeres, ni hablar: a pitazos con ellas. Lo que no le gustó fue el día que se le apareció con las dos chiquillas,

unas niñas todavía, y le dijo: «Escoge la que más te guste, vamos a rumbear». Tuvo que decirle que ya no estaba para mujeres. No lo humilló, ni a las muchachas tampoco. A ellas les dio unos jaboncitos, pinturas de labios y unas presillas para el pelo. Les aconsejó que se fueran a sus casas y dejaran esa vida inmunda de la prostitución, que el día menos pensado las enganchaba una enfermedad y no las salvaría ni el médico chino, y que se casaran. Era jóvenes, bonitas, y podían encontrar chicos buenos y formar su familia. Una de ellas movió la cabeza diciendo que no. No les interesa nada más que vivir el momento. Eran unas niñas para andar detrás de los viejos buscando la manera de ganarse la vida, huyéndole al esfuerzo físico. La vida es muy dura allá, pero esa no es la manera de conseguir el pan. Podían ser sus nietas, qué horror. Da pena el abismo en que ha caído su país. Antes había prostitución, nadie tiene dudas; siempre la ha habido en todos los tiempos y lugares, pero no como ahora. Nunca imaginó que una gran mayoría de jóvenes, tanto hembras como varones, se dedicaran a esa profesión con tanto desparpajo. ¡Mira que decirle a él: «Lo dejo que ni los callos le duelen en mucho tiempo, abuelo»! Es una falta de educación y de respeto. No respetan a nadie. Tuvo que decirle a Chispa que estaba muy mal de su parte proponerle aquello, que se las llevara de su presencia, que no le gustaba lo que hacía. Entonces Chispa se amoscó un poco y le pidió perdón y que no se lo fuera a decir a su jefe. No porque su jefe estuviera en desacuerdo con esa práctica, sino por la insistencia. «Al cliente se le brinda el servicio que pida, no el que queramos nosotros», le recalca siempre Ernesto.

—¡Pero y esto, Chispa!, ¿por qué las trajiste adonde yo estaba? ¿Es que te gusta el oficio de proxeneta?

—No, viejo. No me interprete mal. ¡Oh, qué fallo el mío! ¡Perdóname, viejo! No es lo que tú piensas. Mira, viejo, es que estoy craneado con la prieta y ya le había dicho a la otra, que es mi socia, que viniera por acá a ver... Yo lo que quería es esa. No le llego con nada, viejo. No, yo no les busco mujeres a los hombres, ellas son las que se brindan, ¿qué quiere que le haga? Tú eres mi cliente, pero si no quieres, no hay problemas. Ya sé, me lo habías dicho... Soy un papanatas, me comen el cerebro estas chicas, es mi debilidad, entienda. Aquí en esta isla de mierda no hay otra cosa que bebida y sexo, es lo que nos ha tocado vivir. Es una maldición que nos han echado para que nos arrastremos toda la vida detrás de ellas y no paremos nunca de mendigar un trago de alcohol. No tenemos escapatoria, viejo. Tendremos que cargar esta cruz hasta que Dios quiera. Te ruego que me perdones y no le digas nada a

Ernesto. No lo vuelvo a hacer, te lo juro. Para nosotros no es nada anormal, créeme. Y yo solo puedo ayudar a quien quiera algo, no obligarlo, es parte del *business*. La mayoría de los hombres mayores que vienen aquí lo hacen por comerse un pollito, yo no le veo nada malo a eso. Dicen que si te lo pusieron en el medio es para tu remedio porque después se pone viejo. Así que tenemos que aprovechar ese tiempo.

—Te entiendo, es lo que te han enseñado toda la vida. Yo te aconsejo, como un hombre que un día tuvo tu edad y que también llegaba a mirar a las mujeres sicalípticamente, que no las ayude a prostituirse. El hombre debe mantener su moral sobre todas las cosas. Si la chica te gusta, no hay razón para vender la otra. Es normal que te gusten todas las mujeres, no que se las consiga a otros. Es una labor muy despreciable.

—Si yo no la estaba empujando, viejo, fue ella quien me dijo: «Chispa, hace tres días que en mi casa no se prende el fogón, dame una manito con tu gente. ¿Dígame usted que alguien le pida un favor así? Yo soy su amigo y me daba pena no poder darle nada porque no tengo ni para mí».

Era la deformación del ser humano, donde los valores morales habían quedado relegados a un plano de poca importancia. Razones tienen muchos medios en llamar a ese país *el burdel de las Américas*. Esteban no entendía cómo aquellas chiquillas sabían tanto, lo dejaron boquiabierto. «Realizamos lo que su mente pueda crear», le dijo una de ellas en un momento, insistiendo que no era malo. «Le puedo hacer la Caperucita, la escolar, cualquier cosa. Si le gusta con nosotras dos o incluyendo a un hombre, no tenemos límites». Ahí Esteban respiró profundo y, adoptando la posición que siempre tomaba en casos extremos, se echó encima la piel de periodista y quiso saber algunos detalles:

—¿Quiénes son tus mayores clientes?

—Oh, no hay dudas que los canadienses son los primeros, luego los italianos y españoles —respondió la chica sin ruborizarse.

—¿Qué les piden y que les dan? —le preguntó Esteban mirando a una y la otra. La prieta no tenía intenciones de hablar. Nada más apoyaba lo que decía su amiga con movimientos de cabeza o un sí largo que parecía un silbido corto.

—El pago es muy bueno, en una noche puedo sacar el salario de dos meses en un trabajo normal. A veces más, depende del tipo. —Ni se ruborizaba. Más bien parecía sentir orgullo, por la manera de hablar.

—¿Cómo cuánto es eso en dinero? —se encogió de hombros Esteban tratando de acomodarse dentro de su propio cuerpo. Se sentía molesto consigo mismo.



Pensaba que no debía hacer aquellas preguntas tan incómodas para él. La verdad era muy dura y le ocasionaba disgusto. No siempre el interrogado es quien más se molesta. Hay casos en que repugnan tanto las respuestas que al interrogador le dan ganas de parar ahí mismo.

–Veinte o treinta fulas –convirtió en dinero el tiempo de su labor.

–¿Te caen muchos clientes aberrantes? –siempre había oído decir que una gran cantidad de estos individuos que viajaban detrás de niños eran personas depravadas, gente sin escrúpulos.

–¡Ja, ja, ja! –Las lágrimas se le saltaron de la risa recordando al algunas formas y caprichos–. Pues no tantos. A la mayoría les gustan las cosas comunes, dentro de la normalidad. El número de la escolar les agrada a muchos. La Caperucita les da risa y después que se ríen no se concentran. Es un *show* de diversión como cualquiera, igual a los que se ven por la televisión, solo que...

–¿Cómo es la escolar?

–Me hago el peinado de las motonetas, me pinto unos puntitos en la cara, y me pongo un uniforme escolar, cortito. Entonces él o ellos me llaman, me dicen: «Niña, coge un caramelito». Yo pongo cara de inocente y habla aniñada. Cuando voy a coger el caramelo, ahí mismo me atrapan. Entonces tengo que forcejear y gritar; gritar alto para que se exciten...

–Deja, no continúes –la mandó a callar.

Ahí mismo buscó la oportunidad y le dijo a Chispa:

—Esto es una mierda, llévatelas de aquí.

Después de que las muchachas se fueron, Chispa medio que insistió. En forma muy sutil le dijo a Esteban:

–Viejo, ¿no será que como tú ya no puedes te portas así? Si es eso lo que te pasa, no tengas pena conmigo y dímelo. Yo tengo un socio que tiene algo bueno, que la pone como un cañón.

Esteban se echó a reír. No creía que el momento fuera para otra cosa: había que reír, aunque le dieran deseos de llorar.

–¿Hasta cuándo tú crees que podemos ser útiles en el sexo?

–Siempre se dice que después de los sesenta ya el caballo deja de relinchar y se espanta con cualquier cosa. Yo, la verdad, me falta para llegar y le ruego a san Sexo que me proteja. Sin eso no soy nadie, viejo, te lo juro. A mí no me importa pasar hambre y necesidad de cualquier tipo, pero tocante al monte, ni un palo. La hembra es lo más bello y perfecto que Dios creó; ya después nada fue mejor. No podría vivir sin ellas, te lo juro.

–Tienes razón. Cuando llegamos a cierta edad ya no podemos bien o no podemos nada, pero algo se logra si uno quiere. Además, no todos los hombres son iguales. Hay algunos que permanecen fuertes hasta que se mueren, solo que estos son los menos. Hoy en día existe mucho progreso para ayudarlo y resultan en la mayoría de los casos. Lo que sucede es que a esta edad se conoce los límites, hasta donde uno llega, y los papeles flojos que se pueden hacer. La edad de esas niñas no me permite ni mirarla con ojos de malicia; casi son unas inocentes, no saben bien lo que están haciendo.

–¿Inocentes? ¿Usted dice inocentes? Estás equivocado, viejo, esas chiquitas tienen un millaje que cuidado con eso; andan cabalgando desde que estaban en la secundaria. Aquí las escuelas son en los campos y los padres las ven cada quince o veinte días, acaso una vez al mes. ¿Usted sabe cómo es eso por la noche? Ni se lo imagina, y yo no se lo cuento porque me va a decir que soy un mentiroso.

–Eso es lo que me duele.

–¿Qué te duele? –preguntó Chispa mirando hacia abajo, creyendo que a Esteban le dolía algo.

–No, no es dolencia física, es dolencia espiritual: lo que hacen estas chicas.

–Oh, viejo, no sufras con lo que otros gozan. Esas niñas no van a cambiar nunca, a no ser que se craneen con un tipo y que él quiera... Son culicalientes, entiéndalo. Yo lo que no sé es qué de malo tiene eso. Perdóname si mi incredulidad le molesta, le juro que yo tengo todo esto como normal. Me ha tocado mover a muchas personas y pocos son a los que no les interesan las niñas. Viejo, esa Chocolata está para comérsela como si fuera un helado de barquilla: despacito y a chupaditas. Y la socia tiene un fambeco que hace milagros. Por su mal humor no las miró bien, pero al más reseco se le sale la baba. Yo doy por seguro que a tu muñeco ya no le gusta jugar. Si no, le vas para arriba a la Matildita y la ripeas como un aura a un caballo muerto. Y a ella que le gusta que la descoynten como una culebra. Para las veces que la veo saliendo de algún lugar sospechoso, toda estrujadita, y le digo: «Tremendo combate tuviste, putona». Y ella lo que hace es reírse y, a veces, me levanta dos dedos. No es la v de la victoria, no. ¿Tú sabes que quiere decirme de esa manera? Que se batió con dos a la vez. Si es una enfermota, lo que tiene en la cabeza es sexo. Si ella tuviera dinero, no le cobraba a nadie, dice ella. Eso sí, los escogería; nada de viejitos ni niches; naranja. Blanquitos y con buena pinta; ¡ah, y bien dotados! Los medía primero, el que no diera la talla, *pa'* fuera.

Chispa le hablaba con tanta naturalidad y donaire que Esteban tuvo que reír. No quería ser tan áspero; además, él no podría cambiar a las personas y menos a un pueblo entero, así que entró en bromas:

–La prieta sí me cayó bien.

–¿Cómo, la Chicolata? Coño, viejo, pero tú sabes que esa es mi coco. Bueno, para que veas quien soy yo, las llamo ahora mismo y te la suelto. Yo sí no ando con boberías, a mí la Matildita me revienta también. Lo que pasa es que ella es mi socia y la otra la tengo metida en los sesos.

–No, es una broma, ya te dije como soy. ¿Cómo pudieron entrar a este hotel?

–Matildita tiene guara con esta gente, ya ella se lo ha dado a unos cuantos, y al que no lo tiene en la lista, a los demás los toca con fulas. No creas que estas tipas son fáciles, son más vivas que tú y yo juntos. Tienen una inteligencia natural, les sobra para regalarles a otras. Todos los problemas lo arreglan con la raja. Estás en la capital, no en las pocilgas aquellas del interior, aquí todos juegan. Donde hay fulas las puertas carecen de cerraduras.

Al final Chispa aprovechó la flojera de Esteban para pedirle unos pesitos de adelanto y en cuanto los cogió salió desaforado, como si fuera a apagar un fuego. Esteban olfateó que iba a alcanzar a las chicas y resolver con la Chicolata. Era tremendo este Chispa, no dejaba pasar una.

No estaba errado Esteban en su hipótesis: al otro día, Chispa llegó cansado, aunque con una sonrisa que le llegaba de oreja a oreja. Le contó que la Chicolata no resistió más el color verde y levantó los brazos, entregándose como si le estuviera apuntando con un revólver a la cabeza.

–Lo que no consigue nadie lo consigue la dama verde, ahí llegó y paró. Esa señora tiene un poder persuasivo irresistible. No hay quien se aguante. Cuando ella te dice «eso es así», lo mejor es no contradecirla porque, a la larga, te pesa.

–¿Le soltaste todo el dinero que te di?

–La vida le hubiera dado si me la pide, pero no hizo falta; además, yo no soy fácil en el negocio. Estuvimos regateando: empecé bajito y ella que no, que quién tú crees que soy yo, que ella no era de a dos por peso, y yo le subía un poquito, y ella seguía con la cara virada, diciéndome que no, que no la tocara, mientras suavizaba la voz, como diciéndome «sí, tócame». Y yo que sé bien cómo actúan ellas, me dije: «No aflojes rápido que te exprimen, ponte fuerte». Claro, pensaba que no debía perder la oportunidad, por unos pesos más arriba no podía dejar escapar esa prieta. Era indiscutible que tenía que hacerle un poco de resistencia para que no se creyera la tan linda. Tenía que bajarle los

humos antes que el *bloomer*, de lo contrario no podía ensillarla, estaba como una yegua cerrera. Le subí un poquito más la parada y me paré como si fuera a irme. Entonces me miró de reojo y se sonrió. Saqué un Jackson y se lo pasé por la cara dos o tres veces, hasta que desencogió una mano y lo atrapó. Ahí mismito dije: «Chispa, ya es tuya, móntala y dale espuela hasta que no puedas más». A mi amiga la toqué con un Hamilton, y le dije: «Ya tengo un adelanto, que no se te olvide». Pero no, yo lo hacía por fastidiarla, ella estaba necesitada y es mi socia, y por la palanca que me hacía. Ahora, a la Chocolata la voy a tener detrás de mí como un perrito faldero. Eso es una táctica que no falla. Gracias, viejo. Ese triunfo te lo debo a ti. Si un día tengo un hijo varón con la Chocolata le voy a poner tu nombre, te lo juro, viejo. Yo soy un loco, lo que nunca he sido es un desmemoriado, y mucho menos malagradecido.

Ahora Esteban pretendía manipular todos esos recuerdos que revoloteaban dentro de su cabeza como un torbellino, atormentándolo y estrujándole el corazón. Caminó unos pasos por el pasillo hasta detenerse frente al cuadro de su esposa, del que se despidiera unos minutos antes de partir, ocho días atrás. Lo contempló por unos minutos como si le hubiera dolido la separación de aquellos días. No dijo nada porque fueron muchas las cosas que le vinieron a la mente y callar era una manera de decir y ya todo estaba dicho. Luego regresó a la sala y se quitó todas las ropas, las tiró a un rincón y caminó desnudo hasta el baño, cosa esta que nunca había hecho ni siendo joven. Al llegar a la puerta tuvo intención de ir al cuarto, coger un calzoncillo y un pijama. Al final se contuvo y decidió no hacerlo porque ya lo había abrazado un espíritu contradictorio que lo obligaba a romper los esquemas de costumbre que lo subyugaban desde que se conocía. Tantos días realizando actividades que en su casa no hacía o que no había hecho nunca, lo arrastraban ahora al desorden, contrario a lo que antes no lo dominaban.

Se metió en la bañera, abrió las llaves hasta que, tanteando, le dio el temple que le agradaba a su cuerpo, y cuando ya estaba por adentrarse bajo los finos chorros, se detuvo. Creyó entonces que para continuar las reglas del antagonismo, no debía bañarse con el agua tibia. Cerró la caliente y sin pensarlo dos veces se metió debajo del agua fría. El agua cayó sobre su cabeza y le corrió por la espalda haciéndolo emitir un profundo suspiro a la vez que se contraía bajo los efectos de los primeros chorros, hasta que el cuerpo aceptó la temperatura del agua. Si allá lo había tenido que hacer, las pocas veces que lo hizo, a qué venía ahora el frío, se dijo y refutó: «Eso lo podrás hacer hoy que vienes con la cabeza llena, casi loco; mañana no lo

harás». Continuó con las objeciones después de haberse enjabonado. El baño fue grato y reparador. Se sintió aliviado de un peso que lo apretaba contra sí mismo. Se dirigió al teléfono y lo desconectó sin intentar averiguar los mensajes en la contestadora. El horario no era el acostumbrado para acostarse: no debía de hacer ni dos horas que el sol se había ocultado, pero el cuerpo recordó la deuda al descanso, y la cama lo llamó perentoria. Prendió el aire y se tendió en la cama, bocarriba, desnudo, medio húmedo todavía. Quería relajarse, aprovechar al máximo el descanso que había ideado desde antes de descender del avión. Era necesario un descanso profundo, reparador, desenchufarse y valorar desde la perspectiva de unas pocas horas el efecto producido en aquellos siete días desgarradores. Dar un tiempo a que se asentara el revoltijo de ideas y poder organizarlas. El baño lo había desperezado y los recuerdos del viaje seguían saliendo inconteniblemente. El recorrido por el pueblo, ver la casa donde nació, se crio y vivió todos los años de su juventud lo deprimió. No le dijo a Chispa dónde había vivido, solo que fue en aquel pueblo. No pudo aguantar las lágrimas, fue imposible. Sufrió tratando que la gente que pasaba, ni el mismo Chispa, se dieran cuenta que no podía ni hablar. Se le hizo un nudo en la garganta y Chispa dijo: «¿Qué te pasa viejo? Y él aguantó, viró la cara y no logró verlo así. Sacaba fuerza haciendo por sonreír. La casa estaba medio derruida, como todas, manteniendo su porte señorial y altanero, negándose a perecer bajo el influjo de los años y el abandono. Se arrimó a lo que quedaba de la cerca por el costado izquierdo y vio todo: estaba acabada. Cartones y maderas viejas sellaban las ventanas por la parte de adentro porque ya no le quedaban cristales; el pórtico de atrás no existía. De la casita de desahogo no quedaba ni los horcones: la tierra lisa como si nunca hubiera existido nada en aquella zona, la cerca había perdido la tela metálica y en su lugar alambres de púas sostenidos por postes de madera que se inclinaban hacia cualquier lado, se empeñaban en mantenerla. El pozo estaba cubierto de matorrales y el brocal no se veía. Era muy difícil soportar que el corazón estaba intentando salirse del pecho.

No quería acordarse ya del dolor tan grande, pero los recuerdos son muy caprichosos y forcejean por salir. No le tiró fotos, no quiso recoger más recuerdos tristes de los que su cabeza almacenaba. Con los que traía le bastaba para no dormir tranquilo nunca más. Era una casa destruida, como él, como lo estaba el pueblo completo. Él no se había marchado nunca, a pesar de haber ido a estudiar para La Habana y de quedarse luego trabajando por allá. Todos los fines de semana iba a pasarlo junto a sus padres y amigos. Cada vez

que tenía la oportunidad les daba una vueltecita a los padres. Pensaba que cuando se casara iría a vivir con ellos. Esa era la idea que siempre rondó su cabeza y a la conclusión que llegaba cada vez que pensaba en el futuro. Pero no lograría realizarlo. Los tiempos dieron un vuelco inesperado y los sueños se convirtieron en horribles pesadillas al verse obligado a salir precipitado del país. Hasta la novia tuvo que dejar con todo preparado para la boda. Sus padres murieron unos años más tarde sin lograr reunirse con él. Los reclamó, les hizo todas las gestiones que pudo. No alcanzó sacarlos, solo por caprichos del Gobierno como una forma de castigarlo a él. Ese fue el método empleado por muchos años: secuestrar la familia para que no pudieran reunirse, forzándolos a ellos a permanecer en el país en contra de su voluntad, y a él, condenándolo a no verlos jamás. Ese había sido el mayor dolor de su vida, el precio que tuvo que pagar por discrepar con el régimen que ya empezaba a perfilarse en lo que se convertiría más tarde: una cruel dictadura que no le daría espacio a otras ideas que no fueran las impuestas por su líder.

Soñaba todos los días que corría por la casa y por el patio montado en el primer velocípedo que le habían regalado sus padres y que él estuvo creído, hasta muchos años después, habían sido unos hombres que llevaban juguetes a los niños y los cargaban sobre camellos y que los llamaban Reyes Magos. Fue una triste decepción enterarse de que esas personas no existían, que era una tradición que rememoraba los días posteriores del nacimiento del niño Dios.

El amor que lo unía a aquella casa se los había arrancado la muerte, y los recuerdos son crueles. No pueden olvidarse nunca, siguen viviendo en los rincones de la mente sin perder la oportunidad de presentarse en cuanto retrocedemos un poquito en el tiempo. Un día partimos; todos partimos hacia algún lugar que está destinado a acogernos para que desde ahí nos dediquemos a recordar estos lugares en los que un día fuimos parte del todo. En los que estamos no gozarán del privilegio del recuerdo, de ese lagrimeo contante del corazón, que estos nos provocan. Por ahí corrí o, mejor dicho, aprendí a correr, a vivir, a saber que cada día iría corrigiendo los errores de día anterior, aprendiendo a querer, a sufrir. Allá, al lado de aquel tronco que un día fuera un árbol frondoso y opulento y que se empeñaba en cobijar ese terreno seco y arenoso que siempre estuvo lleno de hierbas, cometí mi primer asesinato y recibí también mi primer castigo. Tomándome por un brazo mi padre me hizo coger el cuerpecito emplumado de un pajarito y enterrarlo al lado de la cerca. Fue un pajarito que, por defender a sus pichones, se puso a tiro de mis proyectiles y le ocasioné la muerte. Ahí supe que la muerte no tiene

ningún canto, que solo la vida canta; canta como un pajarito, vuela como una mariposa, corre como un niño en el patio de una casa.

Fue ahí donde Esteban, mirando ese lugar, más adolorido que extasiado, sacó su libretita y escribió:

*Me duele volver a verte,  
me duele haberte dejado,  
me duele soñar contigo,  
me duele haber regresado.*

*Ya no podré recordarte,  
ya no puedo, lo he pensado,  
has roto mi corazón,  
y el alma me has destrozado.*

*Nunca seré lo que fui  
ni el que tuvo la esperanza.  
Se ha roto mi corazón,  
y destrozado mi alma.*

Chispa se le acercó por detrás después que Esteban terminó de escribir y le preguntó qué hacía. Esteban llevaba un tiempo pegado a la cerca y contemplando el estrecho panorama del patio de una casa. Chispa le repitió la pregunta y Esteban le extendió la libretita que Chispa no entendió. Las palabras estaban claras, lo que no sabía aún era que aquella casa era en la que Esteban vivió por muchos años y que significaba algo muy especial para él. El escrito le pareció una poesía.

–No me dijiste que esa fue tu casa.

–No te lo he dicho.

–¿Por qué no me lo dijiste, viejo? ¿Es que todavía no confías en que soy tu chofer y quiero ser tu amigo? Soy un tarambana en algunas cosas, viejo, pero mantengo mis principios y lealtad.

–No. Nada tienen que ver con esas cosas el sentimiento. No es algo que pueda compartirse. No te dije nada porque buscaba sorprenderme yo mismo. La vida me ha dado la oportunidad de este reencuentro. Este es un momento único, irrepetible, es un encuentro con el pasado; con mi pasado. Tú tendrás también un pasado, ya lo estás construyendo, y sabrás lo que se siente cuando te

enfrentes a él.

–Oye, viejo, ¿eso es una poesía? ¿Acaso eres poeta?

–Me gusta mucho la poesía, pero no soy poeta.

–¿Y cómo la compusiste? ¿Se puede hacer una poesía sin ser poeta? ¿Y tan rápido?

–La poesía se escucha, está en todos los lugares. «La poesía está hecha», dijo un poeta, y es cierto; uno puede aguzar el oído y sentirla como el agua que brota de un manantial.

–Aunque me he dado cuenta de que sabes mucho, no me imaginaba que fueras capaz de escribir una poesía. Es increíble. ¡Tan rápido! Yo creía que estabas cogiendo la dirección o pintando algo, como hacen los pintores, y mira lo que estaba haciendo. ¿Y por qué no te gusta decir que eres poeta? Si yo lo fuera se lo diría hasta el que no me lo pregunte. Cuando yo era joven me gustaban; bueno, me gustan todavía, solo que ya no leo casi nunca, aquí no le dan deseos a uno de leer. Oye, viejo, quisiera hacerte una pregunta. Yo no sé si es un abuso de confianza... No, deja, quizá no te guste.

–Hazme la pregunta que sea, no tengas pena; si la sé, te la respondo.

–Sí la sabes, porque es de ti –dijo Chispa medio indeciso. A veces pensaba que se excedía con Esteban o era que este viejo le inspiraba confianza. Le gustaba la manera de este hombre que parecía hablar con los ojos. Nunca con otros le había pasado, este viejo era diferente a los demás. A través de sus ojos cualquiera era capaz de ver una gran franqueza y mucha bondad. Si en los primeros momentos de conocerlo se mantuvo sigiloso, dudando si el viejo era distinto o igual a la mayoría de los que vienen a pescar chiquitas, después de un par de días advirtió que, aunque se mantenía por largo tiempo sin hablar y parecía regirse por reglas muy estrictas, era diferente a los que él había conocido. Sabía de todo lo que le hablaba y, a su modo de ver, esta era la cualidad que más resaltaba en cualquier persona, por eso no perdía tiempo en hacerle preguntas que otros no sabrían responder.

–Dímela, entonces.

–¿Tú lloraste ahorita? –le preguntó ya sin más temor del que puede ocasionar una respuesta insignificante. Esteban lo miró unos segundos, creía que Chispa no se había dado cuenta. Chispa pensó que lo había ofendido de momento. Se retractó de inmediato, pensó pedirle disculpas y cuando fue a abrir la boca Esteban le respondió:

–Sí. No pude aguantar un par de lágrimas, ¿por qué?

–¿Qué tú sientes por estar en este lugar que hace tanto no veías?



–Se siente muchas cosas juntas, gratas y no gratas. Se escucha las voces de antes, el canto de los pájaros. Esa poesía la acababa de escuchar unos segundos antes de que tú te acercaras.

–¿Se quiere un lugar así? Bueno, lo que pretendo decirte es que si se sigue queriendo después que uno ya no está: el caso tuyo.

–Quizá no sea querer como posesión, pues no se desea lo material. El valor es por lo que representó un tiempo. Nunca se olvida ni se deja de querer. Son los recuerdos que permanecen, ellos no se borran, pueden tocarse. Están ahí, no importa el tiempo, ellos no mueren.

–Gracias, viejo. Te voy a contar por qué te pregunté. A mí me pasa algo muy extraño, yo no creo en esas cosas que a ustedes les suceden, incluso, me río de los que llegan y besan la tierra cuando se bajan del avión. No les creo, me parecen que exageran, como si intentaran ser ellos quienes más sienten al volver. A usted lo juzgo diferente, me parece una persona muy inteligente y razonable al hacerme pensar que sí existe una motivación de veras en ese gesto. Creo que de ahora en adelante pensaré un poco distinto, admitiré que hay seres que no han podido romper con el pasado. Aunque no haya tenido una experiencia parecida y piense que no la tendré nunca, y que encima de eso no lo entienda, voy a recordar siempre lo que usted me ha dicho. Yo, la verdad, no había tenido nunca la oportunidad o el atrevimiento de preguntarle a una persona, a ustedes los que vienen aquí, por esa emoción. También han sido pocos los que he visto como usted. Me he fijado que esto solo le dio aquí, en este lugar, frente a esta casa. Los otros lugares que hemos visitado no lo han puesto así.

–Sí he sentido en algunos lugares, pero es que aquí son más fuertes. En esa casa nací y me crié. Me trae el recuerdo de mis padres. ¿Tú no te imaginas regresando después de pasarte treinta o cuarenta años fuera? Seguro que a tu regreso los recuerdos te saltarán encima a cada paso, los verás en cada rincón, no podrás evitarlo. Los recuerdos toman vida cuando se encuentran con uno. Estás obligado a recordarlos, estarán esperando por ti y te dirán «aquí estoy yo, mírame, tócame», Chispa. Cada rincón te hará recordar algo. Cuando te caíste y te partiste la frente, cuando se te cayó el primer diente, el día que te regalaron un velocípedo, cuando trajeron tal o más cual objeto a tu casa, el cumpleaños tuyo o de uno de tus hermanos, que sé yo, tantas cosas.

–Perdóname, viejo, perdóname; estamos hablando en serio y yo no quiero que creas que trato de hacer bromas con lo que me dices. Yo vivo en mi casa, pero la odio, a mi barrio, a todo. En serio, te lo puedo jurar, mi casa es un calvario.

El día que pueda dejarla no quiero saber más nada de ella ni de los recuerdos esos que tú dices, no. Nadie me hará entrar y llorar recordando algo. No recordaré nada porque no tengo recuerdos que me hagan esas cosas, si acaso sea para aumentar el odio. Lo primero es que no entraré, ni por ahí paso jamás. El día que yo parta no regreso y no me importa lo que digan de mí. Quiero morirme bajo otro cielo, respirando un aire que no sea tan repugnante y viendo un sol que no quemme como este. Quiero no ver más estas calles llenas de huecos y esos edificios amenazando siempre con caernos encima. No quiero ver más ese mar asesino que no ha dejado de rodearnos. Por donde quiera que uno enfila te sale al paso como un muro infranqueable diciendo «vira hacia atrás y no te atrevas a cruzar porque mis perros te comerán vivo». No quiero, viejo, no quiero, ya estoy cansado. Uno se cansa de esa monotonía, de que todos los sueños se conviertan en pesadillas, de no estar seguro nunca de lo que realiza, de recibir reprimendas por cada intento que hace porque nada es bueno. Yo antes creía que estaba loco cuando pensaba en esas cosas. Un día fui escuchando a mis compañeros y dándome cuenta que no soy yo solo, ellos piensan igual que yo. Me da pena pensar de esa manera, pero no encuentro otra forma y no tengo por qué mentir.

¡Qué tãngana dio ese Chispa con que a él no lo encadenaban los recuerdos y que no quiere seguir viviendo allá! Está frustrado de la vida, no piensa en el futuro, vive el día, el momento. No cree en los recuerdos, no sabe que son inevitables, el día que se pase un tiempo fuera le sucederá lo que a todo el mundo. Solo se sabe cuando el tiempo pasa y nos ponemos viejos. Entonces los recuerdos luchan por apoderarse del pensamiento y señalar a cada instante el camino ya recorrido. Nadie puede con ellos; son persistentes, obstinados, crueles, avasalladores.

–No me lo has dicho muy claro, pero estoy viendo que tu mayor deseo es poder salir un día de este país –le dijo Esteban sabiendo que Chispa estaba arrebatado porque le hablara de ese tema. Se emocionó tanto que hasta dejó escapar algunas lágrimas. Primero se puso rojo, medio indeciso, luego fue lo del llanto. Ya a Esteban no le interesaba seguir esquivándolo. Todo el tiempo había mantenido las conversaciones alejadas de lo que tuviera que ver con la política y el sentir del pueblo, a pesar de que Chispa lo tocaba cada vez que podía. Además, este era uno de los puntos esenciales de la problemática cubana, y se le presentaba la oportunidad de palparlo puro, sin contaminación. Estaba viendo que Chispa era un hombre normal y corriente, idóneo para tomarlo como un ciudadano común. Tendría sus defectos: eran los defectos de

todos, así que él representaba la mayoría de la población y el sentir de esta. Su edad correspondía con los que no conocieron lo que hubo, haciéndolo ideal para sopesar cualquier característica que quisiera estudiarse del hombre nuevo.

–Claro. ¿Quién no quiere largarse de aquí, viejo? Si se le pudiera preguntar a todas las personas de mi edad para abajo poniéndole un detector de mentiras, te aseguro que los que dijeran que no, estarían mintiendo. El porvenir de nosotros está muy oscuro. Aquí no hay nada para nadie, estamos obligados a partir si queremos ser alguien. Lo cierto es que no se logra con facilidad, casi es imposible conseguirlo con los medios que disponemos. Se oye decir que fulanito se fue en esto y esto otro, pero la verdad es que muchos no llegan nunca, mueren en la travesía. El trayecto no es tan largo, sí bastante peligroso.

–¿Lo has intentado alguna vez?

–¡Hombre, qué pregunta! Pues claro. ¿Cómo voy a lamentarme sin haberlo intentado? No una ni dos. Tantas que he perdido la cuenta. He navegado con muy mala suerte, siempre con el viento de proa y las velas ripladas. La vez que más tiempo pasé en el mar fueron seis días. Anduvimos cinco días y al amanecer del sexto nos encontramos pegados a unos arrecifes altísimos que no nos permitía mirar muy lejos. Creíamos que habíamos llegado a Cayo Hueso o algo parecido. Íbamos tres en la balsa y todos pensamos que eran las costas de Estados Unidos. La balsa no era grande y la podíamos manipular cómodamente. La hicimos con tres gomas de carro. Una goma para cada uno, amarradas una con las otras, formando un triángulo. Nos bajamos de lo más contentos porque al fin habíamos logrado el salto a la libertad. ¿Y tú sabes dónde estábamos? A quince kilómetros al este de donde salimos. Allí dejamos las gomas y volvimos a pies a nuestras casas. Y nosotros haciéndonos la idea: «Ahora seguro que nos dan comida, un par de coca colas bien frías, matamos la sed y enseguida cogemos energía». Y lo que nos esperaba era coger la carretera a pies porque ningún carro quiso parar a recogernos y darnos un empujoncito. Luego, un tipo que sabía de navegación nos dijo que la Corriente del Golfo no nos permitió cogerla, lo que hizo fue rechazarnos y orillarnos a ese lugar, y que nos pusiésemos dichosos, porque si nos llega a subir nos hubiera botado al lado contrario y no nos habrían encontrado ni en los centros espirituales. ¿Has visto persona más afortunada que yo para no lograr dejar toda esta mierda y largarse al carajo?

No tenía suerte. Le contó de otras veces que lo había intentado, todas sin problemas con la justicia y sin lamentar muertes de los acompañantes, pero

ninguna con éxito. Para Esteban fue una comedia andar con Chispa. Luego cuando le dijo a dónde irían, muy cerca de la capital. Chispa nunca había ido a ese pueblo. No sabía ni que el primer tren que anduvo en el territorio nacional y en Latinoamérica fue allí. No le enseñan la verdad a nadie, lo único que cuentan es después de mil novecientos cincuenta y nueve para acá. Esteban tuvo que darle unas clascitas de historia.

—Viejo, si yo estuve creído hasta que empecé a andar con ustedes que Cristóbal Colón había venido en el Granma.

Chispa se burlaba de todo, hasta de su madre. Un día lo llevó a la casa y le dijo en el camino: «No hables nada delante de la vieja, que es del comité». Y Esteban se creía que era mentira. Los únicos cuadros que tenía en la salita eran fotos de líderes y afiches alegóricos a los CDR (Comités de Defensa de la Revolución). No habló mucho con Esteban y lo miraba con recelo. Cuando salieron le dijo: «La viste con la ropa hecha unos harapos, las chancletas que no aguantan más y no deja la guanajería de velar a todo el que entra y sale al edificio. Le tienen un odio que nadie la pasa, el día menos pensado le dan un trastazo y me la encuentro con la boca llena de hormigas. Lo que pasa es que muchos me conocen y no le hacen nada por mí, si no ya le habrían dado una pedrada desde un carro o le habrían tirado una botella de gasolina por la ventana y se acabó la veladera. Ahí hay gente que está en el trapicheo, buscándose la comida, y ella, como un sijú, velando siempre. Yo tengo que estar aguantándola, diciéndole: «Vieja, deja la gente tranquila, estás haciendo un servicio de chivata, aquí los jodidos somos nosotros, los de arriba no viven como tú ni como yo, ellos lo tienen todo y tú, comiendo mierda». Y nadie le da nada. Si no soy yo, no hay quien le traiga un plato de comida y le consiga algo que ponerse, porque con mi papá no puede contar. Él si no está en nada de nada. Desde que se levanta, se larga y nadie sabe dónde se mete. Por la tarde llega cayéndose, con un *peo* de vigueta. Detrás de las muchachitas se pasa todo el tiempo, solo que no tiene dinero y ellas lo que hacen es burlarse de él. Se suben la saya y el pobre se arrebata».

Y no lo dejó que le diera un par de zapatos y una blusa a su mamá porque decía que lo cambiaba enseguida por cigarros. En una ocasión él le llevó un pantalón buenísimo y unas sandalias, y al otro día la vecina andaba con ellos puestos. Por poco tiene un problema porque quiso quitárselo a la fuerza. Desde entonces, lo que hace es llevarle de comer y cigarros, nada más.

El edificio donde vive Chispa es viejísimo y está medio destruido. Allí viven doce familias, cinco arriba y siete debajo. Lo que ocupa la familia de

Chispa son dos cuarticos bien reducidos y una salita con una fogoncito en un rincón. Estas piezas están divididas por tabiques de cartón. Pegado al de ellos hay otro que ocupa un matrimonio con dos chicos: uno, de siete, y el otro, de ocho. Separados por un pasillo están las otras familias, y las de arriba suben por una escalera que está medio deteriorada. La puerta de entrada es común para todas las familias. No es un edificio de apartamentos, había sido una casa que la dividieron para alojar a esas doce familias. Debajo está el único baño que tiene el edificio. En un derrumbe que hubo quedaron destruidos los baños de arriba y nunca los han podido reparar. La madre de Chispa lleva el control de las familias en un *schedule* pegado a la pared con los nombres de las familias y las horas oficiales que cada cual tiene derecho a usar el baño. Si se presenta un caso de emergencia, tienen que comunicárselo a ella. Esta es la parte más difícil que Esteban veía para aquella vivienda comunitaria. Chispa le aclaró que por ese lado nunca había problemas. A Esteban le interesó averiguar bien el funcionamiento, por lo que le preguntó cómo lo hacían para que no hubiera dificultad.

–Nada, viejo –le contestó Chispa–. En cada casa hay un tabor o lata y ahí se hacen las necesidades, y luego, cuando pueden o les toca el turno, lo botas y ya. ¿Ve? No es difícil: la costumbre no hacer herrumbre. Todos conocen las reglas y al que por una casualidad se le olvidara, la vieja le mete un escándalo que arde Troya y jamás se le olvida. Ella por cualquier cosa se riega como los yaquis. Mi mamá los ha sacado del baño en paños menores, lo mismo a mujeres que a hombres. Y los chicos le tienen un miedo que se ciscan, porque les retuerce unos pellizcos que los deja con un morado que en días no se le quita. Y pobre del que le reclame. Ese es mi temor, porque todos la odian.

–Chispa, ¿qué eso de que se riega como los yaquis?

–Viejo, los yaquis son esas estrellitas que las niñas usan para jugar en el piso con una pelotica de goma.

Cuando ya se iban, Chispa le señaló una ventana que daba hacia la calle y le dijo: «Ahí se posa el sijú y se mete toda la noche velando quién pasa y los que entran y salen. Lo más jodido es que los anota en una libreta, con hora y detalles. Le sabe las virtudes y defectos de todo en el barrio. La gente se cuida más de ella que de una pared o un techo que se esté cayendo.

»¿Y los primos? ¡Oh, los primos están acabados! Parecen ancianitos y viven en pésimas condiciones. Qué pobreza tan grande. En la casa de Lázaro duermen unos encima de los otros: una sola habitación para seis personas. Dan pena. Y hasta parece que no se arrepienten de nada. Quizá sí, solo que no

dejan verlo, no quieren dar el brazo a torcer. Andrés está un poquito mejor, también tiene menos años y los hijos parecen luchadores. Al menos, el que tiene un sitio en el campo que le resuelve la comida y se busca dinero vendiendo los productos en el mercado negro. Es un campesino. Había estudiado Ingeniería Civil y no encontró trabajo después de graduado. Dice que sí le ofrecieron trabajar de policía y él dijo que él no servía, que no se había quemado las pestañas estudiando para que ahora le salieran con esas, y lo que hizo fue meterse en un sitiecito que el padre mantenía por allá, cerca de San José. Al principio, a Andrés le dieron un par de caballería de tierra de las que les confiscaron a sus propietarios cuando estaban haciendo la Reforma Agraria. Total, unos años más tarde rectificaron y se lo quitaron porque decían que todas estas personas se estaban convirtiendo en los nuevos ricos y el Gobierno no quería señores adinerados, que ese era un sistema de explotación, que en el comunismo las riquezas pertenecían al pueblo, no a unas pocas personas, y se las quitaron sin darle muchas explicaciones. Le dejaron alrededor de dos acres que ahora el hijo se ha visto en la necesidad de trabajar. La verdad, es un buen muchacho. Fue muy amable, lo invitó a la casa, dijo que le mataría un cochino y lo asaría en puyas, pero él declinó la invitación porque el tiempo no le daba, tenía que irse al otro día.

Chispa, cuando oyó lo del puerco se puso de lo más contento sin darse cuenta que ya el tiempo se había acabado, que el viejo se marcharía el día siguiente. Insistieron para que se quedar otros días más. Lo hubiera hecho de muy buenas ganas, de haber contado con algunas medicinas, pero en la de allá no confiaba. Las de él las fue regalando y al final ya no le quedaban para prolongar un día más la estadía.

–Quédate un par de días más, viejo, se me va a joder el puerco –le dijo Chispa, lamentando el atracón que no podría darse.

Y la mujer de Lázaro, con un dolor irresistible. Un diente de los de arriba le dolía. Decía que no aguantaba más, que si hubiera alguien que se atreviera coger un alicate y arrancárselo. El diente le había crecido porque la mordida lo dejaba fuera y tendría que sacárselo y no había anestesia en ningún lugar. Entonces ella se empeñó en que le consiguiera una inyeccioncita, y él no sabía que eso era algo tan necesario en la «potencia médica»; si no, habría llevado unas cuantas. Chispa lo tocó por el hombro y le dijo que si quería resolverle el problema podía llevarla donde un dentista amigo de él, que trabaja por su cuenta. «Claro que sí», le contestó sin pensarlo. ¡Cómo iba dejar a esa mujer con el dolor! Le propuso llevarla al dentista a que le sacaran el diente. ¡Qué

contenta se puso ella! Hasta se quitó el trozo de hielo que tenía puesto en el labio y le dio una sonrisa. Enseguida se arregló y, en menos que canta un gallo, la llevaron al dentista y le extrajeron el diente. Aprovechando la ocasión le empastaron siete piezas y le hicieron una limpieza que ni ella se reconocía cuando se miró al espejo. Esteban le dejó pagado al dentista la reposición del diente cuando la encía sanara. Y después no hallaban dónde ponerlo. Ella le decía a su esposo: «Tú nunca me dijiste que tenías un primo tan bueno, mira lo que nos ha dado y lo que ha hecho conmigo!». Y Lázaro, apenado porque nunca más supieron de él, pensaba que la familia no debe separarse por nada, y él... ¡Ah, cabrón! Ahora, después de tantos años, ¿eh? Claro, si le dio de todo lo que le quedaba en el gusano, los llevó a la diplotienda a comprar comida. La mujer se quedó muy contenta. «A ver si viene más a menudo, para el año que viene». Y él: «Sí, cómo no. el próximo año vengo de nuevo, pues claro». Y antes querían que le arrancaran la cabeza. La gente grita enseguida que le pisan el callo.

—Tus parientes son unos infelices —le dijo luego Chispa a Esteban después de que salieron de la casa—. La mujer, pasando dolores y nadie sabía qué hacer, con dos culoncitas allí arrellanadas. ¡Que salgan a putear y verán que enseguida salen un poco de la pobreza en que están metidos! Hay personas que no discurren, se ahogan en un vaso de agua. El viejo, sin zapatos; la camisa rota, no le quedan casi ningún diente; vaya, lo que tienes de familia es una maravilla, viejo. Y encima de todo, siguen creyendo en un santo que no hace milagros. Que sigan soñando, que la mierda se los va a comer. Qué ingenuos son, ¡y tan viejos! Si fuera yo, pasaba, ¡pero ellos! Ya estamos cerca del medio siglo y el caimán lo que ha hecho es caminar hacia atrás como si fuera un cangrejo. Cada vez que veo un carretón de caballo transitando por las calles, me digo: «¿Hasta cuándo vamos a soportar?» Por acá no se ven muchos, pero en cuanto caminas unos kilómetros hacia cualquier lado, ya te encuentras con ellos. En los pueblos del interior están por miles. Eso me da una sensación tan desagradable que no lo entiendo, te lo juro. Si por mí fuera, prohibía los caballos en los pueblos. Aquí en la capital no los han metido en el centro porque no hay donde mantenerlos, si no, yo estaría moviéndote en una calesa o un quitrín, tipos mil ochocientos. ¡Imagínate! Yo con un látigo todo el tiempo dándole al caballo. Ni en eso pueden compararse: ahora son unos carretones chapuceros, halados por unos caballos famélicos que dan pena. ¡Coño!, ¿hasta dónde llegaremos?

Chispa habla hasta por los codos. Después de que cogió confianza con

Esteban al percatarse de que le ponía atención y se reía con lo que hablaba, no dejaba de hacerlo ni un minuto. Esteban no ocultaba que le agradaba escucharlo. Solo lo interrumpía si tenía que hacerle alguna pregunta, y es que a Chispa no le daba tiempo a nada, era una ametralladora. Al principio, Esteban se cohibió un poco y, hasta cierto punto, continuó sin exponer con claridad sus conceptos. Lo que sí notó desde los primeros momentos fue que Chispa era un hombre genuino. No se había atrevido a decirle que era periodista para no apocarlo o que exagerara en sus comentarios. Esteban prefería no ejercer influencias sobre él, lo único en que lo reprimió fue en lo de las muchachas, y eso porque se las quiso empujar casi a la fuerza.

Se metía con todas las mujeres. La sobrina de una vecina que fue a saludarlo le dio un fajón a lo descarado, delante de él. La mujer fue a mandarle un recado a su tía porque quería que le hiciera una reclamación o que pagara una lancha rápida de esas que van a buscar personas a la isla. Lloró mucho la mujer diciéndole que ya no aguantaba más, que el día menos pensado se lanzaba al mar sin importarle que los tiburones se la comieran en la travesía. Y él la consoló diciéndole que tomara calma, que esperara por la tía, que él le contaría. Y Chispa con sus cosas, que ella estaba de muy buen ver, que no cometiera locura, que mejor se buscara un viejito canadiense o español que la sacara y después de que saliera, lo soltara y ya, a rehacer su vida en otro país. Y ella enseguida se secó las lágrimas y les puso asunto a los consejos de Chispa. Cuando ya vio que la mujer había cambiado las facciones de dolor y tristeza, le soltó: «Y si no encuentra quien te lleve, aquí me tienes a mí, que al menos te daré consuelo y resignación». ¡Oh!, y cuando se arrodilló en medio de la acera, se persignó y le dijo a una mujer que venía cruzando la calle: «¡Virgen santísima!». Él se quedó perplejo, no sabía por qué Chispa hacía aquellos *shows* en cualquier lugar. Iban por una acera y por la del frente, caminaba la mujer con un cuerpo tremendo, bellísima; era la realidad, todos la miraban. Y lo más interesante es que ella lo sabía muy bien y lo iba pregonando con gran zalamería, con unos movimientos pronunciados que la destacaban. Él se dio cuenta de que Chispa no dejaba de mirarla, iba lelo, sin atender otra cosa que a la mujer. Cuando vio que ella se paró para cruzar, Chispa se detuvo también y la esperó sin dejar de mirarla. Antes de llegar a la acera por donde ellos iban pasando, Chispa la esperó arrodillado. Ahí no supo qué pensar. Por un momento, creyó que Chispa se había vuelto loco. De buenas a primeras haciendo ese teatro, en medio de la calle, era para pensarlo no solo él, si no todos los transeúntes. Él se detuvo y le preguntó qué le pasaba.



Chispa no lo oía, parecía estar extasiado. Cuando ya la mujer estuvo a un paso de él, se puso de pie y le dijo: «Esto es un milagro, ver a la Virgencita en persona. Si me lo pides, te hago un rosario cada veinticinco minutos». Y ella, que tenía más correa que Chispa, le contestó: «No es necesario, con una buena ofrenda te hago miembro de la cofradía». Y él no pudo aguantar la risa. Y Chispa: «Pues claro que sí, te ofrezco mi vida, haz con ella lo que quieras, pero apiádate de mí y dame tu bendición y el calor que necesito». Ahí pegado a ella, hablando y diciéndole cosas, y ella riéndose. Le cayó bien. Si fuera solo, seguiría a su lado hasta que se lo permitiera. Después le dijo:

–Chispa, ¿tú estás loco?

–Sí, viejo –le contestó–. No puedo ocultarlo, me desquicio en un abrir y cerrar de ojos, para mí que me han echado un daño, porque nada más las veo y no entiendo lo que me pasa, no puedo aguantarme. Esto me empezó no hace ni diez años. Antes yo no era así, te lo juro, era tímido. Me gustaban, pero tenía freno. Luego no podía, me volvían loco; y ya no tengo control. ¿Qué tú crees que sea eso, viejo?

Esteban le pasó lo mismo que a la muchacha, no podía aguantar la risa.

–Chispa, la Virgen no tiene esa figura, esa mujer es abultadita de busto y nalguda –le dijo Esteban en tono humorístico.

–Viejo, cada cual fabrica su modelo. Mira a Botero, que las prefiere exageradamente gordas y con unas caras nada envidiables.

Después, un poco más adelante se le pegó a otra y le dijo: «Ando con tío Esteban, si no... Déjame para luego», y no conocía a la muchacha. Se metía con todas y a todas les caía bien, se reían de sus cosas. El día que fue al cementerio, Esteban sí lo vio cambiado, todo lo contrario a como lo había visto antes. Tuvo que aguantarlo porque hasta ofendió al sepulturero y al jefe cuando Esteban preguntó que dónde estaban enterrados sus padres. Ya no aparecían ni en los libros de registro, en ninguna parte. No pudo Esteban ponerle ni un ramo de flores. Le explicaron que a los diez años sacan los huesos y los incineraban. Si existían familiares, le entregaban las cenizas; si no, en tierra se convertían. Ese es el mecanismo en los cementerios si no cabían ya. Los panteones los conservan porque no los pueden destruir; si no, ya no existirían tampoco.

Al final, Esteban se quedó rendido pensando en lo que sus ojos vieron en todo ese tiempo. En ocho días que él porfiaba que fueron siete, no había dormido arriba de cuatro horas diarias. Cuando fue joven lo había hecho muchas veces, pero hacía tanto que no se veía en trajines de tal índole, que

extraño se sentía de haberlos realizado sin la necesidad de una parada obligada en medio de un camino fatigoso.

## CAPÍTULO II

Todo comenzó hacía menos de un mes mientras revisaba un paquete de viejos recortes de periódicos que con curiosidad y delicadeza su esposa guardara en un baúl, en los cuales sus ideas estuvieron involucradas. Ahí se encontró con una noticia de aquellos tiempos que lo hizo detener súbitamente. El recorte no estaba hecho con el fin de salvar el escrito que le atrapó la atención. En la parte de atrás, en algo más de tres párrafos en los que no se veía el comienzo ni el final, aparecían algunos detalles de un hecho que lo transportó de inmediato a la época en la que trabajaba en el diario y al momento en que se produjo la noticia. Bueno, no había sido una noticia sensacional ni escandalosa, más bien se trataba de una «genial idea» que perdió su esplendor, de la misma forma que el rayo su luz en una noche oscura y tormentosa. Eran tiempos en que todos los órganos de información estaban saturados de muchas y nuevas noticias, donde cada día los ciudadanos se levantaban dispuestos a conocer otro cambio más en el rumbo que había tomado la nave de la nación, en un mar turbulento, propicio para remontarse a donde el astuto capitán la dirigía.

Adelantó la hora de levantarse y alargó el recorrido de sus limitadas y acostumbradas caminatas. Caminar siempre le servía de estímulo a las ideas o para darle formas a las que rondaban su cabeza. Ya tenía que caminar con un bastón y mucho más cuidado, pero aquella nueva idea que se le prendió en el momento de leer el recorte de periódico lo obligó a cambiar algunos de los sistemáticos hábitos que lo mantenían en activo.

Cuando encontró el artículo hechizador se quedó parado, comenzó a recordar los momentos de los hechos y se preguntó con fuertes palabras por qué había dejado de hacerlo. No recibió ninguna explicación, porque el olvido tiene suficientes argumentos como para no ser cuestionado. El tiempo es el que se encarga muchas veces de ocultar; también de situar las cosas en el lugar que

le corresponde, a la distancia prudencial en donde los ignorantes puedan verla con mayor claridad, que los olvidadizos la recuerden, se les retuerzan las tripas y la boca se les amargue. Reaparecieron entonces las imágenes con todos los detalles y una nitidez increíble. Las veces que tuvo que viajar al lugar, recorrer parajes desconocidos e intrincados y hablar con las personas cercanas o involucradas en el asunto. Hasta los nombres de algunos de ellos estaban frescos en su memoria: Armando, Demetrio y Mapo. Mapo no era nombre, era un apodo burlesco, pero él no recordaba su nombre verdadero. Hizo memoria y llegó a la conclusión de que así siempre lo llamaban, que él no podía recordar ningún otro nombre porque Mapo no tuvo más nombre que ese; al menos, mientras él lo visitaba. Había tenido más tiempo de intimidar con estos tres hombres, aunque no fueron ellos solos; existieron otros, incluyendo mujeres. Las mujeres no tenían nada que ver con el asunto, era la verdad, pero estaban relacionadas con estos recuerdos. Una era la mamá de Armando y la otra, una agraciada muchacha a la que se acercó porque le caía muy bien. Era muy bonita y de excelente educación. Por falta de tiempo no pudo intimar más con ella. Los tres hombres eran más jóvenes que él y muy amistosos, por cierto. En la casa de uno de ellos tuvo que quedarse a dormir algunas veces, buscando material con que ampliar la noticia para darle seguimiento. Luego llegó lo que llegó, y todo lo que se había dicho no se dijo para, al final, engavetar el caso como suele ocurrir cuando se termina un proceso investigativo. La gran diferencia en este asunto estribaba en que solo tuvo comienzo. Nunca se le permitió a nadie volver a tocar el tema y quedó en suspenso como una novela de misterio. No con la idea de que se imaginaran el final y especulara sobre él, sino con el objetivo de que el tiempo se encargara de cubrir todos los vestigios de uno de los tantos fracasos y locuras del hombre que se había apoderado del timón de la nación y la dirigía a su capricho, utilizándola para su uso personal.

Ahora también creía descubrir por qué fue a él y no a otro a quien enviaran a buscar los pormenores de la noticia para redondearla sin que luego se editara ni un solo párrafo. No le correspondía a él aquel trabajo, se daba cuenta después de tantos años. Buscaban entretenerlo en algo sin ninguna importancia, despegándolo subrepticamente del rotativo y, cómo no, también deslindar del asunto a quien había iniciado la noticia. Tretas de cualquier manera, dejar sin efectos la investigación y que el tiempo hiciera su trabajo. ¡Qué caprichoso es el tiempo, Esteban! Es él también quien se encargaba ahora de sacarlo. ¿Quién te iba a decir a ti que al cabo de tantos años la misma

noticia te agarraría por sorpresa y te sacudiría con fuerza, zarandeándote, empujándote a desempolvarla y trabajar en ella de nuevo haciéndote perder el sueño? Es muy cierto que la historia es una enorme rueda que, girando y girando, un buen día coincide en un punto por donde ya había pasado, que la vida está hecha por ciclos repetitivos y que solo hay que vivir unos pocos años para ver un panorama parecido al que ya has visto en otros tiempos, Esteban.

No se detuvo a calcular el tiempo y hallar con exactitud los años: lo mismo le daba que fueran treinta y ocho que cuarenta, para el caso resultaba lo mismo; todo se le presentaba como lo había vivido. La precisión de algunos detalles no era tan necesaria cuando existe un voluminoso testimonio que solo hay que sacudirle un poco el polvo de los años y sacarlos a la luz del presente para verlo con suficiente transparencia.

Lo más engorroso sería el viaje. Dos fuerzas esenciales tendría que neutralizar si quería poner en marcha la idea: la primera, los achaques de su cuerpo y, en segundo término y no menos doloroso, viajar al lugar donde se originaron los hechos y del cual tuvo que huir para salvar la vida o un largo encierro. Desde que dejara su cacho de patria mantuvo la posición del no regreso hasta no ver desaparecer los males por los que tuvo que salir. Claro, ya la mayoría de sus viejos amigos habían abandonado la vida terrenal y el cuestionamiento sería consigo mismo. Otra cosa a su favor era que a esta altura del juego no le interesaba mucho lo que otros pensarán de él. Los años crean una costra resbalosa contra la crítica y él sentía que casi nada le molestaba ya.

Una noche sin sueño decidió que al otro día comenzaría los trámites del viaje. Fue la noche que menos durmió, no solo porque se levantó más temprano, sino porque a cada hora miraba el reloj y caminaba hasta el baño justificando de esa manera la falta de sueño. El café lo hizo más temprano que nunca y la caminata matutina, por supuesto, la realizó una hora antes. Los vecinos que se prestaban para ir al trabajo y los que sacaban la basura o los perros se extrañaron de verlo en horas no acostumbradas. Fue el primero en ser atendido en la agencia de viajes, con la suerte o la desgracia de saber que los trámites los habían agilizados y que en unos pocos días le comunicarían si había sido aprobado su entrada. Después de la aprobación le aseguraron que en par de semanas, a lo máximo, podría tomar un vuelo y caer en unas pocas horas en su querida tierra si así lo deseaba. Se sintió nervioso de solo pensarlo y dudó que fuera tan fácil. No creía en las cosas que carecieran de complejidad porque le daban mala espina. Le pareció que nunca en su vida

había realizado un trabajo que no le tomara tiempo y sacrificio; quizá no fuera de esa manera, más bien se trataba de que él se encargaba de convertirlo siempre en espinoso, embrollado, descuadrado, como buscándole el sabor al trabajo. Lo primero sería esperar por el permiso de entrada. La continuación de los trámites dependía de ello. Así que, aunque le pareciera fácil, ahí ya tenía un obstáculo a tener en cuenta. Sin la autorización no había nada seguro. Allá todo es controlado por la mano áspera del poder a pesar de que ya no exigían muchas condiciones para otorgar un permiso. Las reglas estaban cambiando debido a las necesidades de divisas y esto hacía las cosas más sencillas. Aseguraban los economistas que los visitantes eran quienes estaban sosteniendo la economía del país sin que por ello se hubiera debilitado el férreo control. Era un insulto tener que sacar un permiso para entrar al país que lo vio nacer. Ningún otro país en el mundo le restringía a sus ciudadanos el regreso salvo si era un perseguido. En este, todos reciben el mismo trato de extranjero después que han salido para vivir en otro país. Y esto en algunos aspectos, porque a la hora de querer volver de visita, no le reconocían la doble ciudadanía.

Por su mente pasaban una tras otra las imágenes superpuestas de un viejo *collage*: bello al principio, descolorido y mugriento al final. No apresuraría el viaje, lo pensaría un poquito mejor, y así les daba forma a sus ideas y le contaría la decisión a su hijo. Por supuesto que no dejaría ver la idea propulsora, solo el envoltorio con que en todo momento la cubriría: ir a su tierra antes de morir. Su hijo se extrañaría mucho con esa repentina decisión, ya que desde muy chico había escuchado que el regreso estaba condicionado a la desaparición del sistema imperante, y este continuaba intacto.

Cuando supo que sus documentos ya estaban en regla y que después de la autorización podría reservar para unos días más adelante, se dedicó a estudiar con detenimiento los planes del viaje. Pensó entonces en Demetrio, Armando y en el Mapo con intensidad: sus viejos colaboradores. Sintió el escalofrío de lo improbable: que estuvieran vivos. «Eran más jóvenes que tú, Esteban», lo consoló el análisis comparativo. Sabía que la muerte no llega por los años, no importa tener tal edad, basta con estar vivo para encontrarse con ella. A tu lado camina siempre, escondiéndose entre los pliegues de tu propia sombra procurando el momento menos esperado para, ¡zas!, dar el zarpazo. No pudo dejar de pensar en su amada esposa fallecida hacía algunos años y que recordaba todos los días. Caminó unos pasos y se detuvo frente a su imagen. La miró, y el polvo, que atenuaba un poco la transparencia, lo obligó a pasarle

la mano para verla mejor. Se quedó unos minutos contemplando la foto, pensando en lo que ella diría si estuviera viva. Bueno, ella siempre estuvo de acuerdo con él, aun sin estarlo. Sí, sin estarlo, porque para no disgustarlo solo lo miraba sin decir palabras y ya él sabía que no mantenía el mismo criterio sobre el asunto que trataban. Así era ella, así había sido siempre, así la miró en la foto y comprendió lo que ella pensaría antes de él decirle: «Ya sé que no estás de acuerdo, perdóname una vez más». Cerró los ojos unos instantes, luego se volvió y caminó hasta la cocina a hacer un café y retomar otra vez la idea de los preparativos, y sacó en conclusión que pudiera ser que sus viejos colaboradores tampoco vivieran en el mismo pueblo, si es que estaban vivos. Los pueblos pequeños allá habían retrocedido en su desarrollo mucho más que las ciudades populosas, y ese podría ser otro motivo para no dar con ellos. Todo le saldría de mejor manera si lograba encontrarse con estas personas, y si no, no sabría qué hacer. Era mejor pensar que al menos uno debía de existir: el cálculo de las posibilidades le susurraba al oído que de tres, uno. No le haría ningún planteamiento concreto si no le notaba intenciones de colaborar. Sobran métodos para averiguar un caso sin tener que hablar de él. De encontrarse con una de esas personas, el tema sería obligado. La amistad que un día tuvieron se debía a esa particular situación. Otra cosa en contra era el hecho de no contar con los familiares que aún le quedaban allá. Algunos primos, pero era como si no los tuviera. Fueron de los que se convirtieron desde los primeros momentos en sus enemigos más intransigentes. Los vínculos con ellos se habían roto desde los inicios y no supo más que esporádicas y casuales noticias de sus vidas. Así que era como si no tuviera a nadie. No le costó trabajo conseguir una persona de confianza que lo recibiera y moviera a todos los lugares, recomendado por un amigo que iba de vez en cuando a la isla o que tenía negocios allá. A simple vista, todo parecía muy fácil, y eso era lo que más le preocupaba. Esa sencillez era lo que le hacía detenerse a veces a reflexionar si valía la pena el riesgo del viaje. Pero saber que había un trozo de historia detrás, medio enredada en el tiempo, y la costumbre que se había adquirido de borrar todos los desaciertos, revitalizaba sus intenciones sin dejar que su ánimo decayera. Ahí radicaba el afán o, más bien, la obsesión: el rescate de la historia. No la historia distorsionada o falaz, sino la verdadera, la que un día él vivió y que ahora le había dado por recoger en sus apuntes porque estaba viendo un intento muy bien marcado de olvido o ignorancia en la mayoría de los casos. El que lo motivaba esta vez tenía mucho de todo. También ya él estaba viejo, el tiempo se le iba acortando y quería

dejar algunas incógnitas despejadas. Sabía muy bien que habría que leer y releer para tener el conocimiento exacto de una época o un personaje cuando terminara el último capítulo de la triste novela que estaba protagonizando su pueblo. En este caso se trataba de ambas cosas, inseparables: tiempo y personaje. Le pareció una obligación recorrer la distancia y retroceder en el tiempo para encontrar la fuente esclarecedora de aquellos hechos que él nunca había olvidado del todo y que ahora, al cabo de tantos años, le estropeaban el sueño. Él era un hombre con unos cuantos años encima, que ya sentía el peso de ellos y las amenazas de doblegarlo físicamente, mientras su mente se resistía al implacable sometimiento del olvido. Lúcido permanecía como cuando leía la decena de periódicos que existían en la capital de su país en la época de mayor auge periodístico, y que además revisaba de punta a cabo el que le brindaba la oportunidad de ganarse la vida como corrector de pruebas en los comienzos y como director de redacción hasta casi los finales de su permanencia en él; todo esto sin dejar de escribir su acostumbrada columna semanal y, cómo no, también algunas reseñas de acontecimientos interesantes, necesario siempre para rellenar espacios, sin restarle importancia. No hacían falta más detalles para saber que había abrazado el periodismo con la fuerza de una genuina vocación dedicándole lo mejor de su juventud y toda la sabiduría que brindan los años de experiencia. Claro que la energía ya no era la misma. Solo el deseo ferviente de espulgar en la historia lo empujaba todavía a levantarse temprano, sentarse frente a su vieja máquina y hacer correr el rodillo con rapidez para escuchar el campanillazo al final del recorrido. Retomar una historia en la que trabajó hacía ya varios años lo obligaba a robarle un gran tiempo a los malestares que el cuerpo le imponía. Él sabía muy bien que las molestias se acrecentarían si no dilucidaba las ideas y las sacaba fuera.

Cuando tuvo que salir de su tierra por negarse a vender su pluma y adaptar sus criterios a la ideología malsana entronada en el poder, continuó haciéndolo en periódicos y revistas de otros países. No sabía hacer otra cosa que trabajar en la redacción de noticias, corrección y limpieza de estilos embrollados, cazador perenne de erratas, cotejo de páginas y encuadres diacrónicos de imágenes en cada sección. No le fue difícil abrirse paso en otros lugares y ajustarse a costumbres extrañas, sin quitarle una letra a la verdad pese a tener que usar sutilezas y trucos lingüísticos para cumplir con la obligación de buscar siempre lo sensacional en cada noticia. La separación de la familia le golpeó como a tantos. Luego se repuso y las raíces crecieron y se



robustecieron también en otras tierras. Nunca más había vuelto a su país, y esta situación le causó un malestar irresistible, un perenne dolor que le estrujaba el corazón. Ahora regresaría y no se sentía contento, y quería justificar a cada instante la decisión.

Sorprendido se quedó el hijo cuando le comunicó por teléfono que tenía pensado, y más que pensado, decidido, viajar a su tierra. El verdadero motivo no lo comentó, no lo comentaría; ni a su hijo diría nada hasta que su proyecto estuviera terminado. No era necesario decir esas cosas, Esteban. Nunca en tu vida te había gustado hablar de los planes. «Era un viejo hábito de defensa», decía a los colegas cuando le preguntaban qué estaba escribiendo. Sí, porque tanto los periodistas como los escritores nunca están paralizados, siempre tienen entre manos alguna idea, su cerebro no deja de generar proyectos ni durmiendo. Muchos han llegado a confesar que estando dormidos recibieron la idea de una o varias obras. No, había algo más detrás de ese simple mecanismo: existía una superstición muy bien arraigada que no le permitía hablar de un proyecto hasta no haberlo concluido. De su madre lo había aprendido. Ella no decía a nadie lo que pensaba, y alegaba que los planes están sujetos a cambios constantes hasta ser puestos en ejecución. También porque a la gente le gusta entrometerse en los asuntos de otros, aunque no les concierna. Desde los comienzos había descubierto que los escritores, en su inmensa mayoría, no dicen lo que hacen. Que los demás se enteren después de que salga el libro, artículo o lo que sea. ¿Es que sienten temor a que le roben las ideas? Ocurre con regularidad que algunos inescrupulosos no reparan en tomar para sí lo que le pertenece a otro. Es de suponer también que existan coincidencias; son tantos los que quieren ser escritores que algunos deben de coincidir en un tema muy parecido. Él ha conocido a unos cuantos que ni se sonrojan cuando los tildaban de haber plagiado tal o más cual trabajo.

Visitar un pueblo donde tuvo buenos amigos y recorrer los lugares en que nació y creció sería la justificación aparente de su viaje; encontrarse con tres personas concretas, el objetivo real y específico. Le quedaban otros recursos en los cuales apoyarse de no encontrar a estas personas, pero eso no era lo que él quería. Lo que le parecía más difícil era que nunca más había sabido de ellos porque no había quedado abierta ninguna vía de comunicación. Otra particularidad era que en aquellos tiempos él radicaba en la capital y estos hombres vivían a más de doscientos kilómetros hacia el este. La dirección de uno de ellos sí la sabía de memoria por las veces que le visitó; no así el número de la casa ni el nombre de la calle. La suerte sería que ellos estuvieran

vivos y siguieran en el mismo lugar, cosas estas extremadamente difíciles, por no pensar que imposibles. Pudiera darse el caso de que, si estuviesen vivos, solo se hubieran mudado a otro pueblo, pues acontece con regularidad. Nadie permanece tantos años en un mismo lugar. El constante movimiento de la vida no lo permite.

Dejó de pensar en las posibilidades reales y quiso creer que sus habilidades como periodista investigador estaban intactas y las utilizaría con toda la experiencia que había adquirido a través de los años, y que no fueron pocos como para admitir dudas, Esteban. Tampoco debías engañarte, los límites están bien claros para creer que no existen impedimentos. Allá no te podrás mover con libertad, y si se dan cuenta de quién eres y qué buscas, puedes pasarla mal, no te equivoques. Es de no dejar a un lado las precauciones.

No hubo más preparativos que los de pensar en que la situación se presentaría como lo había concebido y que el único inconveniente existente era el que fabricaba su instigadora imaginación. Se le hacía tan sospechosa la simplicidad que quiso creer que sus ideas no estaban bien fundadas. Los años hacen cometer errores de cálculos. Todo el mundo lo elogiaba por su claridad mental, y a veces dudas le entraban de que fuera cierto. A veces, las alabanzas hacen un efecto pernicioso en las personas que las reciben. Decidió entonces no detenerse a mirar hacia atrás para deshacerse de las vacilaciones que lo seguían todo el tiempo como una condenada sombra, porque pudiera hacerle más daño que bien continuar la búsqueda de soluciones a obstáculos que no habían llegado. Él sabía muy bien que a las ideas no deben dársele mucho tiempo porque pueden quedar en lo que son: simples ideas. Basta con un buen cálculo, una decisión irrevocable y un pleno conocimiento de lo que procuras hacer para llevar a cabo un plan de cualquier envergadura y naturaleza. Es un mecanismo invariable y sencillo.

### CAPÍTULO III

Llegó el día de la partida sin que nada de lo planeado hubiera cambiado un solo detalle, lo que le parecía un buen augurio sin dejar de ver en su proyecto una gran fantasía. Recordó entonces que había tomado la determinación de continuar, y ahora debía esperar a que finalizara el viaje para luego sentarse y valorar los resultados: así es como siempre se hacen las cosas, Esteban. Nadie puede emitir un juicio sin llegar al final de la jornada.

Su hijo vivía lejos, en otra ciudad de otro estado distante. Había hablado con él después de tomar la decisión, y el día anterior de su salida para despedirse. Lo llamaría cuando regresara y dos días más tarde se encontrarían en su casa. El hijo viajaría al oeste de la nación, Los Ángeles, y pasarían unos días juntos. Ya hacía más de un año no se veían y eso fue lo acordado. El hijo quería conocer la realidad del país de su padre; bueno, y de él también, ya que él sentía tanto como si hubiera nacido allá. Había nacido en Norteamérica. Lo único que llevaba en el corazón, la patria de su padre, se la habían sembrado casi a la fuerza. Desde chico lo enseñaron a decir que era cubano y un día, en la escuela, sus amigos se rieron de él por afirmarlo con vehemencia. Luego tuvo dudas de dónde había nacido, hasta que alcanzó la juventud y se dio cuenta de que sentía un gran amor por el país de su padre, aunque él no había nacido allá. Ganas tenía a veces de ir a visitar aquella tierra, y lo hubiera hecho de no saber que les ocasionaría un gran disgusto a sus padres. Le hubiera gustado ir a aquel país lleno de contradicciones, del que unos hablaban bien y otros mal. La cuna de grandes luminarias del béisbol, del boxeo, de la música, de la rebeldía; la patria que unos hombres desarmados, solos, llenos de amor y grandes valores morales, forjaron y luego unos forajidos la secuestraron para su bienestar personal. Por eso, cuando su padre le habló del viaje, le costó trabajo creerlo. No supo qué pensar ni qué decir, y sintió extraña aquella decisión que en tantos años no había hecho y ahora, sin

mucho pensar, quizá sin preparativos, haría. Creyó que detrás de esa inesperada determinación existía una razón que no dilucidaba con exactitud, si bien que no se distanciaba mucho de ser lo que alegaba: la proximidad al fin de la vida. De cualquier manera, a su regreso se encontrarían y sabría con lujo de detalles los motivos y la realidad que se vive en el Caimán del Caribe.

El anuncio del aterrizaje lo sacó de las cavilaciones y el nerviosismo despertó las maripositas de su estómago y le reseco la boca. Buscó por la ventanilla las luces de la vieja ciudad. No las vio porque le tocó la mala suerte —o quizá buena— de haberse producido aquel día uno de los acostumbrados apagones. Solo la pista mantenía las luces de señalamiento a los costados. A la izquierda, un poco más retirado, un edificio bien alumbrado creyó que debía ser el de la terminal aérea. Estaba tan cerca de su amada tierra que, aun volando sobre ella, le parecía mentira. Cerró los ojos y se encomendó a Dios, y le pidió la fortaleza que necesita cualquier ser humano para encontrarse con su pasado. No con el pasado común, sino con el de él; solo su pasado, el trozo de película que había filmado en este escenario hacía ya unos cuantos años. Lo ayudaron a bajar cuando lo vieron con el bastón, y aceptó sin ninguna resistencia, por aparentar un poco más su vejez y ganar respeto, aunque no le gustaba que le ayudaran ni le hacía falta. «Andar con un palo en las manos no quería decir que dependiera totalmente de él», aseguraba y manifestaba cada vez que se le presentaba la oportunidad de hacerse a la idea de no ser tan viejo o al usar bromas con las jovencitas. Tenía preparada la respuesta siempre que le pedían explicación de por qué se valía de él, alegando que temía a los perros. Nunca llegaba a admitir que era para no caerse, que sus viejas piernas ya no querían soportarlo. Ahora era mejor aceptar que le ayudaran y creyeran que le hacía falta. Demoró menos que el resto de los pasajeros en ser pasado al salón donde las familias y amistades esperaban. Caras impacientes se alzaban unas por encima de las otras entre los apretujados esperantes que buscaban reconocer en los recién llegados a sus seres queridos. A él lo esperaban también, solo que no era nadie de su familia, ni de sus viejas amistades; lo esperaba un desconocido, alguien que él nunca había visto. Debía de estar metido entre la multitud, pensó un tanto preocupado. Se llama Ernesto. ¿Ernesto qué? El apellido se le había olvidado. Por su parte, el desconocido lo buscaba con mucho interés, poniéndose de puntillas, tratando de sacar entre los viajeros a un viejo con una calva reluciente y apoyándose en un bastón. Eran las únicas señas que le había dado su jefe, que no había podido ir a recoger al visitante y se lo encomendó a él.

En un papelito llevaba el nombre del visitante y, debajo, las señas distintivas. No era ningún problema, de cualquier manera, no sería su jefe quien movería al hombre, le correspondía a él. Su jefe le dio una gorra para que el visitante lo identificaran a su llegada. Algunos usaban una pancarta con el nombre del visitante, resultando de mucha utilidad, pero su jefe no quería usar ese mecanismo porque se exponía a ser detectado por las autoridades, que no permitían negociitos particulares, y esto de mover personas era algo que no se permitía con libertad. Había que ser precavido y no llamar la atención. Para Esteban, el hombre no constituiría ninguna diferencia, todos se le parecían: flacos, de mediana estatura y tez oscura. No recordaba que le habían dicho que llevaría una gorra de los *Yankees* y solo cuando el hombre se le paró enfrente, seguro de haber dado con el viejo calvo del bastón, se percató de esa señal distintiva y lo reconoció, pero ya no hacía falta. Muy amable, el hombre se presentó después de haberle preguntado si él era el tal Esteban, corroborando el santo y seña que le habían dado. Claro que iba a tiro hecho, no le cabía duda de que la descripción del visitante concordaba perfectamente con el hombre que tenía frente a él. Habían bajado otros hombres con similares características físicas, pero con bastones nada más había bajado dos: uno alto, con pelo todavía, y otro bajetón y calvo. Después del saludo reglamentario y unas simples palabras de presentación, el hombre tomó el equipaje y se apareó al viejo, guiándolo, mientras le contaba que llevaba un tiempo haciendo aquella labor. Creyó Esteban entonces que el hombre escogido para que lo ayudara en todo lo necesario era una persona muy tratable y cooperativa.

–Mi nombre es Anselmo, pero nadie me llama así, sino por Chispa, y estaré a su disposición y daré la vida por usted si fuera necesario. Llámame como más le guste. Por Chispa respondo más rápido.

–Gracias, hijo. Yo creo que no sea para tanto –dijo Esteban sin ocultar una risita que lo hizo toser–. A mí me dijeron otro nombre: Ernesto.

–Bueno, sí; en realidad es él quien espera a los viajeros y los acomoda, no así el que los mueve siempre. En esta ocasión él no ha podido estar aquí para recibirlo y me encomendó a mí la misión. Tuvo que salir anoche de emergencia y no regresa... creo que me dijo en tres días. Sé más o menos el itinerario que usted va a tomar, no con detalles.

A Esteban no le dio nada el cambio, el caso era que lo atendieran bien, y al final lo vería. ¿Qué más daba uno que otro? Además, no conocía a ninguno de los dos y este le pareció simpático. Se movía con soltura y era un hombre en los umbrales de la sazón: no con suficiente experiencia, tampoco con

escaso tiempo para no creer que lograría cualquier propósito. Así que no le preguntó, juzgó que tendría treinta y pico o cuarenta años; quizá menos, porque la gente allá aparenta más de los que en realidad tienen.

A modo de ir relacionándose con el individuo le hizo saber que la razón de su viaje se debía a lo cercano de su fin en la vida terrena, que estaba consciente de los pocos años que debían quedarle y aquel viaje tenía la finalidad de su último deseo: ver la tierra que lo vio nacer, algunos primos y amigos. Lo de los primos lo decía porque nunca los había negado, a pesar de que ellos sí a él. También era muy raro que alguien no hubiera dejado aunque fuera un pariente. Sí que los tenía, solo que se habían mantenido distanciado desde los inicios, y los tíos que quedaron ya habían muerto y él no tuvo hermanos. Sus padres fallecieron unos años después de él abandonar el país. Muy interiormente se daba cuenta después de estar donde se encontraba, de que el regreso tenía mucho de lo que pregonaba, pero era innegable que su corazón había tomado la posición de su cabeza jugándole una mala pasada, trastocando los argumentos y situándolos en lugares diferentes. ¡Qué mentira has fabricado para que la culpa no caiga sobre tu orgullo, Esteban! Ahora resulta que los motivos se diversificaban, que ya no era solo el apasionado rescate de una historia olvidada. Tu mente está trabajando en forma errática, ¿o fue que previste en algún momento que estando en el lugar en que te encuentras, frente a la verdad, tus ojos miraran en otras direcciones, o la realidad te ha puesto a trabajar en un sentido que no esperaba? «Al carajo los sofismas, estoy tocando la realidad y es suficiente», se dijo, y sintió un poco de paz al dejar bien claro que al menos el origen de sus movimientos no fueron otros que el de refrescar una historia que había quedado sepultada por muchos años de ignorancia y fanatismo. Eso mismo les sucede a algunos escritores que pierden el rumbo después de adentrarse en una trama de múltiples senderos. Tratan de continuar hacia donde marcó la brújula en la carta de proyección, pero ya no pueden y admiten al final que tal personaje se apoderó de la historia desviándola por otro derrotero. Ese era el consuelo que él mismo se daba y la conclusión que sacaba para amoldar las ideas a su capricho. Luego lo alargaba y le parecía que el viaje contenía otro aspecto de mucho interés: el cambio. Ahora tendría material para dos historias, una vieja y la otra nueva. Basta de luchas internas. Esto es nuevo y te dará su provecho también. Siempre has aprovechado muy bien las oportunidades y estás frente a una muy buena. Sintió que se reblandecía un tanto y recordó a un profesor que conoció en la época de estudiante. Contaba el profesor que se dirigía al centro de la

isla a cubrir una feria ganadera que se celebraba todos los años en una populosa ciudad, y que por el camino se topó con un horrible accidente ferroviario por el que se vio obligado a una prolongada espera. Le sobró tiempo para tomar notas y detallar los pormenores del accidente. Más adelante, al pasar por un pueblo, unos kilómetros antes de llegar a donde iba el auto se vio bloqueado por manifestantes de un gremio, exigiendo mejores condiciones en el trabajo y aumento de salario, y también sacó su libreta y cogió notas e, incluso, se acercó a uno de los manifestantes, lo interrogó y hasta tomó fotos. Cuando llegó a la feria, ya había enviado por telégrafo dos noticias que por casualidad se había tropezado con ellas, y que resultaron ser hechos muy interesantes debido a las repercusiones posteriores: en el accidente se había matado un político de renombre nacional y la pequeña manifestación en un pueblo de provincia se extendió, unos días más tarde, hasta la capital. Recordaba aquella anécdota en la que el profesor contara a modo de ejemplo, y él trataba también de sacarle provecho a cualquier situación inesperada, donde creía haber un interés general. Ahora se daba cuenta de que había venido con un claro propósito y se encontraba con situaciones nuevas que poseían grandes valores para un estudio minucioso; entre ellos, el cambio. El tan cacareado cambio que nadie entendía y muy pocos miraban con fe lo palpó desde que llegó al aeropuerto: el deterioro. Ese era el cambio más visible. Era inevitable no ver el desastre causado por esta pandilla de facinerosos que tenían en sus manos el poder de la nación. Un retroceso vertiginoso en el deterioro del país en todos los sentidos. Con pocos o ningunos adelantos, al menos en lo que alcanzaba a ver. También era de noche, sin la luz necesaria para ver más allá de dentro del edificio. Afuera las calles estaban oscuras y las luces de los carros no llegaban a descubrir la paupérrima realidad. Se conformó con sentirse de nuevo en su país y de conocer, en poco tiempo, la magnitud del desastre, del daño sufrido en todo aquel el tiempo en una tierra que manaba leche y miel. La llegada de la plaga maldita la había destruido.

El plan del viaje consistía en pasar la primera noche en uno de los hoteles que están frente al malecón y, al día siguiente, bien temprano, salir hacia el este. El pueblo quedaba antes de llegar al centro de la isla, un poco al sur. Allá, pensaba Esteban, se quedaría tres días si todo le salía como lo deseaba. En tres días resolvería la cuestión que lo había llevado a regresar a su querida tierra. Pero como ningún plan sale de la forma esperada, había previsto aumentar el tiempo en ese lugar y acortarlo en la capital si fuera necesario. El

tiempo total era de siete días, suficientes para realizar su propósito; solo que si no le alcanzaba, tomaría el que hiciera falta. El tiempo no sería, de ningún modo, el obstáculo a su proyecto. Lo más difícil ya estaba realizado: el viaje. Así que en lo adelante nada le resultaría embarazoso aunque sí doloroso.

Como el chofer vivía en La Habana, no tendría ningún inconveniente arrancar bien temprano. Al despuntar el nuevo día estarían en marcha hacia un pueblo que guardaba los secretos que él iba a buscar. No era el pueblo que lo había visto nacer y donde pasara sus primeros años, sino el que ya una vez él había visitado, donde realizó un trabajo que nunca pudo concluir y que ahora volvía como un castigo por no haber terminado una labor, ya que las obras o no se comienzan, o no se dejan a medias. Sí, está visto que la historia se repite en muchos casos y este era un ejemplo claro, no tenía ninguna duda.

El chofer llegó temprano de acuerdo a lo acordado. Aparcó el carro pegado a la acera, a media cuadra del hotel porque no le permitían estar muy cerca. Unos segundos sí, pero Esteban se demoraba. Ya había pasado frente a la entrada dos veces y no lo había visto. Dejó el carro y caminó hasta frente a la entrada y se recostó al muro, prendió un cigarrillo y esperó paciente mirando de vez en cuando al amplio mar que tenía a su derecha. A la izquierda, la escalinata de la entrada del hotel por donde debía salir Esteban de un momento a otro. «¿Será grato volver después de tantos años? ¿Será verdad que esta gente siente amor todavía por la tierra que los vio nacer y por los seres queridos?», se preguntaba el chofer queriendo meterse dentro de una de aquellas personas que volvían después de tantos años. Los que se iban y regresaba enseguida no le llamaba la atención; era más, los miraba con ninguna simpatía y los creía personas sin ideales ni criterios propios, gente que se habían ido buscando el bienestar personal y no por defender una causa. Después de haberse pasado toda la vida criticando a los que ahora decían amar con la vida, para colmo convirtiéndose en ciudadanos de esos países. «Bueno, ya nadie aquí tiene ideales propios, solo les interesa irse a vivir bien o, si no pueden, se hacen los bobos, cierran los ojos y se ponen tapones en los oídos. Antes, todos estos que ahora vienen cargados de regalos eran unos apestosos, hasta la familia los despreciaba cuando se iban. Muchos decían: "A fulanita ya lo enterré, que vaya a fregar platos, limpiar pisos y lamerles las botas a los imperialistas". Y ahora, ¿qué? Se los quieren comer cuando llegan cargados hasta el moño de regalos y dinero. Lo más repugnante es que dan la vida por largarse. Yo no he conocido a nadie que rechace las cosas buenas y desee joderse por amor a lo que dice defender; eso era antes, cuando la era



libertaria, los mambises, y no fueron todos los que lo hicieron tampoco. Ahora todos ellos viven bien a pesar de que sigan diciendo que odian al imperialismo. Viven de él y lo odian, eso es... ¿Qué cosa es eso? Si te has cansado de decir que es el demonio y ahora lo siguen pensando y no quieren nada de allá; esos sí son unos bravos porque saben que están de mierda hasta el cuello y continúan con la estúpida terquedad creyendo que no están equivocados. Aunque sean unos necios, hay que respetarlos. ¿Esa manera de pensar es una estupidez? Puede que sí, lo que no me gusta es que me digan "haz lo que te digo, no lo que yo hago". ¿De qué manera se come eso sin que nos empache? Por otro lado, también me parece que cuando una persona pasa mucho tiempo separada de la familia, los vínculos afectivos se debilitan y solo queda un hilo imperceptible, aun siendo muy cercano. A diario lo veo. No hay que tener familiares fuera del país para conocer esa particularidad que a veces quieren endilgar a los que se han ido nada más. Aquí hay muchas familias que cuentan entre sus miembros a los peores enemigos. Es doloroso y triste, pero es una realidad. Tengo tíos que no conozco porque mi padre fue la oveja negra en sus tiempos: el descarriado de la manada. Una hermana siempre me han negado, donde quiera que se para. Tengo familiares que no los resisto, siento aborrecimiento por algunos, no los paso ni con vaselina. Existen infinidad de familias que tienen divisiones insalvables. Sobre la patria: estoy seguro de que ninguna de estas personas que están viniendo ahora, después de tantos años, sienten gran cosa por esta basura que le llaman patria. Si se marcharon con el dolor que decían todos o que en verdad sufrieron, ¿qué van a sentir amor por quien los despreció! Odio sentiría yo, y vergüenza por mis antecesores. ¿Voy a sentir amor? A todos les quitaron sus propiedades, sus casas y a muchos los encarcelaron. No me cabe en la cabeza que tengan sentimientos gratos a no ser que sean masoquistas. He oído hablar que muchos nunca han venido, que no vienen; a esos los admiro. No sé por qué pienso de esa manera si yo nunca me he ido, ni quizá nunca pueda hacerlo, si...». En esas conjeturas estaba el chofer de Esteban enredado cuando vio a un hombre saliendo por la puerta que se le pareció a su cliente, solo que este venía con gorra, sin el bastón y con gafas de sol. Lo reconoció ya después de que Esteban llegó al comienzo de los escalones. Esteban sí lo reconoció al instante; desde que asomó a la puerta y dio un vistazo, lo vio recostado al muro de la entrada. Traía puesta la gorra que llevaba cuando fue a recogerlo al aeropuerto, y por eso lo identificó tan rápido. Esteban caminó hacia él cuando acabó de bajar la escalinata, y se toparon ambos en medio del trayecto. Se

estrecharon las manos en un saludo afectuoso y enseguida el chofer le preguntó cómo había dormido. Esteban le contestó que muy bien, estaba cansado y la cama era buena. Para un buen dormir no hace falta más nada que un buen cansancio y una cama. La cama no es imprescindible si el cansancio es mucho. –Está bello el mar –dijo Esteban dándole una leve mirada al mar por encima del muro que lo separaba de la ancha avenida. No había olas, por lo que parecía una sábana extendida de color plomo. Por la noche, cuando llegó, no se veía nada, y la ciudad estaba a oscuras. El chofer no miró al mar cuando Esteban habló, lo que hizo fue mirarle a la cara a ver si descubría alguna emoción en su semblante. A Esteban no se le aguaron los ojos ni se le hizo un nudo en la garganta, no llegó a emocionarse. Por la noche, cuando llegó, no le pareció desesperado por ver nada. Quizás las personas mayores oculten un poco las emociones, pensó Chispa.

–Tengo que recoger mis cosas –dijo Esteban reaccionando con rapidez y dejando a Chispa concluir que a este viejo no le daba tan fuerte.

–Yo no puedo entrar con usted, mi viejo, así que voy a buscar el carro y lo espero ahí mismito –dijo Chispa y Esteban no le contestó. Si le extrañó que no pudiera entrar. Sabía que las reglas en estos lugares son estrictas, la seguridad de los huéspedes es fundamental, de lo contrario nadie regresa. De cualquier manera, no le molestaba subir a la habitación y regresar con su equipaje. No se trataba de un bulto incontrolable, era una simple maleta grande con rueditas, y otra pequeña que no pesaba tanto. La grande sí pesaba, lo bueno era que tenía las rueditas y el peso no se notaba. Solo si había que levantarla se sentía el peso. En la grande llevaba, además de las cosas esenciales para su estadía, los regalos; regalos para todo el que le pareciera digno de recibirlo. Sabía las necesidades de la gente en aquel extraño país, que ya no conocía y que, indudablemente, era el suyo. Él tenía la costumbre de hacer obsequios a los que de alguna forma tuvieran contacto con él. No lo hacía como mecanismo de soborno, aun conociendo muy bien sus efectos y la naturaleza humana, tanto por dentro como por fuera, y sabía que un gesto de bondad podía abrir puertas o desvanecer malas intenciones. A él le gustaba dejar buenos recuerdos por donde quiera que pasara.

Antes de montar en el carro caminó hasta la orilla de la avenida y miró a ambos lados, a la lejanía; luego abanicó con la mirada el amplio panorama que tenía enfrente, recordando las tantas veces que debió de haber recorrido el trayecto que ahora contemplaba y no reconocía. Esta vez suspiró profundo, y con no poca tristeza volvió la cabeza y se encaminó hacia el carro. Chispa lo

vio, mas no escuchó el suspiro y siguió pensando que el viejo no era ni muy, muy, ni tan, tan. Bueno, habría que ver cómo fue la vida de este hombre aquí y los motivos que lo empujaron a dejar su tierra. Antes la gente no se iba por gusto, los acosaban tanto que no les quedaban opciones, así se lo contaron a él. Conocía los atropellos de los que se metieron en la embajada del Perú y de los que salieron por el Mariel, pero de esos tiempos se decía muy poco. «Los vuelos de la Libertad», donde las personas que pretendían abandonar el país se veían obligados a trabajar en una granja de sol a sol, bajo un régimen carcelario, recibiendo todo tipo de vejación y sin chistar porque le denegaban la salida por cualquier motivo. Hubo muchos que pasaron unos cuantos años en aquellas condiciones y al final no lograron salir. Más atrás todavía estaba el hecho de la salida masiva de Camarioca, que se oía mentar muy poco, o casi nada. Todos con las mismas características del éxodo de Mariel, el cual fue suspendido en poco tiempo porque todo el país quería salir por ese lugar; hasta él, que dio vuelta por el lugar y le cogió miedo, además de que ya habían cerrado. A él le gustaba hablar con un viejo que había estado preso porque le contaba de aquellos tiempos, aunque pensaba a veces que muchas de las cosas eran mentiras. No le cabían en la cabeza la cantidad tan grande de muertos y de presos que el viejo le señalaba con fechas, nombres y lugares. Esto es lo único que le hacía pesar que el viejo no podía mentirle. Le contaba que los mataban por cantidades, él mismo tenía cicatrices en la espalda de bayonetazos recibidos en el tiempo que estuvo preso. En la Cabaña, rara era la noche que no fusilaban. ¿Y por qué nadie decía eso? ¿Por qué todavía muchos lo ignoran? Y el viejo le decía: «Porque los cubanos no tienen memoria». ¿Serían verdad todos aquellos atropellos? Él corroboró unos pocos para convencerse. Lo que no entendía era por qué la gente lo había olvidado tan pronto.

—¿Qué le parece, le recuerda sus andanzas por ahí?

—Un poco —dijo Esteban. La verdad es que reconocía todo aquello como parte de algo, mas no guardaba recuerdo de un lugar específico y ahora lo veía todo muy extraño. Pasó muchas veces por allí, cientos, miles quizá. Lo que no recordaba era haberse bajado y sentado en el muro como ahora la gente acostumbra; es más, antes eran muy pocos los que lo hacían. En sus tiempos era magnifico, con la avenida bien nivelada, sin baches; ahora ya estaba deteriorado, hecho tierra como todo. La gente antes tenía muchos lugares donde meterse, ahora no. El hotel lo conocía de pasada, nunca se hospedó en él, ni recordaba si lo había hecho en alguno de la ciudad; quizá sí y ahora no le

venía a la mente. En aquella época no le hacía falta meterse en un hotel. Desde que vino a vivir a la capital, por los estudios primero y luego por el trabajo, tuvo siempre donde quedarse sin ningún problema. A los cabarés y bares de esos hoteles sí los visitaba. No con mucha frecuencia, por supuesto, pues él no era tan fiestero.

Miraba por la ventanilla sin reconocer algunos edificios. A veces, le preguntaba a su chofer, que se empeñaba siempre en satisfacer su curiosidad. Muchos eran viejos y no sabía nada de ellos.

—¡Qué deteriorada está La Habana! —dijo en un momento y se dio cuenta de que no debía hacer comentarios desdeñosos—. Bueno, esta parte —quiso arreglar lo dicho, después. Él no conocía a aquel hombre para manifestarse de esa manera, y la crítica despierta muchas veces emociones desagradables. Ya él no era un ciudadano de aquel país y los que estaban podían ofenderse por las insinuaciones de un extraño. Además de desconocer la forma de actuar de aquella gente que el Gobierno los había fanatizado.

—Esta es la mejor. ¡Si usted viera la parte vieja! Esa sí está vieja y arrugada — hizo mofa Chispa con lo que le tocaba y se rio. Esteban se rio también y le gustó la manera que tuvo para decirlo, pero pensó que no debía hacer críticas. En realidad, no era una crítica, era la verdad que estaba a la vista y no podía ocultarse. Recordó un cuento que le hizo alguien una vez, y que no era invención, era verdad: paseaban a un visitante muy interesante, un dignatario extranjero, por esta ciudad, y en un momento la persona se viró hacia su acompañante y le dijo: «tiene que haber sido muy cruenta la guerra en esta ciudad». No se sabe si por ignorancia o sarcasmo, el caso es que el anfitrión no se atrevió a decirle la verdad porque todos los errores había que taparlos—. No crea que le miento, señor Esteban —prosiguió Chispa—, yo vivo allá. Los edificios se están cayendo a pedazos y no hacen nada por repararlos. El que vive en ellos se está jugando la vida cada día. A veces, cuando me acuesto miro el techo y me horrorizo al pensar que el día menos pensado toda esa mierda nos cae encima y nos aplasta como a cucarachas. No exagero, mi viejo, ya eso ha ocurrido y seguirá ocurriendo hasta que no quede nadie a quien reventar. No pasamos por allá porque estoy cortando camino, es que hay lugares muy malos en esta ciudad.

Chispa analizó lo dicho y sintió temor con el nuevo cliente. De allá también venía gente que no miraban las ruinas, ni les interesaba, alababan solo los supuestos adelantos en la medicina, la educación y la equidad económica: falsedades todas, envueltas en papeles de colores, que los estúpidos se

tragaban. Que vengan a vivir a este país y verán lo que es el comunismo. El día que más coraje le dio fue con un tipo de esos que no sabía ni dónde estaba parado y que nunca había vivido en este país. A este sí lo puso en su lugar. Se dijo: «Ahora te voy a demostrar que lo que te han metido en la cabeza es mierda, que te han estafado». Le tocaba moverlo por seis días tanto en la capital como fuera. El primer viaje fue a Varadero, y fue también donde, sin quererlo, se le presentó la primera oportunidad. Por aquellos tiempos no permitían la entrada a los hoteles a nadie que no fuera extranjero, y el hombre había dejado el pasaporte en el hotel donde se había hospedado. Como el carro era viejo, las facciones de Chispa no engañaban a nadie y el individuo era medio prietito también, ni pasar a la cafetería le permitieron. Todo lo que iba a suceder lo sabía Chispa de antemano y no se enfadaba, más bien se alegraba de lo que les sucedía. Lo empujaba para que hablara con el administrador, con alguien que le pusiera asunto, que le ofreciera dinero a cambio de sus servicios, y ni con eso. Estuvo todo el tiempo con una tranquilidad tremenda, disfrutándolo con infinito deleite. Tuvo que improvisar en algunos momentos para no meter la pata, dejando ver que aquella situación era normal. El resultado fue que el tipo se vio obligado a regresar sin conseguir comer en ninguno de los restaurantes buenos del balneario. En la capital lo metía por todos los lugares más malos y lo hizo entrar a una cafetería del pueblo y comiera lo que les vendían a los ciudadanos: croquetas apestosas llenas de grasa y un pan con el que cualquiera se rompía un diente. Otro día, lo llevó a un hospital donde tenía una prima ingresada. Buscó la forma de pasar por el hospital y lo invitó a que lo acompañara a entrar y ver a la prima que tenía allí hospitalizada. Ahí el hombre medio que frenó en las ideas que llevaba en la cabeza. Cuando entraron a donde estaba la mujer, Chispa le preguntó qué le habían dado de alimento. Todavía no se lo había comido y le dijo: «Eso que vez ahí». Era una gelatina y un trocito de pan que un niño se hubiera quedado con hambre si se lo comía. El hombre, sabiendo que a los enfermos no les dan de cualquier comida, le dijo a la mujer que a lo mejor era por lo de su enfermedad y ella le aclaró que todavía no sabían lo que tenía porque no le habían hecho ni análisis. Lo que más impactó al hombre fue la suciedad en la que estaban los enfermos y la falta de cuidado. Por donde quiera, salían cucarachas que nadie se empeñaba en matar. Eran tantas que habría que poner una persona en cada sala para cazarlas. La prima de Chispa llevaba tres días allí ingresada y no le habían hecho ni una placa porque no tenía los materiales con qué hacerla, no había agujas para las jeringuillas, por

lo que no le habían sacado sangre, y por último no se había podido bañar por falta de agua, además de no haber llevado jabón. Los enfermos tenían que llevar el jabón de su casa. Ella le pidió a Chispa, mirando al hombre, que le llevara algún jaboncito si el señor le compraba algo en la diplotienda, que en todos esos días no se había podido lavar el culo. Y el hombre, apenado, le dijo que sí, que cómo no, él le mandaría algunos con su primo. Después de que salieron de allí, Chispa le dijo con la flema que había aprendido a manejar tan bien como el carro, procurando no caer en uno de los tantos baches, que había hospitales muy buenos, solo que eran para los extranjeros y los altos dirigentes. Las escuelas sí se veían bonitas, las nuevas. En ese aspecto, también Chispa le dejó ver la verdad: todos los alumnos tienen que trabajar en los planes agrícolas. Paró frente a un campo grandísimo sembrado de plátanos, le señaló los muchachos y le dijo: «Esos son los de aquella escuela por donde pasamos». Después pasó por un campo inmenso sembrado de tabaco y le señaló lo mismo: los alumnos trabajando. También le aclaró que si entraban a una universidad, tenían que hacerlo de igual manera, y después de graduado trabajar de tres a cinco años por un sueldo mínimo y en el lugar que le designaran; nunca donde uno quería. Todo esto se lo decía con mucha naturalidad, no dejando ver más que la resignación de alguien que sabe sus derechos. La mayoría de las veces terminaba las presentaciones diciendo eso es muy bueno por esto o por esto otro, dejando al individuo pensando si lo que decía estaba razonado o era una imposición que carecía de opciones. Hasta en una ocasión le dijo: «Múdese para acá, que yo me encargo de ayudarlo a ubicarse donde más le guste. Aquí lo tiene todo y, si se pone dichoso, hasta trabajo le dan en lo que usted hace». Resulta que el hombre era político en su país, de un partido de izquierda. Chispa no sabría decir a qué conclusión llegó el hombre porque, en los últimos días, dejó de hablar y ya nada le parecía bueno. Hasta se enfadó con unos de los empleados armando un escándalo en el *lobby* del hotel. Ahora con este viejo vería por dónde le salía, pero si se empeñaba en que le enseñara la realidad, ahí lo pondría frente a ella para que se dé en las narices.

## CAPÍTULO IV

Tomaron la vieja carretera central rumbo al este sin que Esteban pudiera controlar su asombro en cada tramo del recorrido, pues no reconocía por dónde iba.

–¿Y te gusta más trabajar de esta manera? –le preguntó Esteban, buscando cambiar el rumbo iniciar de la conversación además del interés que sentía por conocer las interioridades del hombre nuevo, el mecanismo que los movía. Este no era tan nuevo en edad, pero había nacido con la Revolución y representaba muy bien las generaciones de todos esos tiempos.

–Sí, aquí no tengo al jefe detrás. No me gustan mucho los jefes. Ninguno deja de usar el látigo.

–¿Y te resulta mejor económicamente?

–Oh, claro. Es como del día a la noche. Aquí no hay que preocuparse por nada y eso es una ventaja. Este carro no es mío, yo solo lo hago caminar. Lo cuido, como es natural, porque es mi comida. Yo no trabajaba en esto; ni un carretón de caballos había manejado en mi vida, pero mi jefe, que es mi amigo desde chico y que sí le sabe a esto un mundo, me lo propuso. La verdad es que lo vi difícil a principio, luego que me enseñó a darle para adelante y para atrás, pensé que esto era lo que yo necesitaba. No por lo que le digo tenga miedo, ya no soy un aprendiz, llevo dos años manejando. He recorrido el caimán desde la cola hasta el hocico.

–Es que trabajando de esta manera seguramente no acumularás para tu retiro.

–¿El retiro? Para eso me falta tanto tiempo que yo espero...

–¿A qué te dedicabas antes?

–Trabajé por cinco años en una fábrica de zapatos, de ahí me fui... Bueno, la verdad, me fueron. Luego estuve en la construcción, destilando ron y después no había tenido nada fijo. Iba haciendo lo que se me presentara hasta que caí

en esto. Aquí estoy muy bien. Si tengo que elegir entre los trabajos que he hecho, este me gusta más.

—¿Qué te pasó en esa fábrica de zapatos?

—¡Uh! Eso fue candela —pensó por unos instantes si le contaba la verdad o la dibujaba un poco. Encontró mejor decirlo con pelos y señas. Además, ¿qué de malo tenía ni qué le importa a este viejo decirlo más adelante? No era importante—. Hubo un tiempo en que los zapatos no se conseguían por ningún precio. Se habían perdido y a la gente les hacía mucha falta; todavía hay escasez, pero no como en aquellos tiempos. Los pagaban a precios muy altos. La tentación lleva al ratón a la ratonera, y yo no pude resistir. Con lo que uno gana no alcanza para nada, y a mí nunca me ha gustado pasar necesidad. Vi que algunos jefes inventaban y yo quise hacerlo también. La primera vez es la mala, ya después se le coge el gusto, y cuando uno viene a darse cuenta, está embarcado hasta las orejas. Me salvé de la cárcel porque nunca supieron que había sido más veces. O sí lo sabían, solo que alguien quiso tirarme un cabo.

—¿Sacabas zapatos? —preguntó Esteban interesado en la aventura del robo de los zapatos. Seguía mirando por la ventanilla sin dejar de ponerle asunto a su chofer. De vez en cuando lo miraba de reojo.

—Empecé por sacar un par pasándolos metidos en una lata de pegamento vacía: ese fue el inicio, el primer par. Me la jugué al pegado y coroné. Le saqué buen dinero. Me pareció un negocio redondo, y aunque no encontré otra lata, no dejé de pensar un momento en cómo sacarlos. No mucho tiempo después, me conecté con un socio que no trabajaba allá dentro, nada más entraba una vez a la semana a llevar refrescos a la cafetería de la fábrica. Como nos conocíamos de la calle y tenía confianza en él, le propuse facilitarle los zapatos allá dentro y que él los sacara en el carro. Lo hacíamos bien bonito, todas las semanas sacábamos dos pares nada más, uno para él y otro para mí. Al carro lo requisaban a la salida, solo que el socio tenía buenas mañas. Era un lince en eso de ocultar los zapatos. ¡Con decirle que nunca me dijo donde los metía! Era un secreto que no quería divulgar a nadie. El negocio no estaba malo y a mí se me hacía fácil tomar dos pares y dejarlos caer sobre el camión cuando estaba bajando las cajas de refresco. El departamento en el que trabajaba yo quedaba encima de la cafetería y no era muy vigilado. No lo vigilaban porque los zapatos que había allí no estaban terminados del todo. La terminación se la daban en otro departamento que sí estaba bien controlado. Además, él y yo si nos veíamos, no nos tratábamos. Eran las reglas.

—¿Entonces tenían que terminarlos afuera?



–Era solo ponerle las plantillas, los cordones y empaquetarlos. Las plantillas yo las conseguía y las pasaba amarradas en mis piernas. Con esas no había problemas, no era difícil sacar dos pares de plantillas y cordones. Si las tenía cuando llegaba el socio, se las tiraba también. Empaquetarlos no hacía falta tampoco, eso era un requisito para las tiendas, no así para nosotros.

–¿Y en cuánto se vendían los zapatos esos en la calle?

–Más de lo que yo ganaba en un mes un solo par. ¿Se imagina qué negocio? Cualquiera lo deseaba. Y yo no tenía ni que venderlo, mi socio me daba los baros sin más ni menos.

–¿Por cuánto tiempo lo estuviste haciendo?

–Con el camionero no llegó a un año, se jodió la cosa cuando el puñetero tuvo un accidente y lo cambiaron de ruta. Y con el que entró por él, me aconsejaron que no lo intentara porque el tipo no servía, era fu. Luego de un tiempo ideé tirarlos por encima de la cerca y un primo mío los cogía al otro lado. Ahí me volví a joder, atraparon a mi primo vendiendo un par. No me echó *pa'lante* porque era un *volao*, haló seis meses en una granja. Ahí no paró mi negocio, no, ¡qué va! Ya no podía dejarlo, me había enviciado a coger el dinero fácil y empecé a sacarlos en piezas y los armaba a fuera. Cuando estaba preparándome para sacar el segundo par, me atraparon. No me metieron cárcel, me hicieron un juicio ahí mismo, en la fábrica, frente a todos los obreros. Acordaron botarme deshonrosamente. Después con esa mancha en el expediente era mejor morirse, nadie me daba trabajo. No me permitían ni pasar cerca de las zapaterías.

–¿No te daban empleo?

–Si tenía que trabajar con materiales de fácil transportación o de mucha demanda en el mercado, no. Los que están en esos lugares no quieren competencia, ellos se lo llevan todo y no les gusta compartir, no le dan un chance a nadie. Todos son unos ladrones, desde el que limpia hasta el administrador. Bueno, el jefe no tiene obstáculos para llevarse lo que quiera. Sí, mi viejo, no crea usted que son todos los que están, ni están todos los que son; aquí nadie tiene lo suficiente como para no tener que robar. En la construcción no hay casi nada que llevarse y ahí fui a parar un tiempo. La construcción es muy dura. El *currelo* ahí es despiadado y no hay nada que pueda llevarse. De la construcción me fui y me puse a destilar alcohol y ahí fue donde me gané el nombre de Chispa.

–¿Y eso por qué? –preguntó Esteban no hallando la relación muy clara. Le pareció que sería por lo inflamable del alcohol.

–La verdad es que el nombre no es Chispa solo, tiene su apellido que muy pocos mencionan y a mí no me interesa: Chispa de Tren.

–¡Ah! por esa bebida que ustedes inventaron no hace tanto.

–Exactamente. Como yo la fabricaba, vendía y, además de eso, la consumía, empezaron a llamarme por ese nombre que hoy todos me conocen. Sí, aquí uno está expuesto a cambiar de nombre en cualquier momento. Si te agarran robándote un chivo, te ponen El Tipo que se Robó el Chivo. Por la ley del menor esfuerzo, al final te dejan Chivo, pelado.

–Es muy interesante –dijo Esteban sin dejar de reír.

–Sí, cuando te cae en el estómago es como si te encendieran por dentro y parece que botas candela por todos los lados.

–¿De qué la extraen?

–De la miel de la caña, que se le llama miel de purga. Es una bebida muy fuerte y destruye a las personas por dentro. A pesar del riesgo, fue el tiempo que mejor viví: el dinero me entraba por chorro, de la misma forma que salía el alcohol del destilador. ¡Con decirte que me convertí en el suministro de muchos bares!

–Los bares clandestinos.

–No, qué va, ningún bar clandestino; bares del Gobierno, de los hoteles. Hasta de hoteles de primera me encargaban. ¿No entiende? Los que trabajan en los bares son unos lince, rellenan las botellas buenas con el que me compraban a mí y le sacaban diez veces el costo. A ellos le pasaban inspecciones de vez en cuando y le medían los grados de alcohol en el ron, no así la calidad. Como no pueden echarle agua y el alcohol de reverbero está desnaturalizado, tienen que santiguarlo con lo mismo, porque se joden si los cogen fuera de base. Entonces todos estaban detrás de mí. Había uno que me decía: «Asere, tengo una clientela de rusos que se lo disparan puro y dicen que es igual al vodka *Stolichnaya*». Si no me paran, le habría puesto marca y todo. Fue mi mejor tiempo, me parecía que todos los días eran de fiesta, y los pollitos detrás de mí que se me juntaban. No diferenciaba los días de la semana, confundía los lunes con los domingos, y el resto de la semana eran sábados. Para que lo entiendas mejor, me convertí en un maseta.

–¿Qué es maseta?

–Rico: un hombre rico, como los que antes había aquí.

–¡Ah! ¿Y dejaste de hacerlo por el daño que hacía a la salud?

–No, qué va, hubiera seguido; el daño no me importaba. De todas maneras, hay que morirse, y mejor es con gusto que con disgusto. No me fue posible

conseguir más miel y, como todo aquí, se jodió. Me quedé pelado como un plátano. Estaba tan ensimismado en los placeres de la carne y la embriaguez del alcohol que no pude ver que el chorro se cortaría un tiempo más adelante. Fue un verdadero desastre, de un día para otro, como si dijera «ayer todo y hoy nada»...

Se detuvo esperando a que Esteban le hiciera una pregunta, y cuando lo miró de reojo notó que no lo iba a hacer porque le estaba poniendo toda su atención al paisaje que corría veloz por la ventanilla de su costado. Quizá ya hacía rato no le ponía atención a lo que decía. No habló más y se aferró al timón sin dejar de pensar que con aquel ritmo de vida no hubiera llegado tan lejos. Algunos de los mayores bebedores de Chispa de Tren habían muerto de cirrosis hepática y los que aún quedaban parecían momias vivientes. Él tuvo una precaución: trataba de tomar lo menos posible. Chispa, con el dinero que hacía, compraba bebida de calidad. Cuando le faltaba esta era que le metía al Chispa. Los amigos de verdad le decían que se alegrara, que iba camino a un precipicio inevitable, que todo lo que sucede, conviene. Él no lo veía de aquella manera, para él fue un desastre; un verdadero desastre del cual nunca se repuso. Lo que más extrañaba era a las mujeres. Después de que se le acabó el negocio le costaba trabajo empatarse con ellas. Ni las que habían estado pegadas a él, diciéndole siempre que lo querían con el alma, le miraron más la cara. Si lo veían por un lado cogían por otro. ¡Qué desmemoriadas le salieron las muy cabronas! Mientras Tin tuvo, Tin valía; ya Tin no tiene, Tin no vale. La raja y el dinero tienen una clara relación para el hombre: si no posees dinero, carecerás de mujeres; si tienes dinero, te sobrarán. Es una ley como las de Newton, Pascal o cualquier otra, que se cumplen con exactitud. La mujer es el fruto de la discordia, la manzana por la cual pereceremos todos, el demonio hecho carne; pero no podemos vivir sin ellas, que nos consume el fuego del infierno.

Esteban iba pensando que recorrer los caminos que un día había andado en su juventud no era ni sería la fuerza que lo había arrastrado a esta aventura. Sí era verdad que ahora se daba cuenta que ver de nuevo a su amada tierra le agradaba, pero esto no podía significar el motivo inicial, porque él no estaba loco. Además, la alegría no era tal; tristeza le daba todo lo que veía.

Era una situación general donde la decadencia minaba cada aspecto de la vida del ser humano. Estaba rompiendo en mil pedazos la imagen bella y prodigiosa que había guardado por muchos años y con la que soñaba casi todas las noches. Esto le molestó mucho. Ya nada podría reparar aquella

fantasía que lo había ayudado a vivir tanto tiempo en un exilio prolongado y agotador. De ahora en adelante, una dolorosa realidad se encargaría de estrujarle el corazón, las noches se alargarían y a los amaneceres les costaría más trabajo entrar por las ventanas, convirtiéndose para él en esperas angustiosas. Su gran amiga Olimpia Rosado se atrevería a decirle en su cara, como lo había hecho con otros amigos, que igual que él, habían viajado a donde un día fueron expulsados: «No solo rompiste el compromiso contigo mismo, sino que has roto la imagen que te alimentaba. ¿De qué vas a vivir de ahora en adelante». Era verdad que los pasos que estaba dando lo alejaban del que un día fuera, pero... Siempre hay un pero que se encarga de mantener las esperanzas, de restablecer la continuidad que había sido truncada. ¿Y el compromiso con la vocación que juró llevar hasta el fin de su existencia? Se sonrió al pensar en que siempre su conciencia lo acusaría de haber hecho lo que estaba haciendo, pero el amor al sagrado deber de la divulgación de la verdad se encargarían de absolverlo.

No queriendo malgastar el viaje en el tormento que le ocasionaba la dura realidad que palpaba ni en autoacusarse, evocó momentos felices y se distrajo ligándolo con algunos paisajes que entraban por la ventanilla y resultaban menos perniciosos.

Hubo un momento en que Chispa lo miró extrañado al notar que se había puesto risueño sin que él hubiera hecho un chiste, ni aun hablado. Entonces, Esteban se dio cuenta de la distracción y se volvió hacia él y dijo una bobada para justificar su desliz y dedicarse a pensar en lo que se empleaba. ¿Daría con los hombres que esperaba encontrar? Si no los hallaba, se dedicaría a espulgar en lo que sus ojos captaban, y al carajo su proyecto.

Los campos estaban verdes, pero no como antes. Les faltaba intensidad y fortaleza, ya no eran tan bellos, escaseaban las palmas, observó sin esfuerzo. Había algunas regadas en la distancia. Los palmares sí habían desaparecido, fueron casi borrados del paisaje, se veían muy pocos. «¿Qué habrían hecho con aquellos árboles que tanta hermosura le proporcionaba a la campiña cubana?», se le escapó la pregunta que Chispa no supo contestar. Él no notaba la falta de ellas, ni de cuenta se daba que las palmas pudieran haber disminuido. Nunca se había fijado en que antes existían tantas palmas y ahora no se veían, quizá ya faltaban desde antes de nacer él o el viejo no está muy claro en lo que dejó de ver hace tantos años. Si se sabía que era árboles tan bellos, ¿por qué ya no se ven entonces? ¿Les habría caído alguna plaga? Las que se veían estaban muy bonitas, sobresaliendo por encima de los demás

árboles. Nadie que viviera dentro de la ciudad tendría clara respuesta a aquella sencilla interrogante, ni los que eran muy chicos o no habían nacido por esos tiempos. El que no conoció los inmensos palmares y los imponentes laureles que bordeaban la carretera central no los extrañaba. Quienes los habían visto, reconocían que faltaba algo. La carretera central estaba deteriorada, ya no se parecía a lo que una vez fuera. Antes había, por tramos, lo que parecían túneles por la cantidad de árboles que crecían a un lado y al otro uniéndose por encima. La hilera de muros, enlazados por un par de cables protegiendo los lugares donde la cuneta era profunda, ya no estaban. Todo había cambiado para mal, nada era igual; todo era peor. De la carretera central se pasaron a otra que era ancha, y que Esteban no conocía. Esta era más amplia, aunque sin señales y llena de huecos por todos los lados. Parecía muy vieja o mal construida. Tampoco le habían sembrado árboles por los lados. En la otra sí los había, por los dos costados estaba llena de matas grandes y copiosas que le brindaban al transeúnte una sombrilla natural para taparse del implacable sol del mediodía. Los rastros se salían de la carretera, se metían debajo de los árboles y descansaba cuando estaban agotados. Eran también el refugio de los caminantes que recorrían la isla de punta a cabo sin encontrar casi nunca donde asentarse. Chispa le explicó que era la autopista que el Gobierno se vio obligado a construir para que pudieran pasar los grandes y pesados equipos militares y luego, los que habían virado al revés todos los campos, tumbando los montes, haciendo presas, carreteras y roturando tierras que habían estado toda la vida llenas de montes improductivos. Esteban no quiso que parara en ningún lugar ni ir donde se hospedaría, no quería desperdiciar un solo minuto. Se dirigió hacia donde esperaba encontrar a unas personas como si se trataran de agujas en un pajar y él estuviera medio ciego.

La primera impresión que sintió al entrar al pueblo fue la de no haber estado nunca en él, a pesar de notar en las edificaciones cierta similitud con las imágenes que guardaba en su vieja memoria. Debían de ser las mismas, ya envejecidas como tú, Esteban. ¿No te das cuenta de que los años están hechos de esmeril, de que por eso cada día nos gastamos un poquito más, de que nada se resiste al paso implacable del tiempo? Las casas estaban destruidas y las calles no tenían más baches porque no le cabían. Parecía un pueblo después de sufrir una terrible guerra donde no había indicios de reconstrucción, al menos, por el momento. ¿O es que la guerra no había terminado? «Buena observación», se dijo mientras sus ojos se llenaban de asombro por donde quiera que pasaba. A la gente se le veía caminando, moviéndose al ritmo de

los trajines cotidianos. No obstante, les faltaban las sonrisas que antes se dejaban ver a cada momento. ¿Te diste cuenta, Esteban, que las personas son otras? No es para menos después de una cruenta guerra. ¿Quién va a sonreír? Ya había aceptado que, a pesar de que el pueblo fue ocupado por los invasores y desalojaron a los que lo defendían, parecía como que la contienda bélica continuaba, que las trincheras permanecían abiertas y las tropas esperaban un contraataque. Todo esto lo habías oído decir siempre, mas sentía las dudas, poniendo en tela de juicio lo que otros contaban. Cuando tú lo cuentes, quizás haya quien se resista a creerte y hasta te diga en tu cara que eres un gran mentiroso o que la arterioesclerosis te había cogido de lleno. ¿Y qué harás? Nada. Amarrarte en una discusión donde la presión te suba y tengas que correr a tomarte la pastillita, acostarte un rato y no dormir bien esa noche, llegando a la conclusión de que la realidad no todo el mundo la percibe de la misma forma. ¿Es algo que no te enseñaron o es que nadie lo sabe? Bueno, un día escuchaste a alguien hablar de la relatividad y solo lo asociaste al tiempo. Hoy te das cuenta de que esa teoría es aplicable a todo, absolutamente a todo. ¿Cuántas personas no te parecen entupidas? Pues bien, ellos pueden tener la misma opinión de ti.

## CAPÍTULO V

Había transcurrido mucho tiempo, se percató Esteban al salir al pasillo y ver las luces prendidas. Más allá de donde terminaba el edificio, la oscuridad de la calle confirmaba que la noche había caído sobre la ciudad hacía ya algún tiempo. No portaba reloj por la razón de no verse nunca presionado por este, así que no le produjo desazón alguna saber que el tiempo había corrido vertiginoso mientras él se hallaba dentro. No le importaba el tiempo, nunca le había importado cuando estaba trabajando; ahora que este corría en su contra y a más velocidad, intentaba darle menos importancia. El caso es que a veces se sentía atosigado. Tuvo que hacer un esfuerzo para recordar que sería media tarde cuando entró y que afuera un tórrido sol lo derretía, sacándole el sudor por todos los poros. La hora exacta de la entrada no podría saberla tampoco porque no había visto ningún reloj en la calle, y pensó que no le preguntaría al chofer cuando llegara al auto, no necesitaba saber nada del tiempo maldito, maldito tiempo. No quería tener conciencia del tiempo transcurrido mientras estuvo metido entre las cuatro paredes del sombrío cuartucho que su ocupante se empeñaba en llamar oficina. La camisa se le había secado en el cuerpo. Se palpó en algún momento, sin detenerse a averiguar por qué, si estaba en un lugar que no tenía ventilación alguna, y la humedad se le manifestó desde que asomó la cabeza. El calor era tan intenso o más que en la calle. Sabía que el cuerpo se adapta un poco al ambiente cuando no es muy rudo, en un espacio de tiempo mayor, no en el que él pasó allí dentro. Liberarse del sol le pareció grato en los primeros instantes. Al traspasar el umbral de la oficina, se dio cuenta de que el cambio lo eximía nada más de los rayos incandescentes de este, no así del intenso calor: dentro existía una atmósfera densa y rara que hacía pensar que algo se estaba cocinando en entre aquellas cuatro paredes. Entonces, recordó que había oído

o leído que en los espacios cerrados y oscuros, donde la luz no penetra y el aire no circula, el calor es menos. Quizá fuera cierto, porque su cuerpo se había refrescado un tanto y la camisa se le despegó de la espalda a no mucho de entrar a aquel lugar. Pudiera ser que su ocupante conociera aquella teoría y ese fuera el motivo por el cual la oficina permanecía tan oscura y cerrada. El mal olor era debido a la falta de circulación del aire, y ese no tenía otra forma de espantarse si no abrían las ventanas y la puerta.

Al salir del edificio se quedó parado unos segundos esperando recuperarse a medida que aspiraba con fuerza el aire caliente, no viciado, de la calle. Caliente todavía porque la noche no había tenido el tiempo suficiente para refrescar lo que el sol había calentado en todo el día. Afuera seguía notándose el calor, no como la llama abrasadora suspendida sobre su cabeza, ni el encierro hosco a que se dejó someter con entereza. Miró a ambos lados de la calle sin darle importancia al auto que lo esperaba aparcado en la acera del frente. No tuvo la certeza de la decisión programada inconscientemente: salir, montar en el auto y marcharse. Sabía que tendría que hacerlo, no había alternativas posibles; montaría en el carro y se iría, solo que prefería caminar por la calle un rato hasta que las ideas regadas en su cabeza se organizaran y fueran al lugar que les correspondían, o se asentaran un poco, porque estaban revueltas y lo atormentaban. Sintió una comezón en el estómago, pero saber que en poco tiempo llegaría al hotel en que se alojaría y que allí encontraría lo necesario con que acallar sus tripas, lo liberaba de toda preocupación. Atravesó la calle, tocó con los nudillos en la ventanilla del auto y se pegó al cristal para mirar dentro. La luz que salía por la ventana abierta de la casa más próxima iluminaba por completo el auto. Los cristales estaban a media altura y el chofer dio un salto, lo miró extrañado por unos segundos y después acabó de bajar el cristal por el que Esteban estaba asomado. El rastro del sopor en su cara fue el reflejo de un sueño truncado. Ya estaba embelesado otra vez cuando sintió los toques. Había dormido mucho, en dos trozos de tiempo. En el primero durmió hasta que despertó con la vejiga que se le quería reventar y tuvo que ir a donde había entrado su cliente y pedirle permiso al portero para ir al baño. Él tenía unas cuantas maneras de orinar sin ir al baño: en la vasija que guardaba la gasolina cuando estaba vacía, abriendo un poco la puerta o haciéndose que arreglaba algún desperfecto. Otras veces le empalmaba una manguerita al embudo que usaba para echarle aceite al carro y la sacaba por uno de los huecos que la alfombra del piso tapaba y por ahí salía el líquido amónico. Aquel día no podía usar ninguna de las tretas porque se había



estacionado frente a una oficina donde estaba su cliente y en la acera que estaba arrimado le quedaba la ventana de una casa que a cada rato una mujer se asomaba a ella. Estar tan cerca de todo no le permitía usar ni la manguerita, el artificio más sofisticado, y no le quedó más remedio que pasar la calle y pedirle permiso al portero donde había entrado Esteban para que lo dejara ir al baño. Después de regresar volvió a dormirse y soñaba que, tras haber pasado mucho trabajo corriendo por dentro de un estrecho y caluroso túnel, se montaba al fin en un avión que lo sacaba de la tierra a una vertiginosa velocidad, y que todas las casas y edificios le iban quedando detrás y perdiéndose en la nada. No se dirigían a otro país, más bien se alejaban de ellos, de la Tierra, rumbo al espacio sideral, a otra galaxia. Cuando ya creía sentir la emoción de quien logra realizar un gran deseo, el piloto se viró hacia atrás y le dijo que lo regresaría porque lo habían llamado para comunicarle que lo devolviera, que él no tenía el consentimiento para salir de la Tierra. Entre el piloto y él había un inmenso cristal que los separaba. Entonces él, creyendo que podía convencerlo, le contestó que ya no se podía, estaban muy alto, y el piloto insistió pegando la cara al cristal y diciéndole que lo tiraría desde allá arriba si se resistía. Iba a pelear con el piloto por no bajarse cuando notó que la cara de este se transformaba en la cara de Esteban y que le sonreía. Esteban le estropeaba la fantasía; en cambio, lo salvaba de una pelea a muerte con el degenerado piloto, porque ni muerto pensaba bajarse.

A pesar del calor y de haber tenido que ir al baño, había dormido muy bien salvo por el sueño que había tenido. Las calles estaban solitarias y los carros que pasaban muy pocos. Era una costumbre dormir mientras esperaba por los pasajeros. No le molestaba para nada el intenso calor. El carro no tenía aire acondicionado; era más, nunca lo tuvo, no lo trajo de nuevo; estaba seguro, porque no se le veían las rejillitas por ningún lado. Era un Ford tan viejo que en aquellos tiempos los carros no llevaban aire. Él conectaba un pequeño ventilador que tenía sobre la pizarra, levantaba un tanto los cristales de las ventanas, ponía los seguros a las puertas y esto era suficiente para dormir a pierna suelta todo el tiempo que tuviera que esperar. Esperar paciente era parte de su oficio y no se molestaba por más tiempo que se prolongara la espera, ni que un calor sofocante lo castigara metido entre aquellas chapas de metal, que habían sido chapisteadas y reforzadas un montón de veces, tomando la espesura de un viejo sartén. Descansaba lo más que podía porque nunca sabía, cuando se aferraba al timón, qué tiempo pasaría sin volver a tomar otro descanso. También la noche anterior, a pesar de haber

recogido temprano a su cliente en el aeropuerto y soltarlo en el hotel sin contratiempo alguno, se acostó y no logró conciliar el sueño. Le preocupaba siempre el inicio de un viaje donde nunca lograba descifrar, en los primeros momentos, incluso días, las características de sus clientes. Era agradable conocer personas distintas cada vez, aunque le habían tocado algunas que mejor no recordarlas. No todos, por supuesto, eran agradables.

Ahora estaba moviendo a este viejo que le parecía muy comprensible y hasta interesante, solo que le costaba trabajo abrir la boca para decir algo o seguir una conversación de más diez palabras. Respondía todas las preguntas, dándole la impresión de que no le gustaba hablar mucho. Contrariamente, esta cualidad lo incitaba a un constante juego de preguntas estudiadas, obligando al viejo a salirse del mutismo. También lo hacía para distraer a sus pasajeros, ganarse la confianza y recibir una buena propina. Lo había experimentado y le daba muy buenos resultados. Solo si el cliente no quería hablar no podía forzarlo, había que dejarlo tranquilo. Alguien que conocía muy bien el carácter de los seres humanos le había recomendado no ser impertinente, no hacer preguntas estúpidas, esperar a ser llamado a la conversación para dar sus puntos de vista, callar si no sabe de lo que hablan y, por último, el tema nunca debe ponerlo él. Él trataba de seguir las reglas, aun sintiendo deseos de hablar de un tema diferente. Otra de las recomendaciones que nunca lograba poner en práctica era la de llamar a los clientes por sus nombres. Se aprendía con facilidad los nombres, sin que los usara la mayoría de las veces. En su lugar empleaba algunos apelativos populares que solían usar y que, al parecer, no disgustaban. El que más le salía a la boca era el de *asere*, a pesar de saber que no debía usarlo con todo el mundo. A sus amigos o conciudadanos, los llamaba por sus apodosos o, en algunos casos, por asere. A la gente del interior no les gustaba el asere, no lo empleaban casi en sus jergas. Con Esteban empezó a usar desde los primeros momentos de conocerlo a la salida del aeropuerto el de *viejo*, o *mi viejo*, que era más suave, porque era como si fuera su padre. El de *mi padre* lo utilizaba indistintamente, aun siendo las personas menores que él. La palabra *señor* estaba proscrita desde los inicios de la Revolución; la deportaron junto con los que representaba. Algún sesudo dijo que era propia de la burguesía, y esa casta había desaparecido del país; en su lugar estaba la de *compañero*. Él lo sabía porque en la escuela se lo enseñaron. Un día quiso averiguar el efecto que hacía y se la espetó a un hombre que le pareció idóneo para la prueba. Resulta que este hombre siempre andaba de traje, los zapatos brillantes y no tomaba la guagua. Todas

las mañanas llegaba un auto a recogerlo en la puerta de la casa. También vivía en una casa muy lujosa, una de las mansiones que dejaron los señores, o él era uno de ellos que había quedado rezagado. Le pareció que esta era la estampa real de un burgués según las descripciones que hacían de esta especie humana. Siempre que él iba a coger la guagua se lo encontraba pegado a la verja esperando su auto. Ya casi se conocían por verse todas las mañanas al pasar, claro, sin saludarse. Como el hombre viraba la cara o caminaba unos pasos hacia adentro, nunca lo saludaba. Daba la impresión de que no quería saludarlo, ni a él ni a nadie. Casi siempre el hombre, cuando lo veía acercarse por la acera, caminaba hacia adentro. El día que no se apartó de la verja porque ya su auto estaba llegando, lo saludó diciéndole: «Buenos días, señor». Era la primera vez que lo saludaba y el hombre solo lo miró de reojo, no le contestó el saludo. Quizá no lo oyó, pensó sin averiguarlo mucho. Al día siguiente, el hombre se fijó en él desde que dobló la esquina. Y él se dio cuenta de que se movía intranquilo detrás de la verja y se separaba un poco de ella; más que de costumbre. Cuando ya él estaba cerca, el hombre se viró completamente dándole la espalda, como si mirara a alguien que lo llamaba desde la casa. Él no tuvo en cuenta ese gesto despreciativo ni la distancia, y volvió a saludarlo. Al otro día ya el hombre no estaba pegado a la verja, parecía entretenido contando los pasos que habían de esta a la casa. No fue motivo para dejar de saludarlo. Elevó la voz y notó cómo el hombre se estremecía al escuchar las mismas palabras. Desde la primera vez supo que lo estaba mortificando, pero como le cogió odio porque el hombre no le devolvía el saludo, ni le decía que no dijera más señor, sino compañero, continuó su hostigamiento. Continuaría saludándolo de esa manera hasta que se le encarara y le hablara. Eso era lo que buscaba, se había empeinado en esa estupidez que hasta la encontraba entretenida. Desde que se levantaba pensaba en el saludo del hombre, y si este le dijera algo, cómo le respondería él. Anhelaba que el hombre lo esperara agarrado a los hierros de la verja y lo insultara, no le importaba lo que le dijera, quería oír sus palabras. Los dos siguientes días no lo vio, no estaba en el jardín, ni en el portal ni en la estrecha acera que iba de la casa a la verja, y pensó que era verdad que le molestaba el saludo de aquella manera. Habría cambiado la hora de salida para no verlo más. La motivación, lejos de menguar, creció. Así que al día siguiente se paró en la esquina y esperó unos minutos, dando tiempo a ver si el auto que lo recogía aparecía en la calle. Era un Lada *beige* del Gobierno que ya no se le despistaba. Dos o tres días más pasaron hasta que una mañana, al llegar a la

esquina, vio que el Lada se acercaba a recoger a su asiduo pasajero, y él apretó el paso, alcanzándolo antes de montar. Esta vez notó que el hombre tuvo la intención de decirle algo, pero se contuvo y solo le dio una áspera y nada agradable mirada. Se sintió contento con su actuación, ya no lo dejaría tranquilo por nada del mundo. Extraño le pareció el día siguiente: el hombre estaba parado en la parte de fuera, mirando hacia la esquina por donde él llegaba a la calle. Lo estaba esperando. De momento sintió un poco de temor, luego se repuso y caminó decidido a enfrentarlo si le decía algo.

–Buenos días, señor –le dijo como de costumbre, ocultando el nerviosismo que lo hizo mascullar las palabras. El hombre no se había apartado del medio de la acera.

–¿Por qué usted me llama señor? –le respondió el hombre con la cara ofuscada y voz potente.

–¿Es malo llamarlo por lo que parece? –contestó y quiso continuar su camino, pero el hombre lo detuvo con su respuesta.

–Sí, y quiero que no me salude más, de ninguna manera.

Él miró al hombre unos segundos, con deseos de decirle que estaba bien, que no lo saludaría más. Entonces recordó que aquello lo hacía por averiguar una sandez, por divertirse.

–En la escuela me enseñaron que debo saludar a cualquier persona cuando me cruce con ella, y yo lo veo todos los días a usted. Y lo de señor es porque las señas que me dieron de ellos encajan muy bien en usted. Además, su arrogancia es una de las características de esa gente, me dijeron.

–Eso es una falta de respeto.

–Decir la verdad no es falta de respeto.

–Si me llama compañero, le devolveré el saludo.

Entonces se viró para continuar su camino mientras le decía:

–No, señor. Lo seguiré llamado como siempre hasta que me expliquen por qué todos los señores no se fueron.

No vio que el hombre se puso colorado como un tomate y le gritó:

–No sabes con quién te metes, soy diplomático y puedo hacer que te cojan preso.

Entonces él se paró, lo miró e hizo un gesto, usando todo el cuerpo, como extrañado, y le gritó:

–¿Usted diplomático? Ah, sí, yo he comido ese pudín, no me gusta porque sabe a huevo de gallina –y siguió, sabiendo ya que tendría que abandonar ese juego y, sobre todo, el camino. Luego se enteró de que el hombre tenía un apellido

con nombre de una verdura y no era mentira que fuera diplomático. ¡Uy, qué raspe! Dejó de cruzar por aquella calle no fuera a ser que lo mandara a coger preso de veras. Desde entonces, sabe que la palabra *señor* tiene espinas para muchas personas.

A Esteban no le dio tiempo a reaccionar, no quería montar en el auto, deseaba caminar un poco hasta la cafetería que se encontraba a cuatro cuadras. Recordaba muy bien el trayecto: en la esquina, doblar a la izquierda y recto hasta la cafetería.

–Necesito caminar un poco, estoy entumecido. Espérame en la cafetería donde nos dieron la dirección –le dijo al chofer y salió caminando. Era cierto que las piernas las tenía con un poco de hormigueo, pero eran las palabras de Mapo las que habían provocado aquella caminata. Debía pensar bien qué haría. Si había sido una suerte encontrar a uno de los que creyó muchas veces que estaban muertos, esto no satisfacía sus expectativas plenamente. Le daba muy pocas esperanzas: Mapo no recordaba lo esencial de sus viajes a aquella región; incluso, lo confundía. Y si no recordaba este detalle, ¿qué podría aportar a su proyecto? Que el hombre estuviera integrado al proceso no le parecía una dificultad, suponía que la inmensa mayoría lo estaban. El hombre estaba hecho un dirigente de primera línea en el pueblo. Estas condiciones lo hacían dudar si volvía o no. Se había portado muy afectuoso y hasta le pareció no notar que él venía del extranjero. No le preguntó en ningún momento qué hacía, ni dónde estaba. Lo tomaba como a alguien que continuaba realizando el mismo trabajo en el mismo lugar, que la cantidad de años transcurridos no representaban cambios sustanciales nada más que para él. Bueno, en algunas partes no se equivocaba. Esteban seguía haciendo periodismo; ya no en aquella isla, por supuesto. En dos o tres ocasiones estuvo con la boca abierta para decirle que todos esos años que habían dejado de verse, él los había vivido en otras latitudes, pero se contuvo porque se dio cuenta de que no debía decirlo a no ser que se viera precisado. Si le dijo que seguía ejerciendo su profesión, no era mentira; si le hubiera preguntado dónde vivía, podría haberle dicho que en el mismo sitio y esto no sería tampoco una falsedad, él continuaba viviendo más o menos en el mismo lugar al que llegó después de salir de este país: Los Ángeles, California. Se había mudado unas cuantas veces, eso sí, siempre dentro de la misma ciudad, lo que no representaba un cambio sustancial como para tenerlo en cuenta a la hora de decir que ya no vivía donde antes.

El mundo evoluciona tan rápido que nada permanece en el mismo sitio por

tanto tiempo. Consciente de esa particularidad y de lo efímero de la vida, sus planes partían de la base de encontrar a un hombre. Ahora, después de transcurridos tantos años encontraba a uno tal y como lo había calculado. Igual que si no lo hubiera encontrado: este hombre no contribuía casi en nada a su objetivo, más bien lo desalentaba un tanto. Recordaba nada más a otro y decía que ya había muerto. Mantenía en su memoria solo a Demetrio y para colmo este hombre había muerto en una misión internacionalista en Angola. A los otros que trabajaron con él no los recordaba ni atrás ni adelante, y menos a Armando. Con mucha dificultad se acordaba de las veces que le tocó mover a personas por los pantanos infestados de cocodrilos, que lo llevaron a zonas inhóspitas donde los carboneros vivían en condiciones infrahumanas, de la misma manera que vivieron, siglos antes, los aborígenes. Fue por aquellos tiempos que le dieron a manejar un camión para transportar carbón y madera. Por razones de ninguna importancia lo involucraron en el proyecto que se gestaba. Esteban trató por todos los medios de hacerle recordar a la persona más interesante de aquellos tiempos, el jefe, que casi siempre salía con ellos, pero resultó infructuoso. Ni muchos de los detalles tampoco recordaba. Es que no fueron tantas las veces, Esteban, como para que alguien que no tuvo que ver nada con el asunto lo recordara con suficiente claridad. Lo que le pasaba a Mapo era que nada más lo usaban en aquellas labores por su transporte. Él no trabajaba para la empresa que desarrollaría la colosal obra ni le importaba lo que ellos iban a hacer. La relación que mantuvieron Mapo y Demetrio más tarde, según le contó, se debía a la parte política. Por eso le costó tanto trabajo ubicarlo guiándose por lo que Esteban los relacionaba. Era más, Mapo no lograba conectar a Demetrio en lo que él hacía en esos tiempos; no aceptaba haberlo conocido en esa época. Afirmaba que Demetrio nunca antes tuvo amistad con él. De esa manera se le presentaba a Esteban el escenario en el que tendría que lidiar.

Habían sido unos cuantos los que estuvieron relacionados con Esteban, pero solo intimó con tres de ellos. Con Armando fue con quien siempre cortó muy bien; tanto que hasta en su casa durmió las veces que tuvo que visitar ese pueblo. Indiscutible era que Demetrio y el que había encontrado siempre se portaron muy bien con él; pero Armando, además de buena persona, era cariñoso. Y de la madre de este, ni hablar. No hubo una sola vez que llegara a la casa que ella no lo abrazara, le diera un beso y de inmediato pusiera la cafetera en el fogón para hacerle un cafecito, como si lo conociera de toda la vida. No tenía duda de la mucha suerte que había tenido en entablar relaciones

con personas agradables y cooperadoras. En general todas estas personas habían sido muy buenas, no sabía si debido a las circunstancias o a su material genético. Era lamentable que Mapo no se acordara de él, aunque siempre pensó que solo podía servirle como vehículo y no como fuente informática.

Esteban llegó a la región por la mañana, pero ya era de noche. Tenía que hospedarse en un hotel que quedaba a más de treinta kilómetros, por la misma carretera, al este. Le dijeron que ya en el pueblo no quedaban casas de huéspedes. Cuando él lo visitaba sí las había. Nunca las usó porque se quedaba en casa de Armando debido a la estrecha amistad que habían entablado.

Ahora, después de un chorro de años, cuando ya nadie debía recordarlo, regresaba al mismo lugar y por la misma razón que lo hizo en aquella ocasión, aunque con diferente propósito.

Era muy claro que los tiempos habían cambiado tanto como para no reconocer a nadie.

Le fue reconfortante que en poco tiempo diera con uno. Ubicar a alguno de ellos significaba que estaba dando pasos firmes y muy bien orientados. Pudo haberlo encontrado antes, lo que ocurrió fue que el nombre no concordaba. No es que se lo hubiera cambiado, ni mucho menos, más bien se trataba de todo lo contrario: antes todos lo conocían por un apodo que hacía muchos años dejó de pegarle. Ya solo los amigos más viejos, y que eran muy pocos, lo nombraban por tal apodo. También era cierto que él no hizo nada por quitárselo, no le interesaba para nada que lo llamaran como quisieran. Debido a que se había convertido en un respetable personaje, y sin él pretenderlo, los habitantes del pueblo fueron desechando el sobrenombre. Era lógico que Esteban no conociera la trayectoria de este hombre y los cambios experimentados en todos esos años. La situación se tornó confusa cuando Esteban preguntaba por alguien que algunos reconocían por la semejanza de características; no así por el sobrenombre. Les daba risa a quienes se los mentaba. Por supuesto que Armando y Demetrio eran nombres comunes que no provocaban miradas pícaras y maliciosas como el de Mapo. El significado de la palabra Mapo parecía que nadie conociera ya, a lo que Esteban tuvo que explicarle a más de uno su significado, dejando a todos incrédulos y creyendo que el viejito ya se le había ido una zapatilla. Mapo se le llamó a un pez que desapareció de los ríos de la isla desde los inicios de la Revolución, como si sus cualidades fueran antagónicas con los cambios sociales que empezaron a producirse el primero de enero de mil novecientos cincuenta y nueve. Su

característica más sobresaliente era su boca y por ella le habían aplicado el displicente apelativo a este hombre. Fue comiendo algo en una cafetería que alguien le dijo que pudiera ser el jefe de Asuntos Comunales de la ciudad, indicándole la oficina de este hombre. Sin más indagación ni muchas opciones, allí fue a parar un poco más tarde. Era un edificio viejo, con las paredes despostilladas y un color indefinido que el tiempo se había encargado de mezclar. Un portero le salió al encuentro y con el nombre que ya llevaba escrito en un papel reclamó una audiencia con el tal Melchor. Sería un bochorno para Esteban estar equivocado porque se vería obligado a llamarlo por Mapo si no lo recordaba con claridad.

A Esteban le pareció bien que fuera un hombre asequible con quien trataría. El portero regresó un par de minutos después para conducirlo por un largo pasillo en el que al final estaba la oficina del enigmático personaje. Frente a una puerta medio descuadrada que abrió el portero, quedó Esteban parado sin atreverse a entrar.

–Entre, compañero, entre. Pase y cierre la puerta –dijo una voz saliendo de algún lugar que Esteban trató de ubicar, pero que sus ojos no lograban ver por ningún lado. Con la poca luz que reinaba en la oficina y que venía de una claridad incandescente, trabajo le costaba a Esteban ver una cara oscura en un lugar oscuro. Aun sin verlo se dio cuenta de que tenía que hablar y decirle el motivo de su presencia. Bueno, no el motivo real, sino el ficticio, el aparente.

–Mi nombre es Esteban y soy periodista –dijo Esteban presentándose.

–Sí, eso ya lo sé –le cortó con rapidez el hombre sin intentar ponerse de pie–. Es la razón por la que lo estoy recibiendo. Estaba esperando unos minutos más para marcharme y no hubiera atendido a nadie si no me dicen que es usted periodista. Le dispongo a usted el poco tiempo que me queda, siempre y cuando no venga a preguntarme estupideces y luego salgan de aquí diciendo cosas que yo no he dicho. He tenido amargas experiencias en asuntos que han tergiversado, no sé por qué. Así que las reglas del juego son bien claras. Si es usted uno de esos que no escribe claro lo que alguien le responde, no se tome el trabajo de sentarse, salga de aquí inmediatamente y dígame a su jefe que Melchor no quiso atenderlo.

Ahí se detuvo, tomó un respiro mientras Esteban se empeñaba en detectar la cara de la persona que le había hablado. Solo después de dar otro paso más hacia donde salía la voz, logró ver algunos rasgos faciales saliendo de la oscuridad como una foto en los inicios del revelado. De la claridad que él venía le llevaba un tiempo adaptarse a la impenetrable oscuridad que reinaba



en aquel cuartucho que llamaban oficina.

—No —dijo Esteban unos segundos después de ubicarse mejor, y obligado por la pausa que el hombre hacía, conminándolo a una respuesta sólida y que, lejos de insultarlo, le infundía ánimo. A él le gustaba la persona agresiva, recelosa y un poco engreída para hacer sus entrevistas. Esos pajuatos muy corteses y en clara armonía con su interlocutor no valían un artículo enjundioso. Si no hay contradicción, no hay agarre, no puede haber arremetida. Esta no era una entrevista de ese tipo, aunque muy bien le hubiera gustado—. No he venido a hacerle ninguna entrevista para ningún periódico, solo he querido verlo porque lo conozco ya hace muchos años y pasaba y me dije: «¿Cómo no llegas a ver a tu viejo amigo? Le debo favores».

Melchor se paró y la bombilla que pendía del techo y que con mucha dificultad derramaba su luz mortecina, esclareció un tanto la fisonomía; no lo suficiente como para que Esteban reconociera a su viejo colaborador de hacía tantos años. La vieja imagen guardada en su memoria no tenía ninguna similitud con la que tenía frente a él. La voz tampoco le pareció conocida, así que para no meter la pata decidió preguntarle si a él antes lo llamaban por Mapo. La reacción del hombre fue instantánea, eléctrica. Levanto más la cabeza, salió de detrás del buró y caminó dos pasos hacia Esteban. Esteban quedó paralizado y pensó en que quizá el sobrenombre le hubiera causado ofensa. Antes de contestarle lo reparó de arriba abajo midiéndolo como si fuera un sastre y Esteban un cliente que le hubiera dicho que quería un traje cortado a la medida.

—Sí —dijo secamente, sin dejar de mirar con intensa atención a Esteban—. Antes, hace muchos años. Yo a usted no lo recuerdo. No me parece haberlo visto nunca. Explíquese un poco más.

—Yo lo conocí cuando usted manejaba un camión. Se lo habían dado por aquellos días. Si mal no recuerdo, era el primer vehículo que usted manejaba. Le faltaba un poco de experiencia y solo le permitían conducirlo en el campo —contestó Esteban analizando que le costaría trabajo hacerlo recordar un tiempo muy lejano, aunque aquellos detalles no debía haberlos olvidado.

—Ya veo, ya veo que tiene usted muchos datos míos que ya ni recordaba. Sí, estoy más o menos ubicado en el tiempo, pero yo a usted no lo encuentro en mis archivos. Han pasado muchos años, debe tener en cuenta... Perdóneme, es inevitable que se le borre a uno las facciones de una persona, el tiempo es muy despiadado. Dígame algo más sobre nuestra amistad a ver si lo saco en limpio. Aquella época fue muy convulsa y los cambios, bruscos. Habíamos vivido

muchos años de atraso y de buenas a primera llegó el cambio. Cualquiera no lo asimila bien. Trajo como consecuencia discrepancias y agravios, trajo también los adelantos que hoy tenemos, la buena educación, la Medicina y el ser libres. Estábamos carentes de muchas cosas, de libertad más que todo –Se detuvo, entendiendo que Esteban debía ofrecerle una pista más. Esteban pensó que el hombre calculaba bien sus palabras y su voz tenía un timbre atemperado de elocuencia, pareciéndole que estaba acostumbrado a hablar mucho, a debatir, a dar órdenes y, más que todo, a sacar a relucir el «prodigio» de la Revolución: un libreto que dominaba a la perfección. Parecía que no le importaba ver, o en verdad no veía, la destrucción y la deformación tan descarnada que habían sembrado en un pueblo que lo tuvo todo. Trataba de manifestar la ilusión de los primeros momentos, todo aquello que se le habían quedado impregnado en su cerebro y que mantenía ventilándolo cada vez que podía; solo ya hacía muchos años un porcentaje muy alto de la población estaba convencido de que los habían engañado miserablemente, de que le habían dado gato por liebre. Este era uno de los que no había evolucionado, comprobó Esteban sin tener que hacer ningún análisis exhaustivo. Estaba bien claro.

–Bueno, yo...

–Ya, ya lo tengo –lo cortó Mapo–. ¿Cómo no, chico? Ya sé quién eres. Siempre andabas con una agenda donde anotabas todo y una cámara fotográfica, no las dejabas ni para ir al baño. ¡Qué cosa más grande! Oye, de eso hace muchos, pero muchos años, una vida. Quién te va a recordar. Los años no pasan por gusto. ¿No nos habíamos visto más? ¿Cuál es tu nombre?

–Sí, yo siempre andaba con una libreta donde anotaba casi todo, era mi instrumento de labor, y...

–Sí, yo llevaba en el camión a mucha gente, a muchos lugares, periodistas, camarógrafos, gentes importantes... No sé con exactitud quién eres. Tú eras de los que le tirabas fotos a cualquier cosa. ¿Cómo me dijiste que te llamas, de dónde venías?

–Había un problema que...

–¡Acabáramos, chico! Fue por lo de la vaquería, donde las vacas se morían a diario por montones y no dábamos con la causa. Rodeamos toda la zona, metidos entre los matorrales pasábamos las noches buscando sorprender a los que estaban haciendo sabotajes, matando las reses. Qué cosa aquella, viejo. Creo que uno de ustedes, los periodistas, fue quien descubrió que la hierba sembrada hacía poco tiempo, en uno de los potreros, contenía algunas matitas

intercaladas que se convertía en veneno cuando tomaban agua. Es que el agua le había echado un líquido que decían era bueno para matar las garrapatas. Y sí, era bueno de verdad, si no comían esa hierba extraña y maligna. ¿No habrías sido tú mismo el que resolvió el problema? Es que los potreros eran nuevos y no teníamos mucha experiencia en eso de la ganadería. Fíjate bien, yo nunca me tragué aquello de que fue un error de parte de nosotros, ahí estuvieron las manos asesinas del imperialismo. Ellos no aceptaban los cambios que el pueblo pedía a voces.

—No, ese no es el caso, yo fui unos de los que vino a este lugar cuando el proyecto de la...

—Ahora sí te tengo. ¿Fuiste tú quien criticó arduamente las confiscaciones de las arroceras que luego convertimos en cañaverales?

—No. Supe de ese asunto, pero no fui yo.

—Te pregunté por preguntar, me imaginaba que no lo fuera, no podía serlo porque aquel tipo se convirtió en un trapo. Mira tú qué cosa, venir a criticar lo que la Revolución estaba haciendo para el bienestar del pueblo. Había que tener gandinga, chico. Si la caña era lo que nos hacía falta, ¿por qué sembrar arroz? ¿Tú no crees? Un ingeniero que había por aquí, llamado Ernestino Abreu, fue quien enchuchó al periodista. Los dos eran contrarrevolucionarios, tanto él como el periodista.

—Fue por esos tiempos —dijo Esteban dándose cuenta que a Mapo le costaría mucho trabajo sacarlo en limpio. De cierta forma se alegraba. Estaba viendo que era un tipo muy fanático—. Yo vine por los planes acuíferos. Usted nos transportó unas pocas veces. Tuve más contacto con otras dos personas, que quizá los recuerde muy bien porque eran de por aquí.

—No. Yo no recuerdo eso que tú mientas. Si te hice algún favor, estoy satisfecho porque te hayas acordado de mí y vinieras a saludarme, lo malo es que no logro limpiar tu imagen. Aclárame bien a ver quiénes eran esos otros.

—Uno, el más alto, se llama Demetrio; el otro era trigueño, más bajo y le decían Armando. Ellos eran buenos amigos y trabajaban juntos.

—Me suenan esos nombres, lo que no acierto darme cuenta de quiénes eran. Hay alguien que... No, no debe ser.

—Uno era economista y el otro ingeniero. Ya llevaban un tiempo de graduado, lo supe desde que los conocí. Eran de aquí, yo creo, aunque no trabajaba en la zona. Vinieron a pedido del ministro de Agricultura, si mal no recuerdo. Por lo del proyecto que le dije.

Entonces Mapo, movido por un resorte, pegó un salto, se le acercó a Esteban y

lo zarandó como si quisiera quitarle el polvo de encima. De momento se puso tan contento que hasta las lágrimas querían salirseles. Esteban no supo que pensar, aquel alarde le pareció más un cumplido que cualquier otra cosa. Exageraba, porque, a decir verdad, no era para tanto. Parecía que rememoraba vivencias de aquella época y se emocionó.

–Pero, viejo, si ya eres otra persona. Qué cosa más grande. Yo te daba por muerto. ¿Cuánto tiempo sin vernos?

Esteban se alegró del cambio de su anfitrión, pero no se tragaba la píldora, estaba haciendo un teatro. De todas maneras, no le importaba si fingía conocerlo o no, lo que le interesaba era que lo llevara donde los otros si no podía ayudarlo. Al final le tiraba un cubo de agua fría. ¿Tan mal lo veía? Era verdad que los años no podían ocultarse, pero él creía que exageraba un poco.

–Tú estás muy bien. Los años no te han hecho mucho daño –dijo Esteban por cumplir con el reglamento de la decencia y la hipocresía, no estando tan bien como lo había dicho. Claro, este hombre era unos cuantos años más joven, y si se comparaban parecerían hermanos. La diferencia más visible era que Esteban estaba calvo y Melchor conservaba su pelo intacto, solo que bastante blanco. Esteban pensaba también que tal vez por dentro no estuviera tan minado como él y esto lo hiciera sentirse de mejor manera.

–¿Cómo te acordaste de mí, viejo?

–No he dejado de hacerlo, siempre los he tenido presente, tanto a ti como a Demetrio y a Armando. Eran mis ayudantes. Bueno, tú eras quien nos movía en el camión a todos, así que dependíamos de ti. Sin ti nadie podía entrar a la ciénaga, no solo por el transporte, sino porque conocías al dedillo todos los recovecos. Además, aquella zona era muy peligrosa y cualquiera caía en una tembladera o en las fauces de uno de sus habitantes: los cocodrilos.

–Oh, sí. Yo me conocía muy bien la zona. Y a esos bichos los cazaba con bastante facilidad. En una pierna llevo yo el recuerdo de uno de ellos. Eran muy feroces. A ese tal Demetrio me parece que lo conocí, lo que creo no era así como se llamaba. ¿Por casualidad tenía una cicatriz en la ceja derecha?

–Sí, ese mismo. Esa era la seña distintiva que yo no recordaba. Me has hecho recordar bien su físico. También usaba bigotes y no se afeitaba con regularidad, le gustaba andar medio barbudo.

–Exactamente, ese era él. Sí era su nombre, pero nadie lo llamaba por él. Su apellido era Pérez, lo que pasa es que él tenía otro nombre más y la gente dejó de llamarlo por Demetrio. Un compañero excelente, murió en Angola.

–¡Oh!, ¿sí? Qué pena. Era un hombre muy bueno.

–Sí que lo era. Sobre todo, muy revolucionario. Se caracterizaba por su disposición en las tareas que la Revolución le asignaba. ¿Y tú, te sigues dedicando al periodismo? –Melchor continuaba de pie, como si ya quisiera despedir al viejo periodista. Pero Esteban había ido a buscar unos datos y no le importaba molestar a nadie con tal de conseguirlos. No se iría hasta no obtener una pista del otro hombre que faltaba en su rompecabezas, agotaría todos los recursos a su alcance por lograrlo. Faltaba otro individuo, que le brindaba la esperanza de mantener con vida su proyecto.

–Sí, es una profesión que nunca se deja, un sacerdocio. Además, siempre hay de qué escribir, investigaciones que realizar, trabajos que nunca llegan a terminarse. No es duro porque da placer, satisfacción. Bueno, como cualquier oficio que a uno le guste.

–Hace algunos años estuve en la URSS y visité el periódico Izvestia. Eso sí se puede llamar periódico, es bellissimo. Con unos colores fantásticos y una organización asombrosa. Me llevaron también al Pravda; claro, este no es como el otro, ¡qué va! Hay un trecho grandísimo de uno a otro. Yo fui por casualidad, no era mi ruta, lo que pasó fue que iba involucrado con unos colegas tuyos y me vi precisado de bajar con ellos y recorrer los talleres de esos grandes periódicos. Sí, yo he viajado mucho a otros países. En África estuve un tiempo. Claro, ahí no fui a turistar, ahí tuve que fajarme a los tiros. No fue por mucho tiempo, solo estuve ocho meses. Por entonces ya se veía que los rusos no querían continuar dándonos apoyo en África. No sé lo que pasó ahí, los planes eran fantásticos, nadie podía detenernos. Avanzábamos a un ritmo incontenible, hasta que un día dijeron que teníamos que recoger y marcharnos. Yo había regresado ya y no querían enviarme de nuevo por la edad. Para mí no representaba ningún esfuerzo extraordinario. Hubiera ido de buenas ganas si me lo hubieran pedido. Tenía todavía mucha energía; hoy, ya no tanta.

Esteban no le ponía tanta atención; no le interesaba lo que el hombre decía, pero no quedaba otra alternativa que escucharlo y, cuando llegara la oportunidad, meter la paleta e indagar algunos datos de los que él iba buscando. Ya estaba en el camino que deseaba transitar. De ahora en adelante debía tomar extremas medidas para navegar bordeando los escollos sin que Melchor se percatara de sus intenciones.

–¿Y entonces cuál es tu trabajo en esta oficina? –le preguntó Esteban para hacerlo hablar sobre su vida. No había que empujarlo tanto, él era locuaz, lo que hacía más fácil el trabajo investigativo.

—Oh. Yo soy el jefe de todo esto. No tengo límites en el trabajo. La Revolución es muy grande y benévola. He estudiado mucho, todavía hoy en día lo sigo haciendo. Tenemos que estar al día en todo. No he ido a ninguna universidad como fuero otros, como han podido ir mis hijos; eso sí, he pasado cursos de todos los tipos. Con decirte que soy militante del partido desde hace treinta años... Para lograr eso hay que hacer grandes sacrificios y un sinnúmero de labores. He ocupado puestos muy importantes por mis conocimientos, organización y mi carácter combativo. Por mi edad me han dejado en este puesto. A mí sí me da lo mismo estar detrás de un buró que directo en la calle. Como si tengo que coger nuevamente un timón. A nada le temo, me debo a la Revolución y a mi Comandante en jefe. Los cubanos nunca antes tuvimos esta oportunidad que nos brinda este Gobierno. Cualquier niño puede soñar con lo que desee ser sin que al final se sienta frustrado. Antes, tú lo sabes muy bien, los pobres no teníamos derecho ni aspiraciones de entrar a un centro de enseñanza superior, eso era solo para unos pocos, los elegidos. Ahora, no te digo que te lo pongan en las manos sin que lo merezcas, tienes que demostrar el interés y el valor personal, la calidad del hombre nuevo. Todo está al alcance del más humilde, tú lo sabes muy bien.

Esteban movió la cabeza de arriba abajo, dejando que una irónica sonrisa se le estampara en la cara por unos instantes. Prefería no hablar, era mejor. Todo el mundo quiere ser escuchado; él solo deseaba no tener que abrir la boca para nada, no le importaba otra cosa que convertirse en oído. Así que Mapo no tendría problema, no sería interrumpido en ningún momento a no ser que quisiera recibir una respuesta. Si tenía que hurgar lo haría, de seguro. Hasta el momento no era necesario, su amigo lo único que pretendía era hablar, hablar y hablar. Por supuesto que Esteban se vería obligado a escuchar historietas que no deseaba, ajenas a su voluntad. Ni modo, no le quedaba más remedio. Esto era parte de su trabajo. Por dentro seguía sacando conclusiones. Melchor le estaba contando lo que le enseñaron a decir o lo que él siempre había escuchado, alejado un tanto de la realidad; mientras, Esteban se dedicaba a escucharlo. Tenía que dar oídos, poner toda la atención por si daba un resbalón y caía en el tema que le incumbía.

Y prosiguió sin dejar de mirarlo con suma atención:

—Yo no fui a la universidad porque tú sabes, cuando uno tiene cierta edad, la dirección de una empresa y la responsabilidad de un hogar, las letras no entran ni con sangre. De cualquier manera, yo sé más que cualquiera de esos ingenieritos y economiquitos que no saben nada más que hacer rayas en

papeles. Sí, ya por entonces me habían dado la tarea de empujar por este lado, echando hacia adelante el país, era necesario meterle con las mangas al codo. No nos alcanzaba el tiempo. No he parado un solo instante, nos debemos al pueblo y por él lo hacemos. Ahora todo está hecho, antes había que pulirla. Les hemos construido una carretera a los jóvenes para que transiten por ella sin otro obstáculo que el de sus propios pasos: si eres hábil y luchador, llegarás al final; si no, quedarás en el camino. Nada ha sido fácil, lo hemos logrado por la dirección tan brillante que tenemos. Había que hacerlo por el país y por nosotros mismos. Gracias a esa dirección con la que hemos contado este es el único país del mundo donde la corrupción no existe. A ti te ha tocado la información. Es verdad que escribiendo no se come, aunque es necesario informar a la gente de los avances y el progreso. No, no te ofendas, quiero decir que si no aramos la tierra y sembramos el boniato, no podemos comernos un periódico. Así de sencillo. Hay compañeros que le dan más valor a la información que a cualquier otra tarea; yo no, la verdad; no se la veo. Me gusta mucho más mirar un campo sembrado de cañas que hojear un libro o un periódico. Vuelvo y te repito, entiendo el valor que representa dar a conocer los logros alcanzados en tal y más cual renglón de la economía, los triunfos en los deportes, los adelantos en la medicina y la educación, lo comprendo, pero que no me diga nadie que con eso logramos llenarnos la barriga.

El teléfono sonó y Melchor cortó ahí mismo la conversación. Fue hasta su butaca, se sentó y cogió el teléfono a la vez que se repantigaba.

—Oigo, oigo—dijo en un tono grave. Buscó con la mirada sobre el buró y luego en el piso, debajo de sus pies. El buró no tenía nada más que una libreta y dos o tres hojas de papel en blanco que un diminuto busto de Lenin, hecho de yeso y, a modo de pisapapeles, se encargaba de mantener unidas y ordenadas. Se paró, haló la butaca y rebuscó insistente por el piso—. Espera, que no encuentro con qué tomar nota.

Rápidamente Esteban sacó un lapicero y se lo extendió.

—Ya—dijo al que le hablaba y fue repitiendo lo que le decían—: Un camión para ir a traer los plátanos y diez hombres para cortarlos.

De forma sintetizada escribía en una de las hojas de papel que había sacado con mucho cuidado de debajo del pisapapeles. Después de hablar unos pocos minutos con el que estaba al otro lado del auricular, se despidió y se viró hacia Esteban:

—Problemas y más problemas, siempre problemas. Oye, Esteban, tengo que ir casa de un compañero a resolver lo que me pidieron. Siento no estar más

tiempo contigo. Ven otro día más temprano y te llevaré a dar una vuelta por algunos departamentos.

—¡Oh!, sí. Voy a estar unos días por estos lugares. Te veré luego.

Ambos se acercaron y se estrecharon las manos. Melchor lo acompañó hasta la puerta y lo despidió con una palmadita en el hombro a la vez que le manifestaba el gusto que le había dado haberlo visto de nuevo. «Mentiroso — pensó Esteban—, si ni me has reconocido».



## CAPÍTULO VI

Molesto se sintió Esteban cuando llegó al hotel y no pudo lograr que dejaran quedarse a su chofer, ni siquiera a llevarle la maleta a la habitación. Era cierto que no estaba contemplado en su reserva y que él desconocía ese detalle tan humillante a que eran sometidos los habitantes de aquella isla. Ni en un hotel de dudosa calidad pagado con moneda extranjera por un visitante, el cubano que vivía allí tenía derecho habiendo habitaciones disponibles. «Muchísimas —le dijo el de la carpeta—pero no podemos». Esteban no le veía la lógica, dejaban de ganar dinero con esa absurda medida y excluían a los que de una forma u otra habían apoyado al Régimen o, al menos, habían vivido allí siempre. Chispa se lo dijo antes de que Esteban fuera a intentar resolverle una habitación. Ni ofreciéndole dinero extra logró sobornar al empleado. El hombre no se portó grosero ni maleducado, lo que hizo fue tratar de convencerlo. Después de explicarle a Esteban las leyes por las que tenía que regirse, se le acercó de forma más bien simpática que confidencial, y le dijo: «Con la falta que me hace ese dinero que usted me ofrece me atrevería hasta a matar a una persona, pero lo que me pide a cambio es más difícil. Perdería el trabajo y lo más probable es que me metieran preso. Esto está lleno de chivas».

Le aclaró que ningún acompañante podía pasar al interior del hotel ni a la cafetería o el restaurante, ni mucho menos quedarse. Todos esos servicios eran exclusivos para los extranjeros. Cuando Esteban le dijo que él era cubano como los demás, el hombre se echó a reír y se limitó a decirle, también de la misma manera: «No lo crea, viejito».

Chispa, conociendo bien el castigo que podía recibir si se atrevía a hacer algún esfuerzo, le restó importancia al asunto y le dijo a Esteban que él iría a dormir a casa de una prima que vivía no muy lejos de allí. Resuelta la

situación de aquella manera, Esteban fue a la cafetería del hotel, mandó hacer dos sándwiches y le sacó uno a Chispa. Luego regresó, se comió el de él y fue para la habitación a descansar de un día bien empleado. Estaba acostumbrado a dormir unos minutos por el mediodía y aquel día no lo había hecho, y lo más probable era que no pudiera hacerlo en días sucesivos. No se sentía extenuado de un todo, solo un poco de dolor en las piernas. El temor a que el cuerpo se resistiera si le exigía demasiado era lo que lo preocupaba.

Resumiendo la jornada del primer día en un país que se le presentaba desconocido, concluyó que se había encontrado con uno de los hombres, otro estaba muerto y faltaba el de más valor: Armando. ¿Por qué Mapo no se recordaba de Armando si, de acuerdo a la posición que tuvo en aquellos tiempos, era el que más carga llevaba en todo ese asunto? Así lo veía y así era. Este hombre era a quien habían designado para ejecutar el grandioso plan que devendría en una inigualable proeza. No debía olvidarse a un individuo que figuraba en el primer plano. Pudiera haber sucedido que Armando no trascendiera debido a lo efímero del proyecto y pasó a ocupar puestos sin importancias en los tiempos subsiguientes. ¿Y Mapo sabría todo lo que tú manejabas, Esteban? Quizá también estés equivocado, ten presente que muchas veces la memoria distorsiona hechos en el tiempo. En ocasiones has comprobado errores sustanciales en el concepto de un acontecimiento, tomados tanto por ti como por otras personas. De cualquier manera, ahora sentía que le costaría mucho trabajo, si es que al fin llegaba a conseguirlo. Siempre creyó que de tres, uno debía encontrar, y así mismo se presentaba la realidad, solo que el encontrado era el que menos valor significaba en esta trama. El cálculo no falló, no dejaba dudas, lo malo era que el resultado no fue favorable.

No fue mucho el tiempo en que estuvo enfrascado en la búsqueda de alternativas posibles. se quedó dormido sin ver ninguna que le brindara un tantito de claridad. Unos golpes en la puerta lo sacaron con brusquedad del incipiente sueño. Sorprendido se quedó cuando abrió la puerta y vio la figura de Mapo con los brazos en jarras, frente a la puerta. No supo qué pensar en aquel momento, solo estaba claro que algo extraño había llevado a aquel hombre hasta allí.

–Me imagino que ya estabas dormido, aunque no debe de ser tan tarde.

–Sí, ya estaba dormido. No acostumbro dormir tarde y estoy cansado. ¿Qué hora es?

–No sé, hace tanto que perdí el reloj que ya nunca hago algo guiándome por él.

No resisto esos aparatos que cada minuto te recuerda lo que tienes que hacer. Bueno, viejo, me dio pena tuviera que cortar la conversación que manteníamos. El puñetero teléfono nos entorpeció: ese es otro que será muy servicial y todo lo que se quiera, pero es un entremetido de marca mayor; cuando menos lo esperas, ahí está sonando, y si no lo atiendes es capaz de volverte loco. ¡Al diablo con él también!

–Oh, sí. Claro que fuimos interrumpidos por la llamada que te hicieron –respondió Esteban sabiendo que Mapo no había ido a verlo por esa razón, nada le hacía pensar que ese fuera el motivo. Si bien era cierto que la conversación fue truncada por aquella llamada, el interés de continuar debía partir de él y no de Mapo. Esteban había dejado abierta la posibilidad porque obligatoriamente tendría que volver, pese que a Mapo debía resultarle insignificante. Hablar de algo que ya ni recordaba carece de interés para cualquier persona. Esto estaba claro, Esteban. Ahí debía de haber algo que tendría que dilucidar con rapidez para tomar las medidas pertinentes si Melchor no se lo soltaba de sopetón. ¿Qué era?

–Bueno, viejo, déjame pasar y conversemos dentro –propuso Mapo viendo que Esteban había quedado clavado en medio de la puerta y no lo invitaba a pasar. No era por descortesía, sino por la parálisis que le había provocado la extraña visita. Para que resultara más extraña todavía, estaba cargada de incongruencias. Esteban no recordaba que en algún momento le hubiera dicho a Mapo dónde estaba alojado. Quizá era fácil suponer que fuera en aquel pueblo por la razón de ser el más cercano y donde debía de haber hoteles. Pero por encima de esa conjetura un poco carambolesca, tocaba esclarecer cómo dio con el hotel y, un poco más interesante aún, su nombre. A él le llamaban Esteban aquí, allá y en todos los lugares, hasta en los documentos de viajero aparecía como Manuel E., lo que la E podía ser de Emeterio, Ernesto o cualquier otro nombre que empezara con E. No tenía tiempo de analizarlo con detenimiento en aquellos momentos, ni quería manifestar su preocupación, cosas difíciles porque todo lo conducía a un laberinto tenebroso. Se adhería a aquella nebulosa, no tener claro quién era él: en ningún momento lo había sacado en limpio. Había bordeado los hechos que los relacionaban no llegando a reconocerlo con suficiente nitidez.

–Sí, cómo no. Entra.

Mapo entró y Esteban cerró la puerta.

–Está muy bonito el cuarto –dijo Mapo mirando en todas las direcciones. Esteban lo mandó a sentar en una de las dos sillas que había arrimadas a una

mesita, no sin antes haber quitado el maletincito de las medicinas que estaba en encima.

–No tengo nada que ofrecerte y yo creo que la cafetería cierra temprano. Si mal no recuerdo, creo que me dijeron que hasta las diez estaba abierta –dijo Esteban disculpándose.

–No te preocupes, chico, yo a veces no tomo ni agua. ¿Sabes?, me puse a hacer memoria cuando te fuiste y me recordé mejor de ti.

–Yo pensé que si ahondabas un poco en tu memoria me encontrarías donde van a parar los recuerdos olvidados. No es muy corto el tiempo, y muchas veces uno recuerda con más claridad hechos muy distantes y los recientes los olvida con increíble facilidad. A mí me pasa.

–Sí, es verdad –dijo Mapo y dejó escapar una sonrisita que no venía al caso. Esteban la interpretó como un trozo de leña seca que le echaba al fuego de sus sospechas, casi seguro de que hilos invisibles estaba moviendo a aquel hombre.

–¿Y qué es lo que recuerdas?

–Pues las veces que te llevé en el camión. Otra cosa que recordé después de que te fuiste fue a la persona por la que tú me preguntaba: Armando. No me venía a la mente porque él hace ya mucho tiempo nos abandonó. Además, nunca trabajé directamente con él, por lo que no llegamos a ser buenos compañeros.

–¡No me digas! –lo cortó Esteban lamentándose y pensando que la cosa se había puesto muy fea. Había salido de la oficina con la esperanza de que este hombre estuviera vivo, no le importaba si en otro lugar, y ahora resulta que estaba muerto. Todas las ideas se le venían a bajo como un castillo de naipes.

–Bueno, está vivo, pero es como si no lo estuviera, ha perdido el juicio. Ya hace unos cuantos años se volvió loco. Le pusieron tratamiento y no lograron regresarlo al estado normal. Es lamentable lo que le ocurrió. ¿Tú sabes por qué no lo sacaba en limpio? Porque yo nunca trabajé tan cerca de él y también porque se quedó rezagado. Un hombre con tan buenos conocimientos no supo aprovecharlos. Quizá ya venía medio fundido. Son cosas inexplicables, a veces.

–¿Y dónde está?

–Es tremendo. Se ha convertido en uno de los pordioseros del pueblo. Vive y muere en el cementerio. Bueno, la verdad, hace tanto que no lo veo por la calle que no sé si está vivo o muerto. Es agresivo y mal hablado. Si te pide una limosna y no se la das, puede que te agreda. La gente le teme, no debían

haberlo dejado en la calle, es un peligro.

De momento no supo qué pensar. Lo más probable es que ya no pudiera continuar su proyecto. ¿Cómo iba a encontrar las otras personas si ni los nombres recordaba? Y Mapo decía que no sabía de ningún proyecto, y él le creía; no debió de incumbirle aquel tejemaneje en el que se involucraron unos pocos, y agregó que nunca se había hablado más del asunto. Si él mismo lo había olvidado por tantos años, ¿qué podrían recordar estas personas?

–Sí, es lamentable. Él no era tan viejo.

–No me habías dicho que tú venías del extranjero.

–Te dije que estaba de visita, solo que no te aclaré que venía del exterior – dijo Esteban corroborando la primera hipótesis de que algo extraño había movido a Mapo a visitarlo al hotel. Le pareció una obligación preguntarle cómo se había enterado, pero cuando quiso hacerlo Mapo se le adelantó respondiendo la pregunta sin que él tuviera que formularla:

–Me dijeron en la carpeta que tú eras un turista extranjero.

–Hacía muchos años que deseaba venir sin que la oportunidad se me presentara.

–Cuando estuviste allá esta tarde, me dijiste por qué andabas por acá, pero lo olvidé.

–No. No creo que te lo dijera. Son varios los motivos –Esteban tomó paciencia y recapacitó, pretendiendo dar una imagen natural, clara y precisa, con una respuesta improvisada. Se dio cuenta de que no le daba tanto miedo caminar por estos pantanos no llenos ahora de cocodrilos, sino de intrigas y figuraciones. A nadie le había contado sobre su proyecto, por lo tanto, ellos no eran adivinos–. Si recorría los lugares cercanos a la capital, me costaría más trabajo viajar acá. Las energías no son muchas. Además, lo más difícil se hace primero, lo sencillo se deja para el final. Así me lo enseñaron en la escuela. Por esta zona tengo algunas amistades y dos o tres lugares que quiero visitar. A ustedes quería verlos porque siempre los he recordado y hoy me caían a mano. No pensé hacerlo sino cuando ya fuera de salida. Y mañana quiero visitar un lugar arqueológico que me gustaría que fuera en horas tempranas por el calor; es muy fuerte en estos tiempos.

Mapo escuchaba con gran atención. Intentaba, como lo hacía Esteban, ocultar sus verdaderos propósitos. «Había aprendido muy bien su libreto o las cosas eran de aquella manera», pensaba Esteban. No podía decir si era de una forma o de otra, no dilucidaba con claridad las intenciones.

–Pero ¿no vas de nuevo por allá?

–No sé... Ya que has venido a conversar un tiempo más conmigo y me dices que Armando está loco, no me parece que vuelva. ¿Tú crees que no me reconozca? ¿Y si se pone mal y me agrade?

–Él nunca me ha reconocido a mí. Bueno, ya te dije que hace mucho no lo veo, no sabría si todavía está por ahí, a lo mejor sí, solo que debajo de la tierra. Ve por mi oficina, quiero conversar un poco más contigo. Ya que te encontré en esa parte de la memoria que tú dices y que te tomaste la molestia de buscarme, debo responder con un gesto amistoso.

A Esteban le pareció que sí debía ir. No podía rehuir a la oscura invitación porque entonces daría oportunidad a conclusiones próximas a la verdad, pero no quiso comprometerse hasta tanto no analizara mejor el propósito de Mapo. Lo de visitar la zona arqueológica no tuvo que inventarlo en el momento, improvisando, con el fin de dar una respuesta satisfactoria; había pensado en ella desde que se le metió en la cabeza la idea de hacer el viaje. Era más, nunca había dejado de pensar en ese lugar. Existía una relación intrínseca que no le permitía desligar una cosa de la otra. No comprendía exactamente por qué el asentamiento aborígen salía a su memoria en el mismo momento que pensaba en la región. Era muy cierto que había tenido la oportunidad de visitarlo unas cuantas veces, incluso escribió un artículo muy bonito la primera vez que estuvo en él. Tal vez se debía a esa conexión que espontáneamente se crea en la mente relacionando una cosa con otra. Aunque la imagen de ese lugar se le presentó en los primeros momentos, no pensó visitarlo. Ahora que le decía a Mapo que traía la idea de ir a ese lugar, le parecía improbable no realizarlo. Ya tendría que salir por la mañana y regresar por la tarde a la oficina de Mapo. No sabía exacto qué hacer, lo consideraría más adelante, después que Mapo se fuera o en el transcurso de la conversación.

–¿Y tienes mucha familia? –preguntó Esteban buscando encarrilar la conversación por diferente derrotero y explorar la manera de adentrarse en su vida privada sin dejar de pensar en la extraña situación que se le había presentado.

–Sí, tengo tres hijos: dos hembras y un varón. Nietos tengo un chorro: ocho, y creo que muy pronto tendré bisnieto. Un nieto varón va a tener un hijo. Eso no ocurre mucho con los varones, porque nunca quieren enredarse tan jóvenes. A este lo ha abacorado una chica que no le da tregua. La verdad que tengo una bella familia. ¿Y tú?

–La mía es corta. Solo tuve un hijo y este, siguiéndome los pasos, engendró

también uno solo. Mi nieto ya está en la universidad. Parece que va a ser más inteligente que su abuelo.

Mapo se rio, provocando que Esteban lo apoyara con una leve sonrisa.

–Oh, ya veo que es corta. Oye, como vas a ir de nuevo por allá no te doy más lata esta noche, ya sé que estás cansado y... nada, nos vemos mañana o cuando quieras.

–Dime algo más de Armando. ¿Él no tenía familia? ¿Y su madre?

–Él era normal, como tú y como yo, estuvo casado y tuvo un hijo que se volvió loco también, creo que se suicidó. Parece que es una tara que tiene esa familia. La madre y el padre de Armando yo no los conocí, la verdad; nunca los vi.

–Es una pena –dijo Esteban lamentando la tragedia de Armando.

–Bueno, me voy. No dejes de pasar por allá antes de irte, me dará gusto conversar un poco más contigo. Nos tomaremos un café y brindaremos por la vieja amistad.

«¿Amistad si me estas casando?», se dijo Esteban. Esteban lo acompañó hasta el pasillo y en un apretón de manos se despidieron. Ya después no le fue muy fácil a Esteban conciliar el sueño. Acababa de comprobar que se encontraba frente a un nuevo panorama que no había imaginado. Siempre pensó que las cosas nunca salen igual a como se planifican; claro, no de la manera que lucían. Y qué pena le daba con lo que le había ocurrido a Armando. Parecía la estocada final a su proyecto. ¿Qué haría ahora? De acuerdo a la situación se veía obligado a visitar a Mapo y a la región de la que habló, en eso no tenía alternativas posibles.

Despertó cuando el sol no había salido totalmente y solo una ligera claridad se veía a través de los cristales de las ventanas. Era tan temprano que sin esfuerzo supo había dormido muy poco. Mapo le había jodido la tranquilidad y, quizá, los planes. Ya nada se podría efectuar. No creía que Armando lo reconociera; si no había reconocido a Mapo, mucho menos a él.

Lo de tener que ir a la zona arqueológica no le molestó. Si bien era cierto que había recordado el lugar, había determinado no llegar, no entraba en sus planes visitarlo. Titubeaba a veces al creer que sí debía hacerlo. No importaba que fuera por poco tiempo, de pasada. Ahora se veía obligado a llegar para cumplir con las reglas del disimulo y no le causaba molestia. Más bien lo aceptaba como una obligación a la que le estaba sacando el cuerpo. En conclusión, no le pesaba tanto, solo que tendría que demorar más la estadía si al fin encontraba algún cabo al que asirse; pero no veía ni indicios de ninguno. El panorama estaba gris con respuntes negros.

Tomó el desayuno en la cafetería y salió pensando que el chofer no debía de haber llegado todavía, que demoraría más de media hora, si acaso, porque no le había dicho en ningún momento que saldrían temprano. Pero se equivocó. El hombre se le apareció en cuanto dio una vueltecita por afuera del hotel. Iba a aprovechar la mañana mirando el lugar, cuando de pronto vio el carro y a Chispa haciéndole señas. Todo le seguía indicando que el hombre era de buena calidad. Sería medio tarambana para algunas cosas, sin embargo, era muy puntual.

–¿Cómo durmió, señor Esteban? –le preguntó Chispa con una amable sonrisa.

–Muy bien, ¿y usted? –le devolvió Esteban el saludo con cortesía. La verdad era que no había dormido ni bien ni cómodo. Por un lado, Mapo le estropeó el sueño y le metió los diablitos en el cuerpo; por otro lado, la cama le pareció demasiada dura y cada vez que se viraba se despertaba. No sabía con precisión a la hora que Mapo lo despertó, solo sacaba en limpio que ya había dormido y que luego el tiempo fue más largo; largo porque le costó trabajo dormir y por las veces que despertó deseando amaneciera ya de una vez.

Esteban le explicó a Chispa adónde irían: tomarían la carretera como si fueran de regreso y después de pasar el pueblo en el que habían estado, quince o veinte kilómetros más allá, cortarían a la izquierda y cogerían una carretera que los llevaría justo al lugar, adentrándose en un territorio de exuberante vegetación y colmado de agua por todos los lados. Eso era lo que recordaba Esteban de las veces que lo visitó, solo que algunas cosas habían cambiado para él o para cualquiera que hubiera dejado de pasar por allí por tantos años. Ya el paisaje no era el mismo, los campos no se veían como antes. Debía existir lo mismo porque allí nadie podría haber metido sus manos, eran tierras inhóspitas que no daban para más nada. El caso es que Esteban lo veía cambiado, con menos verdor y la vegetación más difusa. Fue recorriendo y comparando punto por punto toda la trayectoria hasta el espléndido paraje que tantas veces se recreara en él, pero era inútil, no hallaba la similitud. También se había dado cuenta de que no se emocionaba como creía que le sucedería. Se situó en el centro de la amplia plazoleta por la que se arribaba, y desde allí fue girando poco a poco hasta dar la vuelta casi completa, sin caminar siquiera, moviéndose en el mismo lugar. Seis o siete islitas, separadas entre sí por un espacio de agua. Todas parecían equidistantes una de la otra, y ellas, de la que se encontraba él. Ese era el esquema general de aquel retirado centro turístico. No todas las islitas tenían cabañitas, había algunas que contaban con un caney grande dividido en habitaciones. Cada islita se unía a la que estaba él



por un puentecito de madera, en forma de arco, con barandas, que le daba una increíble belleza al conjunto. La edificación más grande era en la que se encontraba la cafetería, la oficina de la administración, el restaurante y la tienda de *souvenir*. A la entrada estaban los parqueos. Cuando él visitó la región le pareció que no existía todo lo que él veía ahora, había crecido un poco más.

Esteban se encaminó hacia la cafetería, no quiso continuar mirando, no porque le despertara los recuerdos, más bien por todo lo contrario. Las imágenes que tenía frente a él rompían las que guardaba en su memoria, produciéndole la indiferencia con que miraba todo. No porque lo viera malo, sino por ser diferente. Ahora no sabía con exactitud cuántas islitas existían antes o era la misma cantidad. Por momentos le parecía que sí, que ya las del lado derecho estaban. No le importó seguir averiguando si sí, o si no, llamó a Chispa y lo invitó a sentarse un rato y tomarse una cerveza. Había desayunado bien y era temprano, así que para no marcharse sin haber hecho algo, tomó algunas fotos y pidió dos cervezas. Allí no prohibieron que Chispa entrara a la cafetería. No le dijeron nada o hicieron de la vista gorda. Chispa entró con un poco de temor, aunque después de darse cuenta de que no se fijaban en él, se sintió tranquilo y orgulloso de sentarse donde solo podían hacerlo los turistas. —¿Y usted conoció este lugar? —le preguntó Chispa con un poco de ingenuidad y queriendo entablar una conversación con su cliente que, a pesar de llevar dos días juntos, se mostraba todavía parco y huidizo.

—Sí, vine unas pocas veces, lo que no recuerdo si era más chico. Creo que llegaba hasta por ahí nada más —Apuntó con el dedo y lo movió a un lado y a otro de la ventana. A pesar de señalar significando que las otras islitas no estaban construidas, sentía que las dudas lo hacían titubear—. Tú puedes caminar y mirarlo todo si quieres, a mí me basta con haber venido hasta aquí.

Afuera había mesas y Esteban prefirió salir a acabar de tomarse la cerveza con la intención de sentirse más libre y contemplar de mejor manera el paisaje. Un sirviente los siguió hasta que se sentaron a una de las mesas. Cuando ya estaban acomodados, el sirviente llegó, limpió la mesa y les ofreció sus servicios con un mecanismo desanimado y frío. «Son descorteses estos *waiters*, no saben ni ganarse la propina —pensó Esteban—, no fue usado en traer la cartilla para estimularnos a comer algo, no quieren trabajar, es verdad lo que dice todo el mundo. Antes las personas que trabajaban en este sector eran distintas, más serviciales y agradables».

—No, yo prefiero estar con usted y saborear esta rica cerveza. De todas

maneras, no hago nada con ver lo que nunca podré disfrutar. Quizá no venga más por aquí. No me ilusiona lo que no está a mi alcance: eso es ser juicioso.

–No, hijo; eso es conformismo.

–A mí me han dicho que el hombre logra lo que alcanza sus manos –intentó filosofar Chispa sobre su pesimismo. Antes, cuando estaba en el giro de la destilación, se sentía más decidido y feliz; ya después todo volvió a verlo gris, y creyó que esa sería la velocidad a la que viajaría siempre por los caminos de la vida.

–Bueno, eso no es mentira si no tiene sueños. Las manos del soñador están en su cabeza –contestó Esteban conociendo las reglas esclavistas a las que había sido sometido su pueblo. Quien brillara en cualquier disciplina no lograría dar un paso si no estaba muy clara su hoja de servicio a la patria, resultando perjudicial si fuera lo contrario. Esteban conoció a catedráticos y hombres de ciencia que fueron puestos a barrer las calles por el único delito de no admitir el cambio de concepto en los materiales de estudio o cuestionar los que intentaban imponer. Aun siendo flexibles, no conseguían sus propósitos; había que demostrarlo con hechos, sin que hubiera alguien que no lo aceptara. Así que no le costaba trabajo entender a su chofer cuando decía no tener los mismos derechos que los dirigentes de la máquina del poder o los cercanos a esta.

–¿Usted es maestro? –preguntó Chispa asociando siempre a quien se expresara bien con un maestro que tuvo en la secundaria y que nunca había olvidado.

–No –dijo a secas Esteban no hallando su semejanza con la de un maestro.

–Es que habla muy bien y se me parece a un maestro que yo tuve –aclaró Chispa después de tomar otro sorbo de cerveza–. ¿Cuántos años hace que se marchó? –aprovechó para soltar la pregunta que siempre hacía a sus clientes.

–Muchos, más de los que tú tienes –le contestó Esteban recordando que fue precisamente en un mes como el que corría cuando abandonó el país. Le pareció paradójico que esa misma fecha la pasaría en su tierra. Dentro de tres días cumpliría año de haber salido. Eso no lo tuvo en cuenta en medio de los preparativos. Ni por la mente le había pasado que se encontraría en su tierra en una fecha nefasta para él. Qué coincidencia tan grande.

–¡Oh! Yo creo que no habría estado tanto tiempo sin venir. Son muchos años –dijo Chispa pensando lo contrario. Él no vendría aquí ni a buscar centenes, qué va. No lo manifestaba porque siempre había oído decir que las personas no deben renegar de sus orígenes, y hasta los tildaban de mal nacidos y de unas cuántas cosas más, pero la verdad era que él no lo sentía de otra manera,

qué le iba a hacer. Un día se le escaparon sus pensamientos y lo dijo delante de un matrimonio que llevaba en el carro, y no le rebatieron en aquel momento, después se lo dijeron a Ernesto, que el chofer no les había gustado, y todo por decir lo que sentía. Desde entonces se media en lo que iba a decir o no decía nada. Mejor era mantenerse callado que meter la pata. Ahora lo decía de otra manera buscando tantear a su cliente. Era más lógico representar a alguien con esa tipología que con ideas contrarias. Muchos las creerían normales. Se preguntaba a veces por qué él era diferente a otros. Bueno, no a muchos, porque tenía varios amigos que pensaban de la misma manera, si bien no lo decían.

–No te he dicho que antes no he venido –le contestó Esteban como si le molestara lo que su chofer le dijera. Luego miró a la lejanía y pensó que era verdad que había demorado; pero no porque él lo quisiera. No le interesaba explicarle al chofer las razones, no lo entendería y, si lo intentaba, se produciría la conversación que él no quería. Si no le contestaba, ya él sabría que esa era su respuesta y no le preguntaría. Se quedó callado.

–Mi jefe me dijo que su amigo le había dicho que era la primera vez que venía, por eso se lo digo –justificó sus palabras creyendo ver que el viejo se molestó—. Le pidió a mi jefe que lo tratara bien para que luego volviera. Y que si quería un pollito se encargara de buscárselo.

–¿Y mi amigo cree que he venido a buscar sexo? Estoy muy viejo para venir a eso, y menos aquí –dijo Esteban y pensó con amargura que aquí viene uno a sufrir, no a divertirse.

–Yo le digo lo que me dijeron. Aquí donde quiera los hay muy buenos. Si usted quisiera comerse uno, yo se lo cazo y seguro que no le va a costar tanto. No le digo aquí, sino allá en la capital. Aquí no sabemos por dónde andan, no conozco este coto. Debe de haber muchos, pero como uno no tiene contactos... Chispa tomó el último sorbo de cerveza y se lamentó de que se le acabara tan pronto, después que le estaba cogiéndole el saborcito.

–Estoy muy viejo para eso, hijo. No te preocupes, yo nunca he comprado sexo. En mis tiempos, si no me lo ganaba, no lo quería –le respondió Esteban apurando lo que le quedaba en la botella porque ya quería irse. No porque la mañana estuviera tan calurosa como la anterior; allí corría el aire y, sí, era cierto que llegaba con un olor a pantano, pero era halagador y fresco. Se sentía un poco impaciente y quería ir al pueblo.

–No se me ponga bravo, mi viejo. Yo solo quiero que luego mi jefe no me diga que no lo atendí como se merece. Tenemos que ser corteses con ustedes –dijo

Chispa y pensó: «Eso sería antes, porque hoy si no lo paga, y muy bien, por cierto, ya nadie se lo da así por el placer. A los años de él, ¿quién le va a ofrecer eso de gratis, y mucho menos una chamaca? Está loco. Aquí, si no suelta el verde, ni de lejos se lo enseñan. Trae un maletín lleno de cosas, quizá lo que esté buscando es el trueque, que le sale más barato. Hay muchas que por jaboncitos, peinetas, areticos y cosméticos le hacen un trabajito. Si es eso lo que pretende, se lo aclararé en cualquier momento. Que no se crea que por baratijas va a conseguir algo de primera, lo que se consigue es carroña, puticas baratas que ya nadie les quiere meterle el diente, y ellos lo que quieren son chiquitas que no lleguen a veinte, de las que hacen derretir a uno de solo mirarlas. Se lo aclararé a su debido tiempo para que después no cargue yo con el problema. Ernesto también es de los que cree que por un par de jabones hay mujer que escoger. Sí las hay, pero no con cintas y lazos. El que quiera comer bueno tiene que pagarlo, ellas no son bobas y yo no le busco nada por mierditas de esas. Además, a mí no me gusta cazar lechuzas, nunca se le pega nada bueno a uno. Si esa es su intención, no me comprometo a nada. Se lo insinuaré para que no me meta en líos. Lo bueno hay que pagarlo como lo que es».

—Ya le diré que usted cumplió con su deber, no tenga cuidado. Nos vamos si no quiere otra cerveza, yo no quiero más —dijo Esteban y miró hacia donde habían dejado el carro.

Chispa pensó que el viejito era medio agarrado y gruñón, y, si no venía a eso, ¿a qué entonces, a ver el paisaje? Este paisaje no merita la pena venir de tan lejos. ¿O será que ya su aparato no funcionaba o está chocheando? Todos estos viejos vienen detrás de las chamaquitas y por lo barato que les resulta tirarse a una aquí, donde hay de todos los colores y para todos los gustos, asequibles para cualquier bolsillo. Cuando regresen a la capital, allí sí conoce el material y dónde están, así que verían a ver qué hacía. No creía que resistiera la tentación de la carne. Nadie es capaz de dominar la bestia que lleva por dentro al ver una niña con figura de sirena caminar frente a uno. O es maricón o está ciego quien no las desvista de una sola mirada. Si fue verdad que nos la sacaron de una costilla, ese es el motivo por el que queramos comérmolas, no hay otra respuesta.

—Bueno, pero antes tengo que serle franco, mi viejo, y no quiero que se me ofenda, yo no he desayunado nada hoy y me estoy muriendo de hambre, si usted pudiera comprarme un sandwichito y después de lo que me paguen a mí se lo devuelvo o lo descuenta de lo que tiene que pagarle a mi jefe. Él sabía

muy bien que yo no traía ni un kilo.

Esteban le pidió disculpa por no darse cuenta de su situación.

–¿Entonces anoche lo único que comió fue el sándwich que le llevé? –le preguntó Esteban. No recordaba lo que le habían contado: que todos carecen de lo mismo.

–Sí, y muy rico que estaba, por cierto. Es que las cosas no están como para encontrar lo que uno necesita. La comida, es la verdad, aquí siempre ha escaseado. No, y como salí temprano, a mi prima no le dio tiempo de hacerme el desayunito. Ella me da desayunito y cafecito por la mañana, lo que pasó fue que hoy me imaginé que usted quería salir temprano... La verdad, no quería que usted saliera y no me viera.

Luego de comerse el sándwich y otra cerveza, regresaron por la vieja carretera.

Era temprano todavía y Esteban pensaba que Mapo quizá no lo esperaba, mucho menos en horas de la mañana. Si le había dicho que iba por allá no creería que lo hiciera tan temprano. No sabría qué decirle justificando el breve tiempo que pasó allá. Ahora tenía que andar con pies de plomo, calcular cada movimiento. Tenía una advertencia que no debía pasar por alto en ningún momento.

Le indicó al chofer que fuera directo al lugar donde habían ido el día anterior: la oficina de su amigo. El portero no era el mismo, por lo que tuvo que darse a conocer y decirle que tenía pactado una reunión con Melchor.

–No debe haber sido para esta hora, porque él no está –le contestó el hombre mirando su reloj y dándole a entender que estaba equivocado, porque la puntualidad de Melchor era a prueba de reloj.

–No, no acordamos hora ni día, podía ser cuando yo quisiera.

–Bien sabía yo que usted no tenía una cita. Él viene hoy sobre la dos de la tarde.

–Muchas gracias.

–No hay de qué. Si usted quiere dejarle un recado...

–No, gracias, vendré luego; quizá mañana.

Le pareció normal a Esteban que Mapo no se hallara si no habían concretado nada. Se le ocurrió dar una vuelta por el pueblo e intentar hacer el recorrido que hacía siempre que llegaba, a ver si daba con la casa donde vivía Armando. Lo había intentado el día anterior sin encontrar la calle. Ya sabía que donde paraba casi siempre era en el cementerio, pero sintió la curiosidad, el deseo incontenible de hacer el mismo recorrido y recrearlo después de tanto

tiempo si daba con la calle. Luego pasaría por el cementerio y quizá Armando lo reconociera cuando lo viera. Para orientarse mejor esta vez, tendría que volver a entrar al pueblo por la calle principal y, a partir de ahí, buscar el parecido de la cuarta o quinta calle y cortar a la izquierda. Así más o menos lo recordaba, y así se lo dijo a Chispa después de explicarle que su amigo no estaba en su oficina a esta hora y que, en cambio, daría una vuelta por el pueblo en busca de otra persona que también era su amigo, solo que le habían dicho ya no cavilaba muy bien, y que se pasaba todo el tiempo deambulando por el pueblo, que se había convertido en un mendigo. No le hubiera dicho tantas cosas a su chofer si Mapo no se le hubiera presentado por la noche en el hotel. Después de aquella misteriosa visita, las cosas tomaban un cariz diferente: ahora dudaba hasta de su sombra. Ordenó a Chispa hacer la maniobra de buscar la salida y luego regresar despacio. Guiándose por los recuerdos cortaron por las calles que creía reconocer y a la segunda cuadra hicieron derecha hasta que llegaron frente a un portón desvencijado, más o menos por el centro de la cuadra.

—Es ahí —dijo Esteban a Chispa y le ordenó que se detuviera. Titubeó, creyendo estar equivocado. Se había guiado por el borroso recuerdo del recorrido que hacía a pie de la parada de ómnibus a la casa cuando no iba en el carro de la empresa periodística.

El portón cerraba un solar yermo con restos de escombros en el centro y lleno matorrales. Al doblar la esquina le pareció reconocer la cuadra y, en el único solar vacío, la posición que ocupaba la casa. Se bajó del carro y contempló el lugar. En los zincs que enchapaban el portón y el resto de la cerca todavía se les veían consignas escritas de los primeros tiempos de la gran guerra: «Atrás ni para coger impulso», «Muerte al invasor», «La sardina se comió al tiburón», «Yanquis...». A esta última frase no se le veía el final y estaba casi ilegible, se había desgastado tanto sobre un zinc tan viejo y oxidado que había que imaginársela. No resultaba difícil, ya que no era un eslogan específico y tenía muchas variantes. Esteban lo recordó con meridiana claridad. Para dentro no se veía si no pegaba el ojo a uno de los tantos huecos. Lo que existía dentro eran matorrales que habían crecido entre tongas de basura y escombros. Creyó que las chapas de metal las habían puesto porque la gente botaba su basura en aquel terreno y podía ser refugio de animales silvestres y descarriados.

Alguien venía por la calle y a Esteban se le ocurrió preguntarle si allí vivió un tal Armando. Era una persona relativamente joven y esto debía

saberlo mejor una de mayor edad. De todas formas, lo detuvo y le preguntó. El hombre no supo responderle, solo se le ocurrió llevarlo hasta la casa de la esquina donde sí debían de saberlo muy bien porque llevaban muchos años viviendo allí. El propio hombre llegó hasta la puerta y tocó. Le salió una anciana y el hombre le hizo la pregunta que Esteban le hiciera a él.

–Ahí entró el diablo. ¿No ve usted que no quedó ni la casa? –dijo la señora asomando la mitad del cuerpo y persignándose. Desde atrás, Esteban la observaba.

–¿Qué sucedió? –pregunto Esteban acercándose más, y la señora como un chipoyo rehuyó a la presencia de Esteban y tiró la puerta cuando él insistió, intentando meter la cabeza. Le cerró la puerta en sus narices.

–Yo no sé con exactitud porque eso fue hace muchos años y siempre han dicho... No, yo realmente no sé –dijo el hombre pronunciando la última palabra ya caminando. Esteban no esperó, tocó en la puerta y la anciana le gritó desde adentro que no abriría. Esteban volvió a tocar y le habló pegando la boca a la puerta preguntando que qué había pasado ahí. No recibió respuesta.

–¿Qué le pasa, viejo? –le dijo Chispa llegando por detrás. Desde el carro había seguido todos los movimientos de Esteban y cuando vio la maniobra de la persona que abrió la puerta y la cerró tirándosela en la cara, salió caminando hacia allá no fuera a ser que el viejo se buscara problemas.

–Nada, estas personas no saben si ahí vivió el que estoy buscando. Parece que hace mucho tiempo se fue de este lugar. Ahora vamos al cementerio. Tal vez allí lo encontremos, dicen que no sale de ese lugar.

–¿Al cementerio?, ¿quién se lo dijo?

–Allá donde estuvimos ayer y ahorita cuando veníamos hacia acá, mi amigo el de la oficina.

Chispa hubiera querido preguntarle más. Porque le tiraron la puerta en la cara, se contuvo; ese no era su asunto. Tenía que estar aguantándose a cada momento, le picaba la lengua. Si el viejo no quería hablar tanto no debía hostigarlo, hay personas que no son muy hablantinas. Él vio cuando le tiraron la puerta. ¿Por qué no se lo decía claramente? Quizá... no sabía qué pensar. O fue ideas que se hizo, y el hombre que lo llevó se fue y lo dejó allí solo y luego la puerta sonó fuerte.

–Bueno, no sabemos dónde queda, habrá que preguntar antes –dijo Chispa creyendo que no resultaría grato visitar a alguien en cementerio, ese lugar es solo para muertos.

–Por supuesto, al primero que veamos le preguntaremos, no debe de ser lejos del pueblo.

Llegaron a la esquina, doblaron a la derecha y, cuando iban a mediado de la cuadra, vieron a un muchacho que salía de una casa.

–Eh, tú, muchacho, ¿dónde queda el cementerio? –le grito Chispa. El muchacho se detuvo, luego caminó unos pasos hacia el carro y les indicó que retrocedieran dos cuadras, hiciera izquierda, tomara recto y donde la calle se terminara cortara a la derecha. Ya después lo vería a lo lejos.

Antes de llegar a la última cuadra donde debían cortar a la derecha, Chispa frenó, retrocedió un poquito y le señaló a Esteban la persona que venía por la calle perpendicular a la que ellos llevaban. Al final de la cuadra, caminando en dirección hacia ellos, venía una persona medio harapienta con un saco al hombro. Esteban le dijo que podía ser el que andaban buscando, por lo que Chispa cortó el timón y echó a andar de frente casi convencido de que era el mendigo por la indumentaria que los caracteriza a todos. Esteban sacó la cabeza por la ventanilla y escrutó con mirada de sabueso la andrajosa figura del hombre. El estafalario personaje no dejaba ver bien los años. Por su apariencia podía tratarse de un anciano. Llevaba el pelo largo, un poco canoso, cayéndole sobre los hombros y tapándole parte de la cara. La barba la tenía bastante emblanquecida, enmarañada y sucia a más no poder. Caminando no parecía tan viejo, no lo hacía jorobado, a pesar del saco que llevaba encima del hombro y que casi siempre hace inclinar hacia delante a quien lo lleve. Chispa atravesó el carro con el marcado propósito de cortarle el paso y facilitarle la visión a Esteban. El mendigo, al percatarse de la maniobra de interceptación, se detuvo y aguzó la mirada, acercando la cabeza, tratando de adivinar lo que pasaba. Sin cerciorarse aún retrocedió, no dándole tiempo a que Esteban llegar a comprobar si era él. El mendigo viró hacia atrás y les dio la espalda, apretando el paso, queriendo huir de los intrusos que se le habían atravesado en el camino. Chispa enderezó el timón y siguió al mendigo que corrió entonces un poquito al doblar la esquina. Esteban quiso que no lo siguiera, pero ya Chispa se había afanado en la persecución, queriendo darle alcance y averiguar su nombre. Le voceó dos veces llamándolo por el nombre sin lograr que el mendigo se detuviera. Solo al tercer llamado el hombre se detuvo y, quitándose el pelo de la cara, se les quedó mirando. Luego preguntó quiénes eran, como si no pudiera ver bien, con la mano de visera y echándose el pelo a los lados. «Es él», aseguró Esteban, y Chispa apagó ahí mismo el carro. Esteban no alcanzaba a sacar en limpio las facciones. Sí le parecía que



el timbre de la voz era bastante similar a la que él guardaba en la memoria auditiva, creyó en algún momento. Ya Chispa se había bajado y se le acercaba al pobre hombre, cortándole el paso a la vez que intentaba apaciguarlo llamándolo por Armando. El mendigo se recostó a la pared que le quedaba detrás sin dejar de repetir las preguntas ¿quiénes son?, ¿para qué me quieren?. Después, cuando Esteban bajó del carro y se le acercó por el otro lado, el mendigo empezó a decir que tenía un cuchillo debajo de la camisa y mataría al que se le acercara. Como Chispa se le había parado en medio de la acera obstruyéndole el paso y Esteban le salió por detrás no dejándolo retroceder, el mendigo se parapetó como un animal acorralado que esperara un ataque, mirando con inquietud y furor.

Con mucha precaución Esteban se aproximó hablándole pausado, usando ademanes tranquilizadores, tratando de hacerle ver que eran amigos. «No», decía con el dedo el mendigo mientras Esteban le refutaba con la cabeza que sí. En una controversia de gestos contradictorios se enfrascaron unos segundos, dando lugar a que algunos vecinos y transeúntes se acercaran para ellos también tomar partes del aparente acoso que extraños hacían a uno de los pordioseros del pueblo. El carro y la apariencia de los visitantes delataban a las claras que se trataban de personas que no eran de la zona.

Esteban se fue aproximando más al viejo mendigo llamándolo por su nombre y diciéndole que era su amigo. Sin cambiar la actitud de azoro y desconfianza continuó por un tiempo más el mendigo desoyendo las suaves palabras de Esteban. Solo después de un rato fueron saliendo a su grasienta cara los signos de haber entendido algo de lo que le decían. «Vine hacerle la visita», tuvo que decir Esteban a la gente que se acercaba, arrancando risas y mofas. Una leve sonrisa de complicidad con sus conciudadanos se le escapó al mendigo, cambiando un poco el aspecto malicioso de sus comienzos por otro que reflejaba curiosidad. La gente le hacía señas indicando a Esteban que aquel hombre estaba loco. Luego le detallarían que hacía mucho había perdido la razón y dormía en cualquier lugar. Casi siempre en el cementerio del pueblo era donde pasaba la mayor cantidad de tiempo. Por su parte, Esteban no les dijo a ellos que él conocía ya esos pormenores de su amigo. Aclaraba que hacía muchos años que no lo veía y que, aunque no lo entendiera, quería conversar un rato con él. Le pidió a los que estaban allí agrupados que lo dejaran solos. Chispa se encargó de apartar un poco a las personas, las que quedaron esperando, a la expectativa, deseando ver en qué terminaba todo y qué sacaban aquellos extraños del viejo mendigo.

La cosa estaba más complicada de lo que pensaba Esteban: Armando estaba loco, Mapo no recordaba a qué fue él allá, en aquellos tiempos, y Demetrio había muerto. Para colmo, la visita que Mapo le hizo en el hotel no era otra cosa más que una clara advertencia. Era como para dejar ahí mismo los planes y regresar a la capital en las próximas horas. Ya no podría continuar. A pesar de que el hombre ya no podía reconocerlo por su falta de lucidez mental, no quiso apartarse sin antes hacer algo por él. Ayudarle en lo que pudiera. Quería marcharse con la conciencia tranquila. Ni por un momento le pasó por la cabeza montarse en el carro y darle la espalda antes de ofrecerle un poco de alivio. Hizo que Armando se sentara en la acera, mientras él quedaba parado, medio encorvado, apoyado las manos en la rodilla de la pierna que tenía sobre la acera y encimándose, hablándole, tratando de llevarlo a los tiempos en que se conocieron, cuando él tuvo que quedarse algunas veces en su casa. En un momento, como movido por un corrientazo, el mendigo abrió los ojos y miró con intensidad a Esteban para luego dejar escapar un chorro incontenible de lágrimas que formaron sinuosos surcos en las mejillas grasientas, perdiéndose en la sucia y enmarañada barba. Por Dios, Esteban, te había entendido. Le quedaban recuerdos en su atrofiada memoria que no se le habían borrado. Lo extraño es que se dedicara nada más a mirarlo, a contemplarlo desde la profundidad de su locura. «Nunca me he olvidado de ti», le decía Esteban virtualmente conmovido por el reencuentro que había elaborado hacía solo unos pocos días. Lo que nunca imaginó fue verlo de aquella manera. La pena le estrujó el corazón y sus lágrimas también salieron patentizando una inolvidable amistad.

—He venido a verte. ¿Puedes recordarme de cuando te visitaba? Tu mamá me hacía café cada vez que yo iba a la casa, ¿lo recuerdas? Hasta en tu casa dormí algunas veces.

El mendigo no respondió, continuaba mirando a Esteban y llorando. Así estuvo unos minutos hasta que de súbito dejó de llorar. Se pasó la manga mugrosa de su vieja leva por la cara y sus facciones se tornaron fuertes; en una contracción dolorosa, apretando las mandíbulas, desapareciendo por completo la cara llorosa para volver a poner la férrea de hacía unos minutos, cuando se parapetó recostado contra la pared, como un animal acosado, dispuesto a la lucha. Esteban pensó que había recordado algo de él y que batallaba por conectarse con la realidad. «A estas personas lo que les sucede es que pierden el sentido de la vida y la personalidad queda pendiente de la supervivencia», pensaba Esteban. El mendigo intentó ponerse de pie y Esteban lo agarró por un

brazo y lo hizo sentar de nuevo. Un inmenso silencio se produjo entre ellos sin que dejaran de mirarse. Por momentos, a Esteban le pareció ver que a sus ojos asomaban ideas que su boca no podía traducir en palabras, y las huellas de un turbulento pasado que las entorpecía. Si Mapo no le hubiera dicho nada, ahora lo sabría: los ojos de este hombre dejaban ver el sufrimiento terrible de una vida hecha pedazos.

—Quiero hacer algo por ti —le dijo Esteban, y el mendigo empezó a llorar de nuevo. Esteban no tenía duda de que lo había entendido.

«Algo logró entender —pensó Esteban—, o no me hubiera puesto atención». Todo indicaba que no quería recibir ayuda de nadie; si no, se habría arrebatado al oír lo que Esteban le ofrecía. Esta gente que vive de la caridad, de las manos generosas del prójimo, no le desprecia a nadie una dádiva por insignificante que esta sea. Es eso precisamente lo que ellos buscan. Su labor es la de pedir y aceptar cualquier cosa. Resultaba extraño el comportamiento de un hombre con las características de Armando.

Cuando el mendigo se paró otra vez, Esteban no lo detuvo, se quedó mirándolo partir, siguiéndolo con la mirada hasta que se perdió al doblar la esquina. No quiso retenerlo por más tiempo. Enseguida las personas se acercaron queriendo saber si lo había reconocido. Esteban les dijo que no lo creía, que no le había dado señales de tal.

—En los primeros tiempos lo tuvieron preso unas cuantas veces —le dijo un hombre mayor que se había incorporado al grupo que rodeaban a Esteban—. Lo internaron en sanatorios para locos y hasta esos corrientazos que le pegan a esa gente le dieron y lo que hizo fue arrebatarlo más. Caminaba con las manos a medio estirar como si estuviera recibiendo a alguien. Parecía un zombi; lo que hizo fue empeorar, nada dio resultado. A cualquier hora de la noche se le veía caminando por el pueblo, sin mirar a nadie, con la vista perdida en un punto imaginario. Se puso muy delgado y todos creímos que cualquier día aparecería muerto en una calle, debajo de un puente. Pasó el tiempo y cogió el ritmo de esa vida que hoy lleva. Ahí lo tiene, un hombre que era una eminencia. Sufrió mucho, el pobre.

Esteban escuchó con gran atención lo que los vecinos del pueblo le decían y se limitó a señalar que habían sido amigos de joven, que hacía muchos años que no se veían, que era una pena no lo reconociera. El viejo periodista hizo muchas preguntas interesantes y al final pretendió saber la historia que la viejita no quiso revelar. Preguntó a diferentes personas dónde vivía y todos le contestaban de la misma manera que no tenía casa, que vivía donde le

cogiera la noche, que el mayor tiempo lo pasa en el cementerio. «Lo peor —le dijo alguien— es que habla con los muertos y hace discursos en medio de las noches trepado sobre los panteones. A Esteban le interesaba más lo que le había ocurrido antes de volverse loco. Todos coincidieron en que sufrió una terrible desgracia en su familia, lo que nadie recordaba con exactitud qué había sido. Le preguntó directo al hombre mayor que ya le había dado algunos detalles y este fue un poquito más explícito:

—Parece que todo se unió para formar una gran desgracia. Primero fue lo de la mujer y luego, a poco tiempo, el único hijo que tenía se suicidó de la forma más cruel y desastrosa que puede hacerlo un ser humano: le prendió fuego a la casa y se encadenó dentro. Bueno, eso se sobreentendió, porque nadie quiso decirlo de manera oficial. Hasta prohibieron a las personas hablar del caso. Ya hoy nadie recuerda la tragedia, yo digo que él no tuvo nada más que dos opciones: volverse loco o suicidarse. Aguantó el tormento y ahí tenemos el resultado.

Fue en ese momento que le cortaron la conversación que mantenía con Esteban porque una mujer joven, lo agarró por un brazo y se lo llevó casi arrastras, halándolo. Los demás le dijeron que era la hija. A Esteban le hubiera gustado seguir hablando con el viejo, y los demás no conocían el pasado del mendigo o no querían hablar de él.

Con un gesto de cabeza Esteban le indicó a Chispa que arrancara el carro, que ya se iban.

—Vamos a la cafetería a tomar algo —le dijo Esteban a Chispa y salieron rumbo a la cafetería.

—¿No lo reconoció el hombre? —preguntó el Chispa creyendo que le había hablado. Él no se alejó tanto cuando Esteban les pidió a todas las personas que se retiraran, creyendo haber entendido que el loco sí lo reconoció.

—No estoy seguro de si me reconoció —dijo Esteban sin aclararle que sí lo creía.

En la cafetería no había café ni nada que valiera la pena. Esteban consideró una falta de respeto a la población ofrecer nada más que unas croquetas frías y agua al tiempo, pero no lo dijo. No le interesaba mucho la comida; tampoco es que fuera una basura. Entonces preguntó dónde estaban las otras cafeterías o restaurantes del pueblo. No podían guiarse por los anuncios, ya no existían los letreros anunciando los establecimientos comerciales, los habían arrancado todos porque era una vieja práctica capitalista que habían abolido desde los inicios. Solo los mensajes políticos y sociales eran permitidos exhibir.

Analizó con su chofer si era mejor ir a la ciudad donde él estaba alojado. Allá sí había más cafeterías y restaurantes.

–No hay de otra, viejo –dijo Chispa chupándose los dientes y moviendo la cabeza como diciendo que no–. En estos pueblos nunca hay nada, todos son una basura, se lo digo yo que los conozco bien. Bueno, este no lo conocía, es la verdad, pero mire, de tres cafeterías nada más hay una trabajando y para colmo no tiene nada que venderle a la gente que trabaja. Parece que nos pusimos dichos ayer, que cogimos algo. Si quiere, enfilamos hacia allá, por mí no lo haga. Yo estoy lleno con el sándwich y las cervezas. Usted sí desayunó temprano y ya tiene que dejarle caer algo a las tripas porque desde hace rato las estoy escuchando con tremendo pleito.

–Ja, ja, ja –rio Esteban–. Estoy acostumbrado a coger un *snack* a esta hora y después hasta las tres o cuatro de la tarde no vuelvo comer nada. No es que tenga hambre, es que lo necesito por mi salud.

–Aquí no hay de esa cosa ¿Qué es eso?

–¿*Snack*?

–Sí.

–No es nada en particular, es como decir aquí un tentempié, una bobería, cualquier cosa que uno apetezca y que no sea una comida fuerte. Yo lo hago porque soy diabético y tengo que estar comiendo algo para que la azúcar se mantenga en buen nivel.

Después de pensarlo unos segundos, Esteban decidió ir a la ciudad donde estaba hospedado; no tenía más opciones. La azúcar podía descompensarse y sentía miedo. No exageraba en el cuidado, era que no quería tener problemas donde se encontraba y quería evitar las consecuencias de un regreso precipitado por falta de precauciones. En el momento de salir, alguien que estaba oyendo la conversación salió detrás de ellos y les propuso llevarlos a una casa que se dedicaban a la gastronomía particular. Chispa, buen conocedor de esos tipos negocitos que inventaba la gente para sobrevivir, le dijo a Esteban que sí con la cabeza y en poco tiempo se encontraban en la sala de una casa donde ofertaban un variado menú que ninguna cafetería del Estado tenía, al menos, por aquellos lugares. Había cinco personas: una pareja de jóvenes y tres hombres que no se inmutaron cuando los vieron entrar por la puerta. No estaba mal el lugar. Era una casa donde un matrimonio de mediana edad había hecho de su hogar una cafetería con un servicio especial. La sala, que hacía de salón, estaba separada de la cocina por un medio punto con un mostrador que se encargaba de cerrar el espacio y servía de barra, que abarcaba tres cuartas

partes del área del vano. En el salón había cuatro mesas pequeñas con cuatro taburetes cada una y en la barra cabían cuatro taburetes más de los cuales, en aquel momento, tres eran ocupados por los hombres. Sobre una repisa que quedaba a un costado del medio punto y que nadie veía si no entraba a la pequeña cocina y miraba hacia arriba, había una casetera que brindaba una agradable música a todo el salón. Se sabía que era una casetera y no una radio porque no había intermedios y la música era selecta, instrumentales suaves, no escandalosos. «No hay en el pueblo nada que la iguale en ningún aspecto», había dicho el hombre que los condujo hasta allí, y era verdad. Los funcionarios municipales hacían de la vista gorda porque ellos también se beneficiaban y, aunque no existía una ley que lo permitiera, aquellos pequeños establecimientos comenzaban a hacerse sentir en los pueblos. Los cambios intentaban soltar un poco las amarras y las autoridades dejaban de perseguir con sañas a los que estaban ayudando a la economía del país.

Para Esteban y Chispa encontrarse con una sofisticada cafetería en el pueblo donde estaban, les hacía ahorrar un tiempo maravilloso: más de cuarenta y cinco minutos le llevaba ir de ahí a la ciudad, el tiempo de estadía, más el regreso. Resultaba alto fastidioso y una pérdida de tiempo que valía oro. Lo más probable era que, si hubieran tenido que ir, no habrían regresado hasta el otro día. Quizá hubiera algunas otras casas por ahí que hicieran lo mismo. Ahora Esteban contaba con unas horas más en aquel pueblo y se libraba del agotador viaje. No le había dicho nada a Chispa, lo más probable era que salieran de allí directo hacia el cementerio. No le apresuraba ver de nuevo a Mapo, pero al que sí quería ver era a Armando. La idea era ir donde estuviera y comprobar si lo había reconocido o no, y si podía hacer algo por él. Si no se capitaneaba bien, no sabría qué hacer, quizá le daría algún dinero y se marcharía sin saber a dónde dirigirse, después que viera a Mapo, por supuesto. Ya no le quedaban más posibilidades de encontrarse con la punta de una madeja que cada vez estaba más embrollada. ¿A quién más iba a buscar si no contaba con más nadie a quien acudir?

—¿Qué desean los caballeros? —preguntó el dueño con mucha amabilidad y una hoja de papel emplastada en las manos, en la que tenía escrito el menú de la casa. Del bolsillo se sacó un talonario y un lápiz, idéntico a como lo hacen en cualquier restaurante. Solo le faltaba el uniforme del negocio y, para no llevarlo, estaba bien vestido y aseado. «Esta particularidad es fundamental en este tipo de trabajo», observó Esteban.

Como Chispa no tenía hambre y Esteban deseaba comer una bobería, escogió

para él dos empanaditas, agua y café; Chispa quiso una cerveza nada más.

–¿De dónde vienen? –preguntó el hombre después de servirle.

–De Los Ángeles –respondió Esteban pensando que quizá el hombre no supiera donde quedaba esa ciudad.

–¡Oh, Los Ángeles! Qué ciudad más bella.

–¿La conoce? –se extrañó Esteban que aquel hombre conociera esa magnífica ciudad.

–No, solo la he visto por televisión y en revistas, me imagino que en la realidad es algo impresionante.

–Sí, es impresionante, muy bonita y grande.

–Y yo quisiera venir de allá también, pero vengo de la capital –dijo Chispa cuando el hombre lo miró a él como haciéndole la misma pregunta.

–¿Cubano? –agregó el hombre dirigiéndose a Esteban.

–Sí –contestó Esteban.

–Tengo un hijo y un nieto en Miami. Al nieto no lo conozco –repuso el hombre como para dejar clara su posición–. ¿Quiere entonces que le ponga música de Celia Cruz o de Olga Guillot?

–Las dos me gustan.

El hombre se fue y puso de inmediato un casete de Celia Cruz que abrió con:

«Se oye el rumor de un pregonar  
que dice así:

el yerberito llegó, llegó.

Traigo yerba santa *pa'* la garganta,

traigo keisimon *pa'* la hinchazón,

traigo abrecaminos *pa'* tu destino,

traigo la ruda *pa'* el que estornuda;

también traigo albahaca *pa'* la gente flaca...»

Le subió un poco más el volumen y la música tomó todos los rincones del saloncito como si fuera un bar. Una voz que parecía un cristal.

–¡Qué clase de voz! –dijo Chispa alabando la voz de Celia Cruz–. Ya no hay de esa clase de cantante. Qué grande y aquí no la ponen en la radio. Pero nadie puede negarlo, es lo mejor que hemos tenido en muchos años. Me encanta, al igual que la otra. Son estupendas las dos. Me gustaría que un día pudieran venir a cantar aquí, y que la situaran en el estadio más grande que hay para que vea que lo llenan. ¿Tú las has visto, viejo?

–Sí. Claro, las he visto en varias ocasiones, he estado en sus conciertos y he conversado con las dos. Son muy sencillas y agradables y, sobre todo, son muy

cubanas –no quiso decir patriotas porque le pareció muy duro en aquel lugar y también por aguantar a su chofer. Por poco se le va que él le ha dedicado artículos en periódicos y revista, no solo por los geniales que son, sino porque también son unas cubanas auténticas, amantes de la libertad, que no les importa decir en medio de un concierto que su pueblo está esclavizado por un criminal dictador. Eso es lo más interesante de estas señoras tan famosas que llevan en su corazón la patria y no tienen en cuenta lo que piensen de ellas, por sobre todo ponen su cubanía.

–¡No te lo creo, viejo, qué cosa! Y pensar que son de esta tierra y que son como tú dices y que aquí las tengan orilladas. Yo creo que nunca podrán opacarlas, no pueden, no saben lo que hacen, porque sus trayectorias hablan por ellas. Es como querer tapar el sol con un dedo. Estas mujeres están cantando hace muchos años y el mundo entero debe conocer sus tragedias.

Había un análisis concienzudo y de tiempo en lo que decía aquel hombre que Esteban le tenía su poquito de miedo. Es que todas las personas no son bobas, llegan a un punto en que tienen que cuestionar los argumentos esgrimidos para contrarrestar los criterios de otros. Con el tiempo se van debilitando y la gente empieza a comprender las falsedades y el engaño en que los envolvieron un día. A Esteban le agradó aquello que acababa de decir Chispa, y llegó a la conclusión de que este hombre tendría sus deformaciones, no obstante, era inteligente. El sistema, que se había empeñado desde los inicios en fabricar un hombre nuevo, solo con características de esclavos, sin que pudieran usar su raciocinio para cuestionar su estatus, y mucho menos renegar del sendero que tenían que transitar, había fracasado.

–¿Te gusta la música de ellas?

–Me encanta, viejo. Yo tuve un radio que cogía muy bien las estaciones del norte y cuando las oía me arrebatava. Allá hay muchos cantantes buenos de acá.

–Puedes tomarte otra cervecita si lo quieres –le dijo Esteban a Chispa después de ver que este se había bebido la cerveza casi de un sorbo. Sabía que a estos cubanitos les gusta mucho chuparle el rabo a la jutía. De Chispa ya lo sabía muy bien, por lo que le había contado del negocio de la destilación de alcohol.

–Gracias, viejo. Hace tanto calor acá en esta región que esto es lo único que la calma un poco.

Con presteza inesperada el sirviente trajo lo que aún no le habían pedido. Sin dejar de hacer lo que sus manos manipulaban con diestra rapidez, sus ojos y oídos se mantenían al tanto de la más mínima atención, coordinando los



movimientos para que el servicio fuera óptimo, a pesar de tener la música un poco alta. Desde detrás del mostradorcito dominaba el salón con la mirada y el oído, sin que por ello detuviera lo que prepara en el fogón. La mujer daba algunas vueltecitas, de vez en cuando, por la cocinita. Se le veía pasar y mirar o hacer algo. La atención era esmerada.

–Esto si es servicio, viejo, lo demás es bobería. Esta gente se hace rica con esto si le dieran un chance. Así es, y mira cómo resuelven –dijo Chispa y movió la cabeza en redondo como si mirara todo a su alrededor–. Allá no hay algo así, ni parecido, viejo. Mañana lo verás cuando regresemos. Allá sí se muere de hambre cualquiera en la calle. Bueno, ustedes no, para ustedes hay en cualquier parte; nosotros, ¡uh!, nosotros tenemos que buscarla debajo de las piedras.

Esteban se dio cuenta de que al día siguiente se cumplirían los tres días que había dicho se pasaría por aquellos lugares. Tres días y no había hecho nada. Esto lo desilusionó más de lo que ya estaba. Antes de salir, Esteban le dejó entrever al dueño que lo más probable era volvieran por la tarde y comieran algo más fuerte. La cara de Chispa se le iluminó de alegría y se vio comiendo un plato grande de arroz con frijoles y unas masas de cerdo fritas: era lo que más le gustaba. Y si le agregaban yuca, ni hablar. Hacía mucho que no se empataba con una succulenta comida, por eso le preguntó al hombre si había frijoles, carne de puerco y alguna yuquita. De res ni hablar, eso solo lo servían en los restaurantes del Gobierno. Para hacer un chiste le preguntó también si le podía hacer un bistec de res, de riñonada como los había oído mentar, porque él no conocía esa parte de la res. Piltrafa y huesos era lo que llevaban a las casillas y para colmo se metían hasta seis meses de una repartición a otra. El hombre se rio e hizo una mueca que le desfiguró el rostro y se fue a la cocina diciendo que no con la cabeza. Chispa entendió que sí la tenía pero que no se la serviría a ellos por ningún precio. ¿Por qué? Pues porque no los conocía bien y eso sí era peligroso. Nadie se atrevía a hacerlo, se jugaba unos años en una granja trabajando como un mulo sin que le pagaran y expuesto a cada instante a vejaciones y malos tratos.

–¿Cómo es la riñonada, viejo?

–La riñonada es una parte de la res que está por...

–No, viejo yo no quiero saber dónde la tiene la res, sino cómo es el bistec y a qué sabe.

–Oh. Bueno, los carniceros le dejan un trocito de hueso al bistec, a un ladito. Eso es lo que la identifica. Es una carne suave, jugosa, con un sabor muy

agradable. La res tiene muchas partes que se diferencian todas unas de otras. Cañada, bola, falda, boliche, riñonada y filete. Por supuesto que tiene otras partes menos mentadas y quizá no tan buenas como estas.

–No se vaya a reír por lo que le voy a decir, no es un chiste. Yo nada más conozco el picadillo, la carne con papas y un bistec chiquitico que parecen hechos de gomas: duros y elásticos. Sí, parecen más sacados de la goma de un carro que de una res. Estiran que no quieren partirse.

Tuvo que reír Esteban a pesar de que Chispa le previno de que no lo hiciera, o tal vez lo hizo por esa misma razón.

–Ah –continuó Chispa–, y los huesos; eso los conozco muy bien. Sé cuáles son costillas, agujas; los de las patas no sirven para nada, son muy grandes y no le dejan ni pellejos. La gente siempre dice que los huesos dan mucha sustancia, que son mejores que la carne. A mí, denme la carne y el que lo desee que se quede con los huesos. Eso es mentira, ¡qué va a tener más sustancia un hueso que un bistec! En mi vida he visto esa carne que mienta usted. ¿Usted sabe que he comido mucho? Caguama.

–La caguama es muy buena –agregó Esteban–. Está prohibida la pesca de ellas porque se están extinguiendo.

–Aquí no creen en nada de eso. El gato y caballo están llamados a desaparecer también. A mi mamá le comieron una gata que dormía con ella. En el tanque de la basura apareció la cabeza y el pellejo. Por esta zona donde estamos matan muchos caballos. A la capital llevan carne de por acá.

Esteban sabía lo de los gatos, y que un tiempo dieron permiso para matar caballos y hubo una mortandad muy grande de esos animales. Al poco tiempo tuvieron que suspender la matanza.

Esteban salió satisfecho y pensando si se dirigía a la oficina de Mapo o al cementerio para intentar hablar con Armando. Creyó más sensato ir a este último lugar, ya que el portero le había dicho que Mapo no llegaría hasta después de las dos de la tarde y faltaba más de media hora. ¿Y a Mapo para qué quieres verlo, Esteban, si tú no quedaste en nada con él? ¿Le has cogido miedo por lo de anoche? No sea tonto, ellos no son adivinos, quítate de la cabeza a ese hombre y ve directo a donde está Armando. Otra cosa: ¿qué de nuevo te dirá? Ya él sabe quién tu eres, y si supiera a lo que vienes no te ayudaría a esclarecer lo que muy bien debe también ocultar. Sí, afirmó, y hacia el cementerio le ordenó a Chispa que se dirigiera. Tuvieron que preguntar de nuevo cómo llegar, pues ahora estaban en otra parte del pueblo y las señas anteriores no les servían; además de no haber llegado al cementerio en aquel

momento. No le costó trabajo a Chispa, en unos pocos cortes, dar con la calle que lo conducía al lúgubre lugar y, en unos minutos, verlo en la lejanía, discreto y solapado detrás de un frondoso pinar. Por encima de la cerca se veían las cruces saliendo, unas más altas que otras.

–Allá está –dijo Chispa a Esteban, que ya también creía haberlo descubierto. Quedaba al costado izquierdo, aproximadamente cien metros, metido hacia adentro. Desde lejos no se veía en su totalidad por los pinos, solo después de estar más cerca el pinar iba apartándose, quedando un tanto a la izquierda. Al llegar a una calle de rocoso que conducía directo hasta la entrada, se veía el portón enrejado abierto de par en par, y arriba de la marquesina un letrero grueso que decía: «Cementerio municipal». Aparcaron a la orilla de la callecita y se bajaron. Esteban quiso entrar solo, y le pidió a Chispa que esperara en el carro. Después de haber caminado unos pocos pasos regresó como si se hubiera arrepentido y, al llegar al carro, se detuvo dubitativo. Chispa, que no le había perdido de vista en ningún momento y le pareció raro aquel comportamiento, le preguntó:

–¿Qué le pasa, viejo, se arrepintió?

–No –se sonrió Esteban–. Pensaba en coger el bastón y me acordé que lo dejé en el hotel.

–Sí, usted no lo trajo. Para qué quieres bastón, viejo, si lo haces muy bien sin él. Además, a las mujeres no les gustan los hombres con bastones ni sombreros, no sé por qué.

Esteban no contestó. Regresó, y al entrar por el portón oyó voces un poco más adelante, en la misma dirección que llevaba. A unos pocos pasos, la callecita cortaba a la derecha. Los mausoleos más próximos a la entrada eran los más majestuosos y, contrariamente, los más deteriorados y viejos. Hacia dentro se veían algunos muy bonitos. Estaban bastante diseminados, metidos entre los más bajos, que eran la mayoría. Un gran por ciento eran sepulturas normales, con un murito estrechos alrededor, una crucecita en uno de los extremos y llenas de hierba, en un abandono total. Las hierbas crecían con mucha fuerza, «sirviéndoles de abono los muertos que estaban debajo», pensó Esteban, recordando la poesía que decía: «El árbol que mejor fruto produce es el que tiene en sus raíces un muerto».

Se detuvo donde la callecita doblaba a la derecha y se introducía entre un mar de cruces, perdiéndose al final. Si seguía las voces tendría que dejar la callecita y continuar recto. Así lo hizo, metiéndose por entre las sepulturas y guiándose por las voces, que cada vez se notaban más cercanas, sin ver a las

personas que las emitían. Sin duda, estaban detrás de algún panteón. Llegó hasta donde distinguió dos cabezas saliendo por encima de un panteón bajo. Eran dos hombres que agachados trabajaban, al parecer, remozando un muro. Se les acercó hasta que los pudo ver a la altura del pecho.

–Señores, ¿alguno de ustedes es el sepulturero? –preguntó a los hombres. Ellos habían notado la presencia de Esteban que se les acercaba y dejaron de trabajar cuando les habló.

–No –dijo el único que se paró, sin darle mucha importancia, volviendo agacharse y reanudando su labor.

–Si no está allá, en su caseta, se habrá ido –agregó el otro, levantando la cabeza, quizá dándose cuenta que su compañero no había sido muy explícito. Como el hombre miró en una dirección determinada, Esteban creyó saber a qué caseta se refería. Salió de nuevo a la callecita y cuando iba llegando a mitad del trayecto que lo separaba de la supuesta caseta, una voz lo hizo detener.

–¿Qué busca?

Esteban se viró a su derecha y vio unos pasos más allá de la orilla a un hombre larguirucho con un sombrero ancho y roto en la copa, recostado a la pared de un panteón. No parecía que anduviera caminando. Nada más se le veía de la cintura para arriba. Estaba allí como si descansara, sin dejar de observarlo todo, con la barbilla levantada y una expresión de piedra, entonando muy bien con el lugar, confundiéndose con las esculturas aladas que sobresalían por algunas partes del monte de cruces. El color de su ropa era el mismo que el de las esculturas, por lo que le costó trabajo a Esteban diferenciarlo de entre ellas, pareciéndole que la cara era la de un hombre que se había acostumbrado a mirar a todas las personas con indiferencia, como si estuvieran muertas. Así miró a Esteban: de soslayo.

–¿Es usted el sepulturero? –preguntó Esteban por el impulso de la pregunta abocada, ya sin la necesidad de hacerla, pues casi se lo había dicho. El no buscaba a otra persona que no fuera el sepulturero, si no veía a Armando.

–¿Qué se le ofrece?

Si era verdad que había ido a ver a Armando, a tratar con él, lejos de personas que se entremetieran, de momento no supo de qué forma plantear las ideas. Era obvio que debía empezar preguntando por Armando. El temor a ser tildado como la persona que buscaba, lo detuvo y cambió el enfoque:

–¿Sabe usted? Hace mucho tiempo que conozco a un hombre que he visto hoy en la calle. No pude hablar con él, me dijeron algunas que vive en este lugar.

No era una pregunta, era una afirmación que Esteban no quiso alargar por creer que no hacía falta. Le pareció que el larguirucho hombre no cambió de expresión al saber que no le preguntaban por la ubicación de un muerto, sino por el paradero de un vivo. Así que le daba lo mismo un vivo que un muerto. Quizá a Armando lo trataban como a cualquiera de los que se hallaban allí enterrados, supuso Esteban sin creer que estuviera equivocado.

—¿Y para qué lo busca? —dijo y dejó de mirar distraído para reparar un poco más en Esteban. Hasta aquel momento no lo había mirado así. Se había dedicado a cambiar la mirada constantemente y cuando la detenía en un punto, era algo lejano que Esteban no lograba dilucidar; siempre con la barbilla levantada, no porque mirara hacia arriba, miraba recto, horizontal, como si por nada dejara de mirarse la nariz. Esteban no podía mirarle bien de frente por lo que juzgó que el hombre era bizco.

—Ya le dije que lo vi y lo saludé, no estoy seguro de que me haya reconocido. Tengo la impresión de que sí. Muchas personas se agruparon a nuestro alrededor y no quise molestarlo. Me da pena no ayudarlo si puedo hacer algo por él. Fuimos muy buenos amigos y le debo favores.

El hombre cambió de nuevo su mirada, alejándola de la zona que ocupaba la sombra de Esteban. Demoró un tiempo más largo de lo normal para contestar:

—¿No estará usted equivocado? —le preguntó mirando fijo a Esteban, esta vez sin pestañear, inclinando la cabeza hacia adelante y tomando la barbilla una posición normal. Dejó de mover las manos y Esteban notó la insistencia de la mirada, y comprobó que el hombre no era bizco. La mirada era tan fuerte que no pudo resistirla. El hombre tenía una mirada ardiente, ponzoñosa, agresiva.

—No —refutó Esteban a secas, convencido—. Ya le dije que lo he visto hoy, es él.

—Está bien, está bien, ya me lo ha dicho, no es necesario repetirlo más. Siga por ahí hasta la caseta que se ve allá, cerca del árbol grande que le queda a la izquierda, él lo está esperando.

El hombre terminó la última palabra y viró la cara como no dándole importancia a lo que había dicho. Esteban lo miró con desconfianza, además de sonarle discordante eso de que Armando lo esperaba. ¿Cómo iba a esperarlo si no le había dicho en ningún momento que vendría?, analizó con agilidad. Si Armando es capaz de razonar de esa manera, dudaba que estuviera loco de remate. Tendría sus lagunas, era claro, no que estuviera ido totalmente. Ni muchas personas normales logran determinar con claridad las intenciones de alguien con quien acaban de tener una simple y corta conversación. Saber

con certeza que Esteban iría a verlo decía a las claras que no era ningún alienado. De la forma en que le habló en la calle cualquiera pudiera deducir que quizá lo buscaría para dejarle un regalo; una persona normal, claro está, no alguien desequilibrado. Un loco debe carecer de intuición o de razonamiento lógico.

La caseta estaba al costado de la cerca, de frente a la calle por la que se llegaba. No la que entraba recto al cementerio, sino la que venía del pueblo y pasaba de largo: como para que se vieran las fachadas al pasar por la calle. Todos los panteones techados tenían esa misma orientación, quizá por costumbre o una disposición establecida a través de los años. Al que se dirigía Esteban quedaba llegando a la esquina, donde el muro que venía de atrás se unía con el del frente. La callecita le pasaba por detrás de la caseta, a unos pocos pasos. El árbol grande que se veía desde afuera era una vieja acacia que brindaba una amplia sombra en algún momento del día a los panteones que quedaban a su alrededor. Esteban la distinguió enseguida y quiso preguntarle al hombre por qué Armando se imaginaba que vendría. No le fue posible formular la pregunta, se quedó con la boca abierta porque cuando giró la cabeza hacia el hombre, ya este había desaparecido. Le había señalado dónde estaba Armando y al mirar hacia el lugar que le indicara, el hombre se perdió detrás de los panteones que le quedaban uno pasos detrás, o se había agachado detrás del que estaba recostado, supuso Esteban, porque no le vio ni la sombra de su enigmática figura ni la punta del ala del sombrero: se esfumó. Esteban continuó por la callecita, luego cortó a la derecha acercándose cauteloso, caminado entre los muros bajos de las sepulturas sencillas, unas pegadas a las otras. Armando estaba sentado en la estrecha acera que rodea la caseta, recostado a la pared, con los pies estirados, sobresaliendo un palmo. La poca sombra que proyectaba la caseta hacia aquel lado y que debía menguar mientras el sol subiera no le cubría completo. Solo a los zapatos el sol le daba de plano, y fue lo primero que Esteban vio. No se dirigió directamente hacia él, más bien se abrió un poco para verlo por completo de lejos antes de llegar. No era miedo, porque Armando no se había portado agresivo cuando lo vio en la calle, lo único fue que intentó defenderse, contrario a lo que Mapo le dijera. Armando lo detectó en el momento en que asomó la cabeza. Se paró rápido y su cara se tornó radiante. Su aspecto había cambiado mucho: con la cara limpia, lavada de hacía poco, las greñas recogidas en un moño en la parte de atrás y los ojos moviéndose con el impulso que da la alegría. No se parecía en nada a quien Esteban interceptara

en la calle hacía escasamente un par de horas. Otro detalle que contribuía al cambio era que ya no tenía puesta la leva, ahora llevaba una camisa de manga larga que se le ceñía al cuerpo y con menos mugre, o así lo parecía. Esteban notó el drástico cambio experimentado en la apariencia de aquel hombre y supo con suficiente claridad que tendría cosas de loco, pero no todas. Un tanto por ciento de su real personalidad lo tapaban su indumentaria y el descuido por el que se dejaba arrastrar. El aspecto no define al hombre, solo lo señala: debajo de aquellos trapos había una persona con un corazón que latía como los demás. «Si no tuviera barba y el pelo cortado normal, quizás lo hubiera reconocido desde los primeros momentos a pesar de los años transcurridos», se dijo Esteban analizando el cambio dado en Armando. Luego rectificó y creyó que de ninguna forma la imagen del Armando que él había conocido concordaba ya con el que tenía delante. Los ojos y la nariz sí era los mismos; los otros rasgos quedaban ocultos entre la espesa barba.

El mendigo lo esperó estirando los brazos, con la cara llena de alegría. Esteban no sintió repugnancia al abrazarlo y pegarse a él, estrechándolo con verdadero cariño. Era verdad que despedía un mal olor, lo que provocaba pena en quien conoció a Armando antes del cambio. El hombre se apartó un poco, quizás reconociendo que su cuerpo emanaba un vaho fétido que lo hacía repulsivo.

–Muchos años sin verte, Armando. Quién me iba a decir que un día volveríamos a encontrarnos, ni en sueños. Es verdad que nadie sabe dónde va hasta que no llega.

–Me da mucho gusto verte, y saber que me recordabas. Yo juraba hasta que nos encontramos en la calle que ya nadie se acordaba de mí, pero estaba equivocado. Por allá por el norte quedaba alguien que no me había olvidado, es algo increíble –Las lágrimas cortaron las palabras y surcaron las mejillas. Entonces Esteban se le acercó de nuevo, le tiró el brazo por encima y lo apretó contra él, con fuerza.

–No, por favor, no vine a verte llorar. Tú eras un hombre de mucha energía y gran decisión: cojonudo. Llorar no es para ti. ¿Qué ha pasado, Armando? Si quieres, no me cuentes lo que te duela, lo que sí deseo es ayudarte a salir del mal paso. ¿Qué puedo hacer por ti y cómo? Lo que tú estimes conveniente. Por la gran amistad que un día tuvimos, por ser tan hospitalario conmigo, hermano. Vamos, deja de llorar y dime sin pena qué puedo hacer, por favor.

Más lloraba el pobre hombre comprobando que alguien que ya él no recordaba venía a verlo y le ofrecía lo que muy pocos le habían brindado: una verdadera

amistad. Esteban lo dejó tranquilo por unos cuantos minutos para que se desahogara. Lloró por mucho rato, sin poder contenerse. Ya después se enjugó las últimas lágrimas y se puso fuerte, intentando hacer una sonrisa que al final logró mantener.

—No, Estebita, nada. Hay situaciones que no tienen remedio, que son así porque deben serlo. Lo que deseo es conversar contigo todo el tiempo que tú quieras o que puedas, me basta con tomarte la molestia de venir a verme desde tan lejos. Ese es el gesto más hermoso y grande que alguien ha tenido conmigo, te lo juro. Me hubiera gustado estar en otras condiciones para recibirte como te mereces. La vida no trata a todo el mundo de la misma manera, a muchos nos empuja por pendientes donde no hay ni de dónde agarrarse. Te ofrezco lo que tengo, con el corazón, sin que lo tomes como una ironía. Esta es mi casa — se detuvo y barrió de un manotazo suave desde el frente hasta la parte de atrás trazando un semicírculo en el aire. Esteban lo miró sin poder ocultar una infinita tristeza. Lejos estuvo de sentir el sarcasmo que su amigo le previó al decir que el cementerio completo era su casa.

—¿Y no tienes problema con vivir aquí?

—¿Con el sepulturero? No temas, a esta hora él y su ayudante se han ido. Ya hoy trabajaron: sembraron a dos afortunados que murieron ayer. Aunque no tengo problemas porque alguien me visite. Antes alguien venía a darme una vueltecita; hoy ya a nadie le intereso.

—Yo hablé con uno que me dijo que tú estabas aquí y que me esperabas.

—¿Cómo era?

—Un hombre flaco...

—No —lo cortó Armando—, el sepulturero debe haberse ido.

—¿No era el sepulturero?

—No —negó Armando haciendo énfasis en que no era el sepulturero, dándole poca importancia a quien fuera—. Bueno, Estebita, aquí vivo y aquí mismo me quedaré cuando llegue el momento. Ya puedes ver la ironía de la vida. Esta es mi casa —sin virarse completamente dio con la mano abierta en la pared que le quedaba detrás, en la que estaba recostado cuando Esteban asomó la cabeza.

Esteban se separó un tanto y le dio una ojeada a la caseta como si evaluara la vieja y despostillada edificación. Armando había escogido aquel panteón que los dueños abandonaron por alguna razón, o porque ya no existían miembros de esa familia en el pueblo, y lo ocupaba con la anuencia del sepulturero municipal. Armando fue un hombre muy querido en su época. Solo los más jóvenes, los desconocedores de su vida, se reían y hacían mofas de él; los más



viejos lo miraban con infinita compasión.

El panteón era de estrechas proporciones como la mayoría de los que existen en los cementerios del país. Este le permitía a Armando vivir con la comodidad que requería sus pocas exigencias de hombre solo, sin reglas domésticas, y carente de la mayoría de los enseres que necesita una persona normal en una casa. La construcción era sólida y el espacio muy bien distribuido si se tenía en cuenta que había sido diseñado para seis sarcófagos: tres a cada lado de la escalera por la que se descendía. Desde afuera solo se divisaba una caseta cuadrada con tres lucetas redondas y una puerta de reja como entrada. De las tres lucetas, otrora dotadas con vidrios de colores llamativos, solo le quedaba la del costado derecho; las de los costados izquierdo y del fondo se sabía que existieron por algunos trozos de cristal que aún quedaban adheridos a los bordes como dientes de un animal feroz con la boca abierta. La puerta de reja era ancha, sobreentendiéndose que era para darle paso con cierta comodidad al féretro y hacer la maniobra requerida de bajarlo y empotrarlo en una de las dos paredes destinadas a los recintos mortuorios. La tapa de mármol que cubría la entrada a los nichos habíase roto por cuestiones que ni el mismo sepulturero conocía, y en el fondo yacía en pedazos, sirviendo de piso para que Armando se moviera sin hacer contacto directo con la tierra cuando bajaba. A él le daba lo mismo. Le estorbó para caminar al principio de ocupar aquel tétrico lugar; luego, al darse cuenta de que no podía sacarlos por ser tan gruesos y pesados, los ordenó y se conformó con caminar sobre ellos lo poco que podía moverse allá abajo. De los seis nichos que tenía el panteón quedaba uno solo desocupado: el que Armando usaba cómodamente para dormir cuando se veía obligado a hacerlo allá abajo porque el frío o el agua no le permitía quedarse en la superficie. Si no existían esas condiciones, no bajaba. El hueco de la escalera lo tenía tapado con trozos grandes de *plywood* que hacían de tapa. Quien se asomara a la reja y mirara hacia adentro lo que vería, inequívocamente, era un cuartucho con piso de madera que sería un panteón, pero tenía más de habitación que de otra cosa por contener ropas guindando en las paredes, una mesa en el centro, un par de sillas a los costados y otros artículos propios de una vivienda. Solo si quitaba la madera del piso y se asomaban al hueco, lograba verse una escalera que descendía a una profundidad de diez o doce pies, quedando tres nichos a ambos lados de dicha escalera. Uno de los costados estaba tapiado con los tres cadáveres que se suponía estuvieran dentro, con los nombres y las respectivas fechas de nacimiento y defunción, tallados en la losa de mármol

que los cubría. Por el otro costado, el nicho de más abajo estaba sellado y el último de arriba. Era claro el lugar que ocupaba Armando: entre dos cadáveres. Para colmo, creía tener algún parentesco con los difuntos, puesto que tenían los mismos apellidos. «Casualidad de la vida y quizás del destino», pensó Armando en los inicios, porque si tenía la suerte, un buen día la muerte podía sorprenderle allí empotrado, y ni trabajo tendría nadie en enterrarlo. Con ponerle unos pocos ladrillos ya estaría resuelto. La inscripción no la deseaba, era mejor que nadie supiera de quién era aquella osamenta. No era tanta la casualidad, pues cuando descubrió el panteón lo que más le llamó la atención fue que su primer apellido coincidía con los de allí enterrados y muy bien podían ser miembros de sus antepasados que él no conoció. Lo reclamaría como una propiedad familiar si se empeñaban en sacarlo a la fuerza. Eso había ocurrido hacía ya alrededor de quince años. Más claro aún, el día que entró al cementerio con el firme propósito de abandonar la vida, entró a colgar su cadáver en alguno de aquellos panteones y se percató misteriosamente de que una extraña paz lo arropó desde que cruzó la cerca y puso sus pies dentro del campo santo. Era de noche y la luna estaba tan clara que caminaba entre las sepulturas sin tropezar con ellas, incluso lograba leer las inscripciones de algunas cruces. Lo primero que hizo fue ir donde estaban sepultados su hijo y su madre. Lloró en ambas sepulturas y les prometió que en pocas horas estaría igual a ellos: debajo de la tierra. Luego se repuso y buscó con mucha paciencia un lugar alto en donde atar el cinto y colgarse: era la idea que llevaba, y el cinto, su única arma. Fue hasta el panteón que ocuparía luego como su morada y, por su altura, le pareció el más apropiado. Eso era lo que él procuraba: algo en qué engancharse convenientemente. Después de atar el cinto en el borde superior de la reja, arrastró un trozo de muro para treparse sobre él y dejarse caer suavemente hasta que la respiración se detuviera. Era necesario acabar con el calvario de su miserable existencia. Se entretuvo mirando los nombres en bronce, incrustados en el mármol de la tarja que estaba en la pared, a la altura de su mirada, y se dio cuenta de que debía escribir algo como despedida o, al menos, un epitafio que dijera su sentir. Buscó en sus bolsillos y no halló nada con qué hacer unas letras diciendo que se iba del mundo por esta u otra razón. Debido a que no encontró nada con qué hacer aquel escrito, y más que todo porque la fría noche lo había enfriado, pospuso la muerte para el día siguiente. Soltó el cinto, volvió a poner en su lugar el trozo de muro y se sentó a pensar en lo que escribiría y en los problemas que lo empujaban a cometer aquel acto. Después de mucho pensar

elaboró unos cuantos epitafios que escribió al otro día con un trozo de carbón, en la pared, por la parte de adentro: «Aquí yace quien nunca creyó llegar», «Al fin llegué», «Si estoy aquí es porque estuve donde tú estás. Nos vemos», «Mi único fallo fue en tener esperanzas», «Aquí, entre mis amigos y enemigo», «Yo no fui quien conocieron, fui más estúpido», «Creí y me jodí», «No dudes, llegarás», «No pierdas tiempo pensando en lo que ya tienes seguro». Pensó también en dejar una carta ¿Y qué diría la carta? ¿Cuáles serían las razones por las que te ibas del mundo? Todos en el pueblo conocían bien tu vida, si algunos quisieran tapar la verdad no podrán, ahí estaban mis huellas, no podrían borrarlas. Cuando se cansó de estar sentado se puso de pie y comenzó a caminar por entre las tumbas. Toda la noche se lo pasó hablando en voz baja, preguntándose a veces si suicidándose todas las dificultades desaparecerían. ¡Pues claro, si la dificultad eres tú! En una ocasión escuchó una voz cercana, conocida, que repetía sus palabras y a continuación daba la respuesta. Le puso asunto y se dio cuenta que era su propia voz. No era el eco porque en los cementerios no hay eco, era la respuesta a sus palabras que, en las noches tristes y solitarias, se pueden escuchar con suficiente claridad si se le pone toda la atención. Esto ocurre en ciertos momentos; no siempre. Repitió unas cuantas veces la misma pregunta de diferente manera y la respuesta le llegaba idéntica a la primera vez, sin cambios. No fue idea que se hizo, las escuchó bien y las entendió. Hasta aquel momento no sabía que la voz se desdobra y la respuesta se producía al final de la pregunta si esta se hace en un cementerio, pasadas las doce de la noche y decidido a partir hacia la región ignota. De todas las respuestas la que más llamó su atención, y por la que se guio para no marcharse de aquella forma, fue al aclararle el error que cometería si se suicidaba. Cuando se rio a carcajadas de la voz de las respuestas, esta le contestó con una pregunta. Una sola pregunta hizo la voz de la respuesta: «¿A qué temes?». Entonces, él dijo: «¿Por qué me preguntas? ¿Qué quieres, que no lo piense más y termine de una vez?». La voz de la respuesta, con tono de enojo, no repitió como lo estaba haciendo, nada más le respondió: «Solo los cobardes huyen porque no tienen valor para enfrentarse a la vida. La vida es la única batalla que tiene el hombre para templarse. Quien no luche no tiene derecho a disfrutarla, por lo tanto, coge tu cinto y lárgate al mundo de los que no la merecieron nunca, apártate de mi presencia, despojo humano. En el otro mundo te odiarás con todas tus fuerzas y, si puedes, recordarás que alguien te lo advirtió». «¿Qué hago para darte el gusto que me pides?», dijo él un poco cansado de seguir siendo la víctima, y ella dijo, también si repetir las

palabras: «Nada, a mí no me das nada. Eres tú quien pierde la oportunidad que no volverás a tener». «¿Qué hago entonces?», preguntó él, más calmado, dispuesto a poner en práctica aquel consejo. «Ya no me oirás más, es la última vez que te digo que luches hasta el final —dijo la voz de las respuestas con la potencia que en ningún momento antes había hablado—, hasta el último aliento».

Ya no la escuchó más a pesar de que en las noches sin sueño la invocaba y le pedía que le dijera si lo que hacía era luchar o escapar. Por eso es que sabía que un dialogo de tal naturaleza no se logra muchas veces en la vida.

—Todo fue muy sencillo —le dijo a Esteban cuando este se interesó por saber cómo había decidido vivir allí dentro con el mal olor que despide la tierra—. Estaba harto de vivir, Estebita. Cuando ya nadie te quiere y tú mismo te desprecias, llegas a la conclusión de que más temprano que tarde tendrás que entrar ahí, quieras o no. Yo me dije: «Armadito, llegó el momento de brillar con luz propia, date un cintazo y espanta la mula de esta mierda que le llaman vida». ¿Y quién te dice a ti que desde entonces todo lo veo diferente? Si yo sé, más temprano vengo y me refugio en este lugar. El hecho de vivir aquí me ha abierto todas las puertas que antes estaban cerradas, hasta las del entendimiento. La gente me ha cambiado el nombre, se ríen con cualquier gesto que hago, no trabajo, como lo que me brindan, que viene siendo igual que lo que comía antes, me visto con ropas que a nadie le llama la atención ni quieren ponerse. Ninguna persona osaría envidiar mi estatus social, no le importo a nadie y puedo dormir en el lugar donde reposarán mis restos cuando muera. Di tú, ¿qué más se le puede pedir a la vida? ¡Ah! otra cosa muy interesante: nunca estoy solo, hablo con todos y cuando me joden un poco me cago y me orino arriba de ellos. Soy el Comandante en jefe de las fuerzas muertas de esta comarca, que por chica no deja de ser una poderosa nación. No creas nunca que el tamaño tiene mucho que ver con los pueblos ni con su fuerza. Debes acordarte muy bien si no estás más loco que yo, que hace muchos años «una sardina se comió un tiburón». Lo malo, que todavía no lo ha digerido, Estebita. Ahí se formó la trabazón. ¡Qué tiempos aquellos, chico! Hacía mucho que no los recordaba, se mueren los recuerdos dentro de uno. Bueno, a veces es mejor. Esta gente, que ya no son nadie, me roban todo el tiempo y se conforman con que les recuerde su pasado, bueno o malo, no les importa. No es que sean unos estúpidos, ellos solo tienen pasado porque ya no están; si estuvieran, a lo mejor no querrían recordar su pasado. Bueno, el pasado casi nadie quiere recordarlo, todos deseamos olvidarlo. Perdóname, Estebita, tal

vez no entiendas las cosas de los locos, es cierto. Los vivos gozan del presente y el futuro, ellos nada más tienen pasado. Recordar el pasado ya no lo entiendo para vivir de él. No concibo a nadie, ni a ustedes ni ellos. Esa es la diferencia del que se caga en el pasado y se orina en el futuro. Lo único que en realidad tiene un poquito de valor es el presente, y es muy doloroso vivirlo con exactitud. Bueno, ustedes, los que escriben, lo que hacen es huir del presente refugiándose en las historias que fabrican. Por el hoy no vale la pena ningún sacrificio. Estebita, no me gusta mucho filosofar, aunque debes entender que hablo muy poco con los vivos, y cuando me cae un tipo como tú, no puedo aguantar. Cuando hay alguien que quiere conversar conmigo y me hurga, no lo dejo hablar. Dime algo de tu vida, cómo lo has hecho para vivir tanto tiempo sin caer en un hueco de estos, tan peligrosos y, a la vez, necesarios.

Esteban se encogió de hombros y con una mueca risueña respondió que él no lo sabía. Pensó que a pesar de haber vivido tantos años no tenía mucho que contar. Su vida había sido una monotonía, con altos y bajos; eso sí, sin escollos infranqueables, solo aquel en que tuvo que salir echando de la tierra que hoy pisaba. No se imaginaba en el pellejo de su amigo, nunca podría vivir ni un solo segundo de aquella manera. Hay que creerse nadie para adoptar una personalidad tan insignificante como la de su amigo, hay que estar loco. No cabe pensar en otra cosa que creer que la capacidad mental de una persona así se ha reducido a la mínima expresión, llegando a ser similar a la de cualquier animal. Era verdad que Armando hablaba hasta por los codos, no esperó la respuesta de Esteban y le bastaba con el gesto que este hizo y que entendió perfecto para retomar el monólogo:

–Dejemos lo que no quieres saber porque estás próximo a tu fin, y yo no quiero que salgas de aquí llevándote una imagen falsa de mí; no, eso no. Te daré algunos detalles de cómo vivo, eso sí, antes quiero que conozcas algunos de mis acólitos, los más cercanos colaboradores, las personalidades influyentes tanto en la política, la economía y el arte: todas las esferas de la sociedad. Si muchos de ellos no querían estar juntos, hoy no pueden evitarlo. Este es el final de todo el mundo, del rico y el pobre, el bueno y el malo, la honrada y la puta. Todavía no han ideado enterrarlos separados. Aquí es donde de verdad se igualan todos y nadie repara en ello ni protesta. No de esa manera, ni mucho ni poco: estos panteones representan la diferencia en este lugar. Los familiares creen que porque los metan en nichos muy bien contruidos, panteones bellísimos, se conservarán mejor que los pobrecitos

que los han tirado en la tierra pelada; pampinas, son iguales. Los gusanos que se comen a uno también se comen al otro y no deben de hallar diferencia en el sabor.

Esteban hubiera querido cortarle y pedirle saliera de ahí con él, no sabía adónde, ponerse otra ropa, afeitarse, darse un buen baño y cambiar por completo su aspecto. Eran del mismo alto y casi del mismo grueso, pudiera servirle las camisas y los pantalones que tenía en el hotel. No creía que le costara trabajo meterlo en una barbería y luego buscar un lugar donde se pudiera dar un buen baño. Además, él no aguantaría mucho tiempo allí metido. Dominó los impulsos y continuó escuchándolo. De todas maneras, había ido a verlo y ahora tendría que soportar lo que dijera. Lo no entendible era que sus palabras estaban muy bien hilvanadas, solo que jugaba con una fantasía malsana y sarcástica que debió haber adoptado como medio de supervivencia desde los primeros momentos del cambio.

—Bueno, mira este de aquí: es el científico del pueblo, el único. No tiene el nombre, el muro está despedazado y la cruz alguien se la robó para ponérsela a su familiar; son cosas normales en este mundo. El sepulturero las toma de unos y se las vende a otro. Alguna búsqueda tiene que tener el pobre hombre, no le pagan tanto como para no tener que robar. Por ahí hay cruces que las han vendido un montón de veces. Dice él que se llamaba Aurelio. Un día supe que se llamaba Juan. No le creo mucho, me parece un embustero de marca mayor. Eso de que él inventó el zepelín es pura fanfarronería, lo que pasa es que trabajó con Matías Pérez, y como este se perdió por comemierda, se atribuyó lo que nadie pudo rebatir después de que comenzaron los vuelos de los dirigibles. Bueno, tengo la desconfianza de que a él lo metieron en el hueco un tiempo antes, y ahora quiere hacerse el importante: todos somos iguales, hasta los que ya saben que no están. Mira, ni una tarja ni el nombre de una calle en el pueblo; da que pensar. Entiendo que eran otros tiempos, hace casi un siglo. Ya nadie lo recuerda. Todo se olvida. Él se queja del abandono y yo tengo que darle consuelo diciéndole que se fije en mí, que todavía estoy en el presente y ya me metieron en el cajón del pasado. Lo que te decía ahorita es quiere que alguien se acuerde de él. Yo le digo que ha pasado mucho tiempo. ¿Tú sabes qué me dice el muy cabrón? Que el tiempo es infinito. Ya no le hago caso, está loco, agregando lo de ser mentiroso. Ven, acércate Estebita, no temas, después hablamos de lo que tú quieras. Ahora pon asunto, porque yo soy el que me quedo con ellos y después se las cobran si no te los presento. No a todos, porque son muchos y nos tomaría años. Además, yo conozco solo algunos, los

de mi área. Déjame decirte algo de ellos, lo más esencial de su pasada existencia. Ellos te escuchan y te agradecerán si escribes algo sobre sus vidas. ¿Tú no coges notas? Antes sí, me acuerdo que te pasabas todo el tiempo escribiendo, preguntando por todo y tomando fotos. Bueno, yo sé que tienes buena memoria. Siempre la has tenido, me consta, y no es un elogio, es real. Acordarte de mí, después de tantos años, lo demuestra. Te mantienes bien, lo que no creo que recuerdes el nombre de ellos luego que llegues a donde vives. Después de haber visitado el infierno, muchas cosas se te olvidarán, te lo aseguro. Lo único es que ya nadie te hará cuento, ya lo has visto todo en el tiempo que llevas por ahí. Dante era un farsante, un contador de fantasías, un cabrón. A ustedes los periodistas les gusta meterse en el pellejo de las personas, así que hasta te puedo invitar a dormir una noche en mi aposento para que conozcas la vida de un loco y cómo se duerme en la sepultura donde reposan los huesos de los que caminaron sobre la tierra. No es broma, solo hay que tener un organismo bien adaptado para resistir... Para todo es necesario un poco de resistencia y mucha necesidad. Por un día no pasa nada. Yo quiero que lo anotes, por favor, Esteban. ¿Tú sabes de qué me acuerdo ahora? De cuando te tiraste la chiquita aquella...

—¿Cuál, la que iba con nosotros? No, Armando, tú estás equivocado. Ella tenía su novio.

—¡Eh! Ya no vale que lo niegues. Total, si ni tú mismo recuerdas bien el idilio que viviste en mi tierra y con una coterránea mía. Nunca admitiste que le diste, pero diste. En las pocas veces que viniste a la zona levantaste una chica que los de aquí anhelaban con todas sus fuerzas y tú, ¡fua!, le diste.

—Mira lo que tienes metido en la cabeza. Sí me gustaba mucho, no puedo negarlo; yo a ella no. Nunca me permitió ni tocarle una mano. Yo sí estuve siempre detrás de ella, cada vez que venía trataba de verla; mas ella nunca quiso nada conmigo. ¿Y ahora dónde está?

—Perdóname, siempre creí que saliste con ella una vez. Aquel día te desapareciste junto con ella y no los volví a ver hasta el otro día. Ahora veo que eres un viejo muy serio, y hasta se te olvidan las aventuras. Bueno, yo le hablo al otro Esteban, al corresponsal, al perenne escritor que todo lo miraba y preguntaba, el que hablaba más que lo que yo lo hago ahora, ¿lo recuerdas o es que aquel murió? Perdona, Estebita... Dejé de verla un tiempo después que a ti y nunca más supe de ella. ¿No te cortó en tus anotaciones memorísticas? Lo de la chiquita vamos a dejarlo ahí mismo, no tiene importancia, yo sé que estoy cerca de la realidad. Era una mujer muy linda. Las mujeres lindas son

peligrosas. Bueno, ¡qué te voy a decir! Con los años que tienes debes de haber aprendido que las mujeres cuando se dan cuenta que son bellas le plantan el pie en la cabeza al hombre que tienen al lado y nos convertimos en unos verdaderos idiotas, y...

Paró de súbito y se quedó alelado. Estaban se dio cuenta y pensó que le molestaron sus propias palabras. Continuó señalando hacia las cruces:

—Este que está aquí fue general. Yo le digo el general Merenguito comparándolo con el que tú sabes... A él no le gusta. Sí, él era de antes, lo mismito de ahora. Casi todos han sido iguales, de pacotilla. Los mambises fueron los únicos cojonudos, con algunas excepciones; los que vinieron después eran... Bueno, no voy a contarte lo que tú sabes muy bien. Las batallas de ellos se libraban en los cuarteles. La historia los recoge en sus páginas; búscala y comprenderás que no hablo basura. «La Gran Batalla de Palo Cagado», «Las Lomas de donde capitán Araña se proclamó jefe máximo, sin un rasguño». Ya me olvidaba: «General Casquiano». Casquiano Pérez debió llamarse Casquillo Vacío. Por ahí andan las estrellas, envueltas en fango y mierda. Quiso que se las pusieran a su muerte creyendo que aquí también sería jefe, y mira tú por dónde anda el general, debajo de nuestros zapatos. Sígueme, mira, este se dedicaba a tu misma profesión y nadie le dedicó nunca unas letras en un periódico ni para decir que se comía los acentos, los párrafos eran kilométricos, y a pesar de la extensión, carentes de envidia. El tipo, de lo que más habla es de Kafka. Dice que lo conoció personalmente y que *Metamorfosis* es la historia inconclusa de un sueño. Que no fue su propósito el final que los lectores le dieron y que se vio obligado a dejarlo como estaba, aunque se apartara de las intenciones originales. Rompió la segunda parte, que era donde Gregorio despertaba y dejaba a todos boquiabiertos, por el inesperado final. Pamplinas de él. No pudo ser como lo dice, siempre fue como está. Dice que quiso plantear el cambio existencial en cada persona cuando llega un momento, no exactamente de esa manera. Según él, son los cambios que tienen que sufrir el ser humano en cada etapa de la vida. ¿Tú no has notado los momentos en que dejaste de ser quien eras para convertirte en abejorro? A mí me queda bien ese traje, Estebita, yo soy un bicho extraño, un cucarachón de alcantarilla al que todos rehúyen. Y tú ya te estás encorvando, tomando el arco en tu espalda... No me hagas caso, estoy loco. Dejemos al kafkiano que para kafkiano estoy yo, sin quitar ni poner nada.

»Este de acá fue un gran tenor, una de las voces más privilegiada del planeta, dice él. Cantó en La Scala de Milán, y no sé en cuantos países. Un mal



día se le apagó la voz, y ya tú sabes, se le acabó todo. No se acostumbró a ser una persona normal, con voz de tamalero. Murió de sufrimiento creyendo que un día recobraría la voz. La gloria se disfruta un tiempo nada más, no toda la vida. Uno de los alcaldes del pueblo se encuentra en esa que ya está un poco destrozada, claro que en sus tiempos fue la más hermosa de este lugar. Alguien que le guardaba mucho rencor y que no se atrevió a cobrarle en vida las deudas vino luego aquí y dicen que con una mandarria rompió su escultura, la cruz y los cristales. Todos esos parches que aún se notan en las esquinas fue el recuerdo dejado por la mandarria de su enemigo. No pararon nunca de acusarlo de ladrón. Robó toda la vida, solo que tenía buenas mañas: se bañaba y salpicaba a los más cercanos; a los enemigos los enredaba de tal forma que los dejaba sin armas. Sus especialidades eran el chantaje y la difamación, además de ser un arrogante pendenciero. Contaba con un *team* de matones que ponía a funcionar al menor indicio de que alguien aspirara a su puesto. Sorprendían al intruso en un descampado y le daban un consejo que no dejaría de escuchar. Si el hombre era temerario, buscaba la forma de saber cuál era las debilidades, y cuando menos lo esperaban, un trapo maloliente recorría el pueblo y la resistencia se esfumaba. Alguien que tú y yo conocemos muy bien sigue las mismas reglas... Era muy difícil derrotarlo, pero, como siempre, hay alguien que no tiene nada que perder y sí mucho que ganar, y un buen día le partieron el carapacho. Aquel, el que está detrás, que ni tarja tiene para que nadie lo reconozca, es de los de ahora. Ni en el panteón de los mártires permitieron enterrarlo. Le pasó algo parecido, solo que este quiso ocultar tanto lo que hacía que no le daba chance a los demás y también lo velaron hasta que lo cogieron con las manos en la masa: se ahorcó en la cárcel por la vergüenza que nunca tuvo, dijeron luego; él dice que lo mandaron a eliminar para que no hablara de otros que estaban embarrados. La vida es así, Estebita, nada, una mierda. Yo me recordé un par de veces de ti al darme de frente con la pared que ayudé a construir. Un día me dijiste que todo era una locura. Ya por entonces mis oídos solo escuchaban las loas de los papagayos. No supe más de ti hasta que Demetrio se enteró de que te habían partido la siquitrilla, que te botaron del periódico, que querían meterte preso, que sé yo cuantas cosas más. Él me lo dijo. Yo no recuerdo si me alegré, quizá muy bien pudo haber sido. Debo de haberme alegrado sin saber exactamente por qué lo hacía. Luego oí decir que la primera reacción del ser humano es la de alegrarse de lo malo que le sucede a otro. La verdad es que al principio de toda esta porquería, esa maldita cualidad intrínseca del ser humano fue alimentada. Nos

alegráramos de todo lo malo que le sucedía a cualquiera de los que no querían pertenecer al círculo de los estúpidos. Tengo que confesarte que a partir de ese día me hice la idea de que te habías muerto y te eché la tierra encima. Así hemos sido todos... Bueno, casi todos, hay algunos que no han cambiado y otros que ya no pueden porque están muy sucios. Luego llegó mi entierro y aquí estoy de cuerpo presente, adelantándome a los acontecimientos y deseando que llegue lo más pronto posible o cuando quiera, ya no me tiene cuenta si hoy o mañana, para el caso es lo mismo. ¿Y tú, qué?

De momento paró de hablar como si se hubiera dado cuenta de que Esteban podía estar cansado de oírlo y del viaje, porque se habían sentado sobre un panteón y se dedicaban a escucharlo, con los brazos cruzados, bostezando de vez en cuando.

–Yo he vivido para contar lo que otros hacen. Mi vida carece de importancia, nada extraordinario he vivido. La tuya es diferente, estoy viendo que puedes recordar cosas que pasaron hace mucho tiempo, que has vivido una vida muy intensa y azarosa.

Armando se rio unos instantes dejando ver la negrura de sus dientes, desapareciendo un poco la pronunciación de las arrugas que la espesa barba y vestigios de mugre se encargaban de ocultar por algunos lados. La poca agua que se había echado en la cara no era lo suficiente como para que de la piel saliera la suciedad de años. Sus ojos parecían más chicos por la regularidad con que los cerraba y abría, o padecía de alguna afección que lo obligaba a adaptar sus pupilas frente a la luz aun no siendo tan intensa. Esteban no tenía necesidad de anotar nada ni tomar fotografías, las imágenes que sus ojos estaban captando quedarían grabadas en su mente por el resto de sus días. El acetato de su memoria estaba como nuevo, dispuesto en todo momento a plasmar cualquier destello.

–¿Y crees que mi vida tiene algo de interesante? Soy yo el que puedo muy bien creer que eres tú quien no andas ni regular de la cabeza –se tocó la cabeza con un dedo como si la barrenara y rio. Se sentía tan satisfecho con la cordial visita de su viejo amigo que a las ataduras del pasado, las cuales él se había empeñado en borrar, no le molestaban que aquel hombre, aparecido de la nada y regresando de una era remota, las descubriera escarbando descompasadamente en el tiempo. Angustia y dolor también sentía en su corazón al verse desarmado ante sí mismo.

–Es que vives de una forma poco común, manteniendo tu mente clara. Esta vida es para... –titubeó Esteban buscando la palabra adecuada que no

significara exactamente desequilibrado, pero no hizo falta porque Armando la dijo por él para que continuara sin la omisión de lo que quería decir:

–... locos.

–No quería decirlo, sin embargo, es la verdad. Si bien es cierto que de que estuvieras vivo, nunca me imaginé que vivieras en estas condiciones. En este corto tiempo que hemos pasado hablando no encuentro otra solución a tu problema que no sea el de salir de aquí sin más demora, montarte en el carro con nosotros y luego quitarte toda esa ropa y buscar un lugar donde puedas vivir como una persona normal el resto de tu vida: es lo que te ofrezco. Yo tengo la facilidad de sacarte de aquí y llevarte a... no sé, cualquier lugar donde tú creas que puedes vivir cómodo.

–Estás loco, Estebita –lo cortó Armando medio escandalizado, sin demostrar indicios de enojo; más bien eran reflejos claros de júbilo. Le hablaba fuerte con la cara risueña–. Has perdido la perspectiva de la vida en esta isla. Llevas tantos años fuera que no conoces nada de cómo se vive aquí, en esta parte del mundo que está separado del resto del continente americano por años de atraso. ¿En verdad tú crees que necesito un cambio, volver a lo que fui? Ni loco. Bueno, no más de lo que estoy, quiero decirte. ¿Regresar al pasado? Tú estás más loco que yo. Las apariencias engañan a quien no conoce con certeza las condiciones interiores de un ser humano. Todos somos diferentes. En lo único en que nos parecemos es en el cuerpo, y este casi nada tiene que ver con lo que recubre. Si fuéramos iguales, por dónde andaría el mundo en estos momentos, Estebita. ¿No te das cuenta de que existiría un caos incontrolable, que todas las fuerzas se concentrarían en un solo punto y no habría balance? La ingeniería social siempre ha creído, erróneamente, que los efectos serían magníficos, mientras la física indica que estaríamos todavía en la era paleolítica ¿Para los que creen de manera ciega en un Dios todo poderoso, el cual no he tenido el gusto de conocer, no significa sospechoso que él no haya podido ordenarnos y darnos un sentido más unitario y equitativo? Se conforman con creer que, en los comienzos, el hombre por desobediente perdió los favores; nada es más absurdo que creer en ello. Para mí, la vida es una falacia de la forma que nos la enseñaron, por eso ya yo no creo en las mismas cosas de antes: ni las de ustedes ni mucho menos en las de ellos – apuntó primero a Esteban y luego a los panteones más cercanos.

–No pretendo obligarte a hacer lo que no quieras, solo me gustaría verte como a todo el mundo, no mal vestido y viviendo en un lugar apropiado para personas –dijo Esteban buscando no hurgar mucho en las llagas de aquella

vida. Se acordaba de los motivos de su visita, pareciéndole que no debía intentarlo por nada del mundo. En medio de tan lamentables circunstancias, proseguir los planes trazados, al menos lo que correspondía con este hombre, no lo motivaban. Le daría una vuelta al asunto y utilizaría la variante más apropiada para luego no sentirse molesto consigo mismo. «¿Y qué variante, si ya no te queda ninguna?», se preguntó sabiendo que solo de Armando dependía lograr su objetivo. En otra época no repararía en usar los medios a su alcance con tal de lograrlo. Hoy, en las condiciones actuales, sin haberse nunca desprendido de la sensibilidad que muchas veces se pierde con los años, y que él trataba de mantener en todo momento, le costaría un poquito de trabajo romper esos preceptos sentimentales abusando de su posición para sacarle algunas palabras esclarecedoras del asunto, y luego marcharse con los detalles que había venido a buscar. En aquel momento decidió no hacerle preguntas sobre el tema y sí insistir en ayudarlo. Más adelante vería qué ideaba. Prefirió darse un tiempo y recapacitar—. Quiero que aceptes lo que con cariño te ofrezco, vayas conmigo a donde estoy hospedado a pasarte un par de días, en un ambiente diferente, y luego hablemos sobre lo que decidas. Te hará bien, te lo aseguro. Además, me daría el placer de permanecer todo este tiempo juntos. Creo que en la ciudad donde estoy puedo conseguirte algún espacio en el que puedas vivir. Si después de experimentar unos días deseas quedarte, no hay problemas; si por el contrario quieres regresar, tampoco habrá problemas, te traemos de regreso. Solo sería una prueba.

Esteban contaba con que la solución pudiera ser tan real como sus ideas, y debían de serlo si Armando mostrara algún interés. Alojarlo en una ciudad grande ayudaría a borrarle un poco los hábitos de pordiosero. Y la seguridad social tendría que hacer frente a situaciones como esta. Si no, ¿de qué se vanagloriaba tanto este Gobierno? Si Armando aceptaba, movería cielo y tierra. No entendía que de una persona desequilibrada y viviendo en esas condiciones no se preocuparan por ella. Debe existir una forma de ayudarla.

—Te agradezco tu espontaneidad y no me gustaría hacerte un desaire, no me siento contento con mi actitud hacia ti, pero tampoco debo hacer algo de lo que luego me arrepienta. Peor me sentiría faltando a los que un día juré no abandonar. Como vivo lo elegí por mi propia voluntad, contrayendo un compromiso conmigo mismo que no quiero romper por dar gusto a nadie. Perdona que te hable de esta forma, ya otros también lo han intentado y desistieron, ni a verme han vuelto. Tal parece que les causa mucha pena; no por mí, sino por ellos, que los vean junto a un viejo loco, mugriento y viviendo

donde a nadie le agrada vivir. ¿Es por mí o por ellos? Está muy confusa esa pena. Te equivocas si crees que sufro viviendo en este lugar. Al principio, no te miento cuando digo que sentía las dudas rondar mi cabeza. Luego comprobé que estaba justo donde debía estar, que había encontrado la paz donde nadie se atrevería ni a pensar que existiera, en el lugar menos esperado... Bueno, aquí la encuentran todo el mundo, es la verdad, solo que después de haberse cansado de buscarla por todos los caminos de la vida.

—No veo en esto nada de malo. Cuando yo me vaya podrás volver a ser quien eres. Pienso que debes aceptar lo que te ofrezco sin temor al cambio. Si tu convicción es tan fuerte, no debes temer. No ocurrirá nada cuando regreses, solo experimentarás el haber recorrido la vida por los caminos que un día pasaste. ¡Anímate, hombre! ¿Tienes miedo?

—Sí, no te lo niego, siento miedo, tanto como ustedes a la muerte.

—¿A qué, a querer regresar a la normalidad?

—Puede que también.

—¿Y a qué más?

—No, a nada más, es que las emociones fuertes producen confusiones. El regreso me haría volver a los malos tiempos. Me he empeñado en borrar todo lo que me lleve a recordar el pasado, y ahora tú crees que el cambio se hace de un momento para otro, en contra de mi voluntad.

—No es así como tú lo ves. Yo creo que le has cogido demasiado miedo a la vida normal, y es un error.

—Tengo sobradas razones para no querer regresar, Estebita. Nadie está al tanto de los sufrimientos de los demás, nadie los conoce. Cada cual sabe el peso de la cruz que lleva. Tú dejaste de saber de mí hace cerca de medio siglo y el tiempo me ha deformado; a mí solo no, a todos. Lo que has de comprender muy bien es que de mí solo conoces a quien un día fuera un joven con grandes esperanzas, cargado de sueños, como los tuviste tú y lo han tenido siempre todos los jóvenes al comenzar el camino de la vida.

—Sobrado miedo es lo que veo.

—Tendría que contarte la parte de mi vida que no conoces para comprender que sí es cierto lo de la cobardía, pero también es real la situación a la que tuve que enfrentarme y las artimañas empleadas si quería seguirle el juego a la vida o, al menos, mantenerme hasta que me llegue el momento.

—Me gustaría mucho escucharte. Te dedicaría todo el tiempo que traigo, solo que aquí no podría por más que lo quisiera. Dejemos el asunto de mi propuesta, si no quieres no te lo mencionaré más; ahora sí, quiero preguntarte

si puedo dejarte algún dinero o hacer algo por ti que no te moleste. Veo que careces de todo y una ayudita te daría algún alivio.

—A ver, vamos a hacer un corto análisis y luego me dices si realmente necesito tu ayuda: bebo y fumo muy poco, cuando puedo, quiero decir, no prescindo de ello. En conclusión, no me hace falta fumarme un tabaco ni tomarme un trago de ron o una cerveza. Eso cae en la parte de los vicios y ya carezco de ellos, agregando que nunca me dominaron. Mi ropa es la que desecha la gente, la comida la consigo con poco esfuerzo, aunque puedo pasar sin comer largos periodos. No vivo para comer, como para vivir, y no con los deseos que ustedes le ponen, entiende. Hay unas cuantas casas que me brindan un poco de comida cuando paso por ellas. Con solo asomarme a sus ventanas o puertas, sus dueños me tiran un trozo de pan o cualquier otra cosa. Desde que me ven acercarme ya están sacando algo que ofrecerme, como si me dijeran: «Toma pero sigue de largo, no te detengas porque todo me lo llenas de peste», pienso yo; puede que por compasión. No las visito siempre, las uso cuando no encuentro por otros lugares. Mi trabajo es caminar al pueblo, ir a buscar lo que me hace falta. Cada cierto tiempo voy al río, me baño, lavo las ropas y medito; me quedo algunas veces a escuchar el murmullo de las aguas, el canto de los pájaros y el sonido del silencio; a respirar otros olores que no sean a muerto. También leo un poquito y pinto. Algunos pesos me dan por mis pinturas y son los que empleo en tabaco y bebida cuando me cae en las manos ese dinerito. Me cuido solo de los niños y los jóvenes: ellos son crueles conmigo y con cualquiera que lleve unos andrajos y esté un poquito tocado. Duermo en algunos solares y debajo de un puente que queda hacia el norte, a las afueras del pueblo. En el puente no puedo parar mucho porque hay uno que está casi todo el tiempo allí metido y cuando me ve es como si viera el diablo: coge unos berrinches tremendos, cree que es el dueño del puente. Ya un día tuve que darle un par de trompones, romperle el hocico y tirarlo al agua. No quería hacerlo, pero me vi precisado porque es un poco agresivo el condenado loco. Es alguien que está bien tostado, un poco más que yo: piensa que volverá a ser quien era cuando pase unos años más, y yo le digo. «Sí, ya te veo en un carro acharolado, muy serio y mirándote los dedos gordos de los pies». No razona que en unos años más donde va a estar metido es aquí, debajo de la tierra como una cochina lombriz. Ya ves, nada me hace falta. Construí el mecanismo que me sirven para conseguir lo esencial en la vida. Es como cualquier otro, tal vez como el tuyo mismo, con la particularidad de que el mío carece de preocupaciones, no son necesarias. Estoy convencido de que todos

podemos vivir de esa manera si no fuéramos tan egoístas y orgullosos. No, no debajo de los puentes ni pidiendo limosnas, solo dejando el egoísmo, siempre queriendo tener más de lo que necesitamos y avasallando hasta a nuestra propia familia. Yo creo que no sea mucho lo que me quede aquí arriba. Bueno, solo me falta cerrar los ojos y dejar de respirar, y esto en cualquier momento sucede. Nunca he sido un hombre con grandes pretensiones. Me dediqué a buscar en la vida las pequeñas cosas: las espirituales más que materiales. Quise ser como el artista que ama lo que hace y se alimenta del aplauso, pero yo no tuve ese aliciente. Quizá si hubiera sido lo contrario por ahí anduviera cabalgando sobre la vanidad.

Esteban volvió a ver una cabeza que sobresalía por encima de la cerca. La primera vez no le dio importancia, pero al verla de nuevo se preocupó y se lo hizo saber a Armando. Esteban quería saber de qué se trataba y le preguntó quién era.

—No sé, quizá es alguien que viene a traerme un regalito. Cada cierto tiempo cae algún estúpido trayéndome un presentico.

—¿Cómo puedes tratar de estúpido a alguien que te da algo? —repuso Esteban pensando con gran rapidez que de él diría luego lo mismo si le dejaba unos pesos.

—No, Estebita, son personas que vienen aquí a botar limpiezas: gajos, centavos, animales muertos, tabacos, velas, cintas de colores y un montón de cosas con que hacen las limpiezas espirituales. Yo recojo los centavos, me fumo los tabacos y las velas las enciendo cuando tengo que dormir en el dormitorio de abajo o acá arriba por las noches, si no veo bien —le aclaró Armando y se quedó mirando al lugar que había señalado Esteban, pero la persona no volvió a asomar la cabeza—. A veces quieren depositarlo sobre una tumba. Ese que asomó quizá quiera entrar; ya no lo hará porque estamos aquí. Si no es muy cretino lo dejará allá afuera. Yo reviso por fuera, pegado a la pared y muchas veces encuentro los regalitos. También vienen a llevarse huesos de muertos. Han llegado a desenterrar cadáveres, es increíble lo que hacen por conseguir una calavera. Una de las causas por las que me dejaron quedarme aquí dentro fue por esa cuestión: cada cierto tiempo aparecía una tumba violada y no podían poner a un guardia a velar permanentemente. Conmigo aquí dentro ya no lo hacen. Soy el perro guardián del cementerio. Les permito que me dejen sus regalitos; mas no permito que se lleven los muertitos.

Esteban conocía los rituales de esa religión y sabía bien de qué le hablaba.

–Créeme que pretendo hacer algo por ti. No quisiera irme llevándome el dolor de haberte visto como vives sin intentar ayudarte.

–Te lo creo, no tengas dudas. Ya lo has hecho, venir de tan lejos a verme no te lo podré pagar nunca y lo recordaré todo el tiempo que me quede acá arriba. ¿Qué más puedo pedirte y qué más debo merecer?

Hasta aquellos momentos Esteban esperaba que el pobre mendigo cediera y aceptara algún dinero, pero Armando continuaba mostrando un increíble desinterés. Al parecer, las necesidades materiales de una persona muchas veces no son los motivos por los que vive. Armando le estaba demostrado que todas las personas no persiguen los mismos objetivos en la vida, que vivir como él no es una tarea fácil, y que para hacerlo se necesita un porqué poderosísimo, casi siempre invisible a la mirada de los demás o, por el contrario, carecer de razón y vivir como los animales. Así como lo estaba dando a entender este hombre que justificaba su loco proceder frente a la vida, manifestando una filosofía auténtica, sin dejar de ser extravagante. Por lo que fuera, la actitud de su amigo lo empujaba aún más a querer espulgar en su existencia. Había dado con muchas personas que se mostraban apáticas en ciertas cuestiones, argumentando siempre razones equivocadas, producto de frustraciones, pero alejados de los principios básicos que mueven al ser humano, no. La conducta de Armando no se diferenciaba con la de los animales, que solo por la comida se mueven. La única diferencia era que Armando no mostraba arrebatos por los alimentos. Podía pasar días sin probar bocado alguno, le había dicho, y lo decía con orgullo, creyendo que era una cualidad que no la tienen otros locos. En ese punto radicaba la esencial diferencia y donde Esteban se detenía a pensar que existía un motivo muy fuerte que estimulaba a aquel hombre a no querer dejar la vida que llevaba.

–¿Qué te ilusiona? –preguntó Esteban intentando en dar con uno de los hilos que lo movían, seguro de no haberlo tocado. Todos tenemos algún interés, visible en las personas, pero Armando no dejaba ver cuál era el suyo. Lo ocultaba muy bien o era verdad que no poseía. No había conocido a ninguna persona que viviera sin objetivo, aunque fuera insignificante.

–¿Qué me va a ilusionar, Esteban? El entusiasmo del hombre llega muy temprano en la vida, es el motor que lo moverá siempre; el tiempo es el camino para alcanzar los objetivos que alimenta la ilusión. Si llega a morir, ya nada lo sustituirá. A mis años no se recupera la ilusión, nadie la recupera, eso es mentira. Ella también tiene su tiempo de vida, y no es el mismo que el de la persona. Se puede vivir sin comida, no sin ilusiones. Esa es la parte con la que



he tenido que luchar a brazo partido. Ya hoy no me arrebatara ninguna idea o he aprendido a no tenerlas.

–Nadie debe dejarse morir porque entonces es como rendirse frente al enemigo, y tú ya has levantado los brazos.

–Estás equivocado, dejar de luchar es lo que decidí hacer cuando me iba a suicidar. Si no lo hice no puedes decirme que abandoné el combate, me mantengo. Ahora bien, no por lo que comúnmente lo hacen la gente. No te diré por lo que es, porque en las historias siempre se mantiene algún secreto. Yo no me siento un cobarde por mantener una aptitud despreocupada o apática. Mi lucha, aun siendo pasiva, es a muerte.

–Discúlpame, Armando, hablo muchas necedades, no he querido decir eso. Sí, sé que todos no enfrentamos los problemas de la misma manera ni las situaciones son similares.

–No estamos discutiendo, solo hablamos de ti y de mí: dos hombres con situaciones diferentes. Esteban le propuso salir hacia afuera y Armando no dijo nada, lo tomó por el brazo y se encaminó hacia la salida. La humedad y los olores del lugar no le hacían bien a nadie, mucho menos a él, pensaba Esteban, alegrándose de salir. Pasaron cerca del carro y siguieron rumbo a los pinos. Era el único lugar donde había sombra. Chispa se quedó mirándolos, ya estaba preocupado por la demora. No se le parecía en nada al hombre que vio en la calle. Caminaba agarrado del brazo de Esteban, como si lo sujetara para que no se cayera.

Él se había asomado al portón y escuchado una conversación, sin ver a nadie. Creyó que eran ellos. Luego que dos hombres salieron tuvo la intención de preguntarle si habían visto a un viejo calvo. Se contuvo en el último momento y fue cuando se decidió a entrar. Caminó por la callecita rumbo al final, más o menos hasta el centro y escuchó la voz de Esteban, hablando normal y ahí mismo viró hacia atrás. Ahora los veía caminando uno al lado del otro y sin ninguna duda creyó que el loco había mejorado. No tendría que preguntarle a Esteban si al fin lo reconoció, lo que veía lo aclaraba todo. Esteban y Armando llegaron hasta los pinos y se sentaron sobre las hierbas. Conversaron animados hasta que la tarde le señaló a Esteban que ya era hora de marcharse.

## CAPÍTULO VII

Eran ya las nueve y cuarto cuando llegaron a hotel. El portero estaba dando un recorrido por el parqueo y Chispa, al pasar por su lado, le preguntó la hora.

–¿Quieres que te busque algo de comer? –le preguntó Esteban a Chispa después de bajarse del carro.

–No, viejo, hoy sí estoy lleno. El pan con lecho era bastante, y eso que me daba un poquito de asco estar tan cerca de... Lo que sí me gustaría es echarme un par de traguitos o un *lager*, a ver si no sueño con ese loco. Me horrorizo de solo pensar en él.

Esteban le dijo que lo esperara que le iba a traer lo que quería. Al momento volvió con dos botellas de cerveza metidas en un cartucho y se las entregó. Chispa le dio las gracias más de veinte veces antes de marcharse. Esteban pensó que él también debía hacer lo mismo: tomarse un par de traguitos. Claro, no sería cerveza, prefería *whisky*. Se recostó a la barra y enseguida el barman se le acercó: «¿Qué quería tomar, señor?» Y él: «Pues, ¿qué *whisky* tiene?». No había tanta variedad. Ron nacional sí, de todas las marcas, pero él no quería esa basura que ya no servía para nada. Antes sí era bueno, mejor que los de cualquier país: Bacardí. Ya no, ahora carecían de tal calidad y de esa marca, ni hablar. Allá le habían llevado una botella de regalo una vez, del mejor, decía el que se lo llevó, y no le encontró lo de antes. Y con lo que le había contado Chispa, que a él le compraban la porquería que destilaba para ligarlo con los buenos y sacarle más dinero, se decidió por uno que la botella estaba cerrada, y cuando cogió el primer sorbo, se dio cuenta de que el sello de la botella no era impedimento para sacarle un poco del bueno e inyectarle del malo. Con una aguja de inyectar un poquito gruesa, se la introducían por el corcho y la vaciaban si querían y la volvían a llenar sin que

nadie se diera cuenta. La fábrica Bacardí ideó una sofisticada tapa que no permitía rellenar las botellas, quizá queriendo eliminar esa práctica de alterar las bebidas, y parecía que había resuelto la situación. Eso se creyó a principio, a poco tiempo alguien estudió a fondo el mecanismo de la famosa tapa y encontró la forma de rellenarlas: la ponían bocabajo y le aplicaban presión al líquido que se quería introducir. Muy difícil era que los cubanos no encontraran la solución a los problemas que se le presentaban a diario, pues eran muy ingeniosos. De todas maneras, él no era gran bebedor y si lo engañaban no se daría cuenta. Ya para él todas las bebidas se parecían y el sabor no lo diferenciaba con facilidad, su paladar había desmejorado muchísimo. El barman quiso entablar conversación con él en el preciso momento en que un matrimonio canadiense se le acercó y le hizo una pregunta. Ese fue el inicio de una prolongada conversación. Ellos habían venido a pasarse una semana de vacaciones en la zona, visitando las playas más próximas. Eran personas no muy jóvenes que estaban recorriendo Centroamérica y el Caribe. Esteban les cayó tan bien que cuando la cafetería cerró se pasaron para el *lobby* y continuaron hablando hasta cerca de la medianoche. La conversación fue muy variada, dedicándole más tiempo a recordar lugares comunes donde habían estado, en diferentes países. A los canadienses les parecían muy buenas las playas, y barato el alojamiento en los hoteles, lo que no les gustaba era que los sirvientes no fueran más amables. No sabían si por el idioma o por su idiosincrasia. Al respecto Esteban le aclaró que el sistema, en los primeros años, les había cortado las iniciativas y el interés a las personas, que no les permitían a los trabajadores de servicio aceptar propinas y este era el incentivo que generalmente los movía. Quisieron hacer un hombre nuevo sin más interés que una máquina: aprieta un botón y dale. Ese no es el funcionamiento del ser humano, el hombre requiere de estímulos, tanto espirituales como materiales. Si no le echas ese combustible, el motor que los impulsa no trabaja. Ahora ya le permitían aceptar propinas, solo que no podían echarla en sus bolsillos, les exigían depositarlas en un recipiente y luego, al final del mes, repartirla entre todos los empleados. Era un sistema equitativo que solo le agradaba a los que no tenían un contacto directo con los clientes, los que la conseguían no les gustaba compartirlas, y era por lo que no se sentían motivados.

Esteban se acostó pensando en Armando. Después de que salieron del cementerio y se sentaron debajo de los pinos, se sintió más aliviado y cómodo, a pesar de estar sentado en la hierba. Le daba algo estar allá dentro, mirando

solo las cruces y las sepulturas. Era un lugar tétrico, además del olor putrefacto que salía de todos los lugares. Había que ver que las sepulturas no eran tan profundas, las reglas solo exigían cuatro o cinco pies de profundidad. Y para colmo, hubo un tiempo en que ni con las cajas los enterraban, llegaban hasta el cementerio dentro de ellas, y al hueco iban metidos en una bolsa de nylon. ¡Qué horrible!

—Oye, cuando me hablaste de Demetrio te iba a decir que ya me había enterado de su muerte, que me dijeron que fue en una misión internacionalista en Angola —dijo Esteban no solo por variar la conversación, sino porque en realidad quería hablarle de un común amigo, y también esperar que Armando analizara la propuesta, dándole tiempo. Quizá la aceptaba más adelante. Las decisiones significativas demoran en ser analizadas. Pudiera ser que al final se aflojara y accediera a recibir ayuda. Si hablaban de otro tema, la idea no se le borraría, por el contrario, continuaría dando vueltas en la cabeza si le había gustado. Le había dicho que no le hablaría más del asunto, y así lo haría, albergando la esperanza de que Armando rectificara.

—Sí, Demetrio murió hace ya unos años. No está aquí, lo dejaron por allá por donde murió. Lo envolvieron de tal forma que lo hicieron creer que le correspondía pelear por los ideales de otras personas y otras causas. Se convirtió en un mercenario. Enemigo de los americanos y cuidándole los pozos de petróleo. Dime tú, ¿qué es eso? Fue un estúpido, como todos, incluyéndome a mí. Yo no fui porque ya para entonces había corregido el rumbo de mis errores y enfocado hacia donde hoy me encuentro. No estaba aquí todavía, venía en camino. No pensaba en esto, la verdad, veía un bulto muy oscuro a unos pocos años de distancia.

—Es una pena lo de Demetrio. Creo que era un buen hombre. Lo recuerdo con gran cariño, fue también muy bueno conmigo, igual que tú.

—Fue mi amigo hasta que se convirtió en una mula con orejeras: no veía lo que estaba sucediendo a su lado ni a unos pasos más adelante.

—¿Y de Mapo no te acuerdas? —Cuando le mencionó a Demetrio no llegó a terminar la idea, quería decirle que quien le había contado lo de la muerte de este fue el Mapo.

—Pues claro, por ahí anda haciéndose la idea de que el pueblo es de él. Ese es otro que bien baila, aquí cae en cualquier momento. Lo estoy esperando como cosa buena, él lo sabe. Le ha dado por muchas cosas, más que todo por representar al hombre honesto, trabajador y humilde. Lo más interesante es que se lo cree. Claro, esto le ayuda en sus propósitos porque se ha convertido en

una marioneta de unos cuantos que viven a costa de su trabajo. Muy bien le cae aquello que dice «el vivo vive de bobo y el bobo de su trabajo». Y quiero que sepas que lo hace muy bien, vive en una casa que se le está cayendo a pedazos, no compra nada de contrabando y se pasa todo el tiempo trabajando como un burro. Más bruto no lo he visto nunca. Se puede vivir un tiempo equivocado, no toda la vida, y él va a morir sin reformarse.

–Bueno, chico, eso no es malo.

–¿Ah, no? ¿Y qué cosa es? Es un esclavo moderno. Hasta los que están por debajo de él viven bien, y él, peor que yo. A principio hizo presión para que me sacaran de aquí cuando se enteró que yo dormía en ese cuartucho. Alguien que yo no supe quién fue, intervino y me dejaron quieto. Bastante que luchó para que no me dejaran entrar. Después de mucho tiempo me vio en la calle y me dijo: «No traigo ni un centavo, si no, te daría algo». Y yo le dije: «¡Si yo no te he pedido nada, ni me hace falta! Vete a la mierda». Y tú no sabes lo que tiene que agradecerme ese tipo. Bueno, a mí no me gusta hablar de nadie, y ya ni puedo porque no me creerían. Siempre fue un arrastrado.

–Él fue quien me dijo lo de Demetrio, de ti y de tu situación...

–Tiene que haberte dicho veinte mierdas porque no solo las dijo por ahí, sino que me las dijo a mí mismo. Los primeros tiempos de mi cambio no fueron aquí, los pasé preso y en sanatorios psiquiátricos. Él, si me veía por una calle, cortaba por otra. Y dijo muchas cosas que no me atrevo ni a recordarlas. Ahí donde tú lo ves es casi analfabeto. Tiene buena memoria, pero es un burro. Si se cae, come hierba.

–Dime, ¿qué haremos? –le cortó Esteban, instigándolo. Ya la tarde se iba oscureciendo y el tiempo los presionaba.

–No te preocupes por mí, Estebita; he vivido así desde hace mucho tiempo y ya no cambiaré, ni me hace falta. Si me obligaran a cambiar ya no resistiría, te lo juro. Daño me hace de solo pensarlo. Si eres mi amigo acéptame como soy y no quieras que sea como tú. Te pasas cincuenta años sin verme y llegas con la idea de cambiarme. ¿Por qué todas las personas son así, dime?

–No pretendo molestarte, Armando, solo quiero irme creyendo que hice algo bueno por un amigo.

–¿Te agrada esta sombra? –lo cortó Armando mirando hacia arriba. No quería hablar más de lo mismo.

–Sí, el aire es fresco y la sombra agradable. Allá dentro había mucho calor, los muros no dejan circular el aire –aceptaba Esteban el cambio de conversación y de lugar, jurándose que no intentaría de nuevo brindarle ayuda

a su amigo. Era obvio que se molestaba con la propuesta.

—A veces voy por allá —dijo Armando y señaló a un lugar donde los pinos están menos separados—, y paso la tarde. Si me quedo dormido y no va a llover amanezco cuando el sol me despierta al otro día. Así que no me importa dormir en un lugar u otro. ¡Qué más da allá que allí! Te das cuenta de que la diferencia es muy poca. La diferencia entre un lugar y otro es la conveniencia del hombre, el gusto.

Esteban lo escuchaba con atención y ya había decidido no molestarlo más con ayuda; eso sí, le propondría comida. Ahora que sabía que en el restaurantito clandestino podía conseguir lo que quisiera le dijo:

—No me digas impertinente, quiero que aceptes algo de comer.

—Bueno, de comida no me habías hablado, Estebita. Y tú no eres ningún impertinente, tú solo crees que las otras personas no tienen derecho a ser como son, eso nada más. Yo antes pensaba de esa misma manera. El tiempo me ha enseñado que lo más interesante en cualquier sociedad es la convivencia, respetar los criterios de las demás personas, y en eso tenemos que aprender de los animales. Nosotros somos más feroces que ellos y menos sociables, todos queremos imponernos y, si no nos obedecen, usamos la fuerza: si no estás conmigo, contra mí estarás.

—Tienes toda la razón —dijo Esteban. No dejaba de admirar el claro pensamiento de su amigo. Era una pena que continuara malgastando la vida viviendo peor que un perro. Lo más valioso —estimaba Esteban— era que ese hombre no había sido educado con esos cánones. Había nacido en la época anterior, por lo que su formación académica hubo de ser en dicho tiempo, aunque no así su desarrollo, el cual tuvo efecto al triunfo de la Revolución. Esta particularidad había que tenerla en cuenta para valorar su comportamiento. Aquel Gobierno había abolido las diferencias sociales y en su lugar había implantado un régimen totalitario donde quien no aceptara el sistema, le pasaban por encima haciéndolo papillas. Tenían que aceptar los diez mandamientos, si no le sucedía lo que a él, a los que han muerto o los que han tenido que sufrir largas condenas. Un día le enseñaron los diez mandamientos en una forma sarcástica, sin dejar de tener mucho de cierto:

No tendrás más líder que yo.

No me asemejes nunca con nadie, ni contigo, porque yo soy único.

No hagas de mi nombre un juego porque no te lo perdonaré.

No contarás con días de reposo mientras haya tarea que realizar.

Soy tu padre y tu madre y estarás obligado a adorarme toda tu vida y creer en

mí ciegamente aunque te pegue, porque lo hago por tu bien y el resto de la humanidad.

Desear mi muerte o la de uno de tus superiores es como intentarlo, no tiene perdón y te esperará el crujir de dientes.

El adulterio no se les permitirá a las féminas y mucho menos a las esposas de los dirigentes, so pena de ser desprestigiada y condenada al ostracismo.

Poner todo lo que tienes a disposición del Gobierno y nunca tomar nada de lo que no se te dé.

No admitirás ninguna acusación en contra de los líderes del Gobierno, porque ellos no se equivocan y solo hacen el bien.

No codiciarás los bienes ni las esposas de tus superiores, porque estás cometiendo un pecado de muerte.

Armando no quiso ir a la cafetería donde Esteban y su chofer habían estado unos minutos antes de llegar al cementerio. Aceptó le trajeran algo de comer, cualquier bobería, no importaba lo que fuera, pero no iría con ellos. Entonces Esteban envió a Chispa a traer un par de sándwiches, tostones, empanadas, lo que hubiera, unos tabacos y cervezas.

Fue en ese momento que Esteban notó un profundo cambio en el semblante de Armando: se le llenaron los ojos de alegría y se relamió de gusto de solo escuchar las palabras de Esteban haciéndole el encargo a su chofer. Había dado en el clavo con el asunto de la comida, al menos le proporcionaba alguna satisfacción saber que Armando aceptaba de buenas ganas este insignificante ofrecimiento.

El resto de la tarde se lo pasaron hablando, tocando muchos puntos de la vida de ambos. A Esteban no le interesaba hablar de sí mismo, viéndose a veces precisado a responder las preguntas de Armando.

Ya oscuro, Esteban se despidió de Armando en el portón del tétrico lugar, y le indicó a Chispa que pasara de nuevo por la oficina de su amigo pensando que quizá estuviera allí todavía. Como no iba hasta las dos de la tarde, pudiera ser que trabajara por la noche; pero no, ya todo estaba cerrado. El portón de entrada tenía un candado y no había portero por ningún lado. El edificio estaba apagado casi en su totalidad, solo una pequeña bombilla en la entrada y otra con la misma intensidad en la parte de atrás. El pasillo no se veía, estaba bien oscuro.

Por la mañana Esteban quiso salir temprano, y ya no regresaría más al hotel. Recogió todas sus pertenencias y le dio unos pesos al hombre de la carpeta que fue con quien más se relacionó. Tenía entendido que los regalos

eran compartidos entre todos los trabajadores. De cualquier forma, le pareció que el hombre no le daría a nadie, porque vio un movimiento extraño cuando cogió el billete de diez dólares: miró a todos los lados y bajó la mano como si se lo estuviera guardando en el bolsillo de su pantalón.

Salió directo a la oficina de Mapo.

—Ayer pasé por aquí y me dijeron que no habías llegado —le dijo Esteban a Mapo después de saludarlo. Era temprano y quería conversar un rato con él y, sin mucha pérdida de tiempo, ir a ver a Armando. Habían quedado en verse por la mañana, solo que no debía ir con Mapo a pesar de que le había dicho o insinuado ir juntos. El caso es que no le convenía y le daría la vuelta si se lo recordaba. Además, Armando había hablado muy mal de él y sería una falta de su parte llevarlo, sin tener en cuenta que no le cuadraba para sus propósitos: le haría las preguntas. Había consultado con la almohada y esta le aconsejó que no dejara de interrogarlo por nada del mundo. Así que dejó a un lado la idea de que se trataba de un abuso hacerle unas pocas preguntas a Armando. ¿Qué tiene que ver una cosa con la otra si el hombre estaba bastante cuerdo? ¿Y si no lo estuviera, qué importaba? «El fin justifica los medios». Era una frase que a los comunistas les gusta usar con regularidad, y que ahora a él le cuadraba. El jugar con una fantasía y llevar una vida estafalaria no quiere decir que esté loco de remate. ¿Cuántos escritores o personas famosas no viven de extrañas maneras y nadie se atrevería tenerlos por locos, y sí que los son? No viviendo en un cementerio, claro está; sí cochinos y apestosos a más no poder. Además, Armando lo recordaba todo con lujo de detalles; incluso, detalles de hechos que Esteban nunca supo y ahora los sacaba a la luz.

—Viniste muy temprano de allá y yo ayer tenía que resolver unos cuantos problemas antes de llegar aquí. La realidad es que yo aquí no paro mucho. En la calle me paso la mayor parte del tiempo, de un lado para otro. Hoy sí me lo voy a tener que disparar completo aquí dentro. Me soltaron a este chiquillo y no me gusta andar en la calle con él, es muy travieso y no quiero buscarme problemas.

—Yo me marchó hoy —dijo Esteban alegrándose de que Mapo no pudiera acompañarlo en la visita a Armando. Esteban no vio al chiquillo a que hizo referencia Mapo. Miró a todos lados y no lo detectó, ni escuchó ruido. Quizá estaba pegado a él y la oscuridad de la oficina lo cubría.

—¿Y cómo encontraste a Armando? —le soltó Mapo, y Esteban se erizó de arriba abajo. ¿Cómo supo que había ido a ver a Armando si por el cementerio no pasó nadie? Oh, sí. Los dos hombres que trabajaban dentro del cementerio



cuando él llegó, el otro que le indicó dónde estaba Armando, y que no estaba claro quién era. También la cabeza que salió por encima de la cerca. Estaba claro que sí hubo gente que lo vio allá dentro. No tenía por qué negarlo, todo estaba en orden.

–Primero lo vi en la calle, sin que lograra reconocermelo, y se puso muy arisco. Después fui al cementerio. Le costó trabajo acordarse de mí, en los primeros momentos. Sí, el pobre está loco, tiene momentos de lucidez o esa es la personalidad que mantiene. Una voz infantil le cortó las palabras a Esteban. Era el nieto de Mapo que asomó la cabeza desde detrás de un gavetero que estaba en una esquina preguntándole a su abuelo dónde estaba la pelota que él había dejado ahí dentro la vez anterior.

–No sé –le contestó Mapo con brusquedad–. Si ahí la dejaste, ahí debe estar. No moleste más.

–Está bello tu nieto –dijo Esteban al ver la carita angelical del niño saliendo por el lado del gavetero–. ¿Qué tú quieres, una pelota?

–¿Usted tiene una? –preguntó el niño saliendo por completa detrás del gavetero al entender que Esteban le preguntaba como si le fuera a regalar una. Su carita se llenó de alegría y los ojitos se le abrieron más y se movieron con rapidez buscando los de Esteban.

–No le hagas caso, la pelota debe de estar por algún lugar, y si no, en la casa tiene más. ¿No te dije que es problemático?

–No me prohíbas el placer de hacerle un regalito a tu nieto. Quizá no lo creas, aunque yo no lo hubiera conocido, él contaba con algo que te iba a entregar; no para él solo, ya me has dicho que tienes un chorro de nietos. A ti también quiero dejarte un presentico. Ahí vienen en el carro.

–Por nada del mundo te acepto algo, ni a ti ni a nadie. Es mi forma de ser, mi sello distintivo. A Melchor nadie lo puede señalar con un dedo. Nunca he tenido nada, pero he vivido muy bien, contento conmigo mismo por ser como he sido. Así que lo de él no podré evitarlo; lo mío, sí.

El chico se puso tan contento que dio la vuelta y se le pegó a Esteban. Los interrumpía a cada momento para que Esteban le diera la pelota que le había ofrecido. Le miraba por todos los lados tratando de ver dónde llevaba la pelota.

–¿Y dónde está la pelota? –le preguntó viendo que Esteban se demoraba conversando con su abuelo.

–Tienes que esperar un ratito, después que termine de hablar con tu abuelo vamos al carro y allí está.

–Ya lo oíste, estese tranquilo hasta que él vaya a buscarla o no te dará nada – dijo Mapo intentando controlar a su nieto.

–Sí, Yuri, en un momentito tú y yo vamos y buscamos la pelota –le dijo Esteban al niño que se impresionó porque aquel extraño conociera su nombre.

–¿Cómo tú sabes mi nombre?

–Yo puedo saberlo sin que tú me lo digas –bromeó Esteban con el niño.

Esta vez fue Mapo quien abrió los ojos más de lo acostumbrado para mirar con sorna a Esteban. En el poco tiempo que llevaban hablando, él no había pronunciado el nombre del nieto; era más, nunca lo llamaba por su nombre, sino por muchacho o simplemente niño, y le pareció que no estaba escrito en ningún lado. De todas maneras, reparó en lo que alcanzaba su mirada y no dijo nada, resultándole raro. ¿Dónde había visto Esteban el nombre de su nieto? Quizá el portero le dijera que se encontraba con el nieto y le dijo el nombre. Tampoco aceptaba de un todo que este lo supiera... Sí, debe de saberlo. Se conformó con que fuera eso.

–No me has mandado ni a sentar –se quejó Esteban cortando la investigación minuciosa que Mapo practicara sin querer preguntar.

–Oh, claro. Me pareció que te lo había dicho... Yuri, trae la silla y pónsela ahí al compañero Esteban. ¡Qué cosa! Dónde te ibas a sentar si ya él había quitado la silla de su puesto.

El niño dio la vuelta, arrastró la silla plástica que momentos antes había situado frente al gavetero buscando la pelota y se la arrimó a Esteban sin dejar de mirarlo con impaciencia. Esteban le dio las gracias a la vez que le pasaba una mano por la cabeza y miraba el nombre del chico. En el borde de la silla, en el asiento, estaba el nombre; lo más seguro, puesto por él mismo. El día anterior Esteban lo había visto y lo recordó cuando vio al chiquillo sacando la cabeza por encima del gavetero. Pudo haber sido el de otro, pero resultaba claro que fue escrito por un niño travieso, muy parecido al que estaba mirando. Queriendo hacer él también una travesura en el momento apropiado, se ensalivó el dedo y borró el nombre, como para dejar a Mapo más enredado de lo que estaba.

–Después de que salga de aquí pasaré a ver a Armando –dijo Esteban sintiéndose satisfecho con lo que acababa de hacer–, y ya me voy a la capital. De allá a los lugares que quiero visitar es más cerca y no me costará tanto tiempo.

–Yo hubiera querido ir contigo a ver a Armando. Pero a este bichito no debo sacarlo y mucho menos llevarlo allá. Quiero manifestarte el agradecimiento

por venir a verme.

–Quizá el año que viene vuelva, el tiempo no alcanza para mucho. Cuando uno viene a ver, ya es el día de irse.

–¿Hasta cuándo vas a estar?

–Me quedan tres días y no he visitado nada más que esta zona. Bueno, vamos al carro con Yuri a recoger su pelota y, si tú quieres, ahí llevo otros artículos que te pueden servir. Me gustaría dejarte algo de recuerdo.

El niño dio un salto de alegría y pegó un grito; su abuelo miró hacia abajo y negó con la cabeza, rezongando. En el maletero del carro estaba la valija llena de los artículos que Esteban regalaría. Todavía no le había dado nada a nadie. En el hotel no dejó nada porque entendía que no había sido tan bien atendido, ni tuvo tanto contacto con los empleados. No permitir que su chofer se quedara le pareció un mal trato. A Chispa no le había dado nada todavía ni se lo daría hasta que no llegaran de regreso a la capital. Cuando llegaron al carro Esteban le dijo a Chispa que abriera el maletero. Buscó dentro del abultado maletín unas pocas cosas: eran tres tipos diferentes de pelotas, un *pullover*, una gorrita, un par de zapatillas y un guante de béisbol. Se las extendió todas juntas. No le dijo que las tomara, sino que escogiera una. Esteban había previsto la reacción de niño; hasta los mayores actúan de la misma forma. Es un comportamiento espontáneo de los seres humanos, un mecanismo de la psiquis. El niño lo miró todo y sus ojitos se agrandaron hasta que no pudieron más. Su abuelo por su parte no lo hizo distinto: parecían dos niños, solo que las reacciones internas eran diferentes, uno de aversión y el otro de asombro y ambición. El niño no hallaba por cuál decidirse, lo miraba todo y lo volvía a mirar, lo tocaba. Su carita no decía otra cosa que «lo quiero todo, todo».

–No tiene que escoger nada –le dijo al fin Esteban comprobando que los ojos del niño chisporrotearon de felicidad–, todo es para ti, y si tú quieres, ahí hay cosas que pueden servirte muy bien. Dime qué te hace falta, no seas terco. No estarás haciendo nada en contra de tu conducta. Mapo no contestó, solo miraba las cosas del niño con cara de recelo.

Luego del primer impacto y del análisis de las reglas impuestas por tanto tiempo, Mapo cogió al niño por un bracito y lo separó, como si aquellos objetos le fueran a hacer daño. El niño forcejeó con el abuelo y se le soltó de las manos al cabo de unos cuantos jalones.

–No, por favor, déjalo –le pidió Esteban alarmado por la actitud de Mapo.

Nunca Esteban había visto una carita que expresara tanta alegría como la de Yuri al oír aquel ofrecimiento. No le cabían en su cabecita que un *pullover* con

la figura de Mickey Mouse lo estuvieran dando, ni que unas zapatillas con el mismo ratoncito en la punta pudieran ser de él y ponérselos y salir corriendo por todo el barrio enseñándoselo a sus amiguitos que se morirían de envidia. El guante, las tres pelotas y la gorra no tenían menos valor y belleza. ¡Qué cosas más lindas! ¿Qué todo eso era para mí? No tenía que preguntarlo, lo había oído y veía al hombre parado frente a él con las manos extendidas y aquellas cosas tan preciosas que él nunca había tenido y le pareció que soñaba. ¿Por qué su abuelo no quería que las cogiera?, ¿qué de malo tenía si el hombre era su amigo? Hacía poco rato lo había conocido en la oficina de su abuelo y le prometió una pelota y ahora sacaba tres de una maleta, y más cosas, y su abuelo no quería. No quería para él tampoco nada. «Mi abuelo está loco, ¿cómo no va a coger lo que le dan si no tiene que darle dinero? El hombre no le estaba pidiendo dinero por estas cosas, me las está dando. Mi abuelo está loco. Mi mamá lo dice y ahora yo lo veo, que está loco. Yo no creo que mi abuelo no me deje coger ese *pullover* y... si él no quiere lo que le dijeron que cogiera, yo sí. Mi abuelo está enfermo, dice mi mamá; está enfermo y no quiere que yo coja esas cosas. Yo nunca me he puesto un par de zapatos con un ratoncito pintado, con las orejas grandes, la naricita negra y la lengüita colorada. ¿Será que él cree que es de verdad? Ese ratoncito es de mentira y yo sé cómo se llama. Se llama el Ratón Miguelito. Miguelito como mi primo, que todos los niños le dicen ratoncito. No entiendo a mi abuelo. Quizá él cree que el hombre le pedirá dinero o lo hace como una broma. A mi abuelo le hacen bromas sus amigos, y él cree que es verdad. Tengo que preguntarle al hombre si no está jugando con mi abuelo y conmigo».

—¿Todo? —balbució el niño incrédulo.

—No —dijo Mapo y lo volvió a jalar—. Dale una pelota sola —agregó al final, y de un nuevo empezó el forcejeo. Entonces, Esteban se encimó a ellos y le alcanzó todas las cosas juntas, haciendo un bultito. El niño, con la mano que le quedaba libre, agarró la punta del *pullover* y lo jaló. Las demás cosas fueron al suelo y Chispa corrió detrás de unas de las pelotas que salió saltando hasta el medio de la calle.

—Sí, yo lo quiero —dijo el niño sin dejar de luchar por zafarse de las manos de su abuelo que lo apretaba con fuerza.

—¿Por qué no quieres que las cojas? —dijo Esteban encarándosele a Mapo. Le daba roña aquella estupidez de su amigo—. Las traje para ellos. No solo para él, también para cualquiera de los que vengo a visitar, no importa quién sea.

Parecía no haber forma de convencer a Mapo en su obstinación de no

permitirle al nieto coger más de uno de los objetos. Después de unos segundos de estira y encoge, cedió aceptando que cogiera dos pelotas y el guante. El pullover, la gorrita y los zapatitos, no.

—Siempre me has traído problemas, desde que naciste sabía que tendría que vérmelas contigo, condenado muchacho, y ahora lo veo a cada rato. Suelta esa cosa y coge lo que te he permitido, no más. Se lo diré a tu padre, ese sí no te deja pasar una.

Era evidente que el niño no se amedrentaba por las amenazas del abuelo y ni soltaba el *pullover* ni cejaba en su empeño por coger las otras cosas. Estaban haciendo un espectáculo en medio de la calle y los transeúntes se detenían a ver qué pasaba. Hasta Chispa, que no sabía exactamente por qué sucedía aquel jaleo y que no quería promediar, intervino al fin:

—Puro, deje al chama que coja lo que le están dando. ¿Qué le pasa a usted?

Mapo lo miró con dureza y al parecer tuvo la intención de responderle, mas se contuvo o fue el jalón que el niño le pegó en ese momento que lo desconectó por completo. Por su parte Esteban no iba a hacer más presión, volvería meter todo dentro de la valija y dejaría al niño con los deseos de tomar aquellos artículos tan bonitos y aparentes para su edad. No podría decir que a él le dolía más que al niño, porque conocía los motivos por los que su abuelo no quería aceptarlos. Era una estupidez visto desde cualquier punto de vista. El niño no había soltado el *T—shirt* de Mickey Mouse, ni Mapo tampoco. Ya no parecía lo que Esteban sacó de la valija, estaba tan estrujado que nadie adivinaría de quién era la figura si no lo planchaban un poco. Cuando ya estaba decidido a recoger las cosas, meterlas en la valija y salir dejando a nieto y abuelo enfrascados en una interminable lucha, se apareció una señora que los paralizó a todos. El niño fue el primero en cambiar de actitud, soltando el pullover por el que había batallado todo el tiempo y dejando caer la única pelota que había atrapado. Mapo se sorprendió e intentó entretenerse con el *pullover* que se le había quedado en las manos, mirándolo por todos los lados, quizá dándose cuenta que había quedado muy estrujado. Esteban y el Chipa se miraron sin entender lo que pasaba. Eran una mujer de unos treinta y pico o cuarenta años, tan bella como enérgica, de cabellos cortos y sin pintura, irradiando un magnetismo que afectaba a todos, paralizándolos en sus movimientos. Llegó como si la hubieran mandado a buscar sin decirle para qué. Miró a los cuatro, con más detenimiento a Esteban y a Chispa, reparando en que no los conocía. Luego posó la mirada en el ajado *pullover*. Sin hacer preguntas quiso adivinar los motivos del jaleo entre su padre y su hijo. Se

convenció de que no lograría saberlo si no preguntaba. Entonces abrió la boca para hacer la pregunta obligada o reglamentaria:

—¿Qué está pasando aquí?

Supuso Esteban lo mismo que Chispa, que la señora ejercía absoluta influencia sobre el viejo y, desde luego, el niño. Nadie quiso responder hasta que ella se volvió hacia Esteban que aún mantenía en sus manos algunos de los objetos de la discusión y le dirigió a él la pregunta, con voz más suave. Esteban pensó por unos segundos y no encontró evasivas.

—Soy amigo de él y quise obsequiarle al nieto estas cosas.

—Ellos son mi padre y mi hijo —dijo ella y se detuvo quedando bien claro la razón de su intromisión. Atónito quedó Esteban con aquella declaración que lo situaba en el centro de lo que parecía una discordia familiar. Era obvio que había metido la pata, pensó, queriendo virar hacia atrás los últimos minutos y cortar ahí mismo la cinta.

—Tu hijo es muy impertinente y nunca hace caso a lo que uno le dice —dijo Mapo mirando fijo a la hija. Ella le sostuvo la mirada con otra más fuerte, más ruda, sin contemplaciones, como si quisiera doblegarlo. Al fin lo consiguió: él bajó la mirada y volvió a entretenerse con el *T—shirt* que mantenía entre las manos.

—Yo sé bien quién es él, lo que no entiendo por qué no quieres permitirle coger algo que le están regalando. ¿Acaso tu amigo lo está cobrando? Él dice que se lo está dando —dijo sin dejar de mirar con cierta dureza a su padre. Luego miró a Esteban y trató de cambiar el carácter, pero en fracciones de segundos no se consigue cuando no se ha ensayado—: ¿No es así?

—Claro —repuso Esteban—. Es un regalo. A él también le he ofrecido...

Esta vez la mujer se fijó con detenimiento en Esteban. Lo observó por espacio de unos largos segundos y se sintió cómoda con la manera suave y benévola que proyectaba aquel viejo. Hasta aquel momento parecía no haber comprendido que Esteban no era del pueblo o, al menos, ella no lo había visto nunca. Su padre tenía muchos amigos, la verdad, era muy querido por todos; ella conocía a algunos, a este no recordaba haberlo visto en otro momento.

—Entréguele lo que le iba a dar al niño que mi padre no se lo prohibirá. Él todavía vive en una época que ha desaparecido. A un niño no se le puede exigir... ¿De cuándo ustedes lo conocen a él?

—Hace tanto que usted no estaba ni en proyecto —contestó Esteban y Chispa no se dio por aludido, él había visto por primera vez a Mapo hacía solo unos minutos.

El chico, a pesar de la batalla con su abuelo y de verse ya perdido si no es porque la madre llaga en aquellos momentos, no había llorado. Se le notaba la carita enrojecida, con rasgos de haber estado encolerizado, no llorando. Era más, no había dejado asomar ni una lágrima. Las facciones se tornaron alegres en cuando su madre le autorizó coger lo que le daban. Chispa, que hasta aquellos momentos se encontraba tenso, deseando más que todo darle un buen escarmiento al abuelo, se le normalizaron las facciones y puso también cara de alegría, como el niño.

–Esteban, ha sido un placer verte de nuevo –estiró la mano Mapo a Esteban en señal de despedida. El *T-shirt* que aún mantenía en la otra mano se lo entregó a Esteban y no al niño–. Aquí las mujeres mandan y los viejos no valemos nada.

–Perdóname, Melchor, no pensé que crearía esta situación –le dijo Esteban intentando parecer conmovido, sintiendo en realidad un gran gozo por el brusco cambio que tomó al final. La mujer no dijo nada, se quedó mirándolo partir. El niño había sido el ganador y se le notaba el cambio tan radical en su semblante, llenándole de alegría su carita. Mapo no miró hacia atrás en ningún momento, se perdió al entrar al edificio.

–Perdóneme usted a mí. Siento mucho lo ocurrido. Mi padre se quedó estancado en los años sesenta y siempre tenemos que estar corrigiéndolo, a veces creemos que no está bien. Él no lo hace con otras personas porque ya la gente lo conoce y no le hacen mucho caso; con los nietos, sí. ¿Y cómo ustedes se conocieron?

–Eso fue hace muchos años. Yo tuve que venir unas cuantas veces a esta región, a hacer un trabajo y su papá era quien me movía. Nos llevábamos muy bien y nunca había dejado de recordarlo. Ahora tuve la oportunidad de buscarlo y encontrarme con él.

–Está muy bien de su parte y se lo agradezco mucho. No quiero que usted vaya a pensar que mi papá es malo; todo lo contrario, es una persona excelente, solo que... usted sabe. Hay personas que son muy rígidas y no entienden. No entienden que los demás no pueden pensar como ellos, y los niños mucho menos. Los tiempos no son los mismos. «Quien no se adapta al medio perece», dice un axioma en biología que es aplicable a todo en la vida y mi padre se ha quedado detrás, muy lejos de los demás. A mí me da pena con él y se lo decimos siempre; es más, le ponemos ejemplos claros, contundentes y no lo quiere admitir. Perdónelo, aunque usted no lo entienda, no deje de llegar a verlo cada vez que venga, le hará bien. Debo decirle también que no tengo con

qué pagarle ese gesto con mi hijo, él no lo olvidará nunca, porque los niños no olvidan muy fácil, y le contará a todos sus amiguitos que un amigo de su abuelo le trajo eso.

–Sí, lo sé, por ellos traje algunas cositas. No apreciarán otras cosas como esas.

La mujer hizo que el niño le diera las gracias a Esteban y cogieron por el mismo rumbo que tomó Mapo. Ya al entrar al edificio el niño se viró hacia atrás y le volvió a decir adiós a Esteban, con la manita en que llevaba el *pullover*.



## CAPÍTULO VIII

Chispa arrancó el carro y Esteban le pidió que fuera directo al restaurantito.

–No entendí al ocambo ese, ¿Por qué no quería que el chama cogiera las cosas? –dijo Chispa en su simpática jerga.

–No sé muy bien, creo que por ser artículos hechos en los Estados Unidos. Algunos no quieren nada de allá –le contestó Esteban como si no lo asegurara, nada más lo suponía. Muy bien sabía que ese era todo el problema por lo que no dejaba al nieto aceptar lo que él le daba, pero no deseaba explicarle mucho a Chispa.

–¡Ah! No me la había llevado. Como ustedes hablaron a solas y a mí no me gusta meterme en sus asuntos, no me di cuenta que todo el jেলenge era por el pullovito ese que usted le dio. Es una estupidez del tamaño de un edificio sin ventanas. El chama se puso dichoso que llegó la pura; si no, el ocambo no lo deja coger las cositas. ¡Qué hombre tan cerrado, es un bombillo! Yo creía que ya no existían animales de esa especie. Entonces ¿qué habrá pensado de mí si se dio cuenta de que la gorra mía es de los *Yankees*? A mí sí me da tres pitos. Si me regalan uno con la bandera americana me lo engancho ahí mismo. ¿Qué me importa a mí que a otros les dé picazón? Allá ellos. Al carajo mando a quien se crea que tiene derecho sobre mí. Él no quiere las cosas hechas allá, y a los de arriba, los que lo mandan a él, les encanta. Dicen que hay uno de ellos que no bebe otra cosa que no sea güisqui de esos buenos que tiene una etiqueta negra, y el otro el hermano, el más ocambo, es enfermo a unos quesos carísimos que hiede a sicote, que aquí nadie los conoce, y que le gusta un tipo de jamón especial llamado pata negra, que tiene un criadero de langostas para él solo y muchas otras cosas a lo que nosotros no tenemos derecho ni en sueños. De mujeres, ni hablar. Se tiran a los mejores pollitos del gallinero, las que apetezcan. Así que a mí que no ve vengan con cuento, ellos sí y tú no.

–¿Tú tienes hijos? –preguntó Esteban. Se hizo el que no le dio importancia a lo que Chispa le decía. ¿Y cómo se había enterado de esas cosas? Afuera sí se sabían; dentro era un tema prohibido y al que nadie tenía acceso.

–Oh, sí. Tengo un chama que es mi vida.

–¿Qué edad tiene?

–Ocho, un poquito más grande que el chama del problema. No está conmigo porque la madre me salió fulastre, no era muy fina y se me fue con otro gallo. Pero yo lo veo cada vez que puedo y cuando hay un chance me lo llevo conmigo.

–Él también recibirá su regalito. Ya lo veremos cuando regresemos.

–No puedo creer que usted me vaya a regalar la felicidad de ver a mi hijo contento. Ya me imagino. Él es muy expresivo. Cuando le llevo algo de lo poco que logro conseguir, se arrebató de contento. El mío sí que no tiene a nadie que le impida ponerse las cosas de la Yuma. A la madre le encanta andar con cualquier cosa que venga de allá. Un día le regalé un *jean* que ella quería tener y se arrebató tanto que por poco se lo engancha en medio de la calle. Total, cuando llegó a la casa el marido se lo rpió en el cuerpo. Sabía que se lo había regalado yo. Y yo no lo hacía por conquistarla otra vez, sino por el hijo que tenemos. Oye, viejo, ¿no te fijaste en la madre del chama? Está durísima. Tiene un cuerpo muy bien formado, parece una mujer muy fina y sensual.

Esteban le contestó moviendo la cabeza afirmativamente y la conversación se cortó ahí mismo, porque llegaron al restaurantito. La puerta y las ventanas estaban abiertas y dentro no se veía movimiento de personas. Ellos eran los primeros, les dijo luego el dueño.

–Hoy usted tiene hambre muy temprano –dijo Chispa dándose cuenta que era demasiado temprano para el almuerzo. Él si tenía derecho a sentir hambre temprano, Esteban debía de haber desayunado en el hotel, no hacía tanto, pensaba Chispa.

–No, lo que pasa es que quise desayunar contigo. Allá no tomé ni agua, deseaba que fuera aquí, me gusta el lugar y no perdemos tiempo. El café que hacen allá no me gusta, tiene un saborcito que no me agrada. También ya no volveremos más por allá, ni por aquí; después de ver a Armando nos vamos directo hacia tu pueblo. ¿Te gusta la idea?

–Fantástica, no puede haber otra mejor. Yo pensaba que hoy me había jodido.

–¿No habías cogido nada?

–Sí, bueno... Ya es tarde –dijo Chispa y miró la mañana recordando la noche.

No había dormido mucho porque los mosquitos se colaron no sabía por dónde y le habían dado lezna de todos los colores, en cada espacio del cuerpo. Los brazos y las orejas le ardían todavía, condenados mosquitos, hijos del demonio. Estos sí son fieras. Allá no los había como estos. Dos noches a puro trapo si no se ahogaba. Y eso que se metió las dos cervezas sin cogerles el gusto, a cuncún. Así hacen mejor efecto y más rápido, y ni usando ese método dejó de sentir los condenados mosquitos. Se hubiera ido a... ¿Adónde iba a ir? Tenía que resistir pegado al cañón, atado de pies y manos. Con chispa sí se hubiera librado de ellos, porque enseguida se jodían. Les hubiera dicho: «A ver, chupen, chupen aquí y cojan sus peos también». Antes; hoy ya no. Chispa no se encuentra en ningún lugar, se ha puesto tan escaso como todo. Ya no hay. Menos mal que ya se iba de esta mierda. Estos pueblos de acá no los tolera. Por lo único, que se consigue mejor la comida, por más nada; tienen un atraso de cien años. Ah, y las playas. Las playas son fantásticas, unas de *prietecitas* que son enfermas al coco. Coco, aunque sea rancioso. Y el viejo este con *los fulas* que trae y no quiere tirarse un pollito. A mí no me jode nadie, ya el *ocambo* no tiene apetito. Si quisiera, hasta yo me aprovechaba, porque le decía a Matildita que lo toreará y que a cambio me llevara a la Chocolata esa que anda con ella: dos por el precio de una, y él ni se enteraba. La iba a hacer tierra. Esa Chocolata me tiene los sesos hecho agua, cada vez que la veo, el caballo relincha. Pero no le llego con mis *baritos*, lo que quiere son fulas, son muy caras estas hijas de puta. De todas maneras, volveré a tocarle el tema al viejo cuando lleguemos a la civilización. En cuanto llegue, le digo a Mati: «Date una vueltecita por donde estemos nosotros, que ando con un *ocambo* que está *forrao* en billetes. Das un paseíto, enséñale la mercancía para que se le agüe la boca» Y si el viejo lo que le gusta es un cuadro, le digo que busque una de sus amiguitas y se enreden como ella bien sabe hacerlo. Matildita nunca me lo ha soltado. Que hoy, que mañana, y así me ha dado tantas vueltas que ya me tiene borracho. Ahora le ha dado por decirme que no podemos romper la amistad que tenemos. ¡Qué amistad ni qué amistad!, yo lo que quiero es eso, y ella se ríe como diciéndome: «Tú no tienes con qué echar a andar esta trituradora». Y yo como el guanajo, haciéndole la rueda siempre; y ella, que sin fula no hay excitación. Ya no hacen nada si no le enseña primero los verdes. Les han perdido el respeto a los mártires nuestros. ¡Generación de víboras!

El desayuno fue succulento. Tuvieron que esperar un poquito porque los frijoles no estaban todavía. Como el día anterior Chispa le había dicho al

hombre que tenía ganas de comer arroz con frijoles, carne de puerco y yuca, ahí se lo tenía todo. Solo faltaban las yucas. En su lugar estaba la ensalada de tomates. A Chispa le brillaron los ojos cuando el hombre se apareció con una fuente de arroz, otra con frijoles, un plato grande con masas de puerco fritas y ensaladas de tomates. «¡Es como para reventarse!», dijo Chispa cuando la mesa estuvo servida. Eran las once menos cuarto: no era hora de desayuno, tampoco de almuerzo. Esteban pidió una completa para llevarle a Armando, unos tabacos y un par de cervezas. El pedido de tabacos lo rectificó enseguida: «Un mazo es mejor, así nosotros nos llevamos algunos también». Esteban no tenía vicio, solo le gustaba, de vez en cuando, fumarse una breva después de la comida, y si era de allí, de la tierra del mejor habano, con más gusto. Allá se fumaría uno con Armando. Cuadró la comida y le pidió al hombre dejar pagada unas completas para alguien que vendría a buscarla, por treinta días. «¡Oh, cómo no, señor Esteban, es un gusto servirle lo que usted quiera! ¿Y quién vendrá a recogerla?», dijo el hombre con signos de alegría en su semblante por el pago adelantado de unas raciones que le dejarían buenos dividendos. Cuando Esteban le dio las señas y le dijo que era Armando, uno de los mendigos del pueblo, el hombre no quería creerlo. Tuvo Esteban que contarle algunas cosas sobre este hombre para que lo creyera. «Ningún problema va a tener en recoger la comida», le aseguró el hombre. Sí que lo conocía muy bien, era un hombre que tuvo su tiempo en las alturas y no supo mantenerse. Se le pegaron los cables y por ahí anda el pobre, hecho una bola de churre y durmiendo en el cementerio, esa es su casa.

Chispa se despidió del dueño de la cafetería, diciéndole: «Asere, te la comiste con la jama esa, te lo juro que hacía años que no me enredaba con algo parecido, no te voy a olvidar en un buen tiempo».

Como Esteban le había dicho a Armando que regresaría por la mañana, ya él estaba preparado. En cuanto enfocaron a la callecita lo vieron allá, frente al portón de la entrada, dando paseítos, caminando de un lado a otro. Estaba aún más limpio que el día anterior. No se había afeitado, pero sí se había lavado la cabeza y muy bien la cara, con jabón. La camisa era la misma, la había lavado después que Esteban se marchó por la tarde, ya bien oscuro. Esteban notó que el mal olor había disminuido considerablemente y que su cara estaba radiante. Los ojos los mantenía más abiertos: el cambio era increíble. El pantalón parecía no había sido lavado, por el color oscuro no se notaba. Este aspecto le agradó a Esteban. Hasta Chispa tuvo un elogio para el mendigo:

–Asere, hoy sí puedes buscar una *jineterita* que te le dé una carrerita al

caballo.

El mendigo se sonrió. Esteban no quiso decir lo que pensó: si se afeitara, pelara y quisiera ponerse una muda de ropa de las que llevaba dentro de la maleta, dejaría de ser quien era. Pero se había comprometido a no mencionarle más lo que deseaba que cambiara de su aspecto exterior. Armando, como que le había escuchado sus pensamientos, porque mirándolo a él y no a Chispa, le dijo:

–Esto no cambia esto– y acompañó las palabras con gestos: se agarró la camisa y la haló, luego se tocó el pecho.

–Ahí te traemos algo de comer, vamos para los pinos y allí conversamos mientras comes –dijo Esteban y se encaminaron hacia el mismo lugar que habían estado la tarde anterior. Chispa se quedó en el carro porque Esteban le había pedido que los dejaran solos.

–Eres muy inteligente y bondadoso: sabes que mi mayor padecimiento es el hambre que acumulo de siglos y me brindas comida. No perderé la oportunidad de tragar lo que me traes porque en los últimos días me las he visto negras. La gente no tiene ni para ellos, así que la mía por hoy está asegurada. El mañana es incierto y no me interesa. Mañana tú estarás lejos y yo pudriendo como un majá una buena hartera. Nadie nunca debe despreciar la comida. Alguien con hambre no podrá hacerlo, a no ser que la mano que la ofrezca lo haga para humillarlo. Entonces, si así fuera, el hambre desaparecerá y la muerte es preferible. Algo más o menos así leí una vez y no pensé que yo pasaría por la prueba de elegir la muerte a un trozo de pan. Me moría de hambre, ya llevaba alrededor de ocho días sin probar comida ni tomar agua. Era injusto lo que me hacían y me la jugué al pegado, como decíamos cuando éramos chicos y jugábamos bolas, y decidí no comer hasta que no me sacaran de aquel lugar, vivo o muerto. Era algo peor que donde vivo.

–¿Eso fue cuando te metieron preso? –lo cortó Esteban dándose cuenta que le hacía falta una pausa para acabar de comerse una de las masas que había cogido. Había dejado de comer por contar algo de su vida y que al parecer le vino a la mente mientras comía aquella exquisita comida que tenía en frente, no muy común para él. Se daba el caso de que en algún lugar le daban un plato de arroz con frijoles, cuando más, nunca con carne, hacía mucho que no la probaba. Hacía tanto que se le había olvidado el sabor de ella. En una cajita de cartón iba la misma comida que Esteban y Chispa habían comido: arroz blanco, frijoles negros masas de cerdo fritas y unas rueditas de tomate. Después de abrirla, lo primero que cogió fue una masa.

–Eso sí te lo contó esa rata de alcantarilla –dijo Armando y le metió una fuerte mordida a la masa, como si de aquella manera suavizara la ira que le daba hablar de Mapo.

–¿Quién, Mapo?

–No puede ser otro –respondió con la boca llena–, ¿conoces a alguien más con esas cualidades? Bueno, hay mucho, solo que tú no eres de aquí y no sabes quiénes son, esto está lleno de ese engendro maldito que nada más se da en tiempo de Revolución.

–No, me lo dijeron en la calle.

–No me importa si fue él. Y no, no era una prisión, ni me permitían decir que lo fuera, era algo peor: un manicomio para personas que todavía no estaban locos y que alguien se empeñaba en convertirlos a la fuerza –hizo una pausa para tragar la mascada–. Y yo no tenía otra arma que mi vida y dije: «Ah, la quieren, pues díganle a esa perra que venga a buscarla. ¡Cógela y dame tus alas para salir de este infierno!». Ella me miró con ojos de fuego, y me contestó: «Me la llevo». Me dejé caer entre sus brazos y no sé qué le pasó al final: despreció mi ofrenda y me dejó tirado en un rincón. Luego supe que a ella le gusta la resistencia y conmigo no la tuvo. Después, viéndome humillado por su desencanto, vine hasta aquí a traérsela, y fue cuando sucedió lo que te conté. Ya no hago presión, ni la llamo, que venga y me toque en el hombro cuando le salga de adentro. No me rebajo más ante esa altanera señora. No estoy haciendo ninguna lucha, estoy cruzado de brazos sin importarme nada: esa es mi posición, mi lucha. El que quiera puede pensar lo que le parezca, no que lo llame rebeldía, y menos aún, desobediencia; tampoco admito que sea una cobardía, es mi lucha.

Hubo un silencio prolongado que Esteban no quiso romper por dejar que Armando comiera. Se le notaba que tenía hambre.

–No te he pedido que me cuentes tu dolor, debe de molestarte.

Armando había cogido una cucharada del arroz con frijoles que detuvo en el aire para responderle:

–¿A mí? A mí nada me molesta. Todas las etapas se superan, te lo digo yo. No hay una persona que se proponga algo que no lo consiga si le pone toda la energía. Yo aprendí haciendo lo contrario; ya hoy no, hoy camino sobre los peldaños que fui construyendo con trozos de ignorancia, ingenuidad y fanatismo –se llevó la cuchara a la boca y volvió por otra más, después cogió otra masita y una rueda de tomate. Esteban lo miró con tristeza. Le daba dolor verlo de aquella manera y la resignación a continuar viviendo así. Pero ya no

le diría más nada. Fue a dejar de comer para decir algo y Esteban lo cortó:

–Come, luego hablamos, ya no tengo apuro. Todo el tiempo que quieras estaré aquí contigo. Nos fumaremos un tabaco y recordaremos nuestra vieja amistad.

–Y yo tengo que aprovechar las dos cosas: la comida y una sincera conversación. Bueno, también ese buen tabaco que me espera. Se le presentan a las personas pocas oportunidades como esta, y yo quiero disfrutarla al máximo, porque no tendré otra. Ya no recuerdo qué tiempo hacía que no me encontraba con alguien que le gustara hablar con un loco. Anoche eran las doce y yo andaba por ahí pensando en que nos veríamos hoy y qué forma adoptaría para que te sintieras bien. No lograba cerrar los ojos. Me levanté, prendí uno de los tabacos que me dejaste y me dije: «Si no quieres dormir, vas a caminar entonces». La noche era muy calurosa y se prestaba a ventearse y saborearla. Lo hago en cualquier tiempo, casi siempre en verano porque hace mucho calor ahí dentro, eso es un horno. Además, las noches me encantan. Si pudiera dormir todo el día, las noches me las pasaría despierto, caminando y mirando las estrellas. Anoche estaba alterado y por eso me levanté a caminar, rememorando las veces que te quedaste en mi casa y que a mi madre le agradaba sentarse a hablar contigo de poesía y literatura. Ella era maestra y tenía buena preparación, y la poesía le encantaba. Recuerdo que te hablaba de Bécquer, Juan Ramón Jiménez y Garcilaso. Para ella no existían más poetas que ellos, y tú compartías más o menos los mismos criterios; digo, no sé si por no contradecirla o era verdad que te gustaban esos poetas. Si no se te ha olvidado, recordarás que ella escribía poesías, solo que le faltaba el valor para compartirlas. Creo que le daba vergüenza o no sé qué. Quizá a ti te enseñó alguna.

–Sí, lo recuerdo con toda claridad. Y era cierto que teníamos los mismos gustos por ellos, hoy me siguen gustando. Con respecto a qué escribía, también lo supe, pero nunca me enseñó ninguna. Bueno, un día me recitó una que estaba buenísima y que yo no la había escuchado ni leído en ningún libro y tuve la impresión de que era de ella. Noté que se puso muy contenta cuando le dije que era magnífica, que me la copiara. Me dijo que sí, y no lo hizo. Tampoco me dio el nombre del autor, a pesar de que insistí un poco. Alegó que la copió de un libro hacía mucho tiempo y no le puso el nombre del autor y ya se la había olvidado. Luego fue que me pareció fue ella quien la hizo. Créeme que guardo los recuerdos más bellos de tu madre. No hubo una vez que llegara a tu casa que no me tratara como lo hacía contigo. A mí hasta me daba pena, porque ella quería que yo hiciera en la casa lo que tú hacías. Cuando yo

llegaba, enseguida ponía la cafetera en el fogón.

—Mi madre era una santa y mi padre estuvo muy poco conmigo. Yo tenía unos pocos años cuando él murió. Mucha falta me hizo en los comienzos, pero tuve que vérmelas solo con ella. No es lo mismo con los dos que con uno solo. Fue una gran madre y amiga. Ahí voy todos los días a pedirle la bendición, a ella y a papá. A mi hijo... —Dejó de comer y se puso triste. Miró a la lejanía, queriendo controlar la emoción. Luego se enjugó una lágrima con la manga de la camisa, respiró profundo y miró a la tierra, por unos segundos. Al cabo de un silencio cambió un poco la cara, a la fuerza, y se empeñó en hacer una sonrisa que le regaló a Esteban, cerrando un poquito los ojos y explayando la cara. Pretendía que Esteban se sintiera bien. Esteban lo comprendió y se alegró de que cambiara, hablarían de otra cosa, pero no le dio tiempo y retomó la conversación:

—¿Sabes que yo tuve un hijo?

—Sí, me lo dijo Mapo.

—Ya veo que te lo ha contado todo. ¡Cuántas cosas te habrá dicho que no son! Si hubiera sido mujer, el primer lugar en el chisme no se lo hubiera quitado nadie. Tiene la lengua que se la pisa. ¿Qué más te dijo de mí?

Esteban creyó conveniente no mencionar más el nombre de Mapo. Armando no podía ocultar el inmenso desprecio que sentía por él y se molestaba. Esteban no quería saber tampoco los orígenes de su aversión, por lo que no diría nada más que lo relacionara. Ya había comprobado que nada lo incomodaba tanto como escuchar ese nombre.

—No, me dijo más o menos lo que yo le pregunté.

—¿Sabes por qué habla de mí? Porque la mayoría de las personas no resisten a las que conocen algún secreto de ellos, y que con el tiempo se empeñan en borrar. Yo lo conocí cuando robaba, era un vulgar ratero, se llevaba hasta los clavos de la mesa si le daban un chance. Esa era su pasión. Lo aprendió robándoles a los pobres infelices, los guajiros. Por donde quiera que pasaba dejaba una raya. Luego lo siguió haciendo en otros lugares. Lo más desagradable para él es que fui yo quien tuvo que resolver su situación. Pude haberlo hundido con solo no mover un dedo. Yo no tenía nada que ver con él, yo era el jefe principal y como tal podía tirarle la toalla, y lo hice: otro de mis errores; siempre errores en el camino. Me enteré de que se lo habían llevado preso, me le aparecí en la jefatura de Policía donde lo tenían encerrado y me hice cargo del asunto. Es verdad que cambió radical, nunca más se metió en problemas de ese tipo; más bien después quería ser un santo.



–Yo te conocí después que te propusieron nombrarte jefe de la cooperativa que se iba a fomentar en toda esa zona –dijo Esteban desviando la conversación hacia donde quería llevarla. No le interesaba la vida de Mapo, y la de Armando era una tragedia muy triste, hablar de ella era muy doloroso y no quería causarle molestia ni llevarse más recuerdos tristes de los que ya acumulaba en la cabeza y el corazón. También quería entrar de lleno en el asunto que lo había arrastrado hasta allí y que al fin veía con ojos de minero. El filón que buscaba lo tenía frente a él y quizá ni escarbar necesitara para que todo el material cayera en sus manos. Ya no se cohibiría en preguntar, Armando era un hombre lúcido y no representaba un abuso interrogarlo. Si su estado hubiera sido calamitoso, psíquicamente, y le costara trabajo coordinar las ideas, no le hubiera gustado sacarle las respuestas, por lo de las dudas. Pero este no era su estado, había comprobado que el hombre estaba bien. Las incongruencias de su modo de vida y su comportamiento medio desajustado en algunos casos no lo inclinaban a dudar de lo que le dijera. Así que las respuestas estaban al alcance de sus preguntas y el sendero de la conversación ya lo dirigía hacia ese lugar.

–No fue así precisamente, yo atendía un área grande de terreno, unas cuantas fincas, y al intervenirla me dejaron de jefe porque yo había participado en la lucha: era uno más de la pandilla. Lo que sucedió fue que me encomendaron la tarea de llevar acabo «la gran obra». Sí, recuerdo que ni te identificaste antes de preguntarme por dónde comenzaría la obra, y yo me quedé mirándote y pensando que sin haber hecho ningún estudio ya ustedes querían que les diera detalles. Yo me dije: «¿Qué les pasa a estos tipos?» Me di cuenta de que los periodistas son como las moscas: donde quiera que hay mierda, ahí están ellos metidos de pies a cabeza, matándose por dos palabras que les brinden un artículo, aunque sea contradictorio a lo que indagan. La verdad, yo no los había visto antes a ustedes y pensaba que los envió alguien, ellos no son adivinos. Venir de tan lejos a averiguar lo que haríamos en esos pantanos me ponía la carne de gallina. ¿Quién les dijo que ya todo estaba dispuesto? Ustedes me exigían que les diera un bosquejo de la obra. «¿Por dónde comenzarían?», me preguntaban ustedes. Y yo, ¿qué les iba a decir si nadie sabía lo que haríamos todavía? Tú te empeñaste en saber lo que se iba a hacer sin tener todavía el plan en concreto. Al final, cuando ya sabíamos que todo era una mierda, te lo dije y no me creíste, pensaste que no te decía la verdad, que lo manteníamos en secreto. Como por entonces todo era secreto de Estado, nadie quería creer. Era cierto que no sabíamos con exactitud lo que se

realizaría. La orden y la idea estaban; faltaba el estudio minucioso con sus variantes. Partiendo de que yo no sabía qué hacer, ese no era mi campo. Yo vendría siendo el director, los ingenieros serían quienes elaboraran el proyecto y lo discutirían conmigo y yo, con el Comandante. Tu suerte fue que te diste cuenta de quién era yo o de qué se trataba el asunto y cambiaste de táctica, acercándote a mí y siendo un poco más cordial. Me llevaste a comer por la tarde y no me mentaste nada. Quizá pudiste ver claro que yo te decía la verdad. Yo era un ingenuo, hacía menos de dos años que me había graduado, y en aquella zona llevaba ocho o diez meses cuando me sucedió eso. No pasó nada, yo seguí en las funciones que llevaba y sanseacabó. Donde dije digo, digo Diego, y todo quedó muy tranquilo. Ustedes los periodistas nunca entendieron la situación ni se les dijo más nada. ¿Sabes por qué? Porque había que ocultar los errores. Tú viniste unas pocas veces más, pasabas por mi casa y te quedabas, ahí trabamos la amistad que nos unió. Después te perdiste. Fue cuando Demetrio me contó tu problema. Bueno, lo que dijeron, nunca hablaron directamente de ti, sino de un grupo de periodistas vende patrias y todo lo demás. ¿Qué pasó realmente, Estebita?

—Lo que se dijo fue real, yo leí los periódicos y escuché la radio. Las medidas que tomaron con nosotros fue lo malo, y eso sí que no lo dijeron. Fue una estrategia para amordazar a la prensa y lo lograron. Oye, Armando, me dejaste en suspenso, ¿cómo llegaron al final del asunto? Como yo no volví, por lo que tú muy bien has recordado, no llegué a saber el final. Bueno, quizá nadie supo de qué forma llegaron a la conclusión de que no era factible aquel megaproyecto.

—¿En verdad no te imaginas el final? Oh, Estebita, has perdido facultades. No es necesaria una buena imaginación para saberlo. Igual que lo otro, idéntico.

—¿Qué otro? No sé a qué te refieres. Acuérdate de que mi partida fue rápida y atropellada. Luego los vínculos se aflojaron y la comunicación se rompió.

—Lo del metro —se vio precisado aclarar, Armando. Había otros proyectos que nunca se llevaron a cabo, y otros más que sí los realizaron, que no funcionaron, y lo que sí consiguieron fue una pérdida total de todos los recursos empleados en su ejecución. En los que estuvo involucrado, era los que él recordaba.

—¿El metro? —preguntó Esteban asombrado creyendo que ya en La Habana había metro—. ¿Tú dices metro?

—Sí, dije metro. ¿No me digas que no sabes qué es un metro? No el de medir. Una línea por debajo de la ciudad, igual al *subway* de New York o el de

Madrid.

–Sí, claro que sé lo que es un metro. ¿Y en La Habana hay metro? –preguntó Esteban esta vez rayando la ingenuidad. Si Armando había comenzado refiriéndose a este proyecto como el que Esteban sacara a relucir, debía haber preguntado mejor si en La Habana intentaron hacerlo y fracasó. Quizá sí había tenido inicio, lo que nunca tuvo fue final. O este fue el fracaso.

–Ahí fue donde le cayó comején al piano –le cortó Armando tratando de continuar la idea usando el sarcasmo. Le gustaba llevar a las personas por un camino, presentarle un panorama y, de buenas a primeras, dar un viraje señalándole otro. Antes lo hacía, ya hoy no tenía con quien conversar, viendo el interés que prestaba Esteban, lo recordó y encontró propicio ponerlo en práctica. También se le habían amontonado esos desagradables recuerdos en su cabeza y lo atormentaban a veces. Ahora salían a su boca como la lava de un poderoso volcán que estaba entrando en erupción–. Por la suerte del fatalista me correspondió estar siempre enredado en los malos acontecimientos, Estebita. En este fue donde le puse la tapa al pomo. Dije lo que no podía decir para ellos, y lo que no podía callar para mí. Supe que en esta ocasión no salvaría el pellejo. Era una situación muy embarazosa en la que no cabían las opciones. La verdad, sabía que era difícil, no que mi opinión llegaría a levantar la polvareda que me cubrió. Yo estaba planteando una realidad ineludible, con números. Me guiaba por las matemáticas, los cálculos que no fallan. Yo contaba con todo el material disponible para el análisis y la recomendación, eso era lo que me habían pedido. Nunca creí que eso llegaría tan lejos. Fue como si yo hubiera hecho la ofensa más grande a alguien a quien nunca se le debía cuestionar. Pareció cualquier cosa menos una sugerencia sacada en una calculadora. No me dejó terminar mi recomendación. El análisis sí, pero ya lo había puesto intranquilo, lo notaba alterado. Si todos me miraban a mí por ser quien hablaba, yo a él no le quitaba la mirada de encima. Después de terminar el análisis y comenzar mi recomendación, basada única y exclusivamente en los datos usados en ese trabajo, vi que tiró el tabaco con fuerza al piso. Luego lo hizo con la gorra, y los espejuelos oscuros en los que se escondía para que nadie detectara hacia donde miraba, se los quitó también; no los tiró no sé cómo. De manera que se estaba preparando, exhibiendo sus cañones y tomando puntería. De una taza gris, no transparente, se bebió un sorbo grande que le cogió el gusto con una leve mueca. Cuando tiró la gorra ya sabía yo que mis palabras eran bofetadas o patadas por el trasero que estaba recibiendo. Sí, la verdad, estaba en contra de sus planes, y se los hacía tierra

frente a todos los presentes. Estas reuniones él las hacía para estar seguro, no porque tuviera que contar con nadie para realizar una obra. Infinitas de ocasiones mandó a construir fábricas en lugares inadecuados, hacer carreteras que nunca tendrán uso, presas nada más para criar peces, todo por capricho. Y nadie podía rebatirlo, yo lo sabía; pero mis conocimientos y mi moral no me permitían decir una falsedad por un capricho suyo. Éramos cinco los que teníamos que presentar todo lo concerniente al proyecto. A mí me tocaba el análisis económico y las recomendaciones pertinentes a dicho tema. No tenía que ver con más nada. Yo fui el segundo. El primero no tuvo problemas porque se trataba del estudio geológico y en esa parte estaba bien: el suelo resistiría cualquier cosa que se hiciera y el nivel del mar no ofrecía peligro para los tramos más próximos. Todo se me parecía a lo anterior, del que tú conociste muchos detalles porque te enviaron a tomar información de «El gran proyecto» –Hizo comillas con los dedos. Esteban se maravillaba, aunque titubeaba a veces, queriendo creer que fuera cierto lo que Armando decía. Quizá en aquellos momentos estuviera cruzando un lago mental y esto es lo que salía por su boca, como el día anterior que le presentó a un grupo de muertos y le habló de ellos como si fueran vivos. Él no sabía nada del metro. ¿Cómo la prensa nunca informó de esa monumental obra?–. Lo desigual era que esta vez yo no me dejaría envolver por palabras, no podía. Mis conocimientos y la realidad que manejaba no me lo permitían porque, al final, sería peor que decir la verdad. La verdad, en ese caso y para mí en particular, era absoluta. Otra de las personas que rendirían cuentas y que le correspondía de último en este informe diría lo mismo que yo dije. Este hombre, si lo deseaba, podía hacer la recomendación que estimara o no hacer ninguna, que era lo que se creía antes de la exposición del proyecto. Yo pensé que no lo haría después de ver lo que había ocurrido conmigo. Por temor, quiero decir. Además, él estaba como defensor de la tesis, no como opositor. Dos o tres días antes le habíamos detallado la situación que veíamos nosotros. De cualquier manera, yo creía que no se atrevería a enfrentar la realidad. Pero el hombre no solo apoyó mi propuesta, sino que la reforzó con argumentos irrefutables y muy juiciosos. Después de aquello no hablamos, me imagino que las razones que lo empujaron fueron las mismas que lo hicieron conmigo. Era el ministro de... no me acuerdo, creo que de Transporte. ¿Y sabes qué? Lo tomaron como una conspiración. Una conspiración contra el Gobierno. Cualquier criterio contrario a los del jefe, lo toman como si fuera al Gobierno o, en caso extremos, al país, la nación. Así que te ponen de frente al pueblo y no hay

apelación ni nadie que te salve. Las palabras que se gasta el jefe son de tapar oído, y las humillaciones a las que somete a quien le contradiga, no creo que las haga otra persona. Yo sabía algunas cositas sueltas, pequeñeces, nunca como las que viví y oí, los insultos que profirió contra mí. Yo, después de lo de aquí, no lo había vuelto a ver personalmente. Él no me recordaba. Preguntó por mí, y mi nombre no le decía nada. Según me dijeron cuando me metieron en ese rollo, que lo hacían por mi experiencia: dichoso que siempre he sido.

Las palabras de Armando deslumbraban a Esteban y lo situaban justo en el lugar que había querido estar. A pesar de haber dejado el rumbo inicial, podría retomarlo de un momento a otro en cuanto quisiera. Además, por donde Armando lo estaba llevando resultaba fascinante, no había transitado nunca por aquella senda, incluso desconocía todo sobre el tema. Era muy interesante lo que este hombre le estaba narrando. No por ello abandonaba las dudas, creyendo en ocasiones que era una fantasía que retozaba dentro de su cabeza como un gato tratando de atrapar un haz de luz que alguien movía sobre una pared. Y ahora no se atrevía a manifestarle la desconfianza, y es que todo lo exponía tan claro que ni titubeaba. Pensó que luego, con el mismo Chispa, podría corroborar lo que le decía con tanta naturalidad. Lo que este hombre le estaba contando era el combustible que usaba su motor: secretos de Estado, planes absurdos que nunca se cumplieron, fantasías del loco mayor encubiertas por una prensa que solo decía lo que le dictaban. Por otro lado, y de modo paralelo, hacía unos minutos que Armando se había percatado que estaba tocando las teclas que hacían vibrar a Esteban como si fuera una de las cuerdas de un viejo piano. Desde que empezó a hablar del metro, Esteban había concentrado toda la atención en lo que decía. Era obvio que quisiera escucharlo todo, con lujo de detalles, sin poder ocultar la admiración que le causaba la claridad con que Armando hilvanaba sus palabras enumerando los hechos. Solo le faltaba comprobar si decía la verdad. No hubiera creído en los primeros momentos de encontrarlo en la calle y tratar de hablar con él que este hombre estuviera claro de mente. Ahora se preguntaba si era un papel que estaba filmando en aquellos momentos, allá en la calle, y por qué. ¿Estaría fingiendo una locura que no tenía? Si estaba loco solo debía ser por etapas, llegaba a la conclusión.

Se acabó de comer todo lo que quedaba en la cajita y la cerveza la saboreaba con deleite; en cada sorbo miraba a Esteban y viraba los ojos en blanco, como diciéndole: «Está riquísima». Y a Esteban, regocijado con su amigo, le daba gusto ver que él le proporcionaba ese placer. La otra cerveza la

dejó en el cartucho y le dijo a Esteban que se la tomaría luego, que ya estaba lleno. Después de terminar de tomarse la cerveza, abrió el cartucho donde estaba el mazo de tabaco. Sacó uno con sumo cuidado, lo olió con los ojos cerrados, pasándoselo de punta a cabo, pegado la nariz, para al final abrir los ojos y hacer la misma mueca de goce que hacía con la cerveza. Esteban le seguía con la mirada, cada movimiento, y se alegraba de que se sintiera contento o, al menos, satisfecho y sosegado. Había esperado todo ese tiempo, conforme a la lentitud que lleva comer y hablar sin apresuramiento, para él también prender un tabaco a la misma vez. No tenían con qué encender, por lo que Esteban llamó a Chispa y le pidió la fosforera. Chispa, que hubiera querido quedarse y compartir con ellos, no lo hizo porque dejaron de hablar en todo el tiempo que estuvo allí; entonces regresó al carro.

El aroma de los dos tabacos se adueñó del ambiente y el momento se tornó ceremonioso y más relajado. Solo les faltaba un poco de comodidad en los asientos, pues Esteban se había sentado en un tronco de pino que algunos nudos se le clavaban en las nalgas; mientras que Armando estaba sobre la hierba, cambiando de postura a cada rato: unas como los indios que se sientan alrededor de la fogata y otras con una pierna estirada y la otra doblada, a la que se agarraba por la rodilla echado hacia atrás, recostándose en una mano. Estaban uno de frente al otro, a la distancia de tocarse si estiraban las manos, solo que Esteban quedaba más alto que Armando por el grueso del tronco. El sol había cruzado la mitad del cielo y el calor lo atenuaba la sombra de los pinos, refrescando y purificando el aire que venía del pueblo. Esteban esperó a que Armando le cogiera bien el sabor a su tabaco para disparar la pregunta que lo obligaría a continuar el hilo de la conversación y que lo había dejado con la duda:

—¿Pero el metro se terminó o no?

No se hacía el desentendido, era verdad que nunca llegó hasta él la noticia de que en La Habana se estuviera construyendo el metro. ¡Qué callado se lo tuvieron! La verdad era que donde él estaba las noticias nunca llegaban frescas y, muchas veces, ni llegaban. Bueno, Armando había comenzado diciendo que todo fue igual al proyecto que él conoció, dejando casi claro que no llegó a concluirse. Así que no debía haber preguntado, era seguro que todo quedó de la misma manera que el otro.

—¿Qué opinas tú, que si o que no? —le preguntó Armando con una chispa de picardía en sus ojos que le decían a Esteban claramente que no.

—No sé, eso puede haber pasado desapercibido en cualquier país, aquí no. No

lo creo.

–Pues claro, aquí hubiera sido un acontecimiento mundial. No te equivocas. Nunca tuvo vida ese muñeco, igual que el que conociste tú: la misma mierda. Bueno, al menos este sí tuvo lógica, los otros no, ni lo demás.

–Debí haberme dado cuenta desde que empezaste. Bien sabía yo que no pudo haber funcionado. Lo que no logro es asociarlo con lo otro. Ambos casos sí están relacionados muy directamente contigo. ¿Cómo es que caes en otro asunto medio parecido? Siento dudas de lo que me estás diciendo. Sé que no tienes que mentirme. Tengo que dudarle porque hay un espacio de tiempo bastante grande y, bueno, yo no sé cómo era tu trabajo ni las conexiones con la alta jerarquía. Antes estabas en el área de la agricultura y esto no tiene relación.

Armando le dio una fumada larga al tabaco, con estilo de buen fumador y luego exhaló el humo, poquito a poquito, con la cabeza levantada, sin dejar de seguir con la mirada la evolución de las volutas, como si no hubiera oído a Esteban hacerle una pregunta. Cuando ya tuvo la respuesta o perdió de vista el humo, se rio suave, miró a Esteban que no le había quitado la mirada de encima, ni pestañeaba siquiera, y le contestó:

–Hasta yo me he preguntado a veces cómo fui a parar a ese maldito lugar y qué hice para ganarme el primer puesto de enterrador de ideas prodigiosas. Por qué me buscaron a mí si yo no tenía nada que ver con ese nuevo proyecto. Hay hechos que no tienen respuestas lógicas y este es uno de ellos, lo que respecta a mí, quiero decir; lo demás creo que era normal: la creación de esas ideas descabelladas y estrafalarias. Lo que parece sencillo a la vista del que está fuera, en muchos casos, no lo es para el que está dentro, jugando con la candela. A mí me enviaron a trabajar con uno de los grupos que le habían dado la tarea de hacer el estudio. Todos teníamos años de experiencia, y ese fue el motivo por el que nos juntaron, nos dijeron a cada uno de nosotros. Ahora bien, dentro de mi grupo me eligieron a mí para exponer el resultado del estudio considerando la recomendación que habían hecho de mí y el respeto que me tenían o que yo me había ganado. Como cada grupo sacó a su representante, fuimos cinco los encargados de presentar el proyecto, cada cual en su campo. Yo había hecho esto en otras ocasiones, nunca con un grado de complejidad tan alto.

–Me impacientas, no acaba de decirme qué provocó el abandono del proyecto y por qué tú eres a quien le toca pagar los platos rotos.

–Esas palabras son correctas: los platos rotos. ¿No me dijiste que tenías todo

el tiempo para escucharme? ¿A qué viene ese apresuramiento ahora? Me cuesta trabajo recordar los detalles. Como ya no pienso mucho en el pasado, se me olvidan, Estebita. ¿A ti no te ocurre? Serás el único. Ten en cuenta que este tabaco está muy bueno como para no dejarlo de saborear en cada fumada. Bueno, pues nada, el costo de ese hueco con una doble línea ferroviaria por dentro era superior a lo que alcanzábamos pagar, y los créditos los habíamos consumido hacía ya mucho tiempo: no había dinero para hacer la obra. Le debíamos el culo a los bolos y ellos se daban cuenta de que jamás les pagaríamos, ni aunque le diéramos la isla con todos los habitantes. Así de sencillo. La cuenta estaba bien clara. Les debíamos a todos los países y a nadie se le podría pagar, en eso nadie tenía duda. Todos los que estábamos allí lo sabíamos, y no conocíamos el país que regalara dinero. ¿Quién regala dinero? Nadie regala dinero en el mundo como lo hacen los malos, los gringos, y eso es muy peligroso porque al final te lo sacan de alguna manera. Mira cómo era la situación que si lográbamos construirlo, no podíamos echarlo a andar. ¿Sabes cuál sería el resultado de haberlo hecho? El mismo de tomar todo ese dinero que no poseíamos y tirarlo al mar, así como te lo digo. Con esas palabras que te acabo de decir, terminé mi recomendación y sin pérdida de tiempo me dijeron hasta botija verde. Ya sabía lo que me esperaba, también sabía lo que me costaría si decía lo contrario, cuando pasara un tiempo, se terminara y no logran echarlo a andar. Eso sí era malo, porque ahí sí te hacían tierra. El que te dije, que me secundó en su propuesta, fue más explícito. Miro fijo al Comandante y le dijo: «Si ese dinero que usted quiere emplear ahí debajo se le echa a lo que tenemos encima, sería de mejor provecho, La Habana se nos está cayendo a pedazos». Hasta ahí llegó todo, a pesar de la pataleta y de decir y repetir unas cuantas veces que por sus cojones el metro iría. Iría, iría; nada iría. Antes de empezarlo ya estaba jodido. Y todos nos alegramos cuando nos enteramos que el Caguayo Verde moría sin haber nacido. Debo decirte que el propio Comandante pidió el préstamo a unos cuantos países y nadie se atrevió a dárselo. Y se metieron gente de otros lugares estudiando el proyecto y todos coincidían en el costo y nadie quería aflojar el dinero. Si ya tenía enganchado a medio mundo, ¿quién iba a pensar que pudiera pagar?

—Yo no sabía nada de eso, te lo aseguro. Las noticias no salieron fuera, se guardaron muy bien el secreto o no llegaron hasta mis oídos. Quizá yo estaba envuelto en algún asunto que me robaba todo el tiempo y ni las noticias leía o ellos no la divulgaron porque ya veían el fracaso.



—No. No creas que son esas dos cositas sueltas los únicos fracasos; existen muchísimos, infinidades. Esos son los que conocemos nosotros. ¡Cuántas garrafas de mierda quedarán enterradas junto a sus inventores y ejecutores! Esas fueron las que se nos ha permitido ver porque tomamos alguna participación en ellas. Ahí están los túneles, por ejemplo, donde toda la población ha tenido que trabajar como verdaderos esclavos, compitiendo con las pirámides de Egipto: monumentales pero inservibles. En cualquier pueblo te encuentras una serie de túneles en los que se invirtieron grandes cantidades de recursos, metiéndole en la cabeza al pueblo que era para su defensa: pamplinas. La planta nuclear de Juraguá, donde los rusos perdieron hasta los calzoncillos y no llegaron ni a terminarla. No midieron bien las posibles consecuencias. ¡Qué derroche! Y nadie le pasará la cuenta al gran administrador del pueblo. Toda la isla está llena de embalses de agua sin que se utilice ni una milésima parte de ella. La cantidad tan grande de terreno que sembraron de café. Nos decían que en un par de años nos convertiríamos en los mayores exportadores de ese grano en todo el mundo, que seríamos una potencia cafetalera. A todo le querían enganchar lo de potencia: potencia médica, potencia deportiva, potencia azucarera..., y mira tú por dónde andamos. Las fábricas de telas que se edificaron y que podían competir con la de cualquier país desarrollado las han cogido para mil cosas menos para fabricar telas. Las dos grandes flotas, pesquera y mercante, ¿dónde están que no aparecen por ningún lado? Todas esas cosas eran unas barrabasadas inconmensurables que solo los ignorantes lograban ver por su miopía crónica. Me cansaría de enumerarte los fracasos si sigo, y no quiero agotar tu paciencia. Tú debes de saberlo también como yo; bueno, de algunas cosas, porque lo del metro no lo sabías.

Hubo un momento de quietud en que ambos se callaron y Esteban pensó que, aunque Armando decía no querer seguir hablando del tema, era necesario que continuara. Él metería la paleta y lo volvería a provocarlo. Si todo iba viento en popa y a toda vela no se detendrían. La conversación llevaba el rumbo que él deseaba tomar, por lo que esperó Armando reanudara la conversación. Armando no pensaba mucho en lo que decía, más bien creía que todo estaba dicho, mientras en su cabeza daba vueltas lo único que ya lo motivaba: la pintura. Los deseos de escuchar una crítica a favor o adversa sobre su pintura lo hacía pensar constantemente en ella, quería escuchar la opinión que nunca había oído. Era un pintor que estaba pasando inadvertido, sin ser reconocido por nadie, y a pesar de no pretender más que la distracción

que recibía con ello, pensaba que sería bueno oír una crítica. Se lo dejó caer allá dentro, el día anterior, pero Esteban no le puso asunto y después salieron y se fue. Ahora, ya después de haber comido y sentirse satisfecho y contento, le propuso entrar a ver sus pinturas. Por eso no esperó más tiempo para inclinarse hacia ese punto:

–Estebita, ayer no quisiste ni ver mis pinturas. ¿No te gustaría ver las pinturas de un loco?

–Perdóname, Armando, sí me dijiste que pintabas, luego salimos y se me olvidó. Siempre me ha gustado la pintura, cómo no. ¿Te gusta pintar?

–Oh, sí; creo que lo hago con gusto, quizá embarro. No quisiste entrar a mi estudio, que también es mi casa y mi sepultura.

Era verdad que Esteban, deseando salir de allí, le pidió ir a conversar fuera y no se fijó en la parte interior de la caseta, ni aun en la reja de la entrada. Lo que pasó fue que Armando estaba recostado a la pared de atrás, por donde la sombra de una enorme acacia cubre, ya por la tarde, la caseta. También por ese lado pasa la callecita interior del cementerio y por ahí mismo salieron. Armando acostumbraba en las noches calurosas sacar una silla y sentarse en aquel lado. Muy pocas veces se quedaba frente a la puerta mirando hacia la calle. La dificultad era que si no se paraba, no veía los carros pasar, ni a las personas, porque el muro le entorpecía a pesar de que la caseta aquella estaba montada sobre un zócalo que la elevaba un poco más que a las otras. Le agradaba más sentarse detrás y ver los pájaros que llegaban temprano a dormir, si no es que se preparaba para empezar a pintar. Después de la cinco de la tarde, él se encargaba de cerrar la reja y nadie podía entrar a no ser que brincaran por encima del muro. Algunos entraban estando él ahí dentro, otros lo velaban que estuviera fuera. Él no velaba a nadie, ni le interesaba, a pesar de que la mayoría de las personas lo creían. A partir de esa hora la tranquilidad era total y él la aprovechaba para pintar o meditar. Ponía unos cartones en la puerta tapando la luz de un par de lámparas que prendía cuando iba a pintar, y no se viera de la calle. Se concentraba tanto en lo que hacía que muchas veces el sol lo sorprendía con el pincel en la mano. Casi siempre paraba su labor en horas de la madrugada si no se enfrascaba en algunos detalles que no lo convencían. Y por el día también pintaba muchas veces, solo que el sepulturero lo entorpecía llamándolo, pidiéndole le echara una mano en alguna tarea si el ayudante no había ido, lo que con mucha regularidad sucedía. De los visitantes no tenía que cuidarse, la caseta estaba situada a un costado, por donde hacía muchos años dejaron de cavar tumbas: ya no cabían

más hacia aquel lado. Así que muy pocos eran los que pasaban frente a su caseta. Con los cartones se ocupaba de tapar la puerta, y nadie lograba verlo desde afuera, a no ser que se treparan en algo y miraran por una de las lucetas; y esto ¿para qué? ¡Si él no le robaba la atención a nadie! Más bien era un hombre repulsivo.

–¿Siempre has pintado?

–Siempre sentí mucha atracción por ella, pero lo que siempre hice fue comer catibía. La pintura fue, al parecer, mi primera vocación, que murió por falta de alimento: desnutrición. Hace unos años la recordé y me refugié en su mundo. Sí, es la guarida donde todos locos y cuerdos tienen derecho a un espacio que no conseguirían en otra parte. No lo hago perennemente porque la musa me visita de cuando en cuando, son arranques incontenibles, arrebatos de chiflados. Pinto cuando ella dice: «Aquí estoy yo, atenderme rápido porque ando de prisa». Entonces las musarañas que he visto en sueños o en mis locuras, toman posesión de mí y me voy de la tierra. Tengo que desenvolverlas, desarrugarlas y darles vida con el pincel; es lo que pretendo. No soy un retratista, aunque ese es el sentido que intento darle. Con la particularidad de que no hay exactitud, porque no es lo que me interesa de la pintura. Bueno, no te digo más de ella, mírala y di tú lo que ves. Me siento satisfecho cada vez que termino un cuadro. No sabría explicar con detalles lo que sucede dentro de mi cabeza, es como una terapia que me brinda una reanimación, un bálsamo para la soledad y la locura, unos días más en que dejo de ser quien soy y me olvido del que fui. Cuando estoy pintando dejo la miseria de la vida y vuelo a otra dimensión donde el ser humano es libre por completo. Libre hasta de sus pensamientos. Es exacto al maligno efecto de las drogas; el sublime efecto de ese mal que a tantos enreda, subyuga y mata. Luego que me vacío, tomo unas vacaciones desagradables hasta que vuelva a llenarse la garrafa de fantasías. Ven para que veas cinco que tengo ahí y que todavía no han venido a buscar.

–Vamos a ver las pinturas –dijo Esteban y los dos se pararon a la misma vez. Al pasar cerca de Chispa Esteban lo invitó a que lo siguiera. Chispa no tuvo opciones, más le hubiera gustado no acompañarlos. Estaba acostado en el asiento trasero del carro, con las puertas abiertas y el sol que quemaba, sin sentir el imperceptible aire que corría. Eso de entrar al cementerio no le agradaba ni un poquito. Pensó también que Esteban sentía su temor y por eso ahora quería que fuera con él. No dijo nada, los siguió, creyendo que sería una chapucería lo que el loco había pintado; ¡qué va a pintar de bueno un tipo de

ese pelaje!, basura únicamente.

La reja de la caseta estaba abierta de par en par y Esteban llegó precavido, temeroso de ver algo horroroso al asomar la cabeza; no las pinturas, sino el aspecto del estrecho aposento. Del primer vistazo quedó impresionado al no ver ningún hueco ni nada que lo hiciera pensar que aquel habitáculo fuera una cámara mortuoria. Era una construcción monolítica con su grueso techo de hormigón. Por fuera se veía deteriorada, sin pintura, las paredes con las grietas que dejan los años y las lucetas rotas la hacían lucir peor de lo que en realidad estaba. Por dentro era diferente: pintada de blanco, con algunas manchas de suciedad a la altura del pecho. De ahí hacia arriba estaba limpia. Lo que parecía descuido no eran más que brochazos hechos probando algún color o limpiando el pincel en ocasiones. Los estudios de los pintores profesionales carecen siempre de limpieza, y es normal ver manchas de pinturas por todos los lados. Armando se apartó a un lado y Chispa se asomó también. No tenía mal aspecto tratándose de un panteón; menos cuidadas existían en cualquier pueblo casas donde vivían personas normales. Tanto a Esteban como a Chispa le produjo el mismo efecto: una habitación normal. En una esquina se veía un bulto metido en un nylon. Sin duda era una colchoneta enrollada, la cama donde Armando dormía. Dos camisas colgando de una pared, un par de zapatos debajo de una de las sillas, una toalla sobre una mesita de escasas proporciones, una hornillita de leña, un vaso de cristal y dos vasijas de metal de diferentes tamaños sobre una repisa, a la altura de la cabeza. Recostados a la pared de la derecha, recubiertos con nylon transparente, estaban las pinturas. Todavía no habían sido desmontados de sus respectivos bastidores. Los bastidores eran simples palitos redondos, sin clavar, unidos por un corte machihembrado que la tela estirada obligaba a mantenerse acoplados, formando los cuadrados. Estaban separados del piso por un par de ladrillos en cada esquina. El caballete, que también era rústico, estaba recogido y recostado a la misma pared donde permanecían las pinturas. Parecía muy ordenado el cuartico. El piso era de madera.

—A mí me gusta mucho la pintura de Yakov Kiricheck —dijo Chispa sin haber visto las pinturas de Armando, rompiendo el hielo que mantenía estático a Esteban e indeciso a Armando. Ambos no habían hablado: Esteban mirando cada rincón y pensando: «No está mal vivir aquí dentro, quizá sea verdad que encontró la paz entre estas cuatro paredes, nada diferente tiene de otros lugares en el centro de la más populosa de las ciudades». Él conoció a personas de buen proceder y con un estatus social envidiable que vivían en

lugares estrechos como ese, en ciudades formidables. El lujo solo es agradable a la vista, los demás sentidos no lo perciben. A un ciego millonario lo ponen a vivir en un lugar como ese y le dicen que la habitación es de oro, le adicionan algunas piezas necesarias para su confort, le describen un panorama idílico que lo envuelve y no creerá que está dentro de un cementerio, rodeado de cruces y esculturas de piedra con caras tristes. Armando solo temía que su pintura reflejara su vida y que Esteban hurgando en lo que él ocultaba, la descubriera. No la negaba, lo que no quería era exhibirla: ese era el demonio con el que lucha día a día, a brazo partido. Siempre había oído decir que por los rasgos de una pintura puede saberse mucho de su autor, y él se empeñaba en borrar cualquier vestigio de su incongruencia. No creía que fuera con tanta exactitud. Pudiera conocerse algo, no tanto. Si el retratista pinta lo que ve y no lo que piensa, nadie sería capaz de hallar lo que no existe, y él no hacía otra cosa que el trabajo de una cámara fotográfica. ¡Qué va a estar contaminada su pintura con él! Había una diferencia: las imágenes que captaba su cámara posaban dentro de su cabeza. Intentaba siempre no involucrar sus caprichos, creyendo que de esa manera ocultaba al pintor. Dudaba que lo hiciera bien, porque nunca había tomado clases profundas de pintura. Tampoco alguien le había hecho críticas, ni se había relacionado con pintores.

—No conozco nada más que unos pocos pintores. Ese que usted ha mencionado nunca lo había oído mentar —repuso Armando decidido ya a descubrir sus pinturas. ¿Tú lo conoces, Esteban?

—Sí, es un pintor ruso de nuestros tiempos que muchas de sus pinturas son desnudos de mujeres.

—Sí, ese mismo. Eso no es pornografía, es naturaleza —aclaró Chispa orgulloso de que por lo menos alguien supiera que él conocía un pintor. Conocía a otros muy bueno, como Rafael, Goya y Picasso. La pintura de este último no la entendía, no sabía qué era el cubismo ni lo abstracto, le parecía bien sin llegar a saber por qué.

Armando no se desvió de lo que iba a hacer, no le importó saber quién era ese pintor, solo quería develar sus cuadros y que Esteban le hiciera una buena crítica. Ahora pensaba que el chofer sabía también de pintura. Le daba un poco de temor enseñar su trabajo; más sabiendo que Esteban sí conocía de las artes. Lo del chofer fue un alarde, quizá no conociera más de cuatro o cinco pintores. Anhelaba que alguien como Esteban viera su trabajo. Que la criticara con dureza si quería, su único temor era que la confundieran con su persona. Había hecho más de cuarenta pinturas de la forma más sencilla que debía

hacerse. Nunca antes se había dedicado a pintar y creía que por esa misma razón la calidad no era la mejor. Le daba gusto tomar los pinceles y comenzar los preparativos para hacer una pintura, contando ya con algunos bocetos realizados en papel y a escala menor. Antes de tomar el pincel tenía que sentirse conforme con lo que iba a plasmar. Le costaba mucho trabajo lograr los efectos deseados en cada pintura, por lo que pasaba más tiempo en lograr un punto que en el conjunto de la obra. Era constante la búsqueda de una expresión que llevara al observador a hacerse una pregunta y encontrar más de una respuesta, obligándolo a pensar que pudiera estar equivocado: ese era su estilo. Se lo había propuesto de manera inconsciente en los inicios. Luego sí, luego de la tercera o cuarta pintura, se percató de que se enfrascaba completamente en conseguir ese efecto, y lo admitió. Le costaba infinito trabajo lograr ese resultado ambiguo donde cupiera más de un criterio en algo tan sencillo como una foto. Empezó a pintar el día en que el sepulturero le pidió que le retocara una cruz que se le había caído la pintura y alguien le pagaría por hacerlo. No podía decirle que no a su amigo, el que le permitió quedarse a vivir allí dentro. Después de que lo hizo la primera vez, siempre que alguien quería mejorar las cruces, sepulturas o pinturas dentro de los panteones, él lo hacía sin que nadie supiera que había sido él. El sepulturero hacía el ajuste y el cobro aparentando que todo lo ejecutaba él solo. Poco a poco fue relacionándose con las pinturas y, con lo que le sobraba, empezó a pintar en cartones. Después de lograr unos bocetos bien formados, se decidió a pintar un diablo que la noche anterior lo había agredido. Era medianoche cuando salió a fuera del cuartucho a orinar y un espectro oscuro como la noche lo interceptó y le pegó un par de bofetadas que le dejó la cara ardiendo. No eran manos, era algo esponjoso que, por la velocidad, los golpes le parecieron bien fuertes. No se intimidó, ni salió corriendo ni aclamó al cielo; lo que hizo fue coger unos puñados de tierra y lanzarlo contra lo que creía estar viendo y librarse de él. Entonces el bulto informe se aplacó, y él se alteró tanto que lo desafió como si se tratara de un vivo. Luego una voz fuerte y atropellada retumbó a lo lejos, maldiciéndolo, amenazándolo. Su actitud fue aún más fuerte que la voz, con más ardor, porque él estaba vivo y los muertos no cuentan. Y mandó a la voz al infierno que era donde debía estar, purgando los pecados que cometió en la tierra. «¡Demonio!», le gritó en dos o tres ocasiones más y luego dejó de escucharse y la sombra se desvaneció. Esa noche no pudo dormir más porque su cabeza se llenó de cosas extrañas y grotescas, como el bulto que le pegó. Ya después desafiaba la voz y orinaba

sobre la sepultura que lo hizo aquella primera vez y no pasó nada más. Fue cuando le dio por pintar aquella figura sin proporciones definidas y llamarla Diablo, y también empezó a hablar con los muertos, no amablemente, sino con despotismo y arrogancia. Cada vez que se tomaba unos tragos le daba por proferir insultos contra todos ellos. Le miraba las inscripciones en las cruces y después los llamaba por sus nombres. Un tiempo más tarde cambió por un tono amigable y solo atacaba a quien lo abofeteó y a otros que decía que eran sus acérrimos enemigos. Lo pintó con una cara horrible, en un cartón. Ese fue el inicio, los que siguieron fueron mejorando. Se dedicó a resaltar, ya con más precisión, las características del personaje con la técnica de la caricatura, sin exagerarla. Tomaba un punto y trabajaba sobre él hasta que agotaba todos los detalles que pudieran servirle para conseguir su propósito. No pintaba paisajes, solo animales y personas. No quería pintar flores, árboles, ni cielos. Nada más que seres vivientes, aunque fuera una hormiga. Personas que nunca había visto, que no conocía, ni nadie sabía quiénes eran, los que se le aparecían en los sueños. Esa era la regla por la que se regía.

Una noche, cuando ya tenía una colección de cinco cuadros y con los que no sabía qué hacer, llegó alguien dando golpes en la reja y llamándolo por su nombre. Era muy tarde y él temió que pudiera ser un vivo, que son los malos, y tomando precauciones se armó con un machete que tenía debajo de los cartones que le servían de cama (por entonces no tenía la colchoneta). No prendió la lámpara, hablaron cada cual desde su oscuridad. El hombre no le dijo su nombre y le habló claro proponiéndole la compra de todas las pinturas que había terminado y las que hiciera en el futuro. No le preguntó quién le había dicho que él vendía los cuadros. Ni por la mente le había pasado venderlos. Sin analizarlo dos veces le pareció buen negocio y accedió porque al hombre no le interesaba verlos antes, se los pagaría allí mismo a treinta pesos cada uno y los próximos a cincuenta, que los pasara por entre las rejas y ahí tenía el dinero de los cinco. La transacción fue extraña y en plena oscuridad; bien clara, por supuesto, sin que por ello él necesitara verle la cara al hombre. No sabía quién era ni le interesaba, y ahí mismo se convirtió en un pintor profesional. No hubo condición ni mucha palabrería. Él «vendría cada vez que tuviera algunas pinturas terminadas, nadie tendría que avisarle», le dijo el comprador. Armando le dijo que él no trabajaba presionado por la entrega. El hombre no le contestó y se fue, dejándole el dinero tirado en el piso. Armando estiró la mano y lo recogió. No lo contó hasta que se levantó por la mañana. Le pareció muy bien la venta y mucho mejor la forma del

negocio.

Las pinturas estaban viradas hacia la pared, por lo que Armando, después de quitarle el nylon que las protegía, sacó la primera y la recostó a sus piernas quedándole de frente a Chispa y a Esteban, que habían quedado en la puerta. La pintura era de un gato grande barcino que jugaba con un débil ratoncito antes de comérselo, lo que hacen mucho de ellos. El ratoncito estaba bien estrujadito, medio ensalivado por el manoseo constante de su captor entendiéndose que ya el gato lo había tenido entre su boca muchas veces y no le quedaban fuerzas al pobrecito para escapar de las garras de su feroz enemigo. En el cuadro aparece otro ratoncito, en un plano posterior, que asoma su cabecita por una cuevita de donde pudo haber salido el que está a punto de perecer. La suerte del condenado dependía de que el felino moviera la cabeza hacia aquel lado y viera al que se encontraba allí, tan cerca, queriendo salir, y lo dejara a él por el otro. Ocurre con regularidad que alguien deja lo seguro por lo dudoso y pierde a ambos. El gato estaba bien pintado, dejando ver su placentera actitud frente a lo que parecía ser su incuestionable cena. Antes quería pasar un tiempo jugando grotescamente con su víctima, lo que hacen algunos seres horribles con sus enemigos. La primera reacción fue la expresada por Chispa:

—¡Oh! ¡Qué lindo está ese gato! ¿Y lo hiciste tú?

Armando lo afirmó con la cabeza, no mostrando mucho interés y Chispa volvió a alabarlo:

—Oye, asere, eres tremendo pintor... —Se tragó las palabras que le llegaron a la boca, donde le confesaría su equivocación al pensar, antes de ver la pintura, que serían igual a quien la hizo: unos harapos.

Esteban se acercó más al cuadro y luego se gachó. Hizo un breve examen de las bien dadas pinceladas, miró a Armando y con una sonrisa y un movimiento de cabeza le dijo que era genial. Así lo entendió Armando, y su agradecimiento lo expresó con una complacida sonrisa que le tomó toda la cara. Los ojos le chispearon de alegría. Era una opinión de peso que lo estimulaba.

—El ratoncito no muere por esta vez —dijo Esteban y Armando se echó a reír, satisfecho. Ya sabía él que Esteban conocía de estas cosas. Chispa los miró y se volvió a fijar en la pintura, sin encontrar la razón que tuvo Esteban para afirmar lo dicho. Luego creyó que era un chiste, no una apreciación, y quiso rebatirla por no quedarse callado:

—No tiene escape, ni el pintor lo salva.



–No muere –afirmó con seguridad Esteban, tomando una postura circunspecta, juzgando una pintura que le parecía magnífica. No dejaba de mirar todos los trazos en la pintura y reconocía que Armando pintaba muy bien. No hubiera creído que tuviera habilidades para hacer tal cosa.

–¿Por qué usted dice eso? –pregunta Chispa no entendiendo por qué Esteban negaba lo que a él le parecía algo indiscutible. Armando no tenía prisa por sacar las otras pinturas, fumaba su tabaco y esperaba que Chispa y Esteban aclararan sus puntos de vistas: se había producido un debate. Le parecían lógicas las contradicciones, proporcionándole un inmenso regocijo. Era lo que pretendía, pese a que la disputa la viera muy dispareja: Esteban era un conocedor de la pintura y su chofer no tenía ojos nada más para ver lo aparente.

–¿En verdad no te das cuenta? –dijo Esteban queriendo explicarle a Chispa.

–¿De qué?

–De que el gato no se come al guayabito. Está bien claro –Esteban miraba a Armando y ambos se sonrían. Chispa buscaba la razón que no encontraba por ningún lado. El gato le parecía muy bonito y simpático, eso que decía Esteban él no lo veía.

–Explíqueme cómo lo logra, porque yo no le veo otra solución. Está en la boca de su enemigo y no tiene escapatoria –dijo Chispa sin llegar a admitir concretamente lo que le decían. Esteban y Armando cambiaron las sonrisas por carcajadas, ya sin ocultar las burlas que le proferían a Chispa.

–Estás ciego, muchacho. No ves a la persona que llega en ese momento –dijo Esteban haciendo un dibujo en el aire, próximo a la pintura, como si trazara lo que quería hacerle ver. Era un truco del pintor. Había conseguido un efecto visual que solo se desentrañaba si el que lo observaba se preguntaba por qué el gato y la alfombra se oscurecían un poquito en algunas partes. Chispa, ya medio cabrón, se pegaba a la pintura y la miraba más de cerca, sin saber que de esa manera le costaba más trabajo dar con lo que buscaba. Era la sombra de una persona que se aproximaba a la escena y se suponía que el gato dejaría ir al ratoncito con la llegada de esta. Estaba bien claro después que se descubriera que había sido pintado para no ser detectado con facilidad. Al final, Chispa se dio por vencido y Esteban le dijo que se separara y observara con detenimiento la sombra que él le señalaba con el dedo: parte de la cara y la mano de una persona que se aproximaba. Entonces los tres se rieron. Se convenció Chispa que la pintura encerraba un intríngulis que no se alcanzaba a resolver hasta tanto no se estudiara un buen tiempo; al menos para él. Esteban

lo había descubierto con increíble rapidez. El viejo era un genio, pensaba Chispa. No se imaginaba que Esteban fuera por muchos años, crítico de arte.

El siguiente cuadro era de otro gato. Era un gato pinto engrifado porque un perro lo amenazaba. Las características de los gatos cuando se enfrentan a cualquier perro es la de engrifarse y arquear el lomo, tomando una altura que en otros momentos y por otras circunstancias no lo haría. Si está arrinconado, pelea. Siempre en los inicios asume esa postura queriendo impresionar a su adversario. Las patitas de adelante se juntan con las de detrás y crece el doble de su altura. En el cuadro no se veía el perro, estaba omitido, sin embargo, su presencia no podía negarse. El gato mira fijamente hacia donde se supone que estaba el perro, que es el ojo del observador. El cruce de miradas es inevitable porque el pintor lo ha querido de esa manera, llevando al observador a sentirse perro en algún momento. Esteban le dijo a Armando que se sentía agredido por el gato, lo que representaba un elogio para el pintor.

—El gato solo se defiende... —repuso Armando riendo, defendiendo a su gato.

Chispa se aburrió con las pinturas y puso como pretexto que el carro lo había dejado abierto. Lo que pasó fue que Esteban y Armando se detuvieron en ese cuadro y empezaron a hablar de pinturas, de técnicas y colores, y él no podía aportar nada a la conversación, además le parecía una bobada hablar del gato como si fuera un animal real.

Armando siguió detallando las pinturas, y contó que los primeros colores los logró combinando los sobrantes que conseguía después de pintar las cruces o letreros. El lienzo lo obtenía de sacos de azúcar o harina de trigo. Los lavaba bien y les daba un tratamiento con trementina que el sepulturero le proporcionaba. Los bastidores los fabricaba con palitos redondos, escogidos en el monte y puesto a secar atados para que se enderezaran, en algunos casos, o no se deformaran los que estaban derechos mientras se secaban. No los clavaba, los unía por una muesca y el lienzo lo enrollaba en cada lado del cuadro. Con la finalidad de que no se despegara la tela del palito, le daba una vueltecita, le ponía unos puntos de pegamento o los cosía con hilo. De esta manera no necesitaba grampas o puntillas, lo que resultaba más difícil de conseguir. Eran originales aquellos bastidores; no porque estuvieran pegados, sino por ser redondos los palitos. Los pinceles los fabricaba él mismo también, de pelos de animales: gato, perro, caballo, y hasta de su enmarañada cabellera, los planchaba, dándole un poquito de calor, y quedaban estiraditos. De las fibras de ciertas matas se conseguía buenos pinceles, y él los hacía de igual manera. Tanto el enigmático comprador como el sepulturero, le

conseguían potes de pinturas y pinceles, por lo que ya no se veía presionado en usar sobrantes de pinturas ni pincelas rudimentarios. No le molestaba regresar a los inicios, le daba lo mismo.

En el tercer cuadro aparecía una mujer delgada, sentada en una butaca acolchonada con las piernas cruzadas, un libro en una mano que acaba de cerrar marcándolo con el dedo y un cigarrillo en la otra. Sus ojos sin sueño, al borde de unos párpados abotagados, levemente oscurecidos por la sombra de una dolencia, delataban un alma agitada. Labios finos, quizá desesperados por el beso, nariz pronunciada, pelo castaño oscuro, corto, recogido detrás de las orejas sin ningún propósito de realzar la poca belleza de una cara medio ovalada y sin arrugas. El humo hacía una trenza que se elevaba y los delgados dedos blancos que sujetaban al cigarrillo se confundían con él. Los dedos eran tan delgados como el propio cigarrillo que mantenía entijeretado con maña de una empedernida fumadora. La primera impresión era que había cerrado el libro que leía y miraba al pintor que la detenía en ese instante con el pincel, que no la hacía sonreír. Estaba de lado, y la parte más cercana al ojo visor era el extremo del cigarrillo que estaba prendido y apuntando directo hacia quien le mirara, como si intentara quemarle uno de los ojos.

—¿Quién es ella? —preguntó Esteban creyendo conocerla o, al menos, haberla visto alguna vez. Se le parecía a una escritora, pensó, y esperó que Armando lo corroborara al decirle el nombre.

—No sé el nombre, Esteban. No me lo dijo y yo creo que nunca antes la había visto. Se me ha presentado en sueños, posando para que la pintara. Yo, la verdad, no quería, no me llamaba la atención, pero no me fue posible quitármela de encima. Es una mujer muy delgada, un poco violenta, yo diría que impertinente, obstinada. De habla inglesa; eso sí, se hace entender muy bien, al menos yo que solo me sé unas pocas palabras, la entiendo. En español me dijo *coño* cuando yo no le ponía asunto. No sé, no quería soñar con ella. Es una mujer de letras y tiene padecimientos, físicos y psíquicos.

—¿Cuántas veces has soñado con ella?

—Unas seis o siete veces. Ya hace unos cuantos días que no me molesta. Desde antes de terminar la pintura no se me ha presentado más.

—¿Y cuándo lo terminaste?

—Hace doce días... No, trece, porque... Ya no sé bien, creo que fueron doce o trece.

—Me encanta ese cuadro. ¿Por qué lo hiciste en blanco y negro?

—Porque ella me lo exigió. Me dijo: «*White and black, like my life*».

—No puede ser —dijo Esteban cruzándose de brazos, recostándose al marco de la reja y pensando que *Reflejos en un ojo dorado*, ella se lo había firmado.

—¿Qué?

Esteban se mantuvo unos segundos sin hablar, pensando. Luego se alejó hacia afuera, más allá de la puerta y lo contempló de lejos. Lo puso sobre la mesa y le pidió a Armando que lo sostuviera.

—Nada, se parece a una mujer que... Conocí a una mujer que se parecía mucho a la del cuadro, incluso era...

—¿Periodista?

—No, escritora.

—¿Escritora?

—Sí.

—¿Cuál es la diferencia entre periodista y escritor?

—Ambos trabajan con las mismas herramientas, solo que el primero debe ser veraz, serio, dedicado, actual y con un poco de arrogancia frente a las charlatanerías; el otro solo será dedicado e intuitivo, con un poco de imaginación. Si este último cuenta con las cualidades del primero, le servirán de muy poco. Ah, y este debe estar dispuesto a recibir las críticas de los que no hacen lo que él, sin llegar nunca a mandarlos al carajo.

Armando se sentía satisfecho de saber que a Esteban le gustaba lo que él hacía. Nada le había agradado más en muchos años que ser comprendido por su trabajo, algo que nadie destacaba cuando hablaban de él. También esta era una labor que muy pocos conocían, debido a que lo hacía de una forma poco convencional, sin que resaltara más que su proceder. Ni el sepulturero le ponía atención a las telas, diciendo que las llenaba de manchones, que representaban cosas que no parecían. No le gustaba ni sabía de pintura. Lo de la venta de los cuadros no se lo había dicho. Sí se imaginaba algo porque los cuadros se desaparecían de un día para otro.

La mayor de las emociones la sintió cuando sacó la última pintura: *El hombre de sombrero*. Ese era el título de aquella pintura que luego Esteban leería en el borde inferior, con letras chiquiticas. Esteban se quedó paralizado, moviendo solo los ojos que se le salían de sus órbitas. De momento, Armando no supo a qué atribuir aquel encantamiento, sí se recordó que el día anterior Esteban le había dicho que se encontró con un hombre parecido a este antes de llegar donde él estaba. Entonces lo dejó tranquilo que analizara la pintura. Esta era un poco más vieja que las otras. La vez pasada, cuando el comprador vino a llevarse las que había, Armando la dejó en el rincón no sabiendo por

qué lo hacía si él no tenía casi donde ponerlo. Era verdad que le gustaba porque había manejado muy bien las propiedades de la sombra. Ahora se alegraba de no haberse desasido de ella, porque si no, Esteban no la habría visto. Así que resultaba una casualidad que Esteban se encontrara con ella al otro día de creer haber visto ese mismo personaje.

–Es el hombre del sombrero –afirmó Esteban. Tan claro y preciso como lo vio el día anterior, con la misma ropa, el sombrero de la copa rota, la cara de piedra, el mentón hacia adelante y la mirada punzante. En la pintura aparecía recostado, al parecer, a una vieja y oscura pared de ladrillos escarbados, que un cono de luz, como los que se proyectan al colarse por una abertura en un cuarto oscuro, atenuaba el color pétreo de una parte de la cara. Había un juego de sombra y luz muy bien trabajadas, contraponiéndose una a la otra en el centro de la cara, tomando la nariz el punto de convergencia. Miraba de frente, lo que le daba una apariencia irreal el antagonismo de la luz y la sombra.

–¿Se te parece? –le preguntó Armando sin dejar de observar el deslumbrado semblante de Esteban, que ni pestañeaba. Había quedado petrificado.

En eso llegó Chispa medio desafortado:

–Viejo, ahí hay unas personas que quieren que les lleve un enfermo al policlínico. No puedo negarme a prestación de auxilio, tengo que ir. Dicen que es llevarlos, nada más.

–Claro, llévalos y regresa enseguida –le dijo Esteban saliendo del ensimismamiento.

–La gente fastidia demasiado –dijo Armando, mientras que Esteban volvía a contemplar el cuadro con infinito embrujo.

Chispa salió volando a llevar el enfermo al policlínico. Supuestamente no podía caminar y era necesario llevarlo en un vehículo. Las leyes contemplaban un delito la negación de auxilio. En un caso de urgencia el conductor de cualquier vehículo tenía que dejar lo que estuviera haciendo e ir trasladar el enfermo o herido al centro médico más cercano, aunque se habían dado casos de oficiales del ejército y funcionarios del Gobierno que no prestaron sus vehículos y, a pesar de ser acusados por los vecinos del lugar, no le hicieron nada, así que las leyes no eran aplicadas a todos los ciudadanos.

–Oye, Armando, todas las pinturas me gustan, pero esa y la de la mujer te las compro.

–No faltara más, Estebita. Te las llevas todas y asunto concluido. Sería un placer que te quedes con ellas. Yo te las regalo y ya empiezo por desmontarlas, porque con los marcos no puedes moverlas; digo, si tú no las

quiere así mismo.

–Ya veo que no quieres que me las lleve: si no me las cobra, no las quiero. Esa es la condición.

–Entonces mis palabras no tienen valor, no puedo hacer con lo mío lo que me plazca –dijo Armando deteniendo su impulso y cruzándose de brazos. Mantenía una inmensa alegría en la cara, a pesar de intentar ponerse serio, como para coaccionar a Esteban en el regalo de las pinturas.

–En este caso, no –repuso Esteban sin dejar de mirar el cuadro del hombre. Le había impresionado la pintura del enigmático personaje. Estaba bien lograda, sin tener en cuenta el parecido, casi exacto, del hombre con la pintura.

Armando se quedó unos segundos, dubitativo.

–Está bien. Siempre he tenido que actuar en contra de mi voluntad, haciendo lo que les gusta a otros y no a mí –dijo al final Armando y reanudó la labor que iba a comenzar cuando Esteban lo cortó poniendo la condición de pagar por ellos. Despegó la primera tela de su marco con gran facilidad y la puso sobre la mesita. Luego tomó el segundo cuadro, hizo la misma operación y así hasta que las cinco telas quedaron ordenadas una encima de la otra, sobre la mesita. Todas tenían las mismas dimensiones. Las enrolló, las ató con un cordelito y se las entregó a Esteban. Este a su vez le entregó un rollito de billetes que ya había sacado de su cartera y mantenía preparados.

–Déjame contarlos porque yo soy un poquito desconfiado –los desenrolló, los contó y retuvo unos pocos, el resto se los devolvió a Esteban.

–Oye, son cinco. Yo solo vi cuatro nada más –de cualquier manera, no indagó más.

–Ya me imaginaba que me ibas a hacer trampas, rufián. La gente siempre quiere joderme –dijo Armando con aire de ofendido–. Como uno es como es, la gente no lo respeta.

No consiguió Esteban darle más dinero del que le pagaba el desconocido por cada cuadro.

–Está bien, está bien, ya veo que nadie te fastidia –dijo Esteban y se rio.

–El tiempo nos da la experiencia. Luego, si lo haces mal, a nadie puedes echarle la culpa.

–Mira, esto sí tienes que cogerlo –Esteban sacó el papel donde el hombre del restaurantito le había anotado la cantidad de raciones de comidas que él le pagara–. Tienes derecho a ir a ese lugar a recoger una ración diaria por esos días. No tiene que ser en forma consecutiva, puedes ir cuando te plazca.

–Nadie puede calcular el peso de tu genio y la magnitud de tu bondad –Y

volvió a ponerse triste como el día anterior. Esta vez no lloró, solo una nube oscura nubló su semblante.

–No me alabes porque no estoy haciendo otra cosa que tú también harías conmigo si yo fuera tú.

–Tú siempre has sido Esteban: un hombre sin pintura; eso sí, con brillo. Yo, en cambio, ahora es que he llegado a crear mi personalidad y nadie la acepta. Cuando era un pelele, creían que tenía algo de inteligencia. Así juzga el hombre a sus semejantes, así lo seguiremos haciendo por los siglos de los siglos.

–Oye, ¿dónde están los muertos de este panteón? Llevamos rato aquí y me hago la idea de que esta caseta no tiene ninguno.

–¿Qué te pasa, acaso no estás hablando con uno?

–Todavía a ti te falta.

–Debajo de la mesa –dijo Armando y Esteban miró con detenimiento la parte de debajo de la mesa. La mesa descansaba sobre unos *plywoods* gruesos que se cogían todo el recinto. Parecía que el piso estuviera hecho en su totalidad con aquella madera. Con mucha facilidad, Armando tomó la mesita, la puso en un lado, levantó una de las planchas de *plywood* y la sostuvo para que Esteban se arrimara y mirara hacia adentro. Se extrañó de que no despidiera un fuerte olor a podrido. Había un poco de oscuridad que aminoraba al arrimarse más al borde. Esteban vio la escalera y a ambos lados las dos paredes formadas por tres nichos cada una y Armando le señaló el espacio vacío y le dijo:

–La próxima vez que vengas, si no me encuentras acá arriba, debo estar en ese; digo, si me lo permiten, de lo contrario, no me hallarás en ningún lado porque me meterán en el rincón más apartado de esta comarca reivindicativa. Le he embutido a estos hijos de puta que este es el panteón de la familia, y como estas son las únicas propiedades que han respetado un poco, tengo la esperanza de que, al menos después de muerto, me concedan la última voluntad. Por el sepulturero no tengo problemas, él me garantiza que ahí me va a meter, aunque algunos no lo quieran. Si tiene que meterme en la tierra, por la noche viene, me saca y me cuela ahí. Eso dice él, yo no le creo mucho. A no ser que se meta una botella de ron y le dé por ahí. Cuando un muere, los compromisos mueren también. De la manera en que lo haga me da lo mismo, no me interesa adonde vaya a parar mi osamenta.

–¿Duermes en él algunas veces?

–Cuando el frío es muy fuerte me cuelo ahí dentro y duermo calentito. Por la lluvia también me he metido. No me gusta, me pierdo el sonido del viento, los

crujidos de esa mata que se pone lindísima cuando el viento la azota y el agua dando en la pared. ¿Quieres bajar?

–No, deja. Es peligroso bajar. ¿Y qué tiempos llevan esos que están ahí? – preguntó Esteban deseando recoger algunos datos adicionales del lugar.

–El último parece haber sido el que está más arriba por este costado –le contestó Armando señalando el lado derecho de la escalera–. Ya llevaba veinticinco años de guardado cuando yo llegué. Los demás llevan mucho más tiempo, fueron gente de otra época que nadie recuerda.

Esteban le indicó a Armando que bajara el *plywood* y este no insistió en seguir hablando de los muertos que se encontraban allí metidos. Cerró y salieron de la caseta, encaminándose de nuevo hacia los pinos. Chispa no había regresado porque el carro no se veía por ningún lado; además, el área de parqueo no era tan grande como para no verlo de una simple ojeada al llegar a la puerta. Había transcurrido un buen tiempo mirando los cuadros, se percató Esteban, porque el sol iba ya por la mitad de la tarde.

–Armando, no me importa que digas o pienses que soy muy empalagoso, pero me gustaría me contestaras algunas preguntas más sobre el plan por el que tú y yo nos conocimos. La verdad ya hace tantos años que recuerdo unos pocos detalles nada más, los que conoció todo el mundo. Lo que nunca se dijo, tú debes tenerlo bien claro. Aquel asunto se manejó con mucho hermetismo y al final se ocultó de tal forma que nunca más hablaron de él. En conclusión, ¿cuál fue el verdadero obstáculo por el que no se llevó a cabo el proyecto y qué contemplaba?

Esteban entendió que ya no debía darle más vuelta al tema y entrarle con la manga al codo, aclarando lo que le interesaba. Hasta deseos le entraron de decirle la verdad de sus propósitos; mas se contuvo. No hacía falta contarle algo que era un simple proyecto y, también, por no facilitar herramientas para la fantasía. Cuando la gente sabe que sus palabras serán tomadas como argumento de un trabajo investigativo, a veces exagera o se cohibe de decir toda la verdad; con más deseos si esta puede hacerle daño. Lo de perjudicarlo, no lo creía, y sí lo de extralimitarse. Lo de preguntarle, ya sin tapujos ni melindres, no lo aguantaba. Había visto las cualidades de Armando y nada lo hacía pensar que abusaba de él. No constituía un abuso porque Armando estaba tan claro como las campanas de la Catedral.

En el mismo momento en que Armando fue a contestar, el carro hacía su entrada y se quedaron mirando para él. Chispa se bajó y fue hacia donde estaban ellos, debido a lo cual lo esperaron callados.



–Viejo, perdona que me haya demorado, tuve que llevar a la enferma a otro pueblo porque aquí en este no hay ni un médico y las enfermeras que están dijeron que tenía que verla un doctor. Dicen que los médicos están cumpliendo misiones internacionalistas, y los enfermos de aquí que se jodan. Tengo que lavar el carro porque la mujer formó una vomitera y embarró el asiento de atrás. ¿Dónde hay agua por ahí? –Se viró hacia Armando cuando preguntó por el agua.

–Ven –dijo Armando parándose y llevando a Chispa a un pozo que había dentro del cementerio. Esteban aprovechó y se paró para estirar las piernas, caminó, se adentró en el pinar y echó una larga orinada. Armando ayudó a Chispa a limpiar los vómitos de la mujer. Cuando terminaron, Armando regresó y le contó a Esteban que los vómitos parecían tener algún resto de sangre.

–Ya no recuerdo qué te decía –dijo Armando para retomar el tema. Sabía que Esteban le había hecho una pregunta larga, pero no la recordaba.

–No me habías dicho nada, yo te preguntaba por el proyecto y por qué no se realizó –le aclaró Esteban repitiéndole la pregunta escuetamente.

–Ah, sí. Yo creía que había empezado a contestarte. Bueno, entonces comencemos por el principio. Después de aquello yo oí muchas veces a personas decir con exactitud lo que los medios noticiosos no volvieron a tocar: la realidad. Fue claro el error y lo ocultamos. Nadie podía preguntarme por ese asunto porque me ponía medio cabrón. Mira, lo que te contaba del metro, en algunas ocasiones de claridad mental llego a la conclusión de que todas las personas tienen una segunda oportunidad y yo la tuve con ese condenado hueco. ¿Sabes por qué? Porque esa segunda oportunidad es para rectificar lo mal hecho. Yo cometí el error de seguir una idea estúpida y después se me presentó la ocasión de demostrar no solo mis conocimientos, sino de rectificar el error anterior, y lo hice; es la satisfacción que me queda. Si sales por ahí diciendo que yo no estoy loco, a ti te tomarían por un individuo más loco que yo, y no podrías demostrarlo. Y si antes se te hubiera ocurrido decir que yo estaba loco, lo más probable sería que hubieras provocado una fuerte reacción entre la masa de estúpidos. ¿Ves la diferencia entre apariencia y realidad? Las personas se empeñaban en decir, por el peso que ejerce la influencia, que yo era brillante. ¿Brillante de qué, si era cuando la estupidez me llevaba de la mano un loco que había aprendido a obedecer ciegamente por las reglas de la mecánica? Creer en una estupidez es estar loco, no lo dudes, Estebita, me lo han confirmado los años. Voy a contarte

desde los inicios cómo empezó la cosa. Como todo el mundo, al principio tuve dudas, luego dejé de pensar para que la corriente me llevara. Eso fue lo que hice, y la gente decía que estaba bien. Ya hoy vuelvo a la razón y me doy cuenta de que loco no es el que comete estupideces, sino el que cree en ella. Después supe que el loco era yo: caberme en la cabeza que podía hacer lo que me encomendaron. ¿Quieres tú que sea más idiota? Sí, te lo aseguro. Un día el hombre se me apareció donde yo estaba, preguntando por mi nombre. No tengo que decirte que quedé petrificado. No sé cuántas cosas pasaron por mi cabeza antes de comprobar que me buscaba para encomendarme, él personalmente, una tarea. Yo me encontraba reunido con un grupo de campesinos de la región, cuando alguien me dijo: «Ahí está el Comandante procurando por usted». No tuve que salir, él entró hasta donde estaba yo y me saludó muy cordial. Después del saludo me preguntó qué hacía, y le expliqué que preparaba una cooperativa con los propietarios de la zona, como me lo habían recomendado hacer. Entonces, él habló a aquellos hombres prometiéndole villas y castillos. Luego salimos y fue cuando me enredó con su verbosidad. Me lo dijo con mucha seriedad y no lo creía; me reí y todo. Debes haber sabido los detalles de mi locura, tú empezaste a venir unos días más tarde. Los que se encontraban allí, luego se mofaban de mí diciendo que yo estaba loco; ¿cómo iba a tomar en broma las ideas de ese genial hombre? Solté mi carcajada estruendosa, animado por un gran sentido del humor. Pero era en serio, Estebita, era en serio. Yo solo me reí, créeme. Él y su séquito estaban serios, mirándome, absortos, observando con detenimiento y estupor cómo me reía. Entonces me di cuenta de que él no estaba haciendo ningún chiste. Advertí que él me miraba profundamente, desde el alto pedestal donde ya se había situado. Yo tuve que mirar hacia arriba para verle las facciones contraídas y los ojos llenos de fantasía, desconociendo, por supuesto, lo que se proponía. Ya no tuve duda de que era yo quien no encajaba, estaba desfasado, lejos de la realidad fantasiosa de una mente enfebrecida, un megalómano de marca mayor. Aunque la incertidumbre persistió encerrada en mi cabeza, salí del atolladero enseriando mi cara también y diciendo que sí, creyendo que la cabeza se me iba a desprender. No sé cuántas veces repetí la palabra sí, apoyando con la cabeza lo que decía mi boca, sin dejar de pensar en el garrafal error de haberme reído, sin darle el crédito a sus palabras, creyendo que yo no estaba equivocado y que se trataba de una broma. Puede que de ahí en adelante ellos entendieran que yo era un sano ignorante; mejor dicho, un estúpido. Y ya no me miraron con ojos de malicias. Hubiera sido mi desgracia total si no reacciono

a tiempo, pensando después que había tenido mucha suerte, Estebita. Frené rápido y di marcha atrás, logrando que me tuvieran como lo que fui por muchos años. Ya no, ya no me importa nada, por eso es que muchos me llaman loco. Yo no lo discuto, sé que mi apariencia los confunde, pero no me interesa cambiarla; es más, lucho por continuar el modo de vida que llevo. Hay que tener en cuenta que eran tiempos muy difíciles para todos, es la verdad. Yo era del grupo de incautos, de los que soñaban también por aquellos días, no lo niego, solo que con los cambios que estaban llegando, con el progreso que nos enseñaban ilusionándonos. El horizonte nos lo hacían ver pegados a las narices. Dime, ¿quién no soñaba por entonces? Todos habíamos sido contaminados con el delirio que provoca la fiebre de la esperanza, lo que nunca llegué a creer era que había caído en la estupidez; no, eso no, te lo juro. Uno justifica los errores para seguir adelante y no creer que estaba equivocado. Es un mecanismo, tú lo conoces mejor que yo; un mecanismo psicológico que le llaman sofisma, una mentira que uno mismo inventa para no desacreditarse, para no creer que eres una mierda, un trapo que alguien ha cogido y se ha limpiado el culo con él. Luego, cuando los años acortan la vida y elevan la mirada, uno ve las cosas diferente. Claro, ya no hay remedio, la vida se vive una sola vez, y si no lo supiste hacer bien, cágate en tu madre, Estebita; ahí no hay segundas oportunidades. Lo que ocurría, la verdadera realidad, no lo veíamos nosotros, era como si nos hubieran tirado un paño sobre los ojos. ¡Qué vamos a ver si éramos parte del juego, Estebita! Empecé diciéndote por el tiempo en que me convertí en lo que era: un papanatas. Lo que sucedió es que unos días antes ya me había destacado por mi laboriosidad y el entusiasmo, además de que mis compañeros me adjudicaban la inteligencia que no poseía. Yo creo que de eso nunca hablamos. Bueno, la cualidad de inteligente está descartada, si lo hubiera sido no habría hecho lo que me llevó a pensar como ellos, ¿no crees? Ahora puede sacarse en limpio, no hay dudas, Estebita. Pero no, eso no lo vamos a discutir, no me interesa que me juzguen o califiquen con otro adjetivo más, da lo mismo. Todo tuvo que suceder para que me diera cuenta de lo que fui. Yo estaba en los comienzos, deseoso de aplicar en profundidad la teoría. ¿Te das cuenta de la gran oportunidad que se me presentaba? Era increíble. Yo soñaba con trabajar haciendo cálculos y organizando lo que fuera, elevando la productividad y bajando los costos de producción, creando proyectos nuevos. Esa era mi ambición, lo que bullía en mi cabeza; no de sopetón, de un día para otro, quiero decirte. Esperaba alcanzarlo con el tiempo y un ganchito, no que de

buenas a primera el jefe se me presentara, como dejado caer del cielo, y con la referencia que poseía de mí, me llamara por mi nombre y me tirara el brazo por encima, con una peste a grajo irresistible, para decirme: «Todo lo que tus ojos alcanzan a ver y un poco más allá, estará a tu disposición para que desarrolles y conviertas todos estos terrenos inservibles en una próspera región agrícola. Esto es una fortuna que legaremos a las futuras generaciones, y para usted, la oportunidad de realizarlo y convertirse en un hombre muy famoso. Este será el granero de nuestro país y, tal vez, de América. Hay que aprovechar todos estos terrenos que han sido olvidados por siglos». Se refería a la zona que estaba debajo del agua, nada más. Aquellas simples palabras elevaron mi espíritu al pináculo de los sueños haciendo sonar en mis oídos las campanadas de la gloria. Me situaba donde cualquier persona deseaba estar, pero no llegaría a ser ni una ilusión siquiera, Estebita, era el delirio de una mente que se había calentado tanto que se quemaba, ¿me entiendes? Sí, una locura que me inculaban directo al cerebro. Todo eso entró en mi cabeza de golpe. Te vuelves loco, Estebita, en unos segundos. Yo era el cuerdo entonces y de momento, zas, caí extasiado. Te juro que eso ocurre en unos segundos: el paso de cuerdo a loco. No te digo que sea malo, es una sensación gratificante, más que eso, es maravillosa. Los pies se despegan de la tierra, es cierto, flotas y llegas a creer que vuelas como Superman. Déjame rectificar, cuando uno es joven, ya después eso no ocurre, los años no te lo permiten, la mierda la hueles a larga distancia. Ahí mismo me confirió todos los poderes para usar los medios disponibles y llevar a vías de hechos el Gran Proyecto. Empecé, como es lógico, por lo teórico, con todas las variantes posibles. Con la potestad que me dieron llamé a todos los profesionales necesarios para que me ayudaran. ¡Y lo que son las locuras!, no hubo nadie que me contradijera en los primeros momentos. Se tragaron el anzuelo sin carnada. No como yo, pues a mí me dieron lo que no había tenido nunca y a ellos yo solo les planteé de dónde venía la idea. Los que estaban claros, me miraban como yo miré al jefe el día ese que te conté. Claro, ya no me daba cuenta de lo que ellos veían en mí. Era algo, no solo imposible, sino contraproducente, malsano para la ecología de la región, para el país entero. Nadie en su sano juicio podía pensar que aquello debía hacerse. Bueno, sí; ya otro ejemplar de la misma especie, siendo presidente José Miguel Gómez, por los años 13 quiso realizar el mismo proyecto, yo no sé qué le ven a ese lugar que los encandila. Dejemos a ese gahnápiro y pensemos que la idea, en estos tiempos, fuera factible. ¿Por qué se escogía esa parte para realizar algo que muy bien podía lograrse en

otros terrenos más apropiados y sin el inmenso costo que ocasionaría? ¿No te das cuenta, Estebita? Había un capricho, un capricho bien marcado. Un hombre que se empecinaba en poner su nombre donde nadie lo había puesto, y lo logró, aunque para desgracia de todos, y de otra manera más terrible. Estudió todas las formas para conseguirlo. Lo lamentable es que fuimos muchos los que luchamos por que lo consiguiera, a expensas hasta de nuestras propias vidas. Si tengo hábitos de loco es porque la vida no merece otra forma de conducirla, ¿me entiendes? A ti puede haberte ido diferente por el lugar geográfico que te ha tocado vivir. Creerás que te lo digo justificando mi actuación y la tuya, que no es cierto que unos grados más al poniente tenga mucho que ver con el individuo. La geografía fue dispuesta de esa manera, la naturaleza puso en el orden que caería. África, por ejemplo recibió el color negro, rica en todo, hasta en pobreza; Europa, la cultura, el desarrollo y la moderación; Oriente, el conflicto eterno; Norteamérica, el progreso y la envidia del mundo; los vecinos: Latinoamérica, el caudillismo, enfermos por el poder y la corrupción. Casualidad o capricho, no lo sabemos, si bien nadie lo duda. ¿Podrá cambiar alguna de las cualidades que te he nombrado? ¡Jamás! Hasta que el mundo sea rehecho de nuevo y el ser humano fabricado con otro tipo de arcilla.

Armando se paró, estiró las piernas y prendió el tabaco que ya se había apagado un par de veces. Escupió lejos y miró, calculando que estaba llegando al final del segundo tabaco. A Esteban se le acabó el de él en el cuarto de Armando, cuando veía las pinturas y no había querido prender otro; no se fumaba más de un tabaco en el día, y no siempre. Podía pasarse semanas sin probarlo ni desearlo. Nunca fumaba a otra hora que no fuera la tarde. Chispa se había aburrido de estar recostado al guardafangos o dando paseítos y se metió en el carro. Abrió las puertas, se extendió sobre el asiento, sacando los pies por un extremo, la cabeza por el otro y se durmió sin mucho trabajo. Casi siempre se tiraba en el asiento de atrás. El vómito de la mujer le parecía estarlo viendo todavía y lo que hizo fue meter la cabeza por debajo del timón y extenderse en el asiento delantero. La tarde parecía que no refrescaría ni aun después de que el sol bajara más abajo del horizonte verde formado por los cañaverales colindantes. Esteban bostezó un par de veces y pensó que en tres o cuatro horas estarían entrando a la capital si se demoraba unos minutos más conversando con su amigo. Increíblemente se le había gastado el tema y su mente lo que hacía era recapitular aquellos días y pensar en lo que haría cuando llegara a la casa.

Ahora le parecía que todo había sido un sueño, que él no había dado ese viaje, ni se había encontrado con Armando, y que el tal Chispa fue un personaje que se coló en su cabeza como lo hacen estos duendes que les gusta verse reanimados en cada historia. Sí, pudiera ser un sueño, se dijo mientras se estiraba ya sentado en la cama. Entonces fue hasta la sala, miró la ropa que se había quitado cuando llegó y el rollo de las pinturas, y creyó en la veracidad de su viaje. Tuvo la idea de desenrollar las pinturas y ver una que Armando le puso entre las otras, que allá no vio. Se estrujó una sonrisa placentera que jugueteó en su cara y decidió poner en marcha el final del plan: escribir.

Era una hora antes de lo acostumbrado porque quería escribir toda la mañana, sin interrupción. Hizo el café después de ir al baño y afeitarse como si fuera a caminar, como siempre lo hacía, solo que no se había puesto ni el calzoncillo. Ya había decidido no caminar aquel día, bastante había caminado durante el viaje. Durmió toda la noche sin despertar ni una sola vez, cosa esta que hacía ya mucho tiempo no lograba en aquella cama; allá si dormía de un tirón. También eran menos horas y el cansancio es el mejor remedio para el sueño. Las piernas le dolían un poco, pero el agotamiento lo había dejado completo sobre la cama. Pensó que después de vaciarse lo suficiente como para enfilear el tema y descarga un tanto el peso que lo abrumaba, llamaría a su hijo y le contaría algunas cosas. De momento, no quiso conectar el teléfono. Además, tenía que visitar a la vecina de la esquina y contarle que allá vio a una sobrina de ella, que están bien y que quieren que le haga una gestión y los traiga a todos. Bueno, a ella primero, que es la que se está volviendo loca, que ya no resiste, que el día menos pensado se arroja al mar, aunque se la coman los tiburones en la travesía.

Así comenzó:

«El viejo carro dejó detrás la vieja y destruida ciudad para enfilear hacia el oriente, por la vieja carretera», había empezado Esteban a escribir el relato del viaje a su tierra natal. Ahí se detuvo al darse cuenta de que en esa primera oración había metido tres veces el adjetivo viejo, significando que en su subconsciente solo se había almacenado el deterioro de un país, y que sus inquietos dedos, deseosos de plasmar aquellos recuerdos para desentrañar un hecho, caían sobre las teclas sin dar tiempo a que su cabeza coordinara las ideas.

No exageraba Esteban al querer llamar a todas las cosas por viejas, eso era lo que había visto y era lo que le salía espontáneamente. No podría abusar de ese

adjetivo, pero estaba obligado a contar el desgaste y abandono de su pueblo hecho pedazos. Si él no hubiera vivido y nacido en aquel pobre país quizá no habría encontrado extraño lo que vio, pero eso no fue lo que él dejó al partir. Había muchos países pobres, no tenía duda, solo que esos nunca experimentaron un desarrollo como el de él. «Da pena ver el retroceso que ha tomado ese país», llegó diciéndole Esteban al taxista que lo condujo del aeropuerto a la casa.

Titubeó si corregir lo escrito ciñéndose a las reglas de la concordancia o, por el contrario, dejaba que brotaran libres las ideas que se apelotonaban en su memoria, aplicándole solo las elementales regulaciones. No sucedería ni una cosa ni la otra, de súbito le vino un fuerte dolor en el pecho y su viejo corazón dejó de latir. La cara quedó apoyada sobre el teclado de su antigua máquina, y los brazos, descoyuntados, cayeron entre sus piernas desnudas. Así lo encontraron ya rígido al otro día. Nadie sabría nunca los motivos verdaderos que lo llevaron a un regreso ignominioso por el que le fue necesario pedir un permiso para entrar al país en que había nacido y se había criado, del que salió cuando ya la juventud iba quedando detrás, cuando su perfil de gran periodista pesaba enormemente en la opinión pública y hacía daño a los embaucadores que ya pretendían no soltar jamás el poder.